MUJER QUE SABE SOLDAR

Transformaciones subjetivas en mujeres trabajadoras con ocupaciones feminizadas y masculinizadas en la Ciudad de México

CRISTINA HERRERA

EL COLEGIO DE MÉXICO

MUJER QUE SABE SOLDAR

Transformaciones subjetivas en mujeres trabajadoras con ocupaciones feminizadas y masculinizadas en la Ciudad de México

CRISTINA HERRERA

EL COLEGIO DE MÉXICO

MUJER QUE SABE SOLDAR

TRANSFORMACIONES SUBJETIVAS EN MUJERES TRABAJADORAS CON OCUPACIONES FEMINIZADAS Y MASCULINIZADAS EN LA CIUDAD DE MÉXICO

Centro de Estudios Sociológicos
Programa Interdisciplinario de Estudios de Género

MUJER QUE SABE SOLDAR

TRANSFORMACIONES SUBJETIVAS EN MUJERES TRABAJADORAS CON OCUPACIONES FEMINIZADAS Y MASCULINIZADAS EN LA CIUDAD DE MÉXICO

Cristina Herrera

EL COLEGIO DE MÉXICO

305.4283097253
H5651m

Herrera, Cristina

Mujer que sabe soldar : transformaciones subjetivas en mujeres trabajadoras con ocupaciones feminizadas y masculinizadas en la Ciudad de México / Cristina Herrera. – 1a ed. – Ciudad de México : El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, Programa Interdisciplinario de Estudios de Género, 2021.

350 páginas ; 21 cm.

ISBN 978-607-564-249-9

1. Mujeres trabajadoras – Ciudad de México. 2. Perspectiva de género – Ciudad de México. 3. Empleo precario – Ciudad de México 4. Trabajo y familia – Ciudad de México. I. t.

Primera edición impresa, 2021

Primera edición electrónica, noviembre de 2022

D.R. © El Colegio de México, A. C.

Carretera Picacho Ajusco, núm. 20

Ampliación Fuentes del Pedregal

Alcaldía Tlalpan

14110, Ciudad de México, México

www.colmex.mx

ISBN impreso: 978-607-564-249-9

ISBN electrónico: 978-607-564-433-2

Conversión gestionada por:

Simon and Sons ITES Services Pvt Ltd, Chennai, India.

+91 (44) 4380 6826

info@simonnsons.com

www.simonnsons.com

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

1. Agencia y subjetividad femenina en contextos de cambio. ¿Hacia la desgenerización de la sociedad?

¿Qué agencia y qué estructuras?

El debate sobre la desgenerización

La familia y el trabajo como espacios mediadores entre las subjetividades y la cultura de género

Propuesta teórico-metodológica para estudiar cambios en las subjetividades

2. El trabajo remunerado de las mujeres como promotor de cambios en los balances de poder en la pareja y en la familia

Algunas claves de lectura para comprender los puntos de quiebre en el "sentido común" de las mujeres en torno a la división sexual del trabajo

Significados compartidos del trabajo remunerado: tiempo vs. dinero y poder

Significados divergentes sobre el trabajo remunerado: entre el deseo de autonomía y la necesidad de solidaridad conyugal

El trabajo de cuidados: ¿cómo ser proveedora sin dejar de ser la reina del hogar?

Conclusiones del capítulo

3. La familia: la peor institución, excepto por todas las demás

Algunas claves de lectura para comprender los puntos de quiebre en el “sentido común” de las mujeres en torno a la familia y el ideal de maternidad

Significados compartidos sobre la unión, el matrimonio, la familia y la maternidad: madres “contra viento y marea”

Significados divergentes sobre la unión, el matrimonio, la familia y la maternidad: entre las exigencias del consumo y la necesidad de “valores familiares”

Conclusiones del capítulo

4. La crisis de lo femenino y lo masculino como signo de un incierto cambio en el balance entre sexo y amor en la pareja

Algunas claves de lectura para comprender los puntos de quiebre en el “sentido común” de las mujeres en torno a la pareja, la sexualidad y los ideales de género

Significados compartidos sobre la sexualidad, la pareja, lo femenino y lo masculino: la necesidad de “un compañero”

Significados divergentes sobre la sexualidad, la pareja, lo femenino y lo masculino: entre el reconocimiento de deseos sexuales y la necesidad de “relaciones duraderas”

Conclusiones del capítulo

5. Conclusiones

Agencia condicionada y redefinición de los repertorios culturales

Reflexiones finales: límites y posibilidades para la desgenerización social en contextos de precariedad

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

SOBRE EL AUTOR

AGRADECIMIENTOS

Este libro es producto del trabajo de varios años, en los que numerosas personas e instituciones aportaron ingredientes diversos e invaluables para darle la forma que aquí se presenta. En primer lugar, deseo agradecer al Centro de Estudios Sociológicos (CES) y al Programa Interdisciplinario de Estudios de Género (PIEG) de El Colegio de México, por conformar espacios que favorecen el intercambio intelectual entre colegas y estudiantes, indispensables para enriquecer y mejorar el trabajo académico individual. En estos espacios también me vi favorecida por el trabajo comprometido, entusiasta y riguroso de becarias y becarios de investigación; entre ellos deseo agradecer especialmente a Isabel Loza, quien fue un apoyo fundamental en la etapa de trabajo de campo, sistematización y análisis; a Saraí Bautista, quien realizó un minucioso trabajo de codificación y análisis de datos junto con Areli Ordoñez y Roxana Castro, y a Roberto Valdez, quien aportó materiales de investigación y sistematización de fuentes secundarias, indispensables para la contextualización del estudio. Todos ellos participaron en discusiones e intercambios de ideas que sin duda enriquecieron el trabajo.

Agradezco también al Programa de Apoyo a Profesores de Tiempo Completo de la Secretaría de Educación Pública (SEP), sin cuyo aporte financiero no hubiera sido posible desarrollar el trabajo de campo que sustenta el estudio.

Deseo expresar un agradecimiento especial a Carolina Agoff, quien me acompañó en las primeras etapas del planteamiento y diseño de la investigación, y me apoyó en los inicios del trabajo de campo, de quien aprendí mucho más que lo que un texto puede reflejar, a lo largo de años de amistad, discusiones y trabajo en equipo.

Agradezco profundamente a Cecilia Pieck, por ayudarme a encontrar lo que quería decir durante estos años.

Una vez más, mi amor y gratitud a Christian, colega y compañero de vida, quien con infinita paciencia leyó y discutió versiones indigestas del manuscrito, ofreciéndome ideas, sugerencias y, sobre todo, motivación y confianza para continuar.

Por último, pero más cerca del corazón, a Paloma y a Facundo, por darme la alegría y la frescura indispensables para enfrentar los desafíos de la escritura, y de la vida.

A todos ellos, y a muchas más personas que por motivos de espacio no es posible nombrar aquí, este libro les debe sus principales aciertos y virtudes. Los errores y las limitaciones corren por cuenta de la autora.

INTRODUCCIÓN

Este libro habla de las transformaciones subjetivas de mujeres situadas en una intersección particular de género y clase en la Ciudad de México, afectadas de manera local por los procesos globales de cambio económico, político y cultural de las últimas décadas que la literatura ha identificado como parte del capitalismo tardío, desorganizado, posfordista o neoliberal, entre otras denominaciones. Estos procesos han implicado, en México, precarización de la fuerza de trabajo y cambios en la organización general de la reproducción social, así como transformaciones en los marcos normativos y en los repertorios culturales que permiten dar sentido a las prácticas, y con ello construir subjetividades.

La etapa actual del capitalismo produce nuevas formas de subjetivación que paradójicamente alejan y acercan a las mujeres a ideales de género tradicionales, muchas veces como reacción a esos mismos cambios, al promover formas individualizadas de femineidad orientadas al rendimiento y al consumo, al tiempo que —a través de diferentes medios culturales— refuerzan los ideales de la familia heteronormativa (McRobbie, 2009). Estos repertorios culturales, sin embargo, son apropiados de manera distinta por sujetos situados en contextos socioculturales y en relaciones de género y clase diferentes. De este modo, los ideales femeninos tradicionales, especialmente la maternidad y la disposición al cuidado de los hijos y al servicio a la pareja, pueden coexistir en tensión con la búsqueda de libertad personal y de reconocimiento por vías alternativas, como la proveeduría del hogar o la realización de trabajos socialmente valorados, como lo han sido los considerados “masculinos”, en los que se pone a prueba la capacidad y la competencia. Asimismo, esa búsqueda puede cuestionar también ideales femeninos tradicionales, como la pasividad sexual y la disposición natural al cuidado.

El objetivo de la investigación que sustenta este libro fue analizar procesos de significación por los que mujeres con distintas experiencias laborales y familiares dotan de sentido a sus prácticas cotidianas y construyen subjetividades que podrían eventualmente dar cuenta de procesos más amplios de transformación del orden de género, en un contexto local afectado por relaciones capitalistas y patriarcales que, al transformarse, median también en las

subjetividades. El supuesto es que los cambios sociales más amplios trastocan los espacios tradicionales donde se mueven las mujeres y, al hacerlo, potencian procesos de agencia que pueden a su vez desestabilizar el género como sistema que articula relaciones patriarcal-capitalistas específicas. Que esta desestabilización vaya en el sentido de una "androginia" social sin género, de una "feminización de la cultura" —como sea que se la entienda—, o del viejo patriarcado revestido con nuevos ropajes, es algo difícilmente predecible. Hacen falta más estudios empíricos localizados en diferentes contextos, a lo largo del tiempo, para ir construyendo una hipótesis plausible al respecto. Sin embargo, si bien ofrecer una respuesta a la pregunta por el futuro del orden patriarcal y capitalista está fuera del alcance de este trabajo, es una preocupación teórica y política que lo anima y enmarca.

En este sentido, una motivación clave de esta investigación fue la posibilidad de hallar pistas para pensar en un futuro "desgenerizado" o con mayor igualdad de género a partir de las experiencias de mujeres situadas en un contexto específico, bajo el supuesto de que una subjetividad transformada en la dirección de mayor agencia puede producir a su vez cambios importantes en los mismos repertorios culturales que ofrecen vías de subjetivación y de relación para hombres y mujeres, atravesados por otros ejes de desigualdad, particularmente la de clase. Anima este propósito la convicción de que resulta imposible comprender las relaciones y normas de género, y las subjetividades que en ellas se construyen, fuera de un contexto sociohistórico particular que a su vez establece formas determinadas, aunque cambiantes, de relaciones de poder.

La premisa que guía la indagación es que las transformaciones globales de las últimas décadas impactan en las vidas y subjetividades de las mujeres, especialmente mediante la deconstrucción y reconstrucción de la vida familiar, motivada en parte por su creciente participación en espacios antes considerados masculinos (el trabajo remunerado de distintos tipos), sin ser socialmente eximidas de las tareas asignadas al género femenino por tradición. Esto ocasiona "cortocircuitos" en las formas tradicionales de posicionarse como mujeres en la vida social y de negociar cuotas de poder en los ámbitos donde se desenvuelven. Tal configuración provoca desplazamientos en las formas habituales de concebirse como mujeres y de relacionarse con los varones, con otras mujeres y con el mundo social, dejando al descubierto formas particulares y situadas de agencia, nuevos posicionamientos subjetivos y formas creativas de negociación de espacios de poder.

Precisamente porque el espacio doméstico ha sido históricamente el ámbito privilegiado de valorización de las mujeres, y porque la familia, además de ser la estructura simbólica en cuyo seno se configuran las identidades primarias, es la principal institución reproductora de valores (Serret, 1989), las transformaciones familiares provocadas por las nuevas formas de organización social y por los cambios normativos que las acompañan son el foco principal de atención donde observar los posicionamientos subjetivos de las mujeres, a partir de su experiencia de tránsito entre este espacio y el espacio público, y de su exposición a nuevos discursos sobre la familia, la femineidad y la masculinidad.

Por ello, el enfoque es necesariamente sociohistórico, en tanto las mujeres son afectadas no sólo por los ideales de familia y por las normas de género en las que fueron socializadas por las generaciones anteriores, sino también por los discursos disponibles en el presente que les ofrecen, tanto a ellas como a las generaciones que ellas educan, nuevas vías de subjetivación y de posicionamientos femeninos. Entre ellos, como se verá más adelante, pueden identificarse los ideales contradictorios de “la mujer trabajadora competente”, “la madre perfecta”, “la mujer entregada y fiel”, o la “chica fálica”, independiente y exitosa, entre otras “mascaradas posfeministas” (McRobbie, 2009). Esta disponibilidad de repertorios culturales múltiples ofrece a las mujeres nuevas vías para dar sentido a su experiencia de tránsito entre espacios sociales con lógicas y exigencias diferentes, lo que implica para ellas un tipo de agencia reflexiva no libre de tensiones y conflictos.

Sin embargo, estas apropiaciones discursivas están condicionadas por su posición en relaciones de poder atravesadas por el género, la etnicidad y la clase, lo que vuelve necesario contextualizar esos discursos y posicionamientos en el marco de las transformaciones de las últimas décadas en México que, a través de la creciente participación femenina en la educación y en el trabajo remunerado, produjeron cambios fundamentales en la vida y en los modelos familiares.

Es justamente para mostrar que existen distintos grados de agencia y capacidad para negociar relaciones de poder, en sectores sociales que el sentido común y algunas aproximaciones teóricas consideran los más oprimidos, que se eligió enfocar el análisis en mujeres de sectores populares de la Ciudad de México, enfrentadas a la necesidad de moverse entre campos y situaciones sociales que les exigen desarrollar estrategias y habilidades, cuya lógica rompe con las maneras tradicionales de construir el género, esto es, mujeres con experiencia en distintos tipos de trabajo remunerado, considerados tanto femeninos como

masculinos y, en teoría, con menores grados de libertad que los que les otorgarían un mayor nivel de escolaridad y de ingresos.

En consecuencia, el enfoque en mujeres de sectores populares, definidos a partir de una consideración general basada en niveles de escolaridad, ingresos, tipos de ocupaciones y lugares de residencia, obedece a la hipótesis de trabajo según la cual, incluso en aquellos grupos considerados más vulnerables, dependientes o sometidos a visiones jerárquicas y desiguales de género, las mujeres despliegan grados considerables de agencia, en especial cuando los cambios sociales globales son experimentados por ellas como un tránsito obligado entre distintos campos de acción, básicamente el trabajo remunerado y la familia. Este tránsito disloca las nociones normativas que tradicionalmente regulan las relaciones de género. Por su parte, la inclusión en el estudio de mujeres con ocupaciones consideradas masculinas por tradición tiene la intención de ofrecer ejes de comparación entre experiencias laborales que implican mayor o menor ruptura con la naturalización de una división del trabajo basada en el sexo. Se supone que la exigencia de habilidades y disposiciones consideradas masculinas implica un cambio subjetivo más profundo en aquellas mujeres que se desempeñaran en esas ocupaciones, las cuales —de acuerdo con algunos de sus testimonios— rinden más beneficios materiales y simbólicos que los proporcionados por los trabajos típicamente feminizados, disponibles para mujeres con su mismo nivel educativo. Como se mostrará a lo largo del presente texto, esta suposición resulta corroborada por medio de numerosos testimonios que ponen en cuestión no sólo el papel exclusivo de ama de casa y madre, presente en todas las participantes, sino también de la pasividad sexual, la inclinación a la fidelidad y la disposición natural al cuidado, más notoria entre aquellas mujeres que por incursionar en ámbitos de trabajo masculinizados se vieron obligadas a reflexionar más profundamente sobre su femineidad.

Conviene advertir al lector o la lectora, que este no es un libro de sociología de la familia ni de sociología del trabajo, y tampoco presenta un estudio de la identidad femenina o de la cultura de género en el mundo contemporáneo. Se ubica más bien en la intersección entre esas distintas áreas de la sociología y de los estudios feministas para tomar algunos de sus planteamientos e ideas, y articularlos en un marco analítico que permita comprender formas de agencia y de cambio subjetivo de un grupo de mujeres, en un contexto local afectado por cambios económicos, políticos, sociales y culturales globales, a su vez productores de nuevas subjetividades e interacciones de género y clase.

En un inicio la investigación que se presenta fue motivada por dos preocupaciones simultáneas y en diálogo permanente: una social y otra sociológica. La primera surgió de más de una década de estudios propios y ajenos sobre violencia de pareja en México y de experimentar una frustración recurrente ante lo que parecía ser, si se confía en las estadísticas nacionales, una notable dificultad para solucionar un problema visto como "la manifestación más visible de la dominación masculina". En efecto, si se consideran las sucesivas encuestas realizadas en el país, se observa que la prevalencia de violencia contra las mujeres no disminuye significativamente y que, ellas, lejos de hacer un uso masivo de los distintos recursos que el gobierno y la sociedad han venido poniendo "a su disposición", desde leyes hasta programas, servicios y políticas públicas, siguen sin solicitar ayuda, demandar a sus agresores o hacer público el problema (Herrera y Agoff, 2018). Las explicaciones espontáneas recogidas en campo, en entrevistas con diferentes actores, iban desde una incapacidad de actuar propia de las mujeres (motivada por diferentes elementos subjetivos) hasta problemas sistémicos, como la inoperancia de la justicia o la carencia de recursos económicos para abandonar o negociar las relaciones de abuso: desde una "disposición sumisa" inconsciente hasta una agencia potencialmente autónoma, sólo obstaculizada por relaciones de poder externas y opresivas.

La preocupación sociológica fue surgiendo paralelamente a lo largo de estudios cualitativos en los que, luego de escuchar y analizar los testimonios y relatos de numerosas mujeres que vivían violencia de pareja, parecía cada vez más difícil sostener la tesis según la cual ellas están inhabilitadas para actuar en su beneficio a causa de condiciones derivadas de su posición en un orden de dominación masculina, en el que son víctimas absolutas y pasivas de depredadores natos, como la que cierta psicología al servicio de la criminología llamó "síndrome de la mujer maltratada", "de indefensión aprendida" o "de Estocolmo" (Goodmark, 2012), o como lo que, desde algunos estudios inspirados parcialmente en la sociología de Bourdieu, fue interpretado como un habitus consistente en disposiciones sumisas; o desde el feminismo radical, como una "erotización de la dominación" (MacKinnon, 2014) provocada por una posición alienada en el orden de género.

Versiones vulgarizadas de este tipo de ideas impregnan algunas políticas y discursos sociales, reproduciendo estereotipos que tienen efectos debilitantes para las mujeres, vistas como objetos pasivos y merecedoras de tutela. Más aún, no hacen justicia a las mujeres en tanto que mujeres, al preferir presentarlas y "acompañarlas" con versiones infantilizadas o maternales y sufrientes, con

frecuencia idealizadas de las mismas.

El estudio que se presenta aquí buscó entonces ampliar y profundizar el análisis del cambio subjetivo de las mujeres en un sentido de mayor agencia y de ruptura con el supuesto apego a “normas tradicionales de género arraigadas”, cambio ya posible de observar en mujeres víctimas de violencia que dependían económicamente de sus parejas. Sin negar la opresión que implican estas situaciones, algo parecía no funcionar en la teoría de la sumisión y la erotización de la dominación, cuando incluso estas mujeres, consideradas más vulnerables y carentes de agencia, eran capaces de desarrollar estrategias más o menos activas de resistencia y de defensa propia.

Aun cuando los argumentos mencionados sirvieron para plantear nuevas preguntas de investigación, cada vez quedaba más claro —a partir de esos estudios— que las mujeres, incluso las que vivían formas más severas de violencia, no actuaban de manera inconsciente y siguiendo cierto “amor al destino” o una disposición sumisa imposible de modificar, y tampoco veían a los hombres como seres todopoderosos, sino que de manera reflexiva, o aun pre-reflexiva, desarrollaban con menor o mayor éxito, distintas estrategias de resistencia e incluso de acción voluntaria dentro de los márgenes de maniobra establecidos por sus condiciones sociales, económicas, culturales y emocionales, en muchos casos ampliando esos mismos márgenes (Herrera y Agoff, 2018).

La posibilidad de ampliar esos márgenes, sin embargo, no dependía sólo de la voluntad o de la acción individual de las mujeres, sino de su capacidad para actuar dentro de relaciones de poder que se expresan en distintos ámbitos y niveles, desde la ley y la política hasta los derechos y las obligaciones establecidos en distintos campos de interacción por las normas no escritas de un orden de género particular, que cambia conforme lo hacen otras estructuras sociales y culturales.

¿Entonces, esto significa que no existe algo como la “dominación masculina”? Una respuesta afirmativa a esta pregunta resulta difícil de sostener, pero igual de insostenible, como ya lo señaló Butler (2016) a partir de una idea de Foucault, es que existe un sistema de poder que oprime desde fuera a sujetos de otro modo libres y autónomos. La dominación masculina, como todo sistema de poder, es histórica y cultural, por lo que crea un orden e impone límites a la acción de los sujetos, les habilita una existencia como tales a través de la mediación de múltiples “subjetivadores”, necesarios para hacer interpretable una situación y

actuar en consecuencia (Latour, 2008). Como afirma Latour, múltiples son los lazos que hacen actuar a los sujetos de formas no explicables de antemano por medio de una teoría general, como la de la dominación. Esto implica que es necesario, primero, intentar seguir la manera en que los actores mismos estabilizan las incertidumbres a las que se enfrentan y sólo después analizar cómo los estándares construidos de esa forma permiten una idea más verosímil de lo social, donde la "emancipación" no significa ausencia de lazos, sino formas distintas de estar (tener y ser tenidos) en esos lazos (Latour, 2008).

Un libro de sociología de las subjetividades inspirado por teorías feministas —cuya preocupación no sólo es teórica sino también política— enfrenta el desafío de mantener el rigor metodológico y la fidelidad a las formas en que los sujetos significan sus acciones, asimismo busca indicios de cambio social y cultural en un sentido de justicia social y de género. De ahí la insistencia en que el acceso a la comprensión de las subjetividades en un contexto sociohistórico particular y cambiante requiere evitar enfoques ahistóricos y abstractos de emancipación o de dominación. No hacerlo implica el riesgo de esencializar identidades "sometidas" igualmente abstractas, al reivindicar con ello una diferencia que puede convertirse fácilmente en fuente de desigualdad, en tanto así ha sido nombrada por el propio discurso dominante (Cirillo, 2002). Como numerosas autoras feministas han señalado, esto es lo que ocurre con la idealización materna (Brah, 2004; Cirillo, 2002; Badinter, 2003; Iacub y Le Bras, 2003; Halley, 2006; Despentes, 2013) o con la caracterización de la mujer como un cuerpo potencialmente "violable" por una sexualidad masculina siempre predadora y violenta, como la que plantea el feminismo radical (Brown, 1995). La agencia sólo se vuelve visible cuando se comprenden los mecanismos (complejos) de opresión en formas localizadas, en lugar de enfocarse en víctimas absolutas de sistemas abstractos como el patriarcado, el capitalismo o el colonialismo.

En esa línea, este libro permite mostrar que aun en —o quizá ante— "la bancarrota del trabajo, del liberalismo, del cristianismo o del equilibrio ecológico" (Despentes, 2013), que las afecta de diversas maneras, las mujeres siguen implementando estrategias de resistencia y ampliando sus márgenes de poder de maneras poco comprensibles si se utiliza como marco de análisis una noción liberal de agencia, basada en un individuo ideal autónomo que persigue su autointerés y planea racionalmente sus cursos de acción. Como se verá a lo largo del texto, las mujeres despliegan diversas estrategias que les permiten disimular sus nuevas competencias o conciliarlas con una idea tradicional de

femineidad, a fin de sobrevivir en un mundo que les ofrece nuevas oportunidades al mismo tiempo que precariza a todos, pero también lo hacen desde el deseo y en direcciones que no implican la posibilidad ni la intención de regresar a la sumisión femenina idealizada por generaciones anteriores.

En ese sentido, como se discutirá en el siguiente capítulo, una idea de habitus, flexibilizada a partir de los propios conceptos bourdianos de campo y de razón práctica, como la que propone McNay (2000), resulta una herramienta teórica potente para comprender los cambios subjetivos que se pretende observar, ya que permite aprovechar las ventajas de un concepto que, al articular las vivencias corporales, la reflexividad y las estructuras históricas de dominación, habilita a la vez su desnaturalización. Mediante esa reapropiación conceptual, McNay problematiza la persistencia de un habitus sumiso, un "inconsciente androcéntrico" (Bourdieu, 2000) o una dominación masculina invariante como la que también sugieren algunas corrientes del feminismo radical, para quienes esa dominación no sólo está naturalizada, sino también "erotizada" (MacKinnon, 1993; 2014), planteando en cambio una idea más reflexiva de habitus que no desconoce el carácter socialmente construido y corporal de los deseos. Esta noción coincide con el concepto de agencia propuesto por Mahmood (2005), para quien la libertad individual como ideal político no puede agotar ni siquiera los deseos de quienes viven en sociedades liberales, lo que lleva a cuestionar las condiciones bajo las cuales emergen las distintas formas de deseo, incluidas las que resultan de la subordinación a una variedad de objetivos.

De este modo, es posible comprender las subjetividades como la articulación compleja entre las sensaciones corporales (la falta, los deseos, las necesidades) y los espacios culturales y sociales que las constituyen y regulan. Los repertorios culturales disponibles diferencian y unen biografías a partir de sus especificidades, y al articular las prácticas culturales de los sujetos marcan las historias colectivas contingentes con nuevos significados variables (Brah, 2004).

Como se detallará en el siguiente capítulo, se construyó una metodología basada en discusiones grupales y narrativas individuales, precisamente para captar esos significados compartidos y esas especificidades contingentes. Los significados compartidos son elaborados a partir de las relaciones sociales (definidas por la macroestructura, la clase como categoría cultural, sistemas globales de producción y consumo, y tecnologías, es decir, todo lo que otorga sistematicidad mediante las contingencias) y de la experiencia como proceso de significación (Brah, 2004). Esos procesos crean a los sujetos y a la vez son creados por ellos,

lo que permite concebirlos como dotados de agencia. De esta forma, el sujeto se inscribe en y adscribe (activamente) discursos que dan sentido a su experiencia y sus relaciones en campos distintos de acción.

Si la experiencia es entonces una construcción cultural —y no una verdad—, es decir, un proceso de significación simbólica y narrativa que muestra la lucha por condiciones materiales y por significados, un dispositivo grupal puede permitir observar esa relación entre subjetividad y socialidad que conforma la experiencia del sujeto y que es, a la vez, un lugar de cuestionamiento donde se inscriben, reiteran o repudian posiciones de sujeto diferentes (Brah, 2004). Por ello, para una investigación que busca documentar procesos de significación a partir de distintas experiencias de trabajo, más que encontrar correlaciones entre variables (como tipo de trabajo, edad, etcétera), se optó por conformar, como principal dispositivo de construcción de datos, grupos de discusión según el método documental (Bohnsack, 2010). Esto permite articular la experiencia individual, los sentimientos y las concepciones de la vida cotidiana de las personas participantes.

En la medida en que las experiencias conforman diferentes niveles de conciencia e inconsciencia y, en algunos momentos, pueden significar a la subjetividad como dotada de coherencia, al habilitar la construcción —temporal e inestable— de identidades políticas (Brah, 2004), se consideró que los testimonios de las mujeres sobre sus necesidades, deseos y acciones podían ofrecer pistas para imaginar vías plausibles de construcción de nuevos significados en la búsqueda de justicia de género en nuestra sociedad.

En este caso se establecieron tres grandes dimensiones de análisis, consideradas clave para comprender la experiencia y las posiciones subjetivas de las mujeres: 1) el trabajo remunerado y no remunerado; 2) la unión y la familia, y 3) la pareja y la sexualidad. Las discusiones generadas en cada uno de esos temas permitieron dar cuenta de consensos y disensos alrededor del significado del dinero, el poder, el uso del tiempo, los deberes y derechos de los miembros de la familia, los ideales femeninos y masculinos, la maternidad, la fidelidad y el erotismo, entre otros. Esos consensos y disensos mostraron desplazamientos importantes en las nociones de sentido común que tradicionalmente dan sentido a las relaciones e identidades de género, pero lo más importante fue que confirmaron el supuesto de la reflexividad y la agencia femenina, acrecentadas por el hecho de ser mujeres cuyas experiencias se distinguen en mayor o menor grado de las de sus antecesoras.

Como las experiencias individuales no coinciden necesariamente con las grupales, y las compartidas no son la suma de las experiencias individuales (Brah, 2004), la indagación se complementó con entrevistas narrativas que aportaron elementos idiosincráticos dentro de ese universo común y una explicación más profunda de algunas acciones y de posicionamientos subjetivos singulares.

El título de este libro, Mujer que sabe soldar, además de rendir homenaje a la escritora mexicana Rosario Castellanos —cuyo libro aparece citado al inicio de los diferentes capítulos—, responde a la intención de extender hacia otro grupo social la crítica que la autora hace al refrán escondido en su propio título: Mujer que sabe latín, no encuentra marido ni alcanza buen fin. La paráfrasis no sólo tiene un sentido literal, aludiendo al hecho de que en este estudio participaron mujeres que efectivamente sabían soldar, sino otro metafórico: en tanto la mayor parte de ellas —aun si no sabían soldar piezas de metal— se esforzaban por defender lo más posible la familia y la unión conyugal, aun reconociendo su fragilidad y la posibilidad de prescindir de ella, ante la amenaza de fragmentación y soledad que asocian con el individualismo y la incertidumbre económica.

Así pues, el libro está organizado en cinco capítulos. El primero, “Agencia y subjetividad femenina en contextos de cambio. ¿Hacia la desgenerización de la sociedad?” presenta un marco general de análisis y las principales orientaciones teórico-metodológicas que guiaron la investigación que lo sustenta. Se discuten allí con mayor profundidad los planteamientos teóricos esbozados más arriba alrededor de la agencia femenina, las posibilidades de cambio subjetivo y cultural en el contexto del capitalismo tardío, las transformaciones en las familias producto del propio desarrollo capitalista y de las demandas de los movimientos sociales, así como los repertorios culturales que acompañan las distintas etapas y proponen modelos ideales de familia y de relaciones de género cambiantes. En el mismo capítulo se detalla la metodología empleada en la investigación, explicando los límites y alcances del método documental y de la utilización de grupos de discusión y de entrevistas narrativas desde este marco teórico-metodológico. Se exponen los criterios de selección de participantes, sus características, las estrategias de convocatoria y conducción de grupos y entrevistas, y las distintas etapas en el proceso de análisis de los datos.

Los tres capítulos que siguen, presentan los resultados del análisis del material recogido en campo. Cada uno incluye una sección de “coordenadas contextuales

y conceptuales de lectura" específicas por tema, otra de análisis de los hallazgos empíricos en torno a cada uno, y una más de conclusiones del capítulo. En estos tres capítulos, el análisis de los datos se presenta de manera integrada, como resultado de la articulación de distintas etapas analíticas, incorporando testimonios y fragmentos de discusión y de entrevista donde se juzgan ilustrativos del análisis propuesto. La extensión variable de los fragmentos de discusión y de entrevista obedece al mismo criterio y a la intención de dar la palabra a las protagonistas de la investigación. Un libro sobre subjetividades y agencia de las mujeres no podía dejar de hacerlo.

Dado que la última etapa del análisis se centró en la búsqueda de consensos y disensos grupales alrededor de los distintos temas, se consideró pertinente organizar la presentación siguiendo ese mismo esquema, es decir, exponiendo primero los consensos y a continuación los disensos o las variaciones a través de los grupos, que fueron conformados según las experiencias de las participantes en distintos tipos de trabajo y de acuerdo con distintos momentos en el ciclo de vida familiar. Si bien en la comparación intergrupal se encontraron más semejanzas que diferencias alrededor de temas generales, la presencia de diferencias significativas entre los grupos en torno a temas más puntuales aconsejó presentar estas variaciones por grupos de mujeres con experiencias laborales semejantes. Por razones de confidencialidad, los nombres de las participantes aparecen modificados.

En el segundo capítulo, "El trabajo remunerado de las mujeres como promotor de cambios en los balances de poder en la pareja y en la familia", se analizan experiencias, posiciones subjetivas, significados e identificaciones de las mujeres con los repertorios culturales disponibles para ellas sobre el trabajo, tanto remunerado como no remunerado, y sobre la división sexual del trabajo, incluyendo su noción de los derechos y las obligaciones de los miembros de la familia. Se muestra en este capítulo la tensión existente entre los deseos de libertad personal que otorga el dinero propio, visto como la posibilidad de "dar más cosas a los hijos" y de poder separarse en caso necesario, y la conveniencia de disimular el papel de proveedoras que las mujeres desempeñan en distintos grados, a fin de evitar un balance muy desigual entre un poder que disfrutan y la vulnerabilidad que supone verse sobrecargadas con tareas "propias de ambos géneros" o la deserción de la pareja del papel de proveedor. La principal estrategia para mantener este equilibrio inestable es el gran esfuerzo que casi todas realizan para no sobrepasar la frontera entre el dinero ganado para "gustos" (femenino) y el dinero para el "gasto" (masculino), al mismo tiempo que asumen

la tarea adicional de “reeducar” a la pareja. El resultado puede parecer a primera vista una reproducción del modelo tradicional, sin embargo, es producto de una estrategia consciente que permite a las mujeres acceder a las ventajas del trabajo remunerado —mayor autonomía— sin perder las prerrogativas que da la maternidad y la seguridad que otorga la familia, aun si esto supone una negociación todavía desigual sobre el uso del tiempo.

En el tercer capítulo, “La familia: la peor institución, excepto por todas las demás”, se analizan experiencias, posiciones subjetivas, significados e identificaciones de las mujeres con los repertorios culturales disponibles sobre la familia y el matrimonio, así como el significado de éstos en el marco de las condiciones sociales y económicas en las que viven, lo que incluye la crianza y la educación de los hijos, así como las relaciones intergeneracionales. Se muestra en este capítulo la coexistencia reflexionada, aunque ambivalente, de ideales de familia que corresponden a distintos modelos: premoderno o patriarcal clásico, moderno —basado en el amor romántico heterosexual— y posmoderno o fluido. Las mujeres se ilusionan con la idea de un amor confluente y una pareja igualitaria, pero con cautela y siempre anteponiendo valores propios del modelo de la domesticidad, como la responsabilidad compartida basada en la complementariedad entre los sexos. En un contexto económicamente incierto, su agencia se expresa en estrategias para mantener un equilibrio también inestable entre su deseo de autonomía y poder de decisión y la necesidad de negociar valores tradicionales con la familia extensa a cambio de solidaridad ante posibles eventualidades, lo que incluye también oscilaciones entre estilos distintos de maternidad y de crianza.

El capítulo cuarto, “La crisis de lo femenino y lo masculino como signo de un incierto cambio en el balance entre sexo y amor en la pareja”, indaga en experiencias, posiciones subjetivas, significados e identificaciones de las mujeres con los repertorios culturales existentes para ellas sobre la pareja y la sexualidad, poniendo énfasis en los aspectos relacionados con el deseo y el amor, la cooperación conyugal, las relaciones de poder y los ideales de femineidad y masculinidad. Se muestra en este capítulo un desplazamiento —aunque también cauteloso— respecto de la moral sexual tradicional diferenciada para hombres y mujeres y los ideales del amor romántico expresados en la entrega femenina a cambio de protección. Así, mientras la mayoría manifiesta recelo hacia la libertad sexual femenina y valora la fidelidad al esposo, aunque no haya reciprocidad, lo hace de manera reflexiva, sopesando las ventajas de mantener una “respetabilidad” con la que negociar el compromiso duradero de aquél,

frente a la incertidumbre que implicaría ejercer la misma libertad sexual, vista como opuesta al amor y al compromiso. Pero también al interior de la pareja conyugal se advierte un recelo de las mujeres a asumirse como sujetos sexuales, y una preferencia por el compañerismo y la solidaridad afectiva. Sin embargo, es en esta dimensión de análisis donde se encontraron las mayores diferencias entre grupos de mujeres, siendo aquellas con trabajos masculinizados las que más cuestionaron ese modelo y reivindicaron los deseos sexuales femeninos, dentro y fuera del matrimonio, e incluso con otras mujeres. Los posicionamientos de las mujeres sobre la sexualidad son más difíciles de interpretar desde una idea preestablecida de agencia, ya que involucran deseos inconscientes y temores no siempre explícitos, que pueden llevar a confundir una acción basada en el temor a asumirse como sujeto sexual, con una acción estratégica, como la renuncia al erotismo o a la libertad sexual a cambio de la estabilidad emocional o económica que otorga el compromiso del varón. No obstante, es posible pensar que en un contexto cultural aun poco favorable a la "revolución sexual", esa acción puede resultar una combinación de ambas cosas.

En el capítulo cinco se presentan las conclusiones generales del estudio, comenzando por un análisis de los principales hallazgos, en diálogo con la literatura sobre cambios y continuidades en los modelos de familia, pareja, posiciones femeninas y masculinas en perspectiva temporal, y continúa con una reflexión más teórica sobre la posibilidad de deshacer o modificar el género en el sentido de las desigualdades y violencias sociales que esta construcción social ha significado para las mujeres de sectores populares de la Ciudad de México, en particular, y para mujeres en condiciones comparables, en general. Se enfatiza la elaboración estratégica y reflexiva de ajustes y negociaciones que dan lugar a cambios en los balances de poder entre sujetos y entre posiciones subjetivas que afectan los modelos de familia, pareja, sexualidad y género, en sentidos no necesariamente lineales, pero que involucran agencia y procesos desiguales de des-tradicionalización. En las reflexiones finales se plantea la pregunta por la dirección que estos procesos adoptarían en relación con la posibilidad de cambios culturales que impliquen una menor desigualdad de género o incluso una desgenerización de la sociedad. Si bien este trabajo no puede responder tal pregunta, ofrece elementos para una reflexión sobre la relación entre subjetividades y cultura de género en clave sociológica, que da cuenta de procesos de subjetivación imposibles de producirse fuera de cierto tipo de lazo social, también sujeto a transformaciones. Lo que queda claro es que la agencia de las mujeres se ha ampliado de distintas maneras y esto sin duda producirá cambios en las relaciones de género, ya que implica expectativas, necesidades y

deseos transformados.

Queda por saber si esas transformaciones lograrán convertirse en reclamos de derechos o tenderán a la búsqueda de soluciones individuales. Ambos escenarios son posibles, pero la conversión de malestares y necesidades compartidas en un programa político de ampliación de derechos requerirá de discursos feministas progresistas capaces de sintonizar con esas necesidades y de evitar tanto las trampas de un posfeminismo individualista como las de un separatismo esencializante. Ninguno de ellos está bien dotado para reconocer y potenciar la agencia creativa de las mujeres en la lucha por cambiar de manera sustancial las complejas relaciones patriarcal-capitalistas que las limitan, pero donde también ejercen esa agencia.

1. AGENCIA Y SUBJETIVIDAD FEMENINA EN CONTEXTOS DE CAMBIO. ¿HACIA LA DESGENERIZACIÓN DE LA SOCIEDAD?

Como se señaló anteriormente, este trabajo parte de la premisa según la cual las fuerzas económicas, políticas y culturales del capitalismo tardío —que en países como México se traducen en mayor precarización laboral, incertidumbre económica y desprotección social— desestabilizan las formas anteriores de división sexual del trabajo y, por ende, los arreglos y las normas familiares tradicionales, produciendo transformaciones subjetivas que implican mayores grados de agencia para las mujeres y, a la vez, nuevas formas de opresión.

En esta línea, la investigación que se presenta tuvo como objetivo explorar esas transformaciones en mujeres trabajadoras con diferentes experiencias laborales y familiares en la Ciudad de México, a fin de comprender la complejidad de esos cambios en un grupo social particular para imaginar vías posibles de transformación cultural y social más amplia a partir de la agencia que esas subjetividades transformadas habilitan.

Como señaló Evans (2003), en la teoría sociológica y en la política en general, la agencia femenina siempre tendió a ser vista como reactiva (resistencia), o bien como protectora de espacios “femeninos” ante la dominación masculina, asociada ésta con una forma de orden basada en la conquista, el dominio del mundo y la acumulación de recursos de poder en los grupos dominantes. Si bien esta configuración del orden implicó la construcción de dos mundos separados: uno productor de la cultura objetiva y otro reproductor de una cultura subjetiva al servicio de la primera, sobre la base de una naturalización de la diferencia sexual, hoy en día, la sociología feminista debe salir de esta posición reactiva y aportar a la comprensión de las relaciones “reales” entre los sexos, las cuales cambian con las épocas y los grupos sociales. Similar postura expresa Halley (2006) cuando propone “tomarse un respiro” del feminismo de la subordinación, que borra la agencia, para poder ver otro tipo de arreglos entre lo femenino y lo masculino.

Como ya se adelantó, esta intención condujo a buscar una idea de agencia acorde a las prácticas situadas de las mujeres, vista no como capacidad de acción autónoma individual, libre e independiente, sino como una posibilidad derivada

—a su vez productora— de quiebres y desplazamientos en las disposiciones aprendidas de las generaciones anteriores y puestas a prueba en la práctica a lo largo de la vida y del tránsito por diferentes campos sociales. Una consecuencia fundamental de este proceder analítico es la puesta en cuestión de las construcciones sociales de género que asocian lo masculino con la eficacia, la agencia y la autoría, y lo femenino con la dependencia y la pasividad (Burin, 2007). Esto adquiere especial relevancia si el interés es estudiar cambios en las subjetividades femeninas cuando las mujeres salen del ámbito doméstico para desempeñarse en diversos tipos de actividad productiva ante la creciente dificultad de los hogares para sostenerse con un solo ingreso, situación exacerbada a partir de la década de 1990 en México, con la crisis del modelo de acumulación basado en la sustitución de importaciones, de los mecanismos de protección social y la instauración de políticas neoliberales.

La pregunta que dirigió inicialmente esta investigación fue: ¿qué elementos sociales e individuales facilitan la ruptura con disposiciones que en teoría perpetúan la dominación de género en mujeres de sectores sociales que aparecen como las más vulnerables a la manifestación más clara de esa dominación, esto es, mujeres de sectores socioeconómicos bajos?[1] Durante el análisis realizado en y después del trabajo de campo, y a la luz de nuevas lecturas, la pregunta sufrió una modificación aparentemente ligera pero crucial, al dirigirse a explorar más bien qué acciones y situaciones mostraban el carácter inestable y contingente de esas supuestas disposiciones sumisas a reproducir un orden de género persistente, pero también contingente.

Esta pregunta está relacionada con procesos de subjetivación que, si bien pueden observarse en historias particulares, al estar inmersos en entramados de relaciones sociales de poder que derivan de sistemas de jerarquización y clasificación social cambiantes, son producto y a la vez constructores y de-constructores de esas mismas relaciones y sistemas sociales. El supuesto es que, si bien es posible observar elementos que permiten hablar de un sistema de dominación masculina, éste es histórico y, por lo tanto, puede ser transformado. Las preguntas que surgen entonces son: ¿es posible deshacer el género como sistema de dominación?, y si lo es, ¿hasta qué punto?, ¿quiénes serían los agentes de ese cambio?, ¿bajo qué condiciones sociales se produciría?

No todas las cuestiones planteadas pueden ser respondidas por medio de los resultados de este estudio, aunque sí problematizadas. En conjunto, atañen a una preocupación central de la teoría sociológica feminista y de los estudios de

género que refiere a la posibilidad de desgenerizar las relaciones sociales (Lorber, 2011) o incluso poner fin al patriarcado (Walby, 2011) como sistema estructural de dominación. Podría pensarse, utilizando ideas de Archer (1997), que esto último es posible cuando ciertos cambios sociales a nivel estructural van en la misma dirección que los cambios en las ideas o los repertorios culturales, a su vez modificados a partir de la interacción entre actores sociales.

De ser así, es válido interrogarse por las condiciones de posibilidad de esa desgenerización en las sociedades del capitalismo tardío, donde las barreras entre lo doméstico y lo público (elemento clave del llamado sistema patriarcal) se erosionan, debido a la necesidad del mercado de contar con un universo ampliado de consumidores y, por lo tanto, con hogares de dos ingresos, ya sea porque uno solo no es suficiente para cubrir las necesidades del hogar, o porque las mujeres deben ser capaces de mantenerse y sostener a sus familias si se separan, en un contexto cultural “permisivo”, donde el modelo de familia nuclear tradicional duradera, con proveedor y cuidadora exclusivos, se desdibuja al legitimarse los divorcios, diversos tipos de familias y formas no binarias de identificación sexual (Evans, 2003).

¿QUÉ AGENCIA Y QUÉ ESTRUCTURAS?

Entre las corrientes del feminismo marxista y socialista se ha discutido —y se sigue discutiendo— si para deshacer el patriarcado es necesario acabar con el capitalismo, asumiendo que ambos se han convertido con el tiempo en un sistema unitario en el que las relaciones patriarcales se han vuelto necesarias, no sólo para la reproducción de la fuerza de trabajo, sino para la reproducción social en su conjunto, gracias a la facilidad con que permiten naturalizar relaciones de explotación (Arruzza, 2014; Cirillo, 2002), o si ambos sistemas, uno material y otro "meramente cultural" (Fraser, 2013) son independientes entre sí y no necesitan de la eliminación del otro para desaparecer.

Autoras como MacKinnon (1993; 2014), quizá la más influyente del llamado feminismo radical, defienden en cambio la idea de que la dominación masculina abarca todas las formas de opresión y debe ser el principal o único blanco de ataque de una política en favor de las mujeres. Para ella, la desigualdad sexual, como forma de organizar el deseo, es lo que estructura el todo social. Se trata de un sistema basado en la naturalización y legitimación de la violencia sexual de los hombres contra las mujeres que, desde las formas más extremas hasta las más cotidianas, erotiza la desigualdad de género como la principal fuente de opresión, subsumiendo en ella las desigualdades de clase y raza. En esta visión, las mujeres aparecen siempre como un grupo victimizado desde una lógica simple de poder, basada en la sexualidad, y sin un interés claro como grupo, además de ser protegidas de ese poder masculino omnipresente. Al asumir una imagen unidimensional de la mujer, definida por su posición en la relación universal victimario-víctima de violencia sexual, esta postura ignora la agencia efectiva de las mujeres, al tiempo que vuelve irrelevantes las formas multidimensionales de opresión que las afectan de manera diferenciada y cambiante a lo largo de la historia, produciendo a su vez cambios en sus relaciones, prácticas y posicionamientos.

Como sostiene Brown (1995), esta postura termina reflejando la imagen femenina elaborada por el discurso que dice combatir, es decir, el que define a las mujeres como objetos sexuales. Asimismo, ignora los cambios que el propio sistema social ha generado en las vidas y subjetividades de las mujeres, cambios

que muchas veces han respondido a la propia agencia política femenina. Para esta autora, la ansiedad producida por el declive de los canales políticos, que antes permitieron otras formas de lucha junto con la proliferación de la sexualidad en la modernidad tardía, es lo que explica la popularidad y el eco cultural que ha tenido este feminismo de la subordinación sexual (Brown, 1995). Otro tanto aporta la retórica emocional de indignación moral, tan acorde a la época, sobre el diálogo y la negociación razonada. Para Roudinesco (2006), la salida que apela al Estado como represor de la sexualidad masculina, considerada la fuente de toda violencia y opresión, obedece también a la necesidad de poner orden luego de la revolución sexual de la década de 1970 y del ataque a la familia burguesa, pero desde una posición infantil que demanda protección por parte de un amo poderoso (al que paradójicamente también se acusa de representar el poder masculino). Si el sujeto de esta demanda es una mujer víctima, siempre vulnerable, el reclamo será de protección, más que de emancipación.

Es por eso que la representación de la mujer como víctima de una violencia ejercida sobre ella por un poder externo o, al contrario, como la única responsable de su sometimiento, de modo que bastaría un acto de voluntad para cambiar la situación, es un ejemplo de la manera en que toda ontologización de la diferencia sexual hace posible la transmisión de la ideología sexista (Tubert, 1999), coincidiendo así con el discurso que pretende cuestionar.

Desde un feminismo marxista más elaborado, Lidia Cirillo (2002) critica de forma semejante el auge que ha tenido en algunos países de Europa el “pensamiento de la diferencia”, corriente influenciada por Luce Irigaray como principal exponente de un “psicoanalismo” que busca, en algún momento “pre-edípico” anterior a la sujeción, cierta esencia femenina. Para las diferencialistas radicales, el secreto de esta diferencia está en el cuerpo, en la morfología del sexo o en la relación con la madre. De allí surgen características “femeninas” como la función maternal, la cercanía con la naturaleza, un pensamiento fluido, una disposición a la paz, la intuición y el sentimiento, todas imágenes femeninas irónicamente elaboradas por el pensamiento masculino. Cuando esta posición se lleva a la lucha política, sostiene la autora, resulta peligrosa porque hace el juego al pensamiento conservador, que ante cada avanzada de las mujeres siempre ha reaccionado ensalzando su diferencia y hasta concediéndoles la superioridad (como madres).

Las visiones escencializantes implican un desconocimiento del poder adquirido

por las mujeres en sus luchas históricas por los derechos, en un mundo que, si bien es masculino, ofrece —voluntaria o involuntariamente— canales para exigir igualdad e inclusión de múltiples diferencias. Mientras tanto, sostiene la autora, los grupos masculinos más poderosos, los capitalistas, han ganado con la crisis del bienestar en detrimento de las conquistas que favorecían a las mujeres en algunos aspectos (y las perjudicaban en otros), agudizando su dependencia del vínculo conyugal en lo que se llama feminización de la pobreza, precarización, doble jornada, etcétera. Esto es algo diferente en el caso mexicano, ya que como lo expresaron las mujeres participantes en el estudio, si bien es cierto que la doble jornada aumenta sus cargas de trabajo, la posibilidad de ganar un ingreso, por insuficiente que éste sea, les permite cierta independencia dentro del vínculo conyugal y eventualmente la posibilidad de evitar la pobreza y la violencia.

Para Cirillo (2002), la lógica de la explotación capitalista determina las demás formas de dominación, por lo que sólo a través de las instituciones de la democracia burguesa —que también son masculinas— las luchas feministas, en alianza y en diálogo con las obreras, antirracistas y de otros tipos, podrán ejercer presión para lograr cambios sustantivos en el propio sistema. Para la autora, el reto es unir las identidades de género con las de clase y recuperar una memoria histórica de cosas que las mujeres han podido hacer y decir por sí mismas, en vez de verse siempre como “engañadas por las astucias del patriarcado”. Esto implica reconocer subjetividades múltiples y complejas, y un tipo de agencia condicionada por el momento histórico en el que se ejerce, pero actuante.

Sin embargo, la agencia no se reduce a formas de lucha política consciente en contra de estructuras duraderas de dominación. Se suele contraponer a este tipo de acción otra, que reproduce de manera inconsciente o pre-reflexiva esas estructuras y que se asocia con el concepto bourdiano de habitus. Sin embargo, como ya se adelantó, algunas autoras feministas problematizaron y reelaboraron este concepto a partir de la propia teoría de Bourdieu, para adaptarlo a los cambios observados en la modernidad tardía, especialmente en las identidades de género, dando como resultado una noción más flexible de habitus que permite comprender las transformaciones subjetivas que viven las mujeres cuando sus ámbitos de acción se amplían, generando procesos reflexivos que rompen con las disposiciones tradicionales aprendidas.

Así, para McNay (2000), es precisamente la diversidad de campos de acción, en especial el tránsito entre ellos, lo que vuelve al concepto de habitus de género algo más dinámico y contingente que lo que el propio Bourdieu estuvo dispuesto

a admitir cuando describió su funcionamiento, inspirado en un campo relativamente cerrado como el de la familia rural patriarcal. Para esta autora, es justamente su idea de campo y de razón práctica lo que permite pensar que el tipo de agencia reflexiva, que postulan las teorías de la des-tradicionalización al estilo de Giddens o Beck, no es exclusiva de las sociedades del capitalismo tardío, sino un fenómeno discontinuo, el cual implica procesos de re-estructuración del género con efectos desiguales.

Esto es así porque al estar vinculado a una noción de praxis, el habitus implica siempre un elemento interpretativo que permite al sujeto adaptarse al sentido de los distintos juegos en los que participa a lo largo del tiempo y en diferentes campos sociales, tránsito que se intensifica conforme la sociedad se vuelve más diferenciada y que se hace evidente cuando las mujeres entran en esferas tradicionalmente no femeninas. Pero la idea de agencia reflexiva así entendida tampoco coincide con la acción de individuos autónomos y autodeterminados, tal como son caracterizados en el pensamiento liberal, en los discursos progresistas de emancipación o incluso en las teorías de la modernidad reflexiva, incluyendo las del amor confluente y la familia democrática propuestas por Giddens (2012).

Lo que los individuos hacen tiene más sentido del que conocen, ya que muchos aspectos del comportamiento, incluido el de género, se aprenden en el cuerpo a través de una forma de mímesis práctica. La interdependencia entre el ser corporal y la agencia implicada en el concepto de habitus, que le permite a Bourdieu hablar de “libertades reguladas”, trasciende la oposición entre libertad y coerción, característica de una concepción liberal del sujeto (McNay, 2000), y habilita la consideración de formas negociadas de autonomía relativa, que derivan también de la inestabilidad constitutiva de las posiciones femenina y masculina para todos los sujetos. Esta inestabilidad se acentúa cuando los sujetos son obligados a reflexionar sobre sí mismos y a combinar la autovigilancia con la vigilancia de los otros en una suerte de “tercera naturaleza” (Wouters, 1998), como sucede en el capitalismo tardío, donde las fuentes de autoridad se desdibujan y multiplican, generando una ilusión de automodelaje consciente que es también una forma de autosujeción, al tiempo que abre vías para la negociación. Se trata de procesos dialécticos en los que lo material y lo simbólico se articulan para generar patrones variables de autonomía y dependencia (McNay, 2000).

Como ya se señaló, el concepto de habitus, que ha podido ser interpretado como

una disposición casi inamovible o sólo posible de transformar a partir de crisis externas al sujeto, también desde la teoría del propio Bourdieu puede implicar la posibilidad de cambio en la misma rutina cotidiana, gracias al sentido práctico que obliga a adaptaciones y ajustes conforme se atraviesan campos con lógicas diversas. Esto puede poner al descubierto el carácter arbitrario de relaciones hasta ese momento naturalizadas. De manera semejante, si se acepta la idea de hábito que propone Pierce (De Lauretis, 1992) como un proceso que envuelve emoción, esfuerzo muscular y mental, y algún tipo de representación conceptual (o autoanálisis), un "cambio de hábito" permitiría a sus sujetos interpretaciones que dan lugar a una "modificación de la conciencia".

Como sugiere Butler (2016), en un argumento que no se opone a esa idea, pero que parte de una preocupación más fuerte por las condiciones de posibilidad de ruptura con las normas, es el carácter inestable de éstas lo que hace que el género sea fluido y necesite ser performado para convertirse en una realidad. "Hacer género", entonces, describe las prácticas y los procesos que dan forma a la manera en que las organizaciones funcionan y las personas se relacionan, pero es en el mismo acto en que el género es performado donde aparece la posibilidad de desestabilizarlo, cambiando sus sentidos. El género es la estilización repetida del cuerpo dentro de un marco regulador muy estricto que se inmoviliza con el tiempo para crear la apariencia de sustancia y de "ontologías contingentes" (Butler, 2016). Sin embargo, el precepto de ser un género produce necesariamente fracasos, porque opera mediante "rutas discursivas" históricas y, por lo tanto, modificables, como la de ser buena madre, ser un objeto heterosexualmente deseable, ser una trabajadora competente, etcétera (Burgos, 2012). Esto implica también cuestionar la idea de que existe un patriarcado o un sistema de dominación masculina universal y ahistórico. Por el contrario, existen regímenes de género cambiantes, dependiendo del contexto histórico social y, por lo tanto, formas diversas en las que hombres y mujeres con diferentes posiciones de sujeto son afectados y negocian con ellos (Kandiyoti, 1988).

En esta línea, Mahmood (2005) plantea que las formas en que las personas interpretan los acontecimientos como liberadores u opresivos varían de formas impredecibles en función de la forma en que sus deseos fueron culturalmente construidos. Así, para esta autora, la libertad individual como ideal político no puede agotar ni siquiera los deseos de quienes viven en sociedades liberales, lo que lleva a cuestionar las condiciones bajo las cuales emergen las distintas formas de deseo, incluyendo las que resultan de la subordinación a una variedad de objetivos (Mahmood, 2005). En ese sentido, es preciso analizar los contextos

sociales y culturales en los que las mujeres ejercen su agencia y construyen sus deseos e ideales, sin olvidar que distintos medios culturales transmiten discursos reactivos a las transgresiones a los estándares de género tradicionales, como ocurre con frecuencia, como ya se mencionó, cuando una renovada idealización de la maternidad se presenta como reacción ante señales de autonomía o emancipación de las mujeres.

Los deseos así construidos y reconstruidos suelen derivar en acciones de autoconducción y en prácticas que tienen efectos ambivalentes, donde la sujeción se combina con distintos grados de libertad, dependiendo de la particular articulación de posiciones de clase, género, etnia, edad, etcétera, de cada sujeto, en una sociedad determinada. Mahmood muestra que hasta los deseos y las emociones se pueden crear mediante la autodisciplina, pero siempre dentro de un discurso específico (en su caso la religiosidad islámica; en el nuestro, quizá, la economía del "entusiasmo" o la necesidad de "echarle ganas" ante la precariedad). Lo importante es que el cambio ocurre en el mismo proceso de performatividad y de maneras conscientes, no por azar. El sujeto se autodisciplina siguiendo sus deseos y también adaptándolos a un mundo cultural que le da sentido a la vez que le permite transformarlo. No hay un sujeto libre anterior a la sujeción, sino que es construido como sujeto en esa misma sujeción.

Es clave entender entonces cómo ocurre el proceso de subjetivación y su paradoja: las mismas leyes y normas que limitan al sujeto le habilitan una existencia y, por lo tanto, la posibilidad de agencia, pero ésta no es "autónoma" sino condicionada. La agencia ocurre en el cuerpo que resiste, se disciplina y autodisciplina, se performa o se sustrae a las normas. Al alejarse de las formas aprendidas de performar el género, las mujeres desestabilizan esas normas, demostrando su naturaleza inestable, ya que el hecho de que se aprendan en un proceso de "mímesis práctica" (Lovell, 2000) demuestra su carácter no natural. Esto se hace evidente, por ejemplo, en la dificultad que tiene todo sujeto para encarnar las identidades de género en la primera infancia y, para muchos, también en la adultez. La dificultad para encarnar normas de género naturalizadas, como ya se señaló, se incrementa cuando los sujetos, en este caso las mujeres, se ven obligadas a transitar entre campos sociales con exigencias contradictorias. Así, como reproductoras del capital simbólico familiar, pueden estar interesadas en mantener el orden patriarcal que garantiza su propia subsistencia y la de sus hijos, pero como agentes que acumulan capitales en otros campos, pueden seguir lógicas incluso opuestas a esa misma reproducción (Lovell, 2000).

En algunas circunstancias, mantener el orden o “desconocer” la dominación puede formar parte de los deseos, el interés práctico o la agencia estratégica de una mujer (Mahmood, 2005), pero incluso esto puede hacerse reproduciendo el sistema de normas o produciendo cambios en ellas. En otras circunstancias, un desajuste entre las posiciones sociales y las disposiciones del habitus en un campo determinado puede llevar a procesos reflexivos que producen cambios y rupturas en el mismo habitus.

Los ideales culturales son cuestionados cuando hay una disonancia cognitiva ligada a un conflicto que se vive de forma emocional y, por ende, corporal. De este modo, las rupturas o apropiaciones modificadas del sentido común de una época, clase o generación, se producen por la simple necesidad de los individuos de tomar decisiones o “tener que hacer” frente a las posibilidades. Este hacer es material, mundano, carnal y existencial, pero tiene que negociar con la función de los “ideales” (Nancy, 2002). Así, este tipo de agencia reflexiva, condicionada y también deseante, está motivada por la necesidad y la angustia ante las limitaciones, pero también por una energía afirmativa que impulsa a decidir y a tomar riesgos. En esta apertura a lo contingente hay pasividad y actividad al mismo tiempo, fuerzas aparentemente opuestas y culturalmente asociadas con lo femenino y lo masculino, respectivamente.

La forma singular de experimentar esa apertura y ese ejercicio situado de agencia lleva a identificar variaciones en un mismo proceso de cambio subjetivo, que en este estudio juzgamos relevante observar a partir de las distintas experiencias de trabajo remunerado de las mujeres. Cuando ellas reconocen en sí mismas y en otras mujeres las fuerzas que las impulsan a tomar riesgos, a no “agacharse”, a defender tiempos y recursos ganados, a hacer frente a situaciones de precariedad, a “buscarle”, a crear cosas nuevas y desafiantes en vez de repetir lo conocido, a acumular logros, a gozar de la fuerza y la capacidad de transformar un material en un producto útil o estético; en suma, cuando salen del lugar de pasividad y dependencia tradicionalmente asignado por la cultura a su género, se preguntan si esta fuerza las hace masculinas o viriles (como se verá en los capítulos que siguen) y es allí donde deben negociar con los ideales de género aprendidos. Tanto las decisiones que las llevan a cambiar la forma de relacionarse con la pareja y la familia como las respuestas tentativas a la pregunta por la supuesta virilidad de las fuerzas y los deseos que las animan a hacerlo forman parte de un proceso por el que las normas de género tal y como fueron aprendidas por ellas, son desestabilizadas, al menos en el ámbito de la subjetividad y de la interacción. Es de esperar que esa desestabilización también

ocurra a nivel de los repertorios culturales predominantes en la sociedad, si consideramos, junto con Butler, que las normas necesitan ser performadas una y otra vez a fin de perpetuarse, debido a su carácter falible.

EL DEBATE SOBRE LA DESGENERIZACIÓN

Sin embargo, para hablar de una transformación más profunda de la sociedad en términos de desgenerización o de una mayor igualdad o incluso irrelevancia del género, debe haber una coincidencia de cambios a nivel cultural y cambios a nivel estructural. Los cambios en el nivel de la interacción pueden producir cambios en el sistema cultural en un momento posterior, pero éstos a su vez deben coincidir con transformaciones a nivel estructural que impliquen una modificación de la distribución de recursos y de poder (Archer, 1997).

Como ya se dijo, el alcance de este trabajo no permite predecir un cambio de esa naturaleza, pero sí ofrecer pistas para pensar en la presencia de una desestabilización irreversible de las normas de género a nivel microsocial, que de manera eventual tendría consecuencias a nivel estructural. Esto es porque se observa un cambio subjetivo provocado por las necesidades y también por los deseos y la identificación con ideales, que implica un tipo de agencia reflexiva, a veces estratégica, a veces habitual e inconsciente, lo cual permite a las mujeres autoconducirse de formas más o menos alejadas de las tradiciones, negociando con ellas e incorporando el riesgo; es decir, las normas no sólo se rompen a nivel simbólico, sino sobre todo a nivel material y corporal, ya que el sujeto, si bien tiende a reproducir relaciones de poder naturalizadas que forman parte de su hexis corporal y de identidades y formas dóxicas de percepción (Bourdieu, 2000), también actúa en función de la experiencia y de las capacidades anticipatorias que le exige el tránsito por distintos campos sociales a lo largo del tiempo, lo que implica una construcción cognitiva e interpretativa. La propia teoría de Bourdieu —más allá de la forma en que caracterizó la “dominación masculina”— habilita esta posibilidad a través de su idea de “libertades reguladas” y de sentido práctico, que es una habilidad para “sentir” el juego, aunque no se conozcan claramente sus principios (McNay, 2000).

El sentido y la perdurabilidad de un cambio más general dependerá entonces de la fuerza relativa que tengan las transformaciones mencionadas respecto de poderes materiales y simbólicos más amplios, pero también de inercias en las propias disposiciones subjetivas. Existen en la agencia individual capas de mayor y menor conciencia y reflexividad, y entre ellas no hay siempre

continuidad. Dentro de las capas más “profundas”, McNay (2000) ubica los sentimientos maternos (disposición corporal al cuidado) y los deseos sexuales, que suponen lo que Bourdieu llamaría “inercias” y Elias “rezagos”, respecto de las condiciones que hicieron necesarias esas disposiciones y formas de interacción, aunque dichas condiciones hayan desaparecido. En este sentido, el género como desigualdad naturalizada es fácilmente transponible a otras relaciones (económicas), por lo que resulta difícil de desmantelar (por ejemplo, la feminización y masculinización del trabajo y el valor social de las personas a partir de ideales de género, como la capacidad de un hombre de ser proveedor y “pagar” los servicios de una mujer).

Todos los campos (en nuestro caso el del trabajo y el de la familia) están subordinados a la lógica de la acumulación capitalista, pero tienen gramáticas propias. Las transformaciones socioeconómicas de las últimas décadas hicieron que las mujeres pasaran de ser objetos (que portan capital simbólico al hogar) a sujetos que acumulan capital económico y social en otros campos. Estas lógicas contradictorias entre sí producen conflictos subjetivos que se traducen en cambios en la interacción y, posteriormente, en las normas aprendidas. Cuando el poder está más difuminado, como ocurre hoy en día, necesita múltiples vías de legitimación y, por ende, la dominación simbólica puede volverse más insidiosa y efectiva (por ejemplo, al impulsar a los sujetos a una entusiasta autoexplotación), pero el conflicto entre campos se potencia, incrementando la posibilidad de “apropiaciones modificadas” e incluso subversivas (por ejemplo, la idea cada vez más seductora entre algunos grupos sociales de la autonomización o de la deserción de las lógicas del mercado capitalista). Puede predominar en los sujetos un deseo de adaptación, pero conforme las exigencias de los distintos campos se vuelven conflictivas entre sí, hay espacio para una “reapropiación subversiva” o más modestamente “modificada”.

Cuando las mujeres se ven obligadas a salir de la pasividad prescrita, debido a necesidades materiales transformadas y a sus propios deseos de supervivencia o de bienestar, ejercen sobre sus cuerpos una disciplina consciente que eventualmente las lleva a cuestionar los ideales dominantes sobre lo que es una “buena mujer”, ya que entran en contradicción con sus experiencias y con una necesidad de reconocimiento social basada en criterios diferentes. Del anudamiento entre la necesidad de enfrentar condiciones adversas y el deseo de superación emerge una agencia condicionada, pero con mayores márgenes de libertad, que se despliega en el tiempo y adquiere diferentes modalidades (más estratégica, más habitual, más práctica), según los distintos momentos.

El proceso da cuenta de un cambio subjetivo con consecuencias materiales y simbólicas, una distribución diferente de recursos y de poder, y nuevas formas de ser reconocibles como mujeres, que a su vez legitiman y refuerzan decisiones tomadas en distintos ámbitos, como no dejar el trabajo remunerado por nada, planear la familia, negociar el uso del tiempo y de los recursos, separarse o negociar con la pareja y la familia, "reeducar" al marido, desconocer la autoridad del sentido común tradicional, entre otras formas de ejercicio de agencia.

Con todo, las inercias son profundas. Para Bourdieu sigue vigente una libido dominante masculina que excluye lo femenino y se manifiesta en la persistencia de desigualdades en todos los campos (laboral, educativo, de poder, etcétera). Para él, la visión falonarcisista del mundo es una fuerza primaria tan determinante e invariante, que sólo se puede cambiar mediante una transformación radical de la sociedad (ya que es solidaria con la reproducción social del orden) y no mediante pequeñas desestabilizaciones. Si bien las posiciones femenina y masculina son inestables y difíciles de encarnar por sujetos sexuados concretos —lo que muestra el carácter no natural de la norma —, esto no puede ser investido de fuerza política de forma clara, porque el propio capitalismo mercantiliza las nuevas formas de ser hombre, mujer o de género fluido. En las mujeres que participaron en este estudio es clara la tensión entre modelos de femineidad propuestos por la familia tradicional, el mercado laboral, etcétera, contrabalanceadas por la fetichización de las identidades de género que proponen los medios y el mercado de la imagen. La multiplicidad de identidades en el capitalismo tardío no tiene una traducción clara al campo político, si no se reflexiona sobre la configuración de las relaciones de poder entre diferentes campos sociales.

Para Bourdieu, la familia es uno de esos íconos poderosos de naturalización de lo social (vía emociones) que juega un papel en la reproducción de privilegios económicos a través de capitales materiales y simbólicos. Ejemplo de ello es la jovencita que desea reivindicar a su familia a través de la movilidad social, como plantea McRobbie (2016). El trabajo emocional que implica y genera cohesión familiar —normalmente asignado a las mujeres— contrarresta la anomia del mercado y la competencia por el poder. La familia es una institución contradictoria, ya que los lazos afectivos que implica a veces van en contra de los intereses instrumentales de los actores y otras, a su favor. No es autónoma, pero tampoco totalmente funcional al sistema, por lo que estas contradicciones pueden generar agencia para las mujeres, cuando cumplen otros papeles en el mercado y pueden negociar posiciones en la familia.

El distanciamiento que provoca el conflicto entre distintos “deber ser” de las mujeres es fuente de reflexividad y potencial desestabilización. Sin embargo, para operar un cambio más profundo se requiere de canales efectivos de transmisión política de las nuevas demandas y necesidades. Si bien lo emocional irrumpe hoy en día en la esfera pública, desestabilizando formas convencionales de reclamo de derechos, hasta ahora no ha tenido efectos muy críticos en cuanto a desigualdades materiales, probablemente, porque tiende a moverse dentro del registro de lo particular (amor, reciprocidad, justeza) y no de la justicia, que requiere abstracción y potencial universalizador. Las emociones en el reclamo de justeza, de reconocimiento o de pago de una deuda inconmensurable son huellas de lo particular en tensión permanente con esa exigencia de universalidad que propone el sistema para procesar demandas de justicia (Boltanski, 1990). Se retomará esta discusión en el capítulo final.

Las transformaciones observadas en los papeles y posicionamientos de género en la época actual han propiciado intensos debates difíciles de resolver: ¿estamos ante una desgenerización de la cultura? (nombrada de diversas maneras, desde “igualdad entre los sexos” hasta “androginia social” o “des-diferenciación de género”) o ¿lo que más bien se registra es un reforzamiento (aunque velado) del binarismo de género que sería funcional al orden social capitalista? ¿Se podría pensar que los cambios en las relaciones y normas de género a nivel de la interacción reflejan cambios estructurales más amplios o pueden eventualmente producirlos? De ser así, ¿estos cambios serían estructurales? O, más bien, ¿mostrarían la capacidad de adaptación cultural del mismo sistema capitalista ante sus propias crisis, al aceptar y promover estilos de consumo más variados supuestamente elegidos de forma libre por sujetos reflexivos que construyen identidades diversas?

La fuerte resistencia que se observa hoy en día a desgenerizar el trabajo de cuidados, por un lado, y el poder global, por otro, así como los obstáculos que impiden la igualdad real en la participación en el mundo público, doméstico y privado de hombres y mujeres, y la posibilidad de que familias diversas críen y eduquen hijos, pueden ser indicadores de que el sistema de género, por medio de la naturalización del modelo de la familia heterosexual, aún aporta importantes dividendos a la reproducción de la sociedad global actual. Para la política feminista, la discusión se traduce en saber si se trata de resistencias ancladas en una necesidad estructural, lo que implicaría una dificultad mayor para su transformación, o bien de “rémoras” culturales de un sistema ya agotado, fácilmente desmontable mediante la puesta en evidencia de su carácter arbitrario,

por ejemplo, cuestionando el binarismo que subyace tras toda la construcción de género.

Como se señaló antes, las relaciones patriarcales y capitalistas no son monolíticas, sino que están sujetas a luchas sociales y a cambios sistémicos que las obligan a transformarse aun siendo reconocibles a lo largo del tiempo. La movilidad de los actores entre distintos campos sociales reproduce, pero también transforma, sus reglas del juego a partir de cambios subjetivos que a su vez pueden provocar cambios culturales más amplios. Buena parte de los movimientos feministas actuales están eligiendo como blanco de sus luchas tanto al patriarcado como al capitalismo, combinación que ha producido, entre otras cosas, lo que suele definirse como “crisis de los cuidados”, aunque trasciende la actividad concreta, al amenazar la misma posibilidad de la reproducción social. Esta amenaza pone en cuestión las formas en que ha sido organizada la reproducción en las distintas etapas del sistema capitalista: desde los “mundos separados” en el capitalismo industrial, el “salario familiar” en el modelo del bienestar, hasta el “doble ingreso” del posfordismo flexible (Fraser, 2013), todas ellas definidas con base en modelos ideales de familia y, por tanto, de relaciones de género.

Un ejemplo de las transformaciones subjetivas producidas por esta crisis de reproducción social es la distribución desigual (y azarosa) de la exposición al riesgo que implican las nuevas formas de endeudamiento en el capitalismo “financiarizado” (Adkins, 2015). Esta exposición propicia en las mujeres el desarrollo de habilidades de cálculo que implican nuevas formas de agencia, al tiempo que refuerza la búsqueda individual de solución a las necesidades familiares. Desde que el mercado genera la necesidad de contar con hogares de doble ingreso, cada vez son más las mujeres que participan en distintos mecanismos de crédito ante la insuficiencia del salario. La financiarización, entonces, no sólo afecta a los grandes mercados que definen los destinos de las economías nacionales, sino que permea hasta los ámbitos más íntimos, al premiar en los sujetos disposiciones que los convierten en “ciudadanos especuladores” (Adkins, 2015). Se trata de una forma de sometimiento al mercado del endeudamiento que queda encubierta bajo una apariencia de libertad para “aprovechar” las posibilidades que ofrece el ingreso de ser invertido de formas creativas.

Además, como señala McRobbie (2009), el tipo de mercado laboral posfordista favorece un estilo de trabajo “femenino”, flexible, con énfasis en la autogestión

familiar y en los negocios por cuenta propia, emprendimientos en que las mujeres resultan mucho más explotadas que en trabajos donde tienen sindicatos y leyes laborales que las defienden. Esta economía de "redes de sociabilidad femenina" o de "socialidades postocupacionales", para McRobbie (2009), favorecería la dominación masculina, si se acepta la idea según la cual el capitalismo y el patriarcado constituyen un sistema unitario. Si es así, la crisis de reproducción social también abriría la posibilidad de pensar en formas alternativas de producción, distribución y resolución de necesidades, no necesaria, ni quizá posible, ni deseablemente mercantilizadas en su totalidad. La capacidad de "hacer rendir los recursos", hoy en día premiada por el mercado, está desigualmente distribuida por clase, género y disposiciones particulares, tanto puede aplicarse a la especulación financiera como a las estrategias para hacer rendir el dinero de formas diversas, algo que las mujeres participantes de este estudio documentaron ampliamente al reconocerse mejor dotadas que sus compañeros varones para lidiar con la incertidumbre económica de maneras creativas y flexibles, casi siempre heredadas de madres "luchonas". Pero esas estrategias no se basan sólo en formas individualizadas de hacer rendir los recursos escasos, sino también en acciones informales para conseguir solidaridad y cooperación, generalmente de otras mujeres, familiares y parientes, y cada vez más también de sus parejas. No se trata entonces de capacidades "naturales", sino de cierto ethos heredado, que las vuelve más capaces que los varones de su grupo de lidiar con la incertidumbre material y emocional que genera esta economía flexible y financiarizada, la cual —lo más importante para esta investigación— trasciende las supuestas disposiciones femeninas asociadas con lo materno, como la pasividad, la suavidad, la empatía, etcétera y, al mismo tiempo, a mujeres con habilidades de cálculo, planeación estratégica de iniciativas de negocios, formación y mantenimiento de redes, etcétera.

Asimismo, sin embargo, los mismos repertorios culturales de género permiten a las mujeres no derivar su valor social sólo del éxito económico y, por ende, les dan la flexibilidad necesaria para hacer rendir el ingreso sin menoscabo de su valorización central como madres de familia. En cambio, los repertorios de género crean en los varones grandes problemas para construir una masculinidad socialmente valorada sin el poder de proveer seguridad a la familia de forma exclusiva. Dependiendo de sus recursos culturales y subjetivos, esta situación lleva a muchos a enfrentar dos alternativas: o huir de la confrontación directa con la demanda de la familia y de la pareja de cumplir con responsabilidades que cada vez se sienten menos capaces de cumplir (típicamente mediante la búsqueda de otras mujeres, de las adicciones, del ejercicio de la violencia, de la

depresión o incluso de una mezcla de cinismo y pereza que muchas mujeres participantes llamaron “conchudez”), o bien intentar nuevas —aunque inciertas — vías de acceso a la masculinidad.

Esta posibilidad involucra sin duda sus relaciones con las mujeres, y ellas pueden, como se verá, utilizar de diferentes maneras su poder relativo, tanto hacia la pareja como hacia sus hijos varones. Queda claro con todo este desarrollo que ya no es posible hablar del modelo de mujer moral y económicamente dependiente —si alguna vez lo fue—, sometida a un hombre que basa su autoridad absoluta en su capacidad de sostener a la familia, sino que existen formas híbridas y cambiantes de relación entre los géneros que dependen de circunstancias materiales y culturales también cambiantes. De ahí que la discusión sobre las bases materiales de la cultura contemporánea y sobre las tensiones entre el individualismo y los proyectos colectivos cobre renovado auge en los estudios de género, en articulación con las luchas feministas actuales.

En consecuencia, es posible pensar en “deshacer el género” mediante la aceptación de que ninguna naturaleza justifica la división sexual del trabajo ni la existencia de dos géneros basados en el sexo biológico, ideas que las mujeres de este estudio comienzan a aceptar. Sin embargo, esta aceptación se mostraría como una simulación y sería inoperante en términos de transformación social si no se acompaña de cambios materiales acordes con ella. Igual de inoperante sería adjudicar toda resistencia al cambio a la persistencia de una “falsa conciencia” o ideología patriarcal recalcitrante e inmune a cualquier transformación material y social a lo largo de la historia. Es necesario entonces ubicar a “los actores” en un entramado complejo de lazos sociales, interpretables por ellos y ellas mediante repertorios culturales que eligen, al mismo tiempo que les son dados, para justificar sus acciones, pero que, por ser históricos, también cambian.

Los repertorios culturales que los sujetos tienen a la mano para identificarse y guiar su conducta en distintos campos sociales se articulan con estructuras socioeconómicas que implican mayores niveles de integración social entre individuos y grupos cada vez más diversos, y cada vez más independientes e interdependientes. Como propuso Norbert Elias (1994), cada etapa civilizatoria (o des-civilizatoria) plantea el desafío de establecer modelos de comportamiento individual que respondan a la necesidad de establecer cierto equilibrio en tres balances: el balance de poder, el balance entre “el yo y el nosotros” y el balance entre las fuentes externas e internas de regulación de la conducta. La historia

moderna ha registrado un proceso de creciente individualización, paralelo a un proceso de integración social cada vez más global, que requiere diferentes mecanismos de control y autocontrol de impulsos y emociones. Estos se ofrecen como modelo para toda la sociedad a partir de los ideales de los grupos sociales hegemónicos que se transmiten por diferentes medios culturales, como la literatura, los manuales de buenas costumbres y de consejos para el éxito social, y actualmente los medios masivos, las redes sociales, los gurús de todo tipo y los profesionales de la consejería, autoayuda, salud, sexología, etcétera.

En suma, es posible observar que los cambios estructurales y culturales descritos promueven la conformación de nuevas subjetividades basadas en una mayor agencia reflexiva, autocontención, adaptabilidad, flexibilidad y cálculo por parte de los sujetos, lo cual afecta de manera crucial la forma en que se entienden las diferencias de género. Los papeles tradicionales basados en supuestas disposiciones naturales se trastocan de forma irreversible, provocando cambios en los campos de acción donde hombres y mujeres interactúan, pero también modifican a la larga los marcos normativos y los repertorios culturales con los que las propias subjetividades se construyen.

LA FAMILIA Y EL TRABAJO COMO ESPACIOS MEDIADORES ENTRE LAS SUBJETIVIDADES Y LA CULTURA DE GÉNERO

La familia ha sido y es una de las principales fuentes de socialización, cuidados y transmisión de normas y pautas de comportamiento, así como de control social, por lo que puede ser considerada una institución “reductora de contingencia”, tanto para sus miembros como para la sociedad. Por ello, distintos modelos de familia se han sucedido conforme la estructura social se fue transformando. Es una institución en la que es posible observar relaciones cambiantes entre los géneros y las generaciones, así como con el entorno social.

En cuanto a la pareja y la familia, Wouters (2017) tradujo los tres balances propuestos por Elias a la dinámica sexo-amor que está socialmente construida según dinámicas de poder, la cual ofrece repertorios de identificación y acción distintos por género, clase social y generación. En el campo de la pareja y la sexualidad, la principal transformación histórica se relaciona con la paulatina liberación de los controles sexuales basados en la obediencia a reglas de parentesco y estatus social familiar —por lo tanto, a las normas morales tradicionales impuestas por generaciones anteriores— hacia formas más individualizadas de elección, basadas en el amor y la atracción sexual. Esto ha sido producto de oleadas sucesivas de transformaciones sociales, económicas y tecnológicas, como la ampliación de la educación y de los mercados de trabajo para las mujeres y los varones, así como el ideal del amor romántico y, posteriormente, la tecnología anticonceptiva, que permitió a las mujeres separar la sexualidad de la reproducción.

El principal cambio subjetivo que esto implica es la erosión de la identificación de la mujer con un objeto sexual pasivo y del hombre con un sujeto sexual activo, que ha llevado a establecer una dicotomía entre sexo y amor, donde lo masculino se caracterizaría por la búsqueda constante por demostrar y ejercer potencia sexual, y lo femenino, por la búsqueda de relaciones duraderas que en el modelo del amor romántico se traduce en “ser amada” a cambio de entrega y abnegación, así como de la negación de sí como sujeto sexual con el mismo derecho a la libertad en este ámbito. Para Wouters (2004), la liberación del control ejercido por las generaciones anteriores sobre los jóvenes en el terreno

sexual no siempre ha coincidido con la liberación de las mujeres del control ejercido por los varones. Esto implica que los cambios en las prácticas sexuales no necesariamente suponen una transformación de las relaciones de poder entre los géneros. Sin embargo, los cuestionamientos a la doble moral sexual y a la división sexual del trabajo basados en un supuesto esencialismo de género son evidentes en casi todas partes, aunque con distintos énfasis: por medio de la crítica al binarismo y la defensa de la fluidez de las identidades sexuales y genéricas, mediante la preservación del valor de la diferencia sexual en la constitución de los sujetos, pero demandando igualdad de derechos, o a través de la defensa de diferencias éticas y culturales que no se pueden erradicar entre un mundo femenino y otro masculino, entre otras posibilidades.

Actualmente se habla de una supuesta “feminización de la cultura”, idea que no es nueva, pero adquiere relevancia en las sociedades contemporáneas. En su relación con el sistema económico, se la asocia con los mercados laborales característicos de una “economía emocional”, de servicios, del “entusiasmo” de la creatividad y la estética, y con los mercados de consumo dominados por la imagen, la estética y el placer. Estos mercados premiarían habilidades tradicionalmente asociadas con lo femenino, como la amabilidad, la buena presencia, la seducción, la empatía, la comunicación y la disposición a agradar, en el caso de actividades dedicadas a los servicios personales; o la disciplina, la docilidad, la meticulosidad y la habilidad motora fina, en el caso de actividades vinculadas con ciertas ramas de la industria. Asimismo, como algunas autoras feministas han planteado, el mercado y el poder globales siguen estando dominados por lógicas generizadas asociadas con lo masculino, como la masividad, la acumulación, la competencia, la violencia y el poder, independientemente del sexo de quien ocupe posiciones jerárquicas en tales ámbitos.

Es necesario considerar que la “cautela reflexiva”, la amabilidad y la empatía que caracterizaría a los sujetos posmodernos o “gubernamentales”, obligados a mayores, más variadas y cambiantes interacciones, siempre fueron parte de un habitus “femenino” que hoy en día parecería extenderse a todos. Según Hochschild, Russell y Machung (1989), cuando la supervivencia depende de la relación con alguien más se desarrolla el “oído fino” a las emociones propias y ajenas. Ese “oído fino” o cautela reflexiva puede ser una marca de sujeción, al mismo tiempo que de agencia. Que las mujeres lo practiquen con más “soltura”, mientras los hombres hoy en día lo deben aprender, no significa que sea un atributo natural, sino que es producto de las condiciones sociales históricas y de

un hábito desarrollado en las mismas, ya que la dominación masculina como tipo ideal ofrece también “vías para el goce” (Godoy-Hellwig, 2015), que se pueden transformar conforme el orden cambia.

En lo que atañe a la familia, la “feminización” suele asociarse con relaciones democráticas basadas en el afecto y el respeto a los derechos y las libertades de todos sus miembros, y con un “individualismo cooperativo” (Honneth citado por McNay, 2015) que ofrece contención afectiva y potenciadora de autonomía en un mundo mercantilizado y burocratizado. En la pareja, la supuesta feminización se traduciría en una “destitución de lo masculino” y en un cambio en las relaciones erótico-afectivas debido a un mayor interés de ambos sexos por la vida íntima, las emociones, los afectos, la singularidad del sujeto en el amor y, de manera emblemática, la dependencia, algo que se asumía como propio de lo femenino (o de las mujeres); al mismo tiempo la sexualidad para muchas de ellas se libera de su atadura con la reproducción y con el amor romántico monogámico, duradero, complementario, propio del modelo burgués de familia. Se habla también de un amor “confluente” y de una “relación pura” (Giddens, 2012) basada en el mutuo amor y el placer, y por ello es más incierta en cuanto a durabilidad.

Esos cambios permiten hablar de la emergencia de un modelo basado en una mayor simetría de poder y en relaciones de género más igualitarias, fundamentadas en el borramiento de diferencias naturalizadas y en el abandono de identificaciones, normas y estereotipos rígidos sobre lo femenino y lo masculino. Aunque parece aplicarse sólo a las sociedades liberales y a una población relativamente pequeña en el mundo, en los hechos, este modelo se ha convertido en un ideal cultural para la mayoría de las sociedades contemporáneas.

En México, los acelerados procesos de cambio que implicaron la industrialización y la urbanización de principios del siglo XX sometieron a las familias a presiones contradictorias. Como señala Rojas (2016), si la inercia de los patrones culturales tradicionales y las pautas de fecundidad rural en la ciudad empujaron hacia el mantenimiento de la mujer en el hogar y la asignación del papel de proveedor a los varones, por otro lado, el intenso crecimiento de las ciudades, sumado a las subsiguientes crisis económicas, generó contextos de pobreza que, junto con el incremento en los niveles de escolaridad femenina y el descenso de la fecundidad, llevó a un aumento en la tasa de participación de las mujeres en el mercado laboral. Todo ello aumentó el número de familias con

doble ingreso, en las que se flexibilizaron los modelos tradicionales de autoridad y de división del trabajo. Además, al aumentar los divorcios y las separaciones, muchas mujeres se convirtieron en jefas de familia y proveedoras del hogar (Rojas, 2016). Estos procesos erosionaron la influencia de los parientes en las decisiones de la pareja y de sus miembros, sin que desaparezcan del todo, como se verá a lo largo del texto.

El supuesto de esta investigación es, de nuevo, que los fenómenos descritos provocan cambios en la subjetividad. Así, el sentido común, a partir de lo que llamamos repertorios culturales (que pueden ser nombrados en distintas teorías como "subjetivadores" o "dispositivos"), tiene consecuencias en el mundo práctico y en las formas en que los actores "interpretan el ámbito en el que están situados" (Latour, 2008) y actúan.

Uno de los repertorios o "subjetivadores" centrales, que sirve de modelo a otros sistemas de clasificación y naturalización de las desigualdades (Bourdieu, 2000), es el que ofrece a los sujetos ideales de femineidad y de masculinidad, siempre atravesados por la clase social, la racialización y otras formas de clasificación social. Esto es visible, por ejemplo, cuando las mujeres de sectores populares no invierten exclusivamente en una "femineidad respetable" de clase media basada en el matrimonio y la maternidad (McRobbie, 2004), sino en fuentes alternativas de reconocimiento social como el trabajo remunerado y, en nuestro caso, el trabajo en ámbitos que nuestra sociedad considera masculinos.

Asimismo, como ya se adelantó, interesan en especial los repertorios que la cultura ofrece a hombres y mujeres para identificarse con vías "femeninas" y "masculinas" de subjetivación y para actuar en consecuencia en el ámbito de la pareja y la familia, cuando se producen cambios como la transformación de la estructura productiva con la consecuente modernización y urbanización de la sociedad, las crisis económicas con su impacto en los mercados laborales y de consumo, y el acceso de las mujeres a mayores oportunidades educativas y laborales, incluyendo su incursión en espacios no tradicionales.

Esos repertorios culturales acusan fuertes influencias de modelos de familia y de relaciones de género de otras sociedades, en el caso de México, de la conquista española en primer lugar, de la hegemonía cultural estadounidense y en menor medida europea, posteriormente. Roudinesco (2006) analizó distintas formas de organización familiar a lo largo de la historia occidental e identificó tres modelos: 1) el patriarcal clásico, basado en la lógica de la producción y de la

reproducción familiar; 2) el burgués o nuclear, centrado en el ideal del amor romántico heterosexual, y 3) el confluente, basado en las tendencias contemporáneas más flexibles, producto de una mayor individualización de los planes de vida, que implican mayor incertidumbre en la duración de las relaciones de pareja y familiares. Estos modelos corresponden, a grandes rasgos, con los periodos premoderno, moderno y posmoderno de la historia occidental.

El modelo patriarcal tradicional se basa en la soberanía ilimitada de la persona del padre, quien es dueño del patrimonio, la mujer y los hijos y ejerce sobre ellos un control incuestionable. El modelo moderno burgués flexibiliza la figura del padre, quien se transforma en un proveedor benévolo y protector, unido a una mujer que es la genitora de sus hijos a través de un matrimonio "para siempre" basado en el mutuo amor. En este modelo, la madre tiene un papel central en el hogar, pero se subordina a la autoridad del esposo. Para Roudinesco (2006), este ideal de amor romántico coincide con el modelo de la ética protestante orientada al esfuerzo, el ahorro y el control de los impulsos en aras del bienestar de la familia y del progreso material. Se basa en la idea de complementariedad entre los sexos, donde la mujer es "el otro yo" del varón y comparte con él placeres carnales y su principal rol social que es la maternidad, en una relación de tensión entre complementariedad y sometimiento. La exaltación de la maternidad sirve de alguna manera para resolver la contradicción que implica para la mujer ser un objeto sexual exclusivo para el marido (a quien debe satisfacer a cambio de protección, lo que podría verse como una forma encubierta de "prostitución"), a la vez que un sujeto socialmente valioso, en la dicotomía que opone la madre a la prostituta, o la buena a la mala mujer.

En cambio también existe la idealización de la mujer que escapa tanto a una posición materna como a una subalterna y excluida, representada en la literatura como la que inspira el amor pasión y que es, por tanto, tan deseada como temida. Ese temor a una sexualidad no adherida a la función materna está en la base de muchas actitudes defensivas o violentas hacia las mujeres, que conviven hoy en día con la aceptación y legitimación de sus deseos y libertades sexuales, una vez que los varones paulatinamente van perdiendo el control de la reproducción y del cuerpo de las mujeres. Según la autora, la exaltación de la maternidad en diferentes épocas tuvo la función de conjurar el desorden social temido, al percibirse algún indicio de declinación del poder patriarcal, con la consecuente amenaza de una sexualidad femenina considerada salvaje y susceptible de borrar la diferencia entre los sexos. En México, Davids (2017) observó un patrón similar, al mostrar que la idealización de la maternidad se producía en distintos

momentos de la historia en los que se percibía una pérdida de poder del soberano en turno y, por lo tanto, de un orden social estable.

En el modelo de familia basado en la división sexual del trabajo y en el ideal del amor romántico, el agotamiento del amor-pasión se suple con un amor espiritual en la pareja, que trasciende el amor carnal, con las obligaciones morales del padre y con el amor de la madre hacia los hijos. Esta unidad afectiva, monógama, nuclear y restringida se sostiene gracias a una ley que, al tiempo que permite a sus miembros existir, los habilita para la rebelión subjetiva necesaria para una transformación social no violenta. Ésta se ha registrado en la historia con distintas intensidades, en parte como el cuestionamiento a las dicotomías entre lo femenino y lo masculino que soportan la familia heteronormativa, que concibe a lo femenino como pasivo, frágil, pueril, dependiente, inclinado a la atención sumisa y abnegada de los otros en la familia y a la búsqueda de incrementar los bienes simbólicos mediante la estética y el agradar; y a lo masculino como lo activo, fuerte, moralmente superior, independiente, inclinado a la protección y al dominio del cuerpo, respetable a través del ejercicio de papeles públicos y orientado a la racionalidad y al cálculo, así como a la acumulación de bienes materiales y al incremento del poder.

Si nos hemos detenido más en la descripción de este modelo romántico-burgués es porque hoy en día se encuentra en crisis y en vías de una transformación aún difícil de predecir. En México, coincide con el modelo de la familia nuclear, independiente económicamente de las relaciones extensas de parentesco, basada en el amor y compuesta por una madre cuidadora, un padre proveedor y los hijos de ambos, que aun cuando pocas veces ha sido predominante, especialmente en los sectores populares, representa un ideal a alcanzar para toda la sociedad.

En cambio, el modelo del amor “confluente” (Giddens, 2012) basado en la libertad de los sujetos para elegir y buscar su propia expansión sexual, defender sus diferencias y “rechazar la norma en nombre del deseo” (Roudinesco, 2006) es un arreglo más libre a la vez que más inestable, ya que dura lo que pervive el deseo de los sujetos por mantener la relación. En este modelo posmoderno, la familia, al dejar de constituir la base de la existencia económica del burgués, se convierte en una red asexuada, fraternal, sin jerarquía ni autoridad patriarcal, ya deconstruida desde antes, medicalizada, peritada y librada al poder materno por la vía de la posibilidad creciente de prescindir del varón, incluso para la reproducción (Roudinesco, 2006). No obstante, el ejercicio de ese poder materno es un arma de doble filo, especialmente para las mujeres de los sectores

populares, ya que, aun cuando con él puedan negociar hasta cierto punto la lealtad de sus hijos, son ellas quienes salen más perjudicadas por las separaciones, al no existir para ellas garantías claras de manutención de los hijos por parte de sus exparejas. Ese poder relativo que basan en la maternidad será entonces utilizado de formas estratégicas y a veces disimuladas, como se verá en los capítulos que siguen.

Es necesario recordar, por ello, que se trata de ideales. En el caso del modelo del amor confluente, aunque exista una clara tendencia en las generaciones más jóvenes a evitar o aplazar el matrimonio, la unión sigue siendo un modo de conyugalidad afectiva que protege de las inconveniencias de las familias de origen y de los desórdenes del mundo externo, más aún cuando éste se vuelve económicamente incierto. La unión tiende a ser tardía, reflexionada, festiva o útil, y a menudo es precedida de un periodo de convivencia o de experiencias múltiples de vida en común o en soledad. Para las mujeres se legitiman, al mismo tiempo, posiciones "puramente femeninas" y ya no "maternas", al separar la sexualidad de la reproducción y el deseo sexual de la maternidad.

Sin embargo, las relaciones entre hombres y mujeres pueden diferir por completo según las clases sociales y las generaciones. Como se dijo, se trata de modelos ideales o de repertorios puestos a disposición de los sujetos, quienes los utilizan en combinaciones variadas, dependiendo tanto de sus intereses conscientes como de sus identificaciones imaginarias, o incluso de un sentido práctico pre-reflexivo. Éstos varían por género, clase social, educación, momento del ciclo vital e idiosincrasia personal, pero dentro de los límites que impone la cultura y la propia sociedad.

Es posible adelantar aquí que entre los relatos y testimonios de las mujeres que participaron en este estudio, tanto en grupos de discusión como en entrevistas narrativas, se observó una coexistencia, en distintas modalidades, de los tres modelos señalados, pero incluyendo críticas a los mismos. Algunos aspectos del modelo patriarcal clásico, así como del ideal del amor romántico transmitido como modelo de "respetabilidad de clase media" (Skeggs, 2001), son cuestionados por ellas a partir de discursos de superación personal transmitidos por diversos medios que coinciden, parciamente, con ciertas ideas de equidad de género y democratización familiar, pero que también incluyen mandatos del mercado no siempre reconocidos, aunque operantes, disfrazados de "empoderamiento" femenino. Como se verá a lo largo del texto, las mujeres de estos sectores valoran la individualización y la autonomía relativa que supone

tener un ingreso propio y, en algunos casos, trabajo y habilidades que las vuelven socialmente valiosas, pero lo hacen con reservas y en función del bienestar y la unión familiares. Así, en la medida en que la supervivencia material sigue siendo incierta, las bases "naturales" de sustentación del modelo de cuidadora y proveedor exclusivos comienzan a perder credibilidad, pero propician al mismo tiempo importantes cambios en las identidades y los posicionamientos de género que se extienden a cada vez más aspectos de las relaciones familiares y de pareja. La transformación o adaptación al presente de los modelos de género aprendidos, sin embargo, no implica la transición a un supuesto modelo evolutivamente superior, como sería el ideal de familia "democrática" o de la pareja "confluente". Como se verá, estos ideales generan en las mujeres cierta ilusión, pero no poca desconfianza.

Como señala Evans (2003), si la cultura actual da mayor espacio a las mujeres para elegir, a través del relajamiento de la moral sexual tradicional, pero sigue viéndolas como las principales responsables del cuidado, probablemente no habrá políticas ni prácticas coherentes que les permitan la libertad necesaria para elegir el trabajo remunerado sin renunciar de alguna manera a la familia, especialmente para quienes no cuentan con recursos para pagar servicios domésticos y de cuidados en el mercado. Aquí se hace evidente que las vías de subjetivación basadas en repertorios de género se dan de formas específicas por clase social (McRobbie, 2004): para muchas mujeres, el trabajo remunerado, aunque sea precario, significa alguna emancipación. Para otras, las decisiones laborales y reproductivas no son tan libres y el trabajo es alienante, especialmente cuando las tareas de cuidado siguen estando en sus manos. Esto puede implicar la existencia de una mayor coincidencia de intereses entre hombres y mujeres de la misma clase social, que entre mujeres de clases sociales distintas (Badinter, 2003) o, como sostiene Chira (2016), que la economía familiar puede ser más importante para estas mujeres que la equidad de género "en abstracto". Antes que el derecho a igual salario, a guardería, al aborto, etcétera, la oferta de buenos empleos para sus maridos y para ellas mismas puede ser una prioridad.

Tal coincidencia con los intereses de los varones de su clase, que puede ser o no consciente, explicaría en parte la dificultad que tienen muchas mujeres de sectores populares —como las que participaron de este estudio— para identificarse con los ideales del "feminismo" que, como veremos más adelante, asocian con una postura de rechazo o de franca guerra contra los hombres, guerra que no consideran propia ni conveniente emprender. Sus representaciones

del feminismo lo identifican como un conjunto de ideas que por un lado exalta la superioridad moral de las mujeres a partir de una ética del cuidado a veces esencialista —idea que muchas comparten—, pero que denigra todo lo "masculino", como la agresividad, el gusto por la conquista y el ejercicio del poder, la fuerza y la toma de riesgos, la competitividad, etcétera.

Para estas mujeres no es conveniente ni deseable renunciar a una pareja en quien encontrar apoyo, por desigual que éste sea en relación con lo que ellas dicen aportar. Por ello, dedican grandes esfuerzos suplementarios a la "re-educación" del varón, ya que, para garantizar el cumplimiento de una parte de los ideales de la masculinidad hegemónica, esto es, el deber de la provisión y la protección del hogar, así como la fuerza y la autoridad paterna necesarias para la educación de los hijos, es preciso contrarrestar la "mala educación" que recibieron de sus madres, quienes les enseñaron a ser "atendidos" y caprichosos, y por tanto propensos a evadir sus responsabilidades familiares. Luchar para que "el hombre sea hombre", como algunas lo expresaron, implica a veces pagar el precio de tolerar algunas de las exigencias de la masculinidad tradicional, como la libertad para compartir con otros varones espacios de esparcimiento que incluyen el consumo de alcohol, el sexo con otras mujeres y el juego, otra de las vías de reforzamiento de la masculinidad en competencia con la primera, pero difícil de deslindar de ella (Bastos, 2007). Aunque el estereotipo del hombre "parrandero" no coincida con la realidad de muchas de sus parejas, las mujeres lo viven como un fantasma del que deben huir, porque significó penurias y sufrimiento para sus madres, especialmente para sus abuelas. A diferencia de éstas, sin embargo, el trabajo remunerado y la independencia económica que deriva de él les permiten mayor libertad para dejar la relación con un hombre, si éste "resulta" como indica ese estereotipo.

Hoy en día existirían condiciones para que mujeres y varones de algunos sectores sociales elijan prescindir de la familia en términos tradicionales o incluso modernos, y opten por arreglos "posmodernos", más libres, flexibles, horizontales y transitorios. De hecho, se trata de un repertorio que está en la subjetividad de las mujeres participantes, pero como una dudosa utopía. La realidad de muchas, viviendo en hogares no nucleares donde ellas son el principal sostén o las jefas, en familias recompuestas o incluso solas, no las habilita tampoco para ver estos arreglos como algo liberador, a pesar de la evidencia de que es posible vivir en familias alternativas a la ideal (nuclear, con autoridades complementarias). La amenaza de precariedad, siempre presente, se los impide, al tiempo que no las predispone a "deshacer el género" si éste,

traducido en la complementariedad de tareas que dan una ilusión de cooperación natural, les garantiza un mundo menos incierto. Más que “deshacerse”, el género cambia de forma y puede tener efectos liberadores y opresivos a la vez, en combinaciones que dependen del contexto, de los casos particulares y, como se verá, de las situaciones familiares y laborales que enfrenten.

En estos sectores —sin descartar la posibilidad de que también ocurra en otros— podría existir una resistencia a que los papeles se confundan y a que los hombres se “maternicen”, ya que la prerrogativa del hombre de dar el sustento y “dar el apellido” como símbolo de su voluntad de reconocer y de sostener a los hijos, independientemente de la biología, sigue siendo altamente valorada y buscada por las mujeres, aun cuando los arreglos sean desiguales y no correspondan con el modelo de familia compuesta por un padre con capacidad de proveer y una madre subordinada a él, con habilidades innatas para cuidar la casa y los hijos.

También el “poder materno” al que las mujeres no parecen querer renunciar, como se verá, permanece en un equilibrio inestable entre esa posición subordinada, sostenida algo “artificialmente” en el mundo actual, y la posibilidad de ejercerlo no sólo respecto de sus hijos, sino también de la pareja, de quien presentan con frecuencia una imagen infantilizada (compitiendo con la suegra por el poder sobre su hijo), al mismo tiempo que le exigen “ser un hombre responsable”.

La persistencia en esta posición también aleja a las mujeres de la posibilidad de reconocer y asumir de manera más madura el poder que de hecho han adquirido y ejercen en espacios y papeles distintos al de la familia y la maternidad, incluida la competencia laboral, en algunos casos, el éxito económico y la propia agencia sexual. El mismo entendimiento de lo que consideran tiempos y espacios “privados” —que en gran medida hacen coincidir con actividades y “gustos” propios de la maternidad— es un buen ejemplo de ello.

Es importante recordar, una vez más, que cuando ocurren cambios en el nivel subjetivo e interaccional su impacto estructural no es claro. Las fronteras de género pueden volverse más flexibles, aunque no desaparezcan, en el ámbito doméstico, pero mantenerse en las relaciones de poder global, aunque el discurso de la igualdad de género como progreso parezca indicar lo contrario; a la inversa, también puede registrarse una desgenerización en ciertos ámbitos públicos, pero persistir el núcleo de la división sexual del trabajo en el mundo doméstico y privado.

Es posible que la entrada de más mujeres a ámbitos antes considerados masculinos genere una devaluación de los mismos, como algunas autoras han sostenido, lo que puede evidenciarse en la resistencia que muchos varones muestran ante la entrada de mujeres a “sus espacios”. Pero es indudable que las mujeres que han demostrado y se han demostrado a sí mismas tener capacidad no sólo para entrar, sino para permanecer y desempeñarse competentemente en ellos, se transforman y transforman de alguna manera su entorno más inmediato. Es por esto que algunos hablan de cambio “transgresivo” en oposición a cambio “transformacional”, o de cambios que implican una asimilación a los valores dominantes, independientemente del género (Evans, 2003), en oposición a los cambios que implican un cuestionamiento del sistema social en su conjunto.

Los cambios involucran tanto habilidades personales (como saber negociar, comunicarse, etcétera) como facilidades institucionales y recursos materiales. Puede ser que, para mujeres con mayores recursos y autonomía, el impulso vaya en el sentido de una desgenerización del trabajo, tanto el productivo como el reproductivo, lo que implicaría la posibilidad de relaciones de pareja más igualitarias y de familias más democráticas, aunque más inciertas; pero para mujeres que, aun gozando de mayor autonomía que la que gozaron sus madres y abuelas, carecen de certidumbre material, la restitución de la autoridad paterna, erosionada por la merma en la capacidad de proveer, se vuelve imperativa para la familia. Para ello, como se verá en los siguientes capítulos, se abren dos vías: o “simular” que ellos siguen siendo potentes gracias a su capacidad para proveer (de ahí muchas estrategias de ellas para evitar asumir el papel de proveedoras, aunque lo sean, y motivar en cambio a sus parejas a hacerlo), o bien cambiar las fuentes simbólicas tradicionales de la autoridad masculina, al reconocer y dar lugar a vías diferentes y más flexibles de posicionamientos subjetivos en los varones y, en consecuencia, también en ellas. Sin embargo, esto no se realiza sin tensiones ni conflictos, tanto en los ámbitos más íntimos como en los espacios laborales y familiares.

El desafío es entonces indagar en la posibilidad de deshacer o transformar el género desde las propias subjetividades, disposiciones y prácticas de las mujeres. Éstas deben entenderse como procesos que son consecuencia de cambios sociales y económicos, políticos y culturales que ponen a prueba las disposiciones aprendidas en campos diversos de interacción, imbuidos de temporalidad y de una visión de cambio donde el género puede deshacerse en algunas dimensiones, pero re-hacerse en otras. Acercarse a lo que dicen, desean y narran mujeres situadas en distintos puntos de este entramado es imperativo

para comprender los procesos más globales en los que se hace o deshace el género.

PROPUESTA TEÓRICO-METODOLÓGICA PARA ESTUDIAR CAMBIOS EN LAS SUBJETIVIDADES

Como ya se mencionó, el estudio que se presenta indagó en las subjetividades de mujeres con experiencias laborales diversas, incluyendo a quienes se desempeñan en trabajos feminizados y en otros menos tradicionales, como los oficios y las ocupaciones socialmente considerados masculinos, por los que —de acuerdo con sus testimonios— se obtiene mejor remuneración y existe menor vulnerabilidad a la competencia que en aquellos considerados "típicos de mujeres". Se supuso que el hecho de participar en ellos y de utilizar la fuerza, o las habilidades consideradas masculinas, podía colocar a las mujeres en una tensión entre posiciones femeninas distintas que debían aprender a manejar a su favor, superando en el proceso diferentes formas de violencia y demostrando (mostrando a otros) el carácter inherentemente inestable de lo que se considera como disposiciones femeninas naturales. Ese supuesto implica que estas mujeres podrían "abandonar la lógica histérica de la 'excepción', para ser ellas mismas las productoras del saber que ya no le demandan al amo" (Eidelberg, 2016), y con ello dar cuenta de cambios subjetivos que implican agencia, los cuales pueden eventualmente transformar estructuras de género más amplias.

No cabe duda que, en el proceso de moverse entre espacios domésticos, públicos y privados, las mujeres se transforman. Lo que habrá que seguir investigando es si tanto los varones como el mismo orden social de género se transforman en consecuencia y en qué medida, ya que, como señala Ortner (2014), cualquier traspaso de las fronteras que separan la "masculinidad" de la "femineidad", como la entrada de las mujeres a ocupaciones donde predominan los varones, en un orden aún patriarcal, tiende a provocar fuertes e incluso violentas reacciones, como ya lo adelantó Simone de Beauvoir al afirmar que "nada hay más arrogante, agresivo o desdeñoso que un hombre inquieto por su virilidad" (2016: 27).

Si bien la investigación que se presenta permite describir procesos en los que se "hace" y "deshace" el género en las relaciones laborales, familiares y de pareja, con la esperanza de que sus resultados habiliten una ulterior reflexión sobre la posibilidad de cambios a nivel social, se evitaron —como sugiere Latour (2008)

— las explicaciones apresuradas basadas en conceptos generales como patriarcado, capitalismo, modernidad, etcétera. Esto implica rastrear primero las conexiones y justificaciones que las mujeres dan al intentar "estabilizar las incertidumbres" de la vida y dar sentido a su experiencia de lo social.

No obstante, en el trabajo de campo inevitablemente se pusieron a prueba conceptos intermedios que, a través de la formulación de preguntas motivadoras, permitieron rastrear los ideales y las experiencias de pareja, familia, división sexual del trabajo, femineidad, masculinidad, maternidad, amor y sexualidad. Estos ideales forman parte de los repertorios culturales disponibles y constituyen "subjetivadores" que permiten ubicar a los actores en tramas de relaciones para luego reconstruir lógicas sociales insertas en procesos más amplios.

Se construyó entonces una metodología basada en discusiones grupales y narrativas individuales para captar significados compartidos y "especificidades contingentes" (Brah, 2004), que son elaborados a partir de las relaciones sociales y la experiencia como proceso de significación. Esos procesos crean a los sujetos y a la vez son creados por ellos, lo que permite concebirlos como dotados de agencia.

El análisis de los datos construidos a partir de grupos de discusión y entrevistas narrativas mediante el método documental permite obtener una visión más completa de la interacción entre agencia y estructura, reflexividad, habitus y discursos sociales que dan sentido a la experiencia y muestran los cambios subjetivos alrededor de la familia, la pareja o el trabajo. La visión narrativa, por su parte, da acceso a la subjetividad de mujeres que no son ni objetos pasivos de la dominación masculina, ni agentes libres que "eligen" sus cursos de acción de manera siempre calculada. Esto es porque el análisis documental tiene como objetivo el descubrimiento de la indexicalidad, es decir, aquello que remite a los contextos de enunciación o los espacios sociales de experiencias comunes del grupo investigado —entendido como categoría social—, la reconstrucción de sus visiones de mundo y de sus acciones prácticas. A través de los grupos de discusión se recrean los espacios de experiencia, donde individuos o grupos constituyen sus modelos de orientación y sus habitus, delinean acciones y atribuyen sentido a las mismas (Bohnsack, 2010).

Precisamente aquello que hace eco en un grupo de discusión no resulta ser fruto de la casualidad, sino que es producto de un proceso social de interacción y comunicación que se recrea en esta situación del grupo. El grupo de discusión, a

diferencia del grupo de enfoque, permite acceder a la reconstrucción del decurso narrativo, interactivo y discursivo del intercambio grupal (Bohnsack, 2010), lo que permite distinguir el análisis temático, por un lado, y el análisis de la densidad interactiva y metafórica frente a determinados temas abordados en el grupo, por otro (Agoff y Herrera, 2019). Como esta técnica intenta explorar aquellas áreas comunes de experiencia que surgen y se cristalizan dentro del intercambio grupal (Bohnsack, 2010), el análisis de la interacción que allí se produce permite explorar los mecanismos generadores de consenso y disenso entre las personas participantes (Morgan, 1996). Esto emerge como conocimiento explícito, como emociones y como conocimiento práctico, es decir, conocimiento que no ha sido objeto de reflexividad y que emerge como un profundo insight grupal. Así, la discusión abre un acceso privilegiado a normas y valores tácitos que en el grupo pueden hacerse evidentes.

Una característica importante de este método, que comparte con la teoría fundamentada, es la posibilidad de establecer comparaciones entre grupos con experiencias diversas, con el fin de construir tipos o vías diferentes de encarnación del fenómeno que se desea comprender, de ahí la búsqueda de variabilidad en la selección de participantes y grupos que conforman la muestra.

En consecuencia, para ubicar experiencias laborales diversas, en principio se utilizó como criterio de selección de participantes la pareja conceptual trabajo formal vs. trabajo informal[2] que permite diferenciar entre mujeres que cuentan con seguridad laboral, derechos, prestaciones e ingresos fijos, y mujeres que no cuentan con esas ventajas. Adicionalmente, la pareja conceptual trabajo feminizado vs. masculinizado (es decir, donde hay una mayoría de mujeres o de hombres) facilita la identificación de dinámicas laborales más o menos adaptables o disruptivas de las relaciones e identidades de género tradicionales. A su vez, estas situaciones se contrastaron con las de mujeres dedicadas exclusivamente a tareas de cuidado en el momento del estudio, para obtener mayor variabilidad de experiencias.

Se crearon 10 grupos de discusión: ocho compuestos por mujeres con trabajo remunerado y dos, por mujeres dedicadas exclusivamente al cuidado. En total participaron 110 mujeres, con un promedio de 11 participantes por grupo (13 en el grupo más numeroso y 9 en el menos numeroso). Siguiendo las premisas del muestreo intencional (Patton, 2002), de los ocho grupos de mujeres con trabajo remunerado, dos estaban conformados por mujeres con trabajos feminizados formales (empleadas de comercio y servicios), dos por mujeres con trabajos

feminizados informales (comercio ambulante, venta por catálogo, servicio doméstico), dos con mujeres en trabajos masculinizados formales (empleadas en fábricas, en empresas de transporte, vigilancia, con manejo de máquinas) y dos con mujeres en trabajos masculinizados informales (plomería, carpintería, electricidad, herrería, construcción, etcétera). En cada categoría, un grupo estaba conformado por mujeres entre 25 y 40 años de edad (segmento que a grandes rasgos coincide con la crianza de los hijos) y el otro por mujeres entre 46 y 65 años.

El proceso de selección de participantes se realizó en equipo, con la colaboración de colegas de una agencia dedicada a estudios cualitativos de mercado y opinión pública que cuenta con personal de reclutamiento en las distintas alcaldías de la Ciudad de México. En diferentes reuniones de trabajo, se fue conformando la muestra a partir de los criterios señalados, que la investigadora proporcionó a ese personal, el cual a su vez cotejó con ella la adecuación al perfil buscado de cada mujer contactada. Se solicitó ubicar e invitar a mujeres habitantes de colonias identificadas como de nivel socioeconómico medio-bajo y bajo,[3] con los tipos de ocupaciones y edades mencionadas, para invitarlas a una entrevista grupal como parte de un proyecto de investigación sobre mujeres trabajadoras. Antes de las sesiones grupales, se volvió a revisar el perfil de cada participante para asegurar que respondiera a los criterios de selección establecidos. Todas las participantes dieron su consentimiento informado y se garantizó su anonimato. Recibieron una compensación económica por su participación, de un monto equivalente a 20 dólares. El trabajo de campo se llevó a cabo durante el primer semestre de 2014. Todas las discusiones grupales se desarrollaron en las instalaciones de la agencia mencionada, ya que cuenta con cámaras de Gesell y se pretendía videograbar las sesiones con el fin de analizar la interacción, además de la discusión verbal. Al final de cada sesión se aplicó un breve cuestionario para obtener datos sociodemográficos que permitieran ubicar a cada participante en un contexto más amplio.

Además, se realizaron 12 entrevistas narrativas con mujeres de los grupos de trabajo masculinizado, para profundizar en los aspectos biográficos asociados con motivos, procesos y trayectorias particulares, y contrastar éstos con las nociones de sentido común y experiencias compartidas, que son el principal dato que emerge en los grupos de discusión. Por considerarlo la experiencia más contrastante con las demás, fue en estos grupos de trabajo masculinizado donde se decidió convocar a estas mujeres para invitarlas a una entrevista narrativa

individual. Algunas de esas entrevistas fueron realizadas en salones más pequeños de las mismas instalaciones y otras, en lugares públicos, como cafés o restaurantes, dependiendo de las preferencias de la entrevistada.

La investigadora condujo todas las entrevistas y sesiones grupales, algunas de las cuales contaron con la colaboración de otra colega experta en género y relaciones de pareja.

Dado que la sexualidad, la procreación y la convivencia familiar son, según Arriagada (2007), los ámbitos donde las transformaciones familiares son más evidentes, la discusión en los grupos fue guiada por algunas preguntas motivadoras que cubrieron los siguientes temas: 1) trabajo y economía doméstica; 2) reproducción, corresponsabilidad y cuidados, y 3) pareja y sexualidad. De forma transversal se indagó en las identidades, los valores y marcos normativos de género predominantes. Al igual que en la entrevista narrativa, en el grupo de discusión se parte de una pregunta que estimula la narración de experiencias, pero con el objetivo de producir una discusión o intercambio alrededor de las mismas. El papel de la investigadora se limita a lanzar esa pregunta y dejar que el intercambio fluya, interviniendo lo mínimo necesario hasta que el tema se agota y se lanza otra pregunta estímulo. Una de ellas, que resultó muy motivadora, fue la pregunta sobre sus deseos para el futuro de sus hijas, que hizo aflorar una variedad muy rica de ideas, emociones y temores, relacionada con todos los temas del estudio.

Las videograbaciones de las sesiones grupales fueron transcritas de manera fiel mediante procesador de texto, registrando todos los intercambios no verbales que se observaron, en la medida en que resultan ser una importante fuente de información adicional sobre posicionamientos subjetivos y emociones alrededor de los temas de discusión. Asimismo, se usan cursivas en la transcripción para enfatizar aspectos del discurso de los participantes.

Las discusiones permitieron dar cuenta de consensos y disensos alrededor del significado del dinero, el poder, el uso del tiempo, los deberes y derechos de los miembros de la familia, los ideales femeninos y masculinos, la maternidad, la fidelidad y el erotismo, entre otros. A través de esos consensos y disensos se pudo observar la presencia de desplazamientos importantes en las nociones de sentido común que tradicionalmente dan sentido a las relaciones e identidades de género, pero más importante aún fue que se pudo constatar el supuesto sobre la reflexividad y la agencia femenina, acrecentada por el hecho de ser mujeres

cuyas experiencias se distinguen, en mayor o menor grado, de las de sus antecesoras.

El análisis consistió en un procedimiento inductivo a través del cual el significado y la teoría se fueron definiendo a partir de los datos (Glaser y Strauss, 1967; Strauss y Corbin, 1990). El foco primario fue el análisis de los temas más recurrentes, primero en cada grupo y luego a través de los grupos. Posteriormente, usando la codificación abierta (Strauss y Corbin, 1990), se identificaron las categorías más salientes para cada tema, que permitieron la comparación entre grupos. El análisis se enfocó en aquellas narraciones y nociones de sentido común que mostraran cambios entre posiciones subjetivas más o menos alejadas de las tradicionales, especialmente la maternidad y el servicio a la pareja y a los hijos como ideal femenino, frente a la búsqueda de libertad personal y de reconocimiento por vías diferentes a la maternidad, fundamentalmente la participación en el mercado laboral. Los elementos observables de cambios en las relaciones de género, según el mayor o menor apego de las mujeres respecto de los distintos modelos ideales de familia, pareja y relaciones de género, fueron analizados también a partir de los tres balances que se comentaron más arriba:

Balance de poder, incluye la valoración y el uso efectivo de capitales materiales, culturales, sociales y simbólicos como recurso para la negociación con la pareja y con el mundo laboral y familiar. Se observa en categorías como el valor y significado del trabajo remunerado, el valor de la autonomía en las decisiones, el control y la administración del dinero y otros recursos materiales, el uso de poder "femenino" derivado del lugar en la familia y en las redes de parentesco y formas de autoridad derivadas de esos distintos tipos de recursos. Lo observado en esta dimensión permite valorar el grado de alejamiento o cercanía con normas de género basadas en la naturalización de supuestas capacidades que distribuyen a hombres y mujeres en espacios separados con distintos recursos y les confieren distintos tipos y grados de autoridad y poder: espacio público/productivo vs. espacio doméstico/reproductivo; racionalidad y fuerza vs. emocionalidad, inestabilidad y fragilidad; inclinación al cuidado vs. la competencia; trabajos que implican fuerza física y habilidades mentales abstractas vs. trabajos que implican suavidad, empatía, cuidado y habilidades cotidianas prácticas. Los cambios observados en esta dimensión permiten vislumbrar procesos más amplios de desgenerización de los espacios definidos

según capacidades distintas y por lo tanto de flexibilización de las fronteras entre lo público, lo privado y lo doméstico.

Balance yo-nosotros, implica un mayor o menor equilibrio entre el valor de "ser para sí" y el de "ser para otros". Se observa en categorías como el alejamiento o la cercanía valorativa del modelo de la división sexual del trabajo (proveedor/cuidadora), el valor positivo de la igualdad en el reparto de las tareas domésticas y de cuidado (incluida la educación de los hijos), la valoración del tiempo privado (no doméstico) y de la libertad de movimientos y de toma de decisiones personales, así como el derecho percibido al desarrollo personal vs. el valor de la abnegación y la entrega a la familia. Lo observado en esta dimensión permite valorar el grado de alejamiento o cercanía con identidades de género femeninas basadas en la búsqueda de reconocimiento individual producto del desarrollo personal y de la posibilidad de ofrecer aportes originales, o la búsqueda de reconocimiento social basado, ante todo, en la valoración del papel de madre y esposa. Los cambios observados en esta dimensión dan cuenta de procesos más amplios de desgenerización de las inclinaciones a la autonomía y la libertad personal vs. la realización a través de la cohesión y la armonía grupal, es decir, de un proceso de individualización adaptado a las particularidades del contexto.

Balance de controles internos y externos del comportamiento, incluyen la obediencia a autoridades o reglas fijas vs. la reflexividad y la autogestión ante códigos más flexibles de conducta. Se observa en la valoración de pautas fijas o autoritarias de conducta vs. permisivas o flexibles respecto de la educación de hijos e hijas, en la relación con la generación anterior (suegros, padres) o con autoridades (jefes/as, otros), en el control del dinero, la conducta sexual y el desempeño de las tareas cotidianas. Cambios en esta dimensión permiten dar cuenta de procesos más amplios de autonomía femenina respecto de los controles externos representados por la vigilancia de la sexualidad y del cumplimiento de los papeles de esposa y madre, la vigilancia funcional a un modelo de familia basado en el honor masculino y la virtud femenina, propio de las sociedades rurales, vs. un modelo de comportamiento y de autocontrol reflexivo, propio de los procesos de diferenciación e integración social modernos, especialmente, al participar de varias esferas o campos que

requieren cambios en las "disposiciones" de género tradicionales.

Balance de los deseos, o balance entre sexo y amor, que supone un mayor o menor equilibrio entre el deseo de satisfacción sexual y el deseo de mantener relaciones duraderas, entre ser objeto y ser sujeto sexual. Se observa en la valoración diferencial de diversos arreglos de pareja (matrimonio, cohabitación, soltería, relaciones libres) en función de un balance entre libertad y seguridad, en la valoración de nociones de amor romántico y complementariedad vs. igualdad, libertad y reciprocidad, y en ideales de femineidad y masculinidad en relación con la pareja. Lo observado en esta dimensión permite valorar el grado de alejamiento o cercanía con estereotipos de género y sexualidad binarios y heteronormativos, en los que la naturaleza de la mujer la inclinaría al amor y a las relaciones seguras, mientras que la del hombre lo llevaría a la búsqueda de satisfacción sexual permanente. Los cambios observados en esta dimensión permiten vislumbrar procesos más amplios de desgenerización de los impulsos sexuales y emocionales, además de un mayor equilibrio entre las libertades y los deseos sexuales y de pareja, es decir, un proceso de aceptación de mayor igualdad y libertad sexuales para ambos géneros.

El proceso de la escucha y el análisis de las discusiones y los testimonios de las mujeres, sin embargo, llevó a poner entre paréntesis muchas de estas categorías y en algunos casos a traducirlas a sus propios términos y en otros a eliminarlas, adoptando otras nuevas. Por ejemplo, la idea de cuidado como obligación que se opone a la libertad para el trabajo remunerado, que suponíamos asociada primordialmente con la crianza de hijos pequeños, se mostró mucho más vinculada con la necesidad de vigilar a los hijos adolescentes a fin de protegerlos de los riesgos de caer en la delincuencia a que los exponen las exigencias de consumo del mercado, lo cual tiene consecuencias importantes para la vida familiar y laboral de las mujeres de estos sectores en la Ciudad de México.

La flexibilidad para cambiar conceptos y categorías es posible cuando el análisis busca evitar clasificar los "datos" de antemano (lo que en sociología se concibe como proceso de codificación) y explicar lo observado desde teorías adoptadas de antemano. Si bien se utilizaron los procedimientos estándar que indica el uso de paquetería cualitativa, éstos fueron puestos en segundo lugar, por privilegiar una lectura global que buscó encontrar todas las conexiones posibles entre las nociones que las mujeres compartían, como parte de su saber y experiencia

(Latour, 2008).

De este modo, se utilizaron dos procedimientos paralelos de análisis: uno comprensivo o integral, y otro categorial. Como resultado, se produjeron varios documentos: transcripción completa de las entrevistas grupales e individuales, lecturas repetidas para captar el “modus operandi” de cada grupo o entrevistada, una codificación inicial (manual) por temas, utilizando herramientas de análisis del discurso y de contenido, fichas grupales por temas y dimensiones, y una tabla comparativa de los “modus operandi” (Bohnsack, 2010) de cada grupo. También se elaboraron trayectorias de vida a partir de las entrevistas narrativas. Todo ello permitió tener una visión comparativa de conjunto y al mismo tiempo captar matices y usos particulares del lenguaje para referirse a los temas y fenómenos de interés. Siguiendo este procedimiento, se identificaron controversias y consensos alrededor de los tres principales temas: trabajo, familia y pareja, en los que se observa una pugna y combinación de elementos, normas y valores de los tres modelos ideales ya descritos: patriarcal clásico, amor romántico y amor confluente.

En los capítulos que siguen se presentan los resultados del análisis descrito, nucleados alrededor de esos tres temas generales (trabajo, familia y pareja), aunque sólo con fines de exposición, ya que el contenido empírico muestra una mutua imbricación entre ellos y, por ende, cada capítulo contiene elementos de los demás, en la medida en que los tres temas se vinculan con los modelos ideales de familia ya presentados, que también aparecen combinados unos con otros, aunque identificables sólo en tanto tipos ideales.

Las disputas sobre el dinero y los recursos del hogar, los conflictos por el reparto de las tareas de cuidado y las tensiones alrededor de la búsqueda de autonomía personal en un marco de carencias que obliga a la solidaridad conyugal, como se verá, forman parte de los mismos repertorios que las mujeres utilizan para dar cuenta de su experiencia en distintos campos y ámbitos de acción.

[1] Según la Endireh 2016 son las mujeres de sectores bajos quienes tienen más riesgo de sufrir violencia de pareja (INEGI e Inmujeres, 2018).

[2] La definición actual de empleo informal incluye a trabajadores de

establecimientos informales y a trabajadores de establecimientos formales que no están protegidos por derechos. En este estudio seleccionamos a algunas mujeres del sector informal que nos permitieran analizar los efectos de tener protección institucional (derechos) y seguridad económica (ingresos estables).

[3] Al momento del estudio, 78% de las participantes residía en la Ciudad de México, 19% vivía en el Estado de México, sólo 1% indicó residir en otro estado (Morelos) y 2% no respondió a la pregunta. De las mujeres que residían en la Ciudad de México, el mayor porcentaje se ubicó en las alcaldías de Azcapotzalco y Miguel Hidalgo, ambas con 19%, seguidas de Cuauhtémoc con 13%, Álvaro Obregón con 11%, Benito Juárez con 9%, Venustiano Carranza con 7%, Gustavo A. Madero y Coyoacán, ambas con 6%, Iztacalco con 4%, Iztapalapa y Cuajimalpa, ambas con 3% y Xochimilco con 1%. En cuanto a las mujeres que residían en el Estado de México, 35% pertenecía a Naucalpan de Juárez, 29% a Tlalnepantla y 24% a Ecatepec de Morelos. Atizapán de Zaragoza y Nezahualcóyotl contaban con 6% cada una.

2. EL TRABAJO REMUNERADO DE LAS MUJERES COMO PROMOTOR DE CAMBIOS EN LOS BALANCES DE PODER EN LA PAREJA Y EN LA FAMILIA

El nuevo mundo, en el que hemos de habitar y que legaremos a las generaciones que nos sucedan, exigirá el esfuerzo y la colaboración de todos. Y entre esos todos está la mujer que posee una potencialidad de energía para el trabajo con la que ya cuentan los sociólogos que saben lo que traen entre manos y que planifican nuestro desarrollo. Y a quienes, naturalmente, no vamos a hacer quedar mal.

ROSARIO CASTELLANOS, Mujer que sabe latín

Este capítulo presenta los resultados del análisis del material recogido en discusiones grupales y relatos individuales alrededor del tema de la división sexual del trabajo. Muestra los cambios que la participación de las mujeres en ocupaciones remuneradas de distintos tipos genera, tanto en la práctica como en el significado de esa división del trabajo. Como se adelantó, el interés por estudiar la experiencia de las mujeres en trabajos culturalmente considerados masculinos en oposición a los típicamente “femeninos”, aunque no representen la mayoría de las mujeres trabajadoras en México, obedece a la preocupación teórica por analizar variaciones en la manera en que las mujeres experimentan un mismo proceso de cambio que involucra tanto la subjetividad como la agencia práctica, al moverse entre las exigencias del campo del trabajo remunerado y el del trabajo no remunerado dedicado principalmente a la familia.

Si bien, como se discutió en el capítulo anterior, las posibilidades de agencia y la construcción de la subjetividad forman parte de un mismo proceso social de conformación de sujetos, para fines analíticos se identifican distintas formas de agencia a partir de acciones, decisiones y prácticas orientadas al entorno, es decir, las que involucran cambios, continuidades y negociaciones en las relaciones e interacciones cotidianas con otros actores, mientras que los cambios subjetivos, aunque en general se manifiesten en dichas acciones e interacciones, son analizados también a partir de las reflexiones y respuestas tentativas que las mujeres dan a preguntas en torno a quiénes son como mujeres en un contexto

donde los ideales de género se ven trastocados.

Así, como se comentó en el capítulo anterior, el “tener que hacer” para responder a cambios y exigencias materiales, al mismo tiempo que moviliza la acción, confronta con ideales culturales establecidos y obliga a nuevos posicionamientos subjetivos. Éstos, dependiendo de las posibilidades concretas que se presenten a cada mujer, podrán traducirse en decisiones y acciones que refuercen, cuestionen o modifiquen en distintos grados las relaciones de género aprendidas. Es así como se intenta mostrar que si bien todas las mujeres participan de procesos de cambio irreversibles que implican mayor autonomía para ellas, en comparación con las mujeres de generaciones anteriores, existen variaciones, tanto en los posicionamientos subjetivos de género como en las acciones relacionadas con el trabajo, la familia y la pareja, que dependen de diversas situaciones familiares y especialmente de experiencias de trabajo remunerado que implican exigencias, capacidades y formas de disciplinamiento diferentes.

De este modo, se notará que en todas las participantes es posible registrar la presencia de fuerzas internas que las mueven al esfuerzo, la autodisciplina, la toma de riesgos y la búsqueda de solución a necesidades materiales, que producen en ellas cambios en los posicionamientos subjetivos respecto de los ideales tradicionales de la femineidad. Sin embargo, en las mujeres que se desempeñan en trabajos considerados masculinos, es posible observar también que a esas disposiciones y experiencias se añaden otras, como el placer de crear “algo nuevo” transformando un material en un objeto útil o estético, el goce que produce el empleo de la fuerza o el desafío de adquirir habilidades físicas no convencionales, el ejercicio del mando sobre otras personas, la satisfacción por el logro y el deseo de acumular más y superarse; todos son elementos que contribuyen a una sensación de menor dependencia subjetiva respecto de la pareja, la familia u otros actores.

Es verdad que, en general, las mujeres participantes resignifican el término “luchona” —que conlleva un estigma por estar asociado con la mujer que saca adelante a sus hijos sin pareja— para reconocer a sus madres que vivieron esa situación y reforzar sus propias decisiones y acciones, pero sólo las que tienen trabajos masculinizados se han preguntado en algún momento de sus vidas si debían atribuir ese espíritu de lucha y conquista a alguna fuerza “viril” que cuestionara su femineidad, en la mayoría de los casos elaboraron para sí “formas distintas de ser mujer” con las que se sienten satisfechas. Esto representa una de las diferencias más importantes encontradas en la manera en que las mujeres

experimentan el mismo proceso de cambio subjetivo. Dependiendo de sus circunstancias de vida, que incluyen distintos tipos de necesidades, límites y posibilidades a lo largo del tiempo, esos cambios se traducen en acciones que pueden identificarse como formas distintas de agencia. Para fines analíticos, se identifican esos tipos de agencia según si predomina en ellos la negociación, el cuestionamiento abierto o el mantenimiento estratégico de relaciones de género más tradicionales, a veces coincidiendo y a veces en oposición con posicionamientos subjetivos más o menos alejados de los ideales de género que corresponden a ese modelo.

Al realizar el análisis de las controversias y de las formas de resolverlas que emergieron en las discusiones grupales, fue posible identificar los repertorios culturales que ofrecen a las mujeres vías de justificación de sus acciones y a su vez representan vehículos de subjetivación, en tanto son ideales de identificación y de modelaje de sus comportamientos. Esos repertorios se vinculan, como se mencionó anteriormente, con ideales de relaciones familiares y de pareja que, siguiendo la tipología presentada y que se detallará más en el capítulo siguiente, pueden identificarse con los modelos patriarcal clásico o "premoderno", burgués romántico o "moderno", y "confluente" o "posmoderno". Estos modelos ideales, que ofrecen distintas vías de posicionamientos subjetivos para las mujeres, suponen estructuras cambiantes de división sexual del trabajo con las que negocian las mujeres, según sus circunstancias y valores.

Existe una relación entre la organización de la familia y las oportunidades de trabajo que ofrece un sistema socioeconómico, pero ésta es compleja, ya que la organización doméstica no cambia rápida ni fácilmente y las familias adoptan estrategias complejas para preservar elementos de las prácticas acostumbradas en circunstancias transformadas. Así, los patrones que emergen son adaptaciones y compromisos complejos entre la tradición y las nuevas estructuras sociales y organizacionales (Katz, 1978). Los sujetos deben elegir dentro de un marco, que incluye: 1) la estructura del mercado laboral (tipos de trabajo disponible, horarios, flexibilidad, sanciones a la maternidad, discriminación basada en el estatuto parental); 2) la división del trabajo dentro del hogar (número de horas dedicadas al trabajo doméstico, ejercicio de la paternidad, uso del tiempo y doble jornada, división sexual del trabajo familiar, demandas de cuidado), y 3) la existencia o no de políticas públicas relacionadas con el trabajo y la familia (diferencias salariales entre hombres y mujeres, seguridad social vinculada a empleo, leyes y políticas relacionadas con licencias, etcétera). Las normas culturales de género atraviesan todas estas dimensiones, y crean lo que

Hochschild llamó “culturas emocionales” sobre el trabajo y la familia, que pueden entrar en competencia entre sí (citado en Garey y Hansen, 2011). Es lo que se mencionó en el capítulo precedente al discutir formas de agencia basadas en los cambios de habitus que supone el tránsito por campos sociales con lógicas diversas.

Como sostienen Scott y Tilly (1978), la historia del trabajo de las mujeres es también la historia de la familia. El tiempo que la mujer pasa con sus hijos tiene más peso, dependiendo del “valor de los hijos” como recurso para la familia, y debe compararse con los beneficios que el trabajo asalariado de la mujer aporta a la misma. La edad a la que se une, el número de hijos que tiene, el tamaño del hogar y el valor de los hijos afectan su vida laboral, ya que el tiempo requerido para la crianza compite con el tiempo dedicado al trabajo productivo, y viceversa. El análisis de los cambios en la división sexual del trabajo es clave para comprender las transformaciones que ocurren en el balance de poder, en el balance “yo-nosotros” y en el balance entre controles internos y externos del comportamiento en la relación conyugal y familiar, en un contexto de incertidumbre sobre la duración de las uniones y, por lo tanto, de las fuentes de subsistencia. Aquí la agencia se manifiesta en formas más o menos negociadas de relaciones familiares y conyugales.

Se presentan al comienzo de este capítulo algunas coordenadas contextuales y analíticas que permiten comprender el sentido de las discusiones y de los relatos obtenidos en campo. Después se describe la muestra de mujeres participantes y se presentan brevemente los grupos de discusión conformados para el estudio. En el siguiente apartado se analiza el impacto de los significados que tiene para las mujeres el trabajo remunerado en el balance de poder en la pareja y de autoridad en la familia, y posteriormente se discuten las consecuencias de los significados que tiene la división sexual del trabajo efectivamente operante para la permanencia o la puesta en crisis del modelo ideal de proveedor y de cuidadora exclusivos, o de protección a cambio de atención, en contraposición con un ideal más igualitario o incluso “confluente” de relaciones conyugales y familiares. Estos significados justifican las distintas acciones que realizan las mujeres para lograr un mejor balance entre el “yo” y el “nosotros” en esas relaciones.

La exposición de los hallazgos de la investigación se basa en la articulación de dos tipos de análisis que en conjunto dieron lugar a distintas matrices de datos: un análisis exhaustivo de la discusión en cada uno de los grupos, y uno

transversal a todos los grupos, siguiendo los consensos y disensos más importantes entre ellos a lo largo de los ejes temáticos centrales de la investigación. Así, en cada tema se presentan primero los cambios subjetivos compartidos por todas las mujeres y luego las diferencias halladas entre mujeres con distintas experiencias de trabajo y situaciones familiares. Se incluyen fragmentos textuales de las discusiones y de las entrevistas narrativas sólo donde se los considera altamente ilustrativos, tanto del sentido común general como de las reflexiones y cuestionamientos al mismo a partir de las experiencias compartidas.

ALGUNAS CLAVES DE LECTURA PARA COMPRENDER LOS PUNTOS DE QUIEBRE EN EL “SENTIDO COMÚN” DE LAS MUJERES EN TORNO A LA DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO

En México, la mayor participación de las mujeres en el ámbito laboral es un fenómeno irreversible desde la década de 1970. La tasa de participación de las mujeres mayores de 12 años en el mercado de trabajo pasó de 19% en 1970, a 36% en 2000 (Pedrero, 2003) y a cerca de 44% en 2017 (OCDE, 2017). Esta tasa es muy inferior a la de otros países de la región, lo que Sánchez (en proceso) atribuye a incrementos relativamente modestos en la participación de las mujeres con mayores niveles educativos (licenciatura), así como al estancamiento de las tasas de participación de las mujeres con niveles educativos medios. El incremento de la participación laboral de las mujeres con baja escolaridad ha sido insuficiente para compensar las anteriores tendencias, porque este grupo pierde peso en la población total.

Pedrero (2003) señala que el aumento de la participación femenina en la actividad económica es resultado de múltiples factores, como la precarización del trabajo y el bajo poder de compra de la población. Esto se relaciona con el cambio de una economía industrial a una de servicios. Por otro lado, la mayor escolaridad y la reducción de la fecundidad dieron a las mujeres nuevos horizontes dentro del mercado. No sólo las mujeres jóvenes y solteras participan en el mundo laboral, sino que las mujeres de edades maduras, casadas y con hijos, incrementaron su participación, e incluso, a diferencia de épocas pasadas, las mujeres ya no se retiran del mundo laboral después de casarse o de tener su primer hijo. Sin embargo, Sánchez (en proceso) también muestra que la tendencia al estancamiento en la participación laboral de las mujeres con mayor educación se asocia con la penalización por maternidad, con la ausencia de políticas que apoyen el empleo femenino y con la escasa modificación de la división sexual del trabajo, como lo ilustra el hecho de que residir con una pareja reduce drásticamente las probabilidades de entrar al mercado laboral, mientras que el apoyo social provisto por otras mujeres adultas en el hogar favorece su inserción y se vuelve más relevante para las cohortes recientes.

Mientras el perfil laboral de los hombres está fundamentalmente marcado por la

edad, el de las mujeres, además de la edad, está delimitado por el estado civil, su condición de jefa o no jefa de hogar, el número de hijos y su escolaridad (superior o no a la secundaria). Según las estadísticas de nupcialidad del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), al considerar el total de la población en situación conyugal (incluyendo unión libre y matrimonio entre personas del mismo sexo para los estados donde aplica), del total de mujeres que se unieron, 45.2% trabajaba y 51.3% no tenía trabajo remunerado al momento de la unión, en contraste con los hombres, de ellos 94.8% trabajaba y 3.4% no tenía trabajo remunerado. De la población de mujeres que trabajaba de forma remunerada al momento de unirse, 71.8% lo hacía como empleada, 7.3% como trabajadora independiente, 5.2% como obrera, 2.2% como trabajadora no remunerada, 1.9% como empresaria o jefa, y 0.3% como jornalera. Los porcentajes correspondientes para hombres son: 58.1% como empleado, 10.8% como obrero, 10.8% como jornalero, 7.3% como trabajador por cuenta propia, 2% como empresario o patrón, y 0.3% como trabajador no remunerado (INEGI, 2015).

Del total de mujeres que se divorciaron hasta el año 2015, 55.8% realizaba una actividad económica y 28% no contaba con un trabajo; de los hombres que se divorciaron, 78.6% trabajaba y 4.8% no trabajaba[1] (INEGI, 2015). En resumen, 6 de cada 10 mujeres reportaron estar trabajando al momento de su separación, mientras que 8 de cada 10 hombres reportaron la misma situación. De las mujeres que no trabajaban de forma remunerada al momento de su separación, 9 de cada 10 se dedicaban sólo al cuidado del hogar.

La segregación ocupacional por sexos también es persistente, lo cual evidencia aspectos de género que hacen que una ocupación sea preferentemente femenina o masculina. Los hombres predominan en la ocupación de vendedores, artesanos y obreros, conductores y oficinistas, mientras que las mujeres se ubican principalmente en las de oficinistas y vendedoras, seguidas de ocupaciones como trabajadoras de servicios personales y trabajadoras del hogar (Pacheco, 2012). Existen tres bloques de ocupaciones en los que se concentran las trabajadoras: el de las profesionales, técnicas (enfermeras) y maestras, que en conjunto absorben 19%; el de obreras, artesanas, comerciantes y trabajadoras administrativas, que comprende 55%, y el de vendedoras ambulantes, trabajadoras personales y en servicios domésticos, que representa 25% (Pedrero, 2018).

La reducción en la brecha de participación laboral entre hombres y mujeres no se ha traducido directamente en mejoras laborales para ellas. Del total de las

mujeres mexicanas mayores de 15 años que trabajan, 37.7% no cuenta con servicios de salud como prestación laboral, 41.9% no tiene contrato de trabajo, 33.8% no tiene ninguna prestación laboral; sólo 55.2% cuenta con vacaciones pagadas, 62.6% recibe aguinaldo y tan sólo 16.9% goza de utilidades. Otro dato a considerar es que del total de personas que sólo perciben un salario mínimo, 52.2% son mujeres; dentro del grupo que percibe más de cinco salarios mínimos, 70.8% son hombres y 29.2% son mujeres (Inmujeres, 2017; INEGI y STPS, 2014; OIT, 2015a). En cuanto a la brecha salarial entre mujeres y hombres con empleos de tiempo completo, en 2016 seguía siendo considerable: más de la mitad de las mujeres que trabajaba tenían empleos informales y realizaban más de 75% del trabajo doméstico y de cuidados, ambos no remunerados. Este panorama muestra que la participación laboral tiene efectos ambivalentes en la vida de las mujeres.

Las madres, en particular, siguen teniendo grandes dificultades para conseguir trabajo debido a las insuficientes opciones asequibles y de buena calidad para el cuidado de niñas y niños, aun cuando la disponibilidad haya mejorado en años recientes (OCDE, 2017). Ya en la década de 1990, la proporción de mujeres asalariadas con seguridad social había pasado de 66 a 62% en áreas urbanizadas y de 42 a 39% en áreas menos urbanizadas. Para los hombres fue igual en áreas urbanizadas, pero en áreas menos urbanizadas los índices fueron menores: de 35 a 33%. En ese periodo, tanto hombres como mujeres han aumentado las horas trabajadas a la semana, por lo que, si hubo un deterioro en el ingreso mensual fue debido, principalmente, a la reducción en el pago. Dicho de otra forma, los procesos económicos de las últimas décadas hicieron descender los ingresos en todas las ocupaciones en las zonas urbanas, la tasa de crecimiento por hora a precios constantes fue negativa para hombres y mujeres, lo que ocasionó pérdida de poder adquisitivo. Sin embargo, esto fue más desventajoso para las mujeres. La ocupación que perdió más fue el trabajo doméstico, seguido por las maestras y los servicios personales.

El ingreso que representa el trabajo de las mujeres para los hogares más pobres es casi de 51.1%; por otro lado, en los hogares de mayores ingresos las mujeres contribuyen con 34.4% de los ingresos del hogar, esto ejemplifica cómo el trabajo femenino ha sido muchas veces una estrategia de los hogares más pobres para subsistir (Inmujeres, 2016). Los ingresos que pueden percibir las mujeres también están relacionados con el número de hijos o hijas a su cuidado: a mayor tiempo invertido en el trabajo doméstico y de cuidado son menos los trabajos bien remunerados a los cuales pueden acceder. Además, el envejecimiento

poblacional junto con la disminución de la fecundidad ha generado una crisis del cuidado de adultos mayores. Esto se agudiza por el proceso de transición epidemiológica con mayor incidencia de enfermedades crónico-degenerativas en los adultos mayores (Quilodrán, 2011).

A esto se suma la discriminación, la falta de prestaciones sociales y la facilidad con que las mujeres pueden ser sustituidas en sus trabajos. Según el Informe mundial sobre salarios 2014-2015, en México, las mujeres con hijos ganan 33.2% menos de lo que ganan las mujeres sin hijos (OIT, 2015a). Un estudio del INEGI en 2014 reveló que la discriminación salarial sobre las mujeres varía según el trabajo desempeñado. Por ejemplo, el salario para mujeres que trabajan en actividades industriales o transportistas es 30 y 24% menor que el de un hombre en el mismo puesto; en actividades de comercio, profesionales o de oficina, la diferencia oscila entre 17 y 10%. En otras actividades, como las relacionadas a la educación, vigilancia o actividades agropecuarias, no existe mucha disparidad de género en el salario. En el caso de servicios personales, las mujeres superan a los hombres en 9% aproximadamente, aunque cabe recordar que el trabajo doméstico remunerado en América Latina es efectuado en su mayoría por mujeres. Al año 2010, en 14 países latinoamericanos, 93.9% de las plazas en el sector de cuidados era ocupado por mujeres, mientras que sólo 6.1% lo era por hombres (Cepal, 2012). Según cifras del Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres), en México, 3.5 millones de mujeres asalariadas mayores de 15 años han sufrido algún tipo de discriminación laboral sólo por ser mujeres, independientemente de su nivel de estudios, experiencia, formación o capacidad[2] (INEGI e Inmujeres, 2018).

En cuanto al uso del tiempo, según la Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo (ENUT) 2014, tanto hombres como mujeres, de 12 años o más, destinan la mayor parte de su tiempo a trabajar (INEGI, 2014b). De 59.2% del tiempo que invierten los hombres trabajando, 42.3% es destinado al mercado laboral y 16.9% en trabajo para el hogar. Este dato contrasta con el tiempo que invierten las mujeres trabajando: 65.8%, del cual 19.6% es para el mercado laboral y 46.2% para actividades del hogar, trabajo que no es remunerado. Al ser las mujeres quienes invierten más tiempo total en trabajo, se ven obligadas a disminuir el tiempo que pueden dedicar a otras actividades, como el estudio o el esparcimiento. Con base en los datos de la ENUT, las mujeres no sólo trabajan más que los hombres en todas las etapas de su vida, sino que la brecha entre ambos se incrementa a lo largo del ciclo de vida. Del tiempo total de trabajo, durante la adolescencia, las mujeres invierten 53.2% y los hombres, 46.8%;

durante la vida adulta, las mujeres invierten 56.5% y los hombres, 43.5%; y en la vejez, ellas invierten 56.8% y ellos, 43.2% (INEGI, 2014b). Se ha encontrado que para que un hombre se relacione activamente con las labores domésticas, principalmente, cuidando de sus hijos e hijas, tiene que existir una combinación entre escolaridad alta y juventud. El trabajo femenino asalariado está íntimamente ligado con una mayor participación de los hombres en todas las tareas domésticas. Primordialmente son jóvenes de estratos acomodados y con acceso a educación quienes están más dispuestos a repartir de manera más equitativa las labores domésticas con sus parejas, caso opuesto al de aquellas mujeres dedicadas exclusivamente al cuidado del hogar pertenecientes a estratos más bajos, cuyos esposos, se presume, evalúan su masculinidad según su capacidad de proveer a sus hogares (INEGI, 2014b; García y Pacheco, 2014).

En suma, ha aumentado en el país el número de mujeres que realizan trabajo para el mercado y también se han modificado sus condiciones laborales; sin embargo, no ha cambiado gran cosa la carga de trabajo doméstico para ellas. Bajo la política neoliberal, la mayor escolaridad, más horas de trabajo y una mejor ubicación en la escala ocupacional no se han traducido en mejores retribuciones: en términos reales, se obtienen menos ingresos por hora trabajada. Puede decirse que los mercados laborales actuales en el país, no favorecen una mayor equidad al interior de los hogares, por las jornadas largas y el trabajo precarizado que somete a las y los trabajadores a fuertes tensiones y demandas. La des-regulación económica y los cambios en las políticas de protección social afectan a las familias, cada vez más compuestas por un asalariado con ingresos insuficientes y una mujer con dobles o triples jornadas, con hijos e hijas con un déficit de cuidados y atención (Ordaz, 2010).

De acuerdo con Pedrero, “la globalización ha tenido un efecto fundamentalmente precarizante, aumentando el riesgo y la fragmentación social, con máxima rivalidad entre personas y territorios e institucionalizando el uso del trabajo como un proceso asocial, individualizado”. Si en el pasado uno de los beneficios del trabajo, especialmente para las mujeres, era romper con el aislamiento, ahora ya no lo es, por la nueva cultura de la competitividad (2018: 361-362). Como sostiene Pedrero, si bien en algunos aspectos la brecha entre hombres y mujeres se redujo, ha sido más por el mayor deterioro del trabajo masculino que por ventajas para las mujeres en términos absolutos. Esto pone en peligro no tanto el modelo de cuidadora y proveedor exclusivos —algo que en los sectores populares rara vez predominó—, sino la especialización del ingreso de ambos miembros de la pareja, propia de la experiencia de muchas familias

urbanas en la época anterior a la crisis: para el “gasto”, el dinero que aporta el varón, y para los “gustos” de la familia, el que aporta la mujer, como veremos a lo largo del presente capítulo.

Particularmente en la Ciudad de México, el cambio estructural observado en las últimas décadas indica un proceso de desindustrialización que ha determinado las posibilidades de inserción diferenciada de la fuerza laboral tanto masculina como femenina, ya que la economía de la ciudad se sostiene principalmente en el sector servicios y de comercio (Inmujeres, 2016). La mitad de las mujeres mayores de 15 años que residen en la Ciudad de México es parte de la población económicamente activa, en contraste con los hombres: 75%. Esta participación laboral femenina se caracteriza por la informalidad, los bajos ingresos y la alta incidencia del trabajo no remunerado. Por ello resulta interesante contraponer la experiencia de la mayoría de las mujeres que viven en la Ciudad de México con la de aquellas que de alguna manera compiten con los varones por determinados puestos de trabajo. Como se mencionó antes, la experiencia en trabajos no tradicionales para mujeres puede mostrar formas distintas de vivir los cambios prácticos y subjetivos que afectan a todas las mujeres. Confrontar esas experiencias con las de la mayor parte de las mujeres que trabajan de forma remunerada en México permite ver el efecto variable de los procesos estructurales y culturales comunes a todas, y con ello comprender mejor qué cambios subjetivos y decisionales están detrás de las cifras citadas.

Sin embargo, como se verá también a lo largo de este trabajo, de hecho los cambios en la organización familiar, producto de las transformaciones económicas y laborales descritas, no siempre implican rupturas con los valores tradicionales sobre la familia. Antes bien, se observa una transformación en los marcos valorativos, que implica una tensión y recombinación entre elementos “tradicionales”, “modernos” e incluso “posmodernos”. Según encuestas de valores, tanto hombres como mujeres valoran el papel maternal de la mujer en la familia y el respeto a los mayores, lo cual lleva a un sentimiento de inadecuación y culpa en las que trabajan fuera del hogar en etapas de crianza, que son las más numerosas en la fuerza laboral (Arriagada, 2007). Según datos de la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (ENDIREH) 2016, en la opinión de las mujeres mayores de 15 años con respecto a los papeles femeninos y masculinos, 47.6% está de acuerdo con que las mujeres que trabajan descuidan a sus hijos, 14.3% con que los hombres ganen más que las mujeres, y 10.4% con que los hombres deben ocupar los mejores puestos de trabajo (INEGI e Inmujeres, 2018). Dichos datos revelan la persistencia de estereotipos de

género tradicionales, incluso en la percepción de muchas mujeres. A principios de la década de 1990, Riquer (1994) proponía investigar por qué se mantenían los estereotipos tradicionales de género en muchas familias mexicanas, habiéndose transformado de forma tan drástica la estructura social y económica del país en unas pocas décadas. El presente estudio intenta contribuir a esa indagación, en un momento en que las vías culturales que se ofrecen a los sujetos para encarnar la femineidad y la masculinidad en la pareja y en la familia se han complejizado y ampliado aún más, debido a nuevos cambios sociales, políticos y económicos.

En lo que sigue, se presentan y analizan los significados que las mujeres otorgan al trabajo remunerado y a la división sexual del trabajo en la familia, lo que da cuenta de cambios a nivel subjetivo y a nivel del ejercicio de distintos tipos de agencia, empezando por los consensos y se continúa con las diferencias entre mujeres con distintas experiencias de trabajo y situación familiar.

Cabe presentar antes algunos datos que resultan útiles para contextualizar las discusiones y describir elementos importantes de la muestra de mujeres participantes, a partir de un breve cuestionario aplicado al finalizar los grupos de discusión. Para este tema, se comentan datos de las 90 mujeres con trabajo remunerado, dejando fuera a las 20 que se dedicaban sólo al trabajo de cuidados en el momento de la investigación.

En cuanto a niveles de escolaridad, sólo 6% cuenta con licenciatura completa o incompleta; 37%, con preparatoria completa, y 21%, con preparatoria incompleta. En estos dos últimos niveles se concentra poco más de la mitad de toda la muestra (58%), mientras que 26% tiene secundaria completa; 3%, secundaria incompleta, y sólo 7%, primaria completa. Al analizar diferencias entre mujeres jóvenes y mujeres mayores, se observa que las jóvenes se concentran más en la educación media y media superior: 50% con preparatoria completa, 24% con preparatoria incompleta y 20% con secundaria completa. En relación con las mujeres mayores, 23% tiene preparatoria completa; 18%, preparatoria incompleta; 32%, secundaria completa; 7%, secundaria incompleta, y 14%, primaria completa. Sólo 4% de mujeres jóvenes y 2% de mujeres mayores cuenta con estudios de nivel superior, completos o incompletos. Al analizar lo que ocurre entre mujeres que se desempeñan en trabajos feminizados o masculinizados, se observa que ambos grupos se concentran en su mayoría en el nivel de preparatoria completa, con 32 y 41%, respectivamente. Las mujeres con trabajos masculinizados se concentran mayoritariamente en la educación

media y media superior, al igual que las mujeres con trabajos feminizados; sin embargo, sólo estas últimas tienen presencia en la educación superior con 6%. Tanto las mujeres que se desarrollan en trabajos informales como formales cuentan con los mismos niveles educativos. Donde más se concentran es en el nivel de preparatoria completa, con 36 y 37%, respectivamente. La única diferencia encontrada es que las pocas mujeres que cuentan con licenciatura (6%) se dedican al trabajo informal, mientras aquellas que se dedican al trabajo formal no figuran en esta categoría.

En cuanto a los ingresos mensuales reportados por ellas se observa que 53% percibe entre 2 332 y 3 931 pesos mensuales (26 y 27%, respectivamente), mientras que 11% declara percibir menos de 2 332 pesos mensuales; 17%, 5 244 pesos mensuales; 9%, entre 6 504 y 9 620 pesos mensuales, y sólo 3%, entre 11 856 y 14 949 pesos mensuales. Las mujeres jóvenes perciben menores ingresos en comparación con las mujeres mayores; es decir, de las jóvenes, 17% percibe menos de 2 332 pesos mensuales; 30%, 2 332 pesos mensuales, y 28%, 3 931 pesos mensuales. Por otro lado, 50% de las mujeres mayores percibe entre 3 931 y 5 244 pesos mensuales. Además, sólo en este grupo se perciben ingresos de 14 949 pesos mensuales (5%). Las diferencias entre trabajo feminizado o masculinizado no son muy significativas; sin embargo, se observa que los ingresos del trabajo formal se encuentran entre los más bajos (53%), mientras que el trabajo informal tiene mayor presencia en la categoría de ingresos medios y superiores (45%).

Respecto del acceso a servicios de salud, 62% de las mujeres cuenta con algún servicio de salud (Instituto Mexicano del Seguro Social, IMSS; Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado, ISSSTE, o Seguro Popular), mientras que 36% no cuenta con ninguno. Por edades, los porcentajes son muy similares. Sin embargo, las mujeres que se dedican a trabajos feminizados son quienes menos cuentan con acceso a servicios médicos (48%), mientras que de las mujeres que se dedican a trabajos masculinizados sólo 24% no cuenta con los mismos. De las mujeres que se dedican al trabajo informal, 47% no cuenta con este servicio, pero tiene mayor presencia en el Seguro Popular (34%), mientras las que tienen trabajo formal, sólo 23% señaló no tener este servicio.

El 23% de las mujeres ahorra para el retiro, frente a 77% que no lo hace. Por edades, las mujeres mayores son quienes menos ahorran para el retiro (86%), pero 67% de las jóvenes tampoco lo hace. Los porcentajes son muy similares

entre las que tienen trabajo feminizado y masculinizado. Pero donde menos se ahorra para el retiro es en el trabajo informal, con 89% que no lo hace, seguido del trabajo “formal” con 63 por ciento.

De las mujeres que indicaron tener una relación (matrimonio o unión libre) al momento del estudio, el nivel educativo en el que más se concentraron sus parejas fue el medio superior, con 56% (38% con preparatoria terminada y 18% con preparatoria incompleta), mientras 18% se concentraba en educación superior (12% completa y 6% incompleta); a diferencia de las mujeres, donde este nivel sólo alcanzó 6%. Las parejas de las mujeres jóvenes son quienes más se concentran en los niveles medio y medio superior, con 82%, mientras que las parejas de las mujeres mayores se distribuyen casi de igual forma, pero con más presencia en niveles básicos (7% con primaria incompleta, 10% con primaria completa y 17% con secundaria incompleta). Las parejas de las mujeres que se dedican a trabajos masculinizados se concentran en mayor medida en la educación media superior, con 68%, mientras que las parejas de las mujeres que se dedican a trabajos feminizados cuentan con mayor presencia en el nivel superior, con 33% (23% tiene licenciatura completa y 10%, incompleta).

En cuanto a trabajo formal e informal, el único dato que sobresalió fue que las parejas de las mujeres que se dedican a trabajos informales cuentan con mayor presencia en la educación superior, con 25%, frente a 9% de las parejas de mujeres con trabajo formal, lo cual permite conjeturar que éstas eligen tales trabajos —con horarios poco flexibles y bajos salarios— por una mayor necesidad económica que se relaciona con los ingresos de las parejas: las mujeres jóvenes suelen percibir menos ingresos que las mujeres mayores; mientras que 50% de las parejas de las mujeres jóvenes percibe menos de 3 931 pesos mensuales y sólo 18% percibe 7 971 pesos mensuales; 27% de las parejas de las mujeres mayores percibe entre 14 949 y 20 338 pesos mensuales. Las parejas de mujeres con trabajos masculinizados se concentran en los ingresos que van de los 6 505 pesos a los 7 971 pesos mensuales (30%), mientras que una gran parte de las parejas de las mujeres que se dedican a trabajos feminizados (24%) percibe entre 14 949 y 20 338 pesos mensuales. Por su lado, 31% de las parejas de las mujeres que se dedican a trabajos formales llegan a percibir menos de 2 332 pesos mensuales, mientras que 22% de las parejas de las mujeres que se dedican a trabajos informales percibe entre 14 949 pesos y 20 338 pesos mensualmente.

Los datos presentados permiten comprender mejor muchas de las razones,

motivaciones y restricciones que tienen las mujeres para elegir el trabajo remunerado, en general, así como distintos tipos y modalidades de trabajo, en particular, en competencia con las exigencias del cuidado en diferentes etapas de su vida. Para ampliar la comprensión de las discusiones grupales que conforman el material central del análisis que se expone en este capítulo y en los siguientes, se presenta a continuación una breve semblanza de cada grupo de mujeres, tomando como base su propia autopresentación en las sesiones de discusión realizadas.

En el grupo de mujeres más jóvenes (25 a 40 años) con ocupaciones masculinizadas formales, que trabajan en fábricas o en negocios manejando máquinas de embobinado, cerrajería, horno, mecánica, guillotina, máquinas textiles o montacargas, al pedírseles que se presenten mencionando en qué trabajan, si tienen hijos, con quién viven y si quieren decir su edad, la mayoría dice primero su edad y en segundo lugar hablan de sus hijos. Las que mencionan primero su trabajo laboran en fábricas y describen brevemente las tareas que realizan, que son de su agrado (acabado de muebles, conducción de montacargas).

En el grupo de las mujeres mayores (45 a 65 años) con trabajos semejantes en fábricas y empresas, que se desempeñan en tareas de seguridad, supervisión, manejo y mantenimiento de maquinaria o conducción de vehículos, la mitad se presenta diciendo, primero, en qué trabaja, y la otra mitad, cuántos hijos tiene y de qué edades, aunque se les pidió empezar por el trabajo. Dos mencionan el trabajo de sus esposos. Desde el inicio, este grupo parece darle más importancia al trabajo, quizá porque muchas ya no viven con sus hijos. Una de ellas habla de sus gustos. Hay quien dice sentir orgullo cuando le dicen que es “tipo hombre”: “me fascina andar entre los fierros” (se ríen varias).

En el grupo de mujeres más jóvenes (25 a 40 años) con trabajos masculinizados informales, es decir, con oficios como plomería, carpintería, electricidad, pintura, herrería, albañilería, reparación de electrodomésticos y computadoras, de las 12 participantes, 9 se presentan mencionando en primer lugar su edad, en seguida al esposo o a los hijos y sólo tres, el oficio, quizá porque de entrada se les pide que digan con quién trabajan, con quiénes viven y “si quieren”, su edad. La mayoría trabaja en oficios que consideran “de hombres” sin haberlos elegido de entrada y con parientes cercanos, como padres, suegros, hermanos o esposos, quienes influyeron en su elección o las entrenaron en esos oficios. Declaran que la decisión de hacer trabajos “raros” para mujeres no fue planeada, sino producto

de diferentes circunstancias. A una de ellas la “mandaron” a un curso de electricidad en la empresa donde trabajaba como vendedora de materiales eléctricos y allí aprendió el oficio. Otras lo aprendieron cuando decidieron ayudar a sus padres, esposos o hermanos en sus talleres. Una de ellas dejó el trabajo que tenía, porque “descuidaba mucho a sus hijas” y decidió trabajar con su esposo en la casa, donde éste tenía un taller de herrería. Otra salió del trabajo por el nacimiento de sus hijos y después decidió aplicar lo que había aprendido de electricidad en la empresa. Todas coinciden en que el oficio “les empezó a gustar”, pero algunas puntualizan que les gustan más “los detalles” o “lo pequeño” —como los acabados o la decoración—, quizá a modo de justificación, ya que señalan que tienen dos trabajos: el oficio y el trabajo en casa, “que es cumplir con tus labores de mamá, de maestra, de enfermera”. Es relevante señalar que la mayoría ya contaba con alguna capacitación por haber estudiado en preparatorias técnicas.

Entre las mujeres mayores (de 45 a 65 años) con oficios masculinizados informales, como pintura, albañilería, carpintería, conducción de taxis, herrería, electricidad y jardinería, a pesar de la consigna de presentarse diciendo en qué trabajan, todas mencionan su trabajo sólo al final, excepto una que tiene un largo entrenamiento formal en carpintería. Las demás se presentan diciendo primero su edad, su estatus marital, cuántos hijos tienen y sus edades. Algunas hablan de nietos. También en este grupo varias señalan que les gusta hacer las cosas menores (básicas) del trabajo. Curiosamente, las participantes de este grupo bromean mucho desde el principio, burlándose de sí mismas por participar en una investigación, al imaginarse como los conejillos de indias de los programas de televisión o de la “nota roja”, o diciendo que son “piratas” porque ejercen oficios para los que no estudiaron. Esto puede deberse a que la investigadora “tenía estudios” o a que —a diferencia de la compañera que se había “ganado” un título de maestra carpintera— las demás habían “usurpado” el oficio del padre, el suegro o el marido. La palabra “pirata” salió varias veces en la discusión. El tono jocoso es introducido por un par de participantes que lideran la discusión y se burlan de sí mismas en relación con la pareja y la sexualidad, una porque el marido la abandonó (“se fue por cigarros”), otra porque al mantener económicamente a un hombre más joven “se lo ganó”, y otra más por ser madre soltera, presentándose como “la mancha” del grupo. En todo caso, la risa colectiva muestra el reconocimiento, pero al mismo tiempo cierta distancia respecto de posiciones de sufrimiento femenino, algo que en otros grupos no surgió.

En el grupo de mujeres más jóvenes (25 a 40 años) con trabajos feminizados formales como limpieza, costura, planchado y cocina en organizaciones, o venta en tiendas, de las nueve participantes, cuatro se presentan diciendo primero su estatus marital, tres su edad y dos cuántos hijos tienen y de qué edades. A pesar de habérseles pedido presentarse comentando en qué trabajan, todas mencionan su trabajo al final, algunas agregando el horario que cubren, y una de ellas aclara que entró a trabajar para ayudar a su esposo que quedó desocupado, y que su mamá la ayuda con el cuidado de su hija. Parece un grupo para el cual el trabajo tiene una importancia secundaria y se hace por necesidad. El horario de trabajo fijo parece ser una preocupación central, ya que compite con el tiempo para el trabajo de cuidados.

En el grupo de mujeres de mayor edad (45 a 65 años) con trabajos similares, a pesar de la consigna de presentarse diciendo en qué trabajan, sólo 6 de las 11 lo hacen de este modo. Las demás mencionan en primer lugar su edad o hablan de sus hijos. Una de ellas lo hace probablemente porque, a diferencia de las demás, tiene una hija dependiente, por ser discapacitada. Varias mencionan su estatus marital, los estudios (superiores) de sus hijos y si tienen casa propia o rentan.

El grupo de mujeres con trabajos feminizados informales no considera la venta por catálogo, los servicios de belleza a domicilio o el trabajo doméstico remunerado que realizan como un trabajo. En el grupo de las más jóvenes (25 a 40 años), ya durante las presentaciones surge el problema del tiempo. Las que tienen hijos pequeños afirman que el tiempo es “su peor enemigo” porque al trabajar, los descuidan. Las que no tienen hijos, se quejan de los tiempos de traslado en la ciudad. Las que tienen hijos más grandes, dicen que no tienen ese problema porque se cuidan solos, o incluso las ayudan en el trabajo. El tiempo es un problema porque no les alcanza para trabajar por un ingreso y “cuidar la casa”. Esto se traduce en atención a los hijos, pero sobre todo al marido, ya que éste se pone celoso si ella sale, quiere llegar y que le sirvan la comida, en suma, “te quiere en la casa”.

Las mujeres mayores (45 a 65 años) con este tipo de ocupaciones tampoco consideran que la venta por catálogo o el servicio doméstico sean “trabajo”. Cuando se les pide que mencionen las ventajas y desventajas de su trabajo, preguntan si se refiere “a lo que venden”. Un trabajo real para ellas es uno formal, con salario y horarios, “en oficina”. Una participante de este grupo comienza compartiendo largamente su gran frustración por haber perdido el trabajo que tenía en una empresa, y señala que puede ser sincera porque es una

plática “entre mujeres”, como apelando a cierta garantía de complicidad (“no saldrá de aquí”, “no volveremos a vernos”), ante lo que parece ser un sentimiento poco legítimo en una mujer que es madre. Lo que añora, comenta, es la independencia económica y la posibilidad de socializar que le daba el trabajo. Relata que lo perdió “porque era rebelde, porque nunca se quedaba callada” y señala como responsable a una pareja que tuvo, que trabajaba en el mismo lugar, quien “le hizo la vida de cuadritos” y por fomentar los chismes provocó su salida de la empresa. Ahora, “se encuentra vendiendo por catálogo”. Ser dueña de su tiempo no le compensa haber perdido los ingresos y planes que tenía (tener su propio negocio, divertirse “a pesar de los hijos”, tener otro tipo de relaciones). La frustración mayor para ella es que el mercado de trabajo “está cerrado” para las mujeres de su edad.

Por último, los dos grupos de discusión en los que participaron mujeres que en el momento del estudio se dedicaban exclusivamente al trabajo doméstico y de cuidados y que fueron seleccionadas como medio de contraste con las que tenían trabajo remunerado, resultaron de gran valor para comprender el significado del trabajo remunerado en comparación con el dedicado a la crianza y al hogar, ya que todas ellas habían trabajado por un ingreso en algún momento y habían dejado de hacerlo para dedicarse a la familia por distintos motivos, de manera voluntaria o involuntaria. Los relatos de estas mujeres permiten cuestionar la visión esquemática que las fija a categorías dicotómicas, como las de trabajadora remunerada y no remunerada, sin reconocer la fluidez con la que entran y salen del mercado laboral.

En el grupo de las amas de casa más jóvenes (25 a 40 años), las nueve participantes habían trabajado de forma remunerada en algún momento y habían dejado de hacerlo para cuidar a sus hijos (excepto una que no era madre), pero casi ninguna lo había hecho de buena gana, sino por culpa, porque el esposo no la había dejado seguir trabajando, por despido o por problemas de salud, porque no tenía quién cuidara de sus hijos, o porque los servicios de cuidado le resultaban demasiado costosos. Unas pocas mencionaron que tenían actividades “extra”, como vender cosas o atender una tienda en la casa, pero no las consideraban “trabajo”. En este grupo, la edad de ellas y la de sus hijos resultó ser importante, ya que, al invitarlas a presentarse sin ninguna consigna específica, iniciaron su autopresentación mencionando esta característica. Curiosamente, a diferencia de las participantes de otros grupos, ninguna mencionó a la pareja de forma espontánea, aunque todas vivían con una, lo que de entrada permite especular que su principal fuente de identificación es la

maternidad.

También en el grupo de amas de casa de mayor edad (45 a 65 años), las 11 participantes se presentaron comentando espontáneamente en qué habían trabajado antes, y algunas se adelantaron a explicar por qué habían dejado de hacerlo. Entre quienes habían dejado el trabajo remunerado hacía mucho tiempo, la mayoría lo había hecho explícitamente para cuidar a los hijos. Quienes lo habían dejado hacía menos tiempo, no lo habían hecho para cuidar a los hijos, sino porque éstos ya eran grandes, trabajaban y las apoyaban, o porque contaban con una jubilación. Entre las que dejaron el trabajo para cuidar a los hijos, tres lo hicieron cuando éstos nacieron o eran bebés y dos cuando estaban en edad escolar (primaria y secundaria). Es un grupo para el cual el estado civil parece muy importante, probablemente porque garantiza la subsistencia. Sin embargo, más de la mitad no dejó de trabajar en la etapa de crianza, sino más tarde.

Para ambos grupos, ser ama de casa no es algo elegido libremente, sino una opción, producto de diferentes circunstancias. Ni los trabajos esporádicos que hacen ni el trabajo del hogar parecen ser muy valiosos para ellas; en cambio, manifiestan deseos de tener trabajos que les permitan ganar dinero y cuidar a sus hijos al mismo tiempo. Aunque valoran el tiempo que pueden dedicar a los hijos, todas admiten que se sienten encerradas, en una rutina hogareña monótona. Esto permite de entrada reforzar la hipótesis según la cual, aun quienes en la práctica parecen sostener el modelo de proveedor y cuidadora exclusivos, no lo hacen de manera natural o siguiendo algún “amor al destino”, sino, por el contrario, manifestando distintos grados de malestar o disonancia, producto del cambio subjetivo operado en su tránsito por distintos campos: el del trabajo remunerado y el de la familia. A continuación, se presenta el análisis de dichos cambios, en cuanto al tema de la división sexual del trabajo.

SIGNIFICADOS COMPARTIDOS DEL TRABAJO REMUNERADO: TIEMPO VS. DINERO Y PODER

Comencemos por las coincidencias: para todos los grupos de mujeres el trabajo remunerado significa ingreso propio y, por lo tanto, cierta autonomía para administrar recursos y tiempo de manera más "legítima". Las apreciaciones de las participantes sobre el trabajo remunerado se enmarcan en el contexto de la crisis económica que obligó a muchas de ellas a insertarse en el mercado laboral de forma más permanente, especialmente a partir de mediados de la década de 1980, momento que identifican como de crisis e insuficiencia del ingreso del cónyuge.

La mayoría señala que trabaja para "complementar" el ingreso del marido, que no es suficiente para el sostenimiento del hogar, ni para "ofrecerles a los hijos algo más, una mejor calidad de vida"; pero, si bien para casi todas el trabajo remunerado empieza por necesidad económica, porque "los limones cuestan el salario de un hombre de ocho horas",[3] con el tiempo se convierte en fuente de satisfacciones y representa para ellas más ventajas que desventajas.

La decisión de salir a trabajar para "complementar el ingreso" de los maridos en general fue de ellas, y casi todas enfrentaron conflictos con ellos por querer trabajar, a pesar de la necesidad. Con el tiempo, comentan, fueron ellos quienes comenzaron a presionarlas para que salieran a trabajar, sobre todo, en los casos en que enfrentaron el desempleo o sus ingresos resultaron insuficientes.

Coinciden en que la resistencia de los maridos a "dejarlas trabajar" se debe al miedo a que ellas conozcan a otros hombres (mejores proveedores) o a que ganen más dinero que ellos, lo que los hace "sentirse menos" y en consecuencia volverse "conchudos" (una mezcla de pereza y cinismo). Por otro lado, opinan que los hombres que tienen "crianza antigua" o "de pueblo", están acostumbrados a que la mujer "les haga", y lo único que los hace tener que aceptar que las mujeres trabajen fuera es la economía y la tarea educativa que ellas realizan con ellos, ya que "son como niños chiquitos".

Casi todas relatan escenas de celos por parte de sus maridos, sobre todo al

principio de su vida laboral. Ellas fueron apaciguando esos celos demostrándoles que se “portaban bien” y no desatendían sus obligaciones domésticas y de esposas, como se ve en el siguiente intercambio:

Marlene: Porque sabes lo que tienes y hasta ahorita ni fallé ni nada y sin embargo estoy al pie del cañón con los hijos, con los nietos, contigo; ay pues sí…

Marcela: Es que la confianza se la gana uno, porque hay mujeres que sí son fáciles y facilitas [se ríen].

Graciela: En cualquier trabajo siempre te encuentras una que ya pasó con todos y dice uno,[4] “válgame Dios”.

Moderadora: Entonces, ¿sus temores son fundados? [hablan al mismo tiempo].

Alina: Depende del marido, pues.

Graciela: Te debe de conocer, quién eres tú, cómo fuiste, cómo has sido con él, porque no porque una sea lo que es, todas vamos a ser lo mismo. Yo desde que entré, mi límite: sí saludar buenos días a todos, pero eso de llevarse y eso, no. Ya los maridos no se preocupan tanto, y ahora ya, “pues si quieres vete, ¿cuándo te vas a ir a tomar un café con las amigas?”, y antes nunca me lo decía.

Con la excepción de algunas mujeres con hijos pequeños, que tienen horarios largos y rígidos de trabajo y bajos salarios, todas enfatizan que no dejarían de trabajar, aunque alguien les ofreciera mantenerlas. El trabajo les ha dado muchas satisfacciones, desde ver a los hijos terminar estudios superiores hasta el orgullo de ganar dinero, porque “en la casa, nada recibes”. También les permite conocer gente, viajar y “ayudar al marido”. Otro motivo fuerte para trabajar de forma remunerada es “no depender del esposo”, lo que también aconsejan a sus hijas porque, como dicen ellas, “uno se acostumbra a ser independiente”, a sentirse útil, “es lindo tener el dinero de uno”.

El deseo de mantener un trabajo remunerado también es común a todas, incluidas las amas de casa que optaron por dejarlo para cuidar a sus hijos ante la

falta de opciones laborales que les permitieran conciliar trabajo y familia. Muchas de las participantes manifestaron frustración ante las dificultades del mercado laboral, que discrimina por género, edad, aspecto físico, embarazo, nivel y lugar de estudios. Incluso una empresa "feminista" como Tupperware, comentan, despide a las mujeres que tienen hijos. En el siguiente intercambio se ilustra esta apreciación compartida:

Alina: Entonces cuando me preguntan mi estado civil, yo les digo "pues es a tratar", ¿no? [todas se ríen].

Pamela: ¿Qué necesitas tú? [risas].

Alina: O sea, ¿qué es lo conveniente?, ¿ser soltera, ser divorciada?, o sea, para mí el ser divorciada está mal visto, vivir en unión libre está mal visto, aún en este siglo estamos mal vistos en muchos sentidos, seguimos menospreciando a la gente por la universidad de donde viene, por ejemplo, únicamente profesionistas egresados de la Ibero, de la Anáhuac, del Tec de Monterrey…

Marina: O si estás bonita y delgadita.

Dentro de las desventajas del tipo de trabajo disponible para ellas en el mercado señalan los bajos salarios, los horarios largos y poco flexibles y "tener alguien que las mande" o incluso que les grite, lo que tiene características de servilismo, como dice una participante:

Yo quisiera ser licenciada ¿no?, yo quisiera tener un negocio propio y no ser la que le sirve a alguien más y todo, pero pues a veces, las circunstancias. Yo creo que a las mujeres nos pasa eso, yo no quisiera trabajar todo el día y andar corriendo, a lo mejor tener un horario, de repente digo, pues de las 7 de la mañana a las 2 de la tarde y ya liberarme, pero no me deja ver a mis hijos, entonces ¿qué hago?

El nivel de estudios alcanzado, en la mayoría de ellas de preparatoria incompleta, las obliga a trabajar “en lo que hay”, que normalmente es trabajo con horarios difíciles de conciliar con la vida familiar. Algunas responsabilizan a las políticas laborales de no garantizar ofertas de trabajo acordes a su preparación y al hecho de tener una familia. Otras cuestionan a las empresas que discriminan al momento de contratar mujeres: por edad, por tener hijos, por estar embarazadas (algunas piden la prueba del embarazo), por falta de “atractivo físico” (piden peso y talla) o de “experiencia”. Comentan que la discriminación por ser madres está basada en prejuicios, ya que las empresas desconocen la cantidad de estrategias que ellas desarrollan para cumplir bien con todos los papeles que les toca desempeñar, como madres y como trabajadoras.

Con todo, aun cuando el trabajo remunerado no les permita estar presentes “al cien por ciento” en la vida de sus hijos, la mayoría de las participantes enfatizó que no dejaría de trabajar, por las oportunidades económicas que esto les representa. El poder del dinero es sumamente importante porque otorga libertad, capacidad de compra, la posibilidad de negociar con la pareja y, en última instancia, abandonar la relación si resulta violenta o insatisfactoria.

Las diferencias entre los grupos de mujeres sobre el significado del dinero son realmente sutiles. Para las amas de casa, el dinero es, ante todo, “para darles cosas a los hijos” y no tanto una fuente de poder personal. Sin embargo, dado que todas han tenido trabajos remunerados en el pasado, les resulta penoso “tener que pedirle [al marido] para una aspirina”. Algunas añoran la época en la que eran “la del dinero”, situación que les daba independencia.

Las mujeres con trabajos feminizados informales —cuyas experien cias no se distinguen demasiado de las anteriores porque no consideran trabajo a las actividades económicas que realizan— también privilegian el valor del dinero como medio para dar cosas a los hijos, pero agregan la independencia relativa que les da salir de la casa y no tener que rendir cuentas de los gastos que hacen con el dinero ganado.

Las discusiones grupales permiten identificar diferentes arreglos alrededor de la propiedad, el control y la administración de los recursos económicos, especialmente el dinero, que pueden relacionarse con la adhesión más o menos consciente a los ideales que proponen los modelos de familia y unión conyugal descritos anteriormente como tradicional, moderno y posmoderno. De acuerdo con los consensos generados, en el modelo que podemos llamar patriarcal

clásico y que ellas identifican como el “de las abuelas”, la mujer no trabaja de manera remunerada, aunque esto signifique miseria, ya que hacerlo pondría en duda la virilidad de la pareja a los ojos de la familia extensa y de la comunidad. Sólo quienes no tienen pareja por haberse embarazado y no haber contado con el apoyo del padre de los hijos, por viudez, separación o abandono, deben trabajar para “sacar a los hijos adelante”. Estas mujeres son etiquetadas como “luchonas”, un término ambivalente que denota virtud, valentía y sacrificio y, al mismo tiempo, fracaso social. Sin embargo, el consenso va en la dirección de enfatizar más bien los rasgos positivos de la mujer “luchona”, ya que muchas de las participantes han tenido madres con esta característica, o se identifican con ellas por haber vivido situaciones similares.

En el modelo de familia nuclear moderna basada en el amor romántico, que casi todas tienen como ideal, aunque adaptado a los tiempos, la principal responsabilidad del hombre es proveer y proteger, y la de la mujer, cuidar los hijos y la casa. Este modelo no se abandona del todo, aunque ellas trabajen de forma remunerada, ya que les sirve para negociar con la pareja. Abandonar los deberes y derechos que supone ese modelo en favor de relaciones más igualitarias incrementa la incertidumbre, en especial porque no hay garantías de reciprocidad en el reparto de las cargas de trabajo doméstico y de cuidados. Se trata de un cambio en el nivel subjetivo que no se traduce de forma literal en un tipo de agencia abiertamente confrontadora, sino más bien negociadora, incluso quienes más cercanía emocional manifiestan con el modelo de la complementariedad entre proveedor y madre-ama de casa no están exentas de vivirlo con tensiones y malestares en la vida cotidiana.

Finalmente, el modelo de amor confluente, que la mayoría de ellas no ha vivido ni vivirá, pero quizá sí sus hijas, es visto como menos incierto en términos de supervivencia, sólo a condición de que la mujer tenga independencia económica. Sin embargo, también es juzgado como menos deseable en términos de relaciones afectivas y de capital social, como se discutirá en el siguiente capítulo.

En términos subjetivos, casi todas las mujeres combinan una identidad femenina basada en la maternidad, con una autovaloración como trabajadoras y generadoras de ingresos para el hogar. Sin embargo, el peso relativo de ambas identificaciones difiere de acuerdo con el tipo de trabajo remunerado que desempeñan, la etapa familiar en la que se encuentran y su relativa dependencia o independencia económica respecto del cónyuge.

En términos de agencia práctica, que se expresa en distintos arreglos y negociaciones conyugales alrededor de la administración de los recursos, todas las mujeres que trabajan de manera remunerada realizan grandes esfuerzos para mantener la división entre el papel de proveedor, que corresponde al marido, y el de cuidadora, que corresponde a la mujer. Incluso en los casos en los que ellas ganan igual o a veces más que sus esposos, éstos deben seguir cumpliendo con la obligación de "dar el gasto". Lo que ellas ganan es para los "gustos" o los "lujos", pero siguen teniendo la responsabilidad de organizar la casa y dedicarse al cuidado.

En general, opinan que ellos no dan lo suficiente, no porque no quieran, sino porque ganan poco, pero esto no los exime de la obligación de proveer. Comentan que ellos "dan gasto" y ellas complementan y distribuyen el dinero, quedándose con lo que sobra. El esquema se repite cuando las mujeres viven con hijos adultos y sin pareja.

Coinciden en que a los maridos, en general, no les gusta que salgan a trabajar, pero que "cuando cobras, sí les gusta" y que muchos se aprovechan de ello, por ejemplo, cuando dicen "pues tú cómprales a los niños, si tú tienes dinero". A los maridos les gusta que ellas aporten la mitad de los gastos, o que paguen salidas, por lo que ellas siguen defendiendo el ideal del hombre proveedor: "tú pagas y yo, lo que trabajo, es para lo que yo quiera, si hace falta, sabes que yo te echo la mano". Los estereotipos de género también se manifiestan en este arreglo, donde ellas deciden en qué gastar, porque conocen las necesidades de la casa: "el hombre es como 'ten el gasto y sal como puedas'".

Con respecto a los "gustos", ellas no piden permiso y deciden lo que se quieren comprar, porque opinan que "ya tenemos derechos iguales, porque los dos aportamos" (aunque no pongan cantidades iguales). Esto fue así desde el principio, para la mayoría. Una de las participantes comenta que su mamá siempre le aconsejó: "nunca le enseñes el sobre, y nunca le digas cuánto te pagan", ya que el marido luego se aprovecha, pide prestado y después no devuelve.

Lo que en realidad sucede es que existe poco margen para los gustos, terreno del ingreso de la mujer, porque las necesidades del hogar lo absorben todo. Es así que el arreglo acaba siendo inequitativo para ellas, que aun aportan para el gasto (terreno del ingreso del varón) también se encargan de casi todas las tareas del hogar.

Todas coinciden en que los arreglos a los que han llegado no son fruto del consenso o del acuerdo, sino de conflictos y discusiones en las que se evidencian expectativas tácitas de reciprocidad: una de las participantes relata que cuando su esposo le reclamó que las tareas domésticas no estaban bien hechas, ella le respondió: “rey, aquí también vives tú, vivimos los dos aquí, tenemos los mismos derechos y compartimos la misma hija, así como trabajo yo, también trabajas tú, y no se me hace justo que nada más yo la casa”, lo cual representa una ruptura con los valores tradicionales de la atención al marido y a la casa como obligación exclusiva de la mujer.

Asimismo, siempre existe el riesgo ya comentado de que los maridos se aprovechen de que ellas ganan dinero y dejen de aportar para el gasto, una preocupación compartida basada tanto en experiencias personales como en estereotipos sobre la masculinidad:

Yo tengo muy pendiente una historia que platicó mi suegra, ella nunca ha trabajado, pero dice que una vez quiso trabajar y que juntó para comprarse una máquina de coser en su casa, maquila de un lugar y dice que estuvo toda la quincena en friega y todo, y el día de la quincena mi suegro no llegó, no le dio dinero, dice, “se me quitaron las ganas de trabajar, primera y última vez que lo intenté, ¿sabes qué? No. No lo vuelvo a intentar, porque se iba a hacer conchudo”.

Para las mujeres que aportan ingresos al hogar, la respuesta frente al riesgo de que los maridos “se aprovechen” y aporten menos es ambivalente. No queda decidido si les conviene ser ellas quienes administran todo el dinero que ingresa al hogar porque “saben hacerlo”, a pesar de ser un trabajo pesado y no reconocido, o bien mantener “cuentas separadas”, evitando con ello la infantilización del marido, que supone “darle para el pasaje y los cigarros”. Lo que sí queda claro en la discusión de todos los grupos, es que no se debe “dar todo”, ante el riesgo de salir perdiendo si ocurre una separación o el marido se vuelve “desobligado”, algo alejado del ideal del amor romántico donde se da “todo” a cambio de amor y protección.

Sobre el significado del dinero, hay consenso en la idea de que, en el modelo

tradicional de familia, donde “el que tiene el dinero, manda”, la mujer no puede ganar más que el esposo porque esto invierte los papeles y genera conflictos. Las mujeres reconocen que los hombres de su generación se educaron en este modelo y aprendieron que ellos eran los que “protegían” y mandaban, a diferencia de los jóvenes actuales, que se acercan al ideal en el que ambos miembros de la pareja trabajan, ya que al no ganar lo suficiente para pagar servicio doméstico “tienen que llegar, lavar, planchar, hacer la limpieza, la comida y cuidar a los hijos y todo”. Ésa es para ellas “la pareja ideal” en términos de igualdad. Sin embargo, advierten que este cambio en las masculinidades es un arma de doble filo, al posibilitar la evasión de responsabilidades en los jóvenes varones, muchos de ellos, según ellas, hoy en día “buscan mujeres que ganen más para que los mantengan”.

Es posible observar entonces una valoración subjetiva positiva de los modelos de pareja y de familia más igualitarios en términos de recursos, derechos y obligaciones, pero, en la práctica, una preferencia por versiones más flexibles del modelo de proveedor y cuidadora en el que ellos siguen teniendo el deber de dar “gasto”. La desconfianza que les provoca ver varones que se resisten a compartir equitativamente las cargas de trabajo de cuidados, las lleva a defender aspectos de un modelo que ya no corresponde con su realidad, ante el riesgo que supone un arreglo de “aportes iguales” en el que ellas salen perdiendo.

Es destacable, sin embargo, que en todos los grupos prevalece la ambivalencia sobre la legitimidad de arreglos en los que se hace algún tipo de cálculo, porque pone en cuestión el mandato de la abnegación materna y de la entrega “sin medida” que ésta supone. Consideran que tener dinero les da poder y que esto puede volverlas “duras”, especialmente con sus maridos. La discusión gira en torno a la tensión entre el deber de ser solidaria ante la precarización del ingreso del cónyuge, y la desconfianza en la reciprocidad de éste. Mientras para unas su ingreso significa un avance hacia un modelo igualitario de pareja y de familia, para otras sigue siendo un sacrificio de ellas, que “siempre salen perdiendo”, en la medida en que los hombres tienen que aportar menos dinero, pero no se involucran en las tareas del hogar en la misma medida que ellas.

El razonamiento estratégico que hacen dicta que, si ellos sólo “tratarán de ayudarlas” con las tareas de cuidado, ellas sólo darán “algo” de dinero y se quedarán con la mayor parte de su salario para pagar “gustos”; pero esto se convierte en un engaño cuando ese dinero para “gustos” se termina utilizando para cubrir necesidades de los hijos que de otro modo los maridos tendrían que

cubrir, como ropa, zapatos, útiles, salidas o vacaciones.

Así, en el debate sobre la legitimidad de calcular los costos y beneficios de los arreglos conyugales en contra del valor de la "solidaridad" y la armonía familiar, mientras algunas comentan que si ponen dinero para gastos, después se lo cobran a sus maridos porque es su obligación, así como ellos cobran a ellas el dinero que dieron para "gustos"; otras ven en ese cálculo una degradación de los valores morales que sostienen a la familia, sustituidos por la competencia entre cónyuges. Estas mujeres rescatan algunos de los valores del modelo tradicional, aunque no estén de acuerdo con la inequidad que representa, porque recuerdan que en ese modelo no había posibilidad de competencia alguna: "él daba el gasto y ella se hacía bolas para resolver las necesidades de la casa". Por lo tanto, a la idea de equidad en términos materiales oponen otra de "equilibrio moral": un intercambio que no es cuantificable en su totalidad y que sigue estando en el marco de la complementariedad que supone el modelo ideal de proveedor y cuidadora. ¿Cómo calcular el cincuenta por ciento de esos intercambios?

En el siguiente fragmento de discusión se puede apreciar la tensión señalada entre un modelo tradicional y uno más igualitario pero riesgoso, en tanto que puede resultar en perjuicio para la mujer:

Laura: Yo creo que salimos perdiendo las mujeres.

Helena: Sí, porque lo pones todo.

Laura: Tú vas a comprar al mercado, tú haces el mandado, tú haces esto, tú haces lo otro.

Camila: Claro, ni modo que no compres algo, o sea si traes dinero y ves que te va alcanzar para digamos un kilo de plátano, y sí traes, o sea te lo gastas, guardas lo de tu pasaje y dices, "no importa".

Laura: Ibas por el plátano y resulta que viste muy barato el jitomate, pues te lo traes.

Mercedes: Pero también me llena el hecho de que, aunque tenga un trabajo que no es el que yo quisiera, o no soy la jefa como quisiera, en mi casa de repente sí me siento héroe yo sola, de decir "yo pude, voy, hago, traigo y lo hago a veces

por gusto”.

Marina: Pero yo te voy a decir una cosa sobre eso, y te lo voy a decir porque una de mis tías murió de eso, que anda allá y corre y corre y corre, le dio un paro cardíaco.

Existe también cierto deseo o necesidad de consumo que impide continuar con la división tradicional del trabajo, pero, al no romper abiertamente con ese modelo, el costo ha sido para las mujeres. Ellas ahorran porque “le buscan” (participan en tandas, venden por catálogo), ellos tienen un ingreso fijo y “con ese se quedan”, pero no queda claro si también se guardan una parte del salario, del que no rinden cuentas. Empezar en una dinámica de cálculo y reclamo de deudas mutuas implica, para muchas, un estrés emocional que no están dispuestas a agregar al que ya les produce la vida laboral y familiar, ya que no se trata sólo de realizar tareas, sino de la carga emocional que implica estar pensando cómo organizarlas. Para ellas, un acuerdo general donde “todos deben colaborar”, pero sin hacer cálculos, es una solución de compromiso que les evita esa sobrecarga emocional, aunque en un balance de costos y beneficios, en términos de aportes en dinero y en trabajo, “salgan perdiendo”. Para otras el costo en salud física que supone ese arreglo “laxo” no compensa la relativa tranquilidad emocional que aporta. El modelo de la súper mujer que se entrega y puede hacer todo tiene su precio, aunque las vuelva “jefas” en su hogar, algo que muchas reconocen y disfrutan.

SIGNIFICADOS DIVERGENTES SOBRE EL TRABAJO REMUNERADO: ENTRE EL DESEO DE AUTONOMÍA Y LA NECESIDAD DE SOLIDARIDAD CONYUGAL

Si bien el análisis hasta ahora expuesto permite observar coincidencias fuertes entre las mujeres en cuanto a modelos de relación de pareja y de arreglos familiares, al profundizar en significados, ventajas y desventajas del trabajo remunerado, también se registran divergencias vinculadas con la experiencia en distintos tipos de ocupaciones y con situaciones familiares diversas, como era de esperarse. Sin embargo, las distintas formas de valorar el trabajo remunerado y de tomar decisiones al respecto no sólo dependen de situaciones objetivas, sino también de posicionamientos subjetivos en torno a los ideales de femineidad implicados en los distintos modelos de pareja y de familia ya descritos.

Ventajas y desventajas del trabajo remunerado

La primera divergencia se relaciona con las ventajas y desventajas del trabajo remunerado. Si bien, como se señaló, en general, las mujeres encuentran más ventajas que desventajas en el hecho de trabajar por un ingreso, incluidas las que dejaron de hacerlo para dedicarse de tiempo completo al cuidado, al considerar sus experiencias en distintos momentos de la vida y con diferentes tipos de trabajo, es posible observar variaciones entre grupos. Así, por ejemplo, las mujeres de mayor edad, con horarios más flexibles de trabajo e hijos mayores que las “ayudan” en la casa, tienden a no ver desventaja alguna en el trabajo remunerado.

Para las mujeres que tienen un empleo formal, la principal ventaja del trabajo es la posibilidad de contar con prestaciones, especialmente seguro médico, una jubilación que permita tener “una vejez tranquila”, vacaciones y sueldo fijo, por bajo que éste sea. Es justamente la ausencia de estos beneficios lo que las mujeres que trabajan por cuenta propia señalan como la principal desventaja de

su actividad económica. La ventaja, en cambio, es la posibilidad de manejar el tiempo y dedicarlo a los otros, o a sí mismas. Las ventas por catálogo, una de las principales fuentes de ingresos extra para mujeres con sus edades y niveles de escolaridad, permiten “descuidar menos a los hijos” y después ocuparse también de los nietos.

Son las más jóvenes en trabajos feminizados formales con horarios fijos y extensos quienes encuentran menos ventajas que desventajas en el hecho de trabajar por un salario, todas relacionadas con la doble jornada y los horarios rígidos, que llevan a que, al regresar, la casa esté “de cabeza”. Todas ellas dicen recibir mucha gratificación de los niños, que “las hacen sentirse útiles”. Sus trabajos, en cambio, no son gratificantes. Varias trabajan los fines de semana. Cuando sus maridos también tienen horarios extensos de trabajo, esto se convierte en un problema, ya que ellas nunca descansan. Llegan a la casa y “deben” atender al marido y a los hijos.

Casi todas parecen sostener un modelo ideal de familia basada en un proveedor y una cuidadora, ya que ven el cuidado de los hijos como responsabilidad exclusiva de ellas, a través de comentarios como “mi jefa es muy accesible y sí me da permiso”; “gracias a Dios mis hijas no se enferman mucho”, y a los servicios de guardería como un mal menor para casos de necesidad: “sí conozco gente que vive de las guarderías”, “si no las tuvieran, no sé qué harían”. Aunque a los maridos no les guste que trabajen y al principio hayan intentado prohibírselos (“no me quería dejar trabajar”), ellas “lo tienen que hacer para ayudarlos”, pero como sacrificio, porque sienten que, al trabajar fuera de la casa, dañan a los niños: “lloraban mucho, me extrañaban”, “hasta donde aguante, te ayudo”. Aguantan el trabajo, como se dijo, por el salario fijo (especialmente cuando los esposos no lo tienen), las prestaciones y el seguro médico, que siempre es necesario ante cualquier emergencia.

Las mujeres mayores con trabajos formales, probablemente porque no sufren tanto la doble jornada como las más jóvenes, mencionan varias ventajas de este trabajo: “tener una vida, aparte de la vida y obligaciones de casada”, ganar el propio dinero, no tener que pedir, libertad para comprarse cosas sin tener que esperar, poder darles a los hijos, independencia, la satisfacción de lograr más que la pareja, de sentirse capaces de comprar lo que desean, de haberlo ganado [varias asienten], las relaciones con compañeras de trabajo que dan consejos ante los problemas, ser orgullo para los nietos y la satisfacción de verlos progresar, “saber que podemos”, “aprender a desenvolverse, a hablar y a tratar a la gente”,

desarrollar la capacidad de innovar algo bueno, que produzca satisfacción en los clientes, “alimenta el ego”, tener solvencia económica, no tener que pedir, no tener que vivir de “arrimados” en casa de los suegros, etcétera; pero coinciden con las jóvenes en que el trabajo remunerado de este tipo es un “sacrificio” que hacen por los hijos, cuyo precio o principal desventaja es perderse los eventos escolares de éstos, porque no les dan permiso de salir del trabajo, tienen que cumplir horarios que les impiden descansar, no pueden faltar, etcétera. Estas desventajas fueron vividas en el pasado, cuando los hijos eran menores. Hoy en día las ventajas superan a las desventajas: “tanto sacrificio no es, porque estamos teniendo la satisfacción de hacer el trabajo bien y al otro día ir por algo nuevo”, comenta una participante.

No obstante, al igual que las más jóvenes con trabajos feminizados formales, son las únicas de toda la muestra que ante la pregunta por si dejarían de trabajar en el caso de que alguien les ofreciera mantenerlas, o que sus maridos ganaran más, responden de forma unánime que lo harían para dedicarse a la casa. El principal motivo para trabajar por un ingreso, coinciden, es “por los hijos”, para pagarles los estudios y después ver los frutos del sacrificio que implica la doble jornada, y las desventajas de ese tipo de trabajo. Desde el valor de la maternidad como abnegación, atender a los otros les produce gran satisfacción. Sin embargo, es probable que el sacrificio de tiempo que les implica el tipo de trabajo que realizan las lleve a idealizar un poco el trabajo de cuidados, ya que cuando se les pregunta si esta satisfacción es mayor a la que produce el trabajo remunerado, al principio, guardan un silencio reflexivo y luego insisten en la gratificación que produce cuidar a los otros (enfermos y ancianos, no sólo hijos), pero nunca se refieren a la necesidad o al derecho a ser cuidadas ellas, porque esto las haría sentirse dependientes: “como que me rebelo y por eso no me quiero jubilar”.

Más que el trabajo en sí, las mujeres con trabajos feminizados parecen valorar la independencia que éste les da y la capacidad “de dar más a los otros”. Cuando sacrifican mayor seguridad material, es para darles más tiempo. Cuando sacrifican tiempo con ellos, es para darles más seguridad material. Estas mujeres salieron a trabajar por necesidad económica y, si bien con el tiempo el trabajo remunerado se volvió para ellas una fuente de identidad y orgullo, siguen asumiendo que la casa es una responsabilidad que les pertenece. Una forma de conciliar ambos papeles es el relajamiento de la autoexigencia con respecto al hogar, lo que representa un cambio en la forma de asumir los mandatos de género: “no se puede las dos cosas, tener un hogar bien limpio, impecable y estar en un trabajo teniendo un salario”. Se trata de un tipo de agencia negociadora,

pero más consigo mismas que con la pareja, ya que lo que dejan de hacer para que la casa esté “impecable” no es asumido por nadie más. Aceptan que el trabajo doméstico no es reconocido como lo es el remunerado, ya que a diferencia de éste no tiene horario fijo ni salario, “y lo que es peor” es visto como una obligación y nadie lo agradece:

Y es que es pesado, llegar de laborar, los trastes, el baño, la ropa, tengo que planchar [todas asienten con la cabeza] porque el trabajo que ya tenemos horario ya acabó, pero ahora empieza el que no tenemos horario y lo peor, que no tengamos reconocimiento, porque planchamos, nos cansamos y nadie dice “que bonita te quedó mi camisa” o “qué bonito te quedó el baño”, simplemente ven lo malo: “estaba el baño sucio”, o “había trastes”, pero no ven lo que nos esforzamos.

Un cuestionamiento que muchas no traducen en reclamo abierto a la pareja, pero sí en estrategias más sutiles de resistencia y negociación, como solicitar “ayuda” o relajar la autoexigencia en el trabajo doméstico, lo que eventualmente puede llevar a cuestionamientos y negociaciones más explícitas.

Por su parte, las mujeres que dejaron el trabajo remunerado por propia voluntad, lo hicieron combinando una racionalidad de costo-beneficio, con posicionamientos subjetivos que anteponen el deber de una madre de estar de forma permanente “viendo” a sus hijos y el temor a ser juzgadas si no lo hacen, a las ventajas que otorga el trabajo remunerado en términos de ingreso y autonomía. En general, estas mujeres temen el distanciamiento de los hijos, especialmente en la adolescencia, ya que con ello pueden perder no sólo su afecto, sino también la influencia sobre ellos: “si lo dejo media hora, ya se me descarriló”. La decisión de dejar de trabajar es consultada con la pareja, con quien “ponen en la balanza las ventajas y desventajas” y, en general, asumen que pueden prescindir de lo que ellas ganan, porque no es esencial para la supervivencia, sino sólo para los “gustos”. Cuando salen a trabajar son ellas las que deben preocuparse por ver quién cuida de sus hijos, ya sea pidiendo favores o buscando servicios. Al preguntarles por qué los maridos no lo hacen, responden que para ellos es un problema de las mujeres, a quienes de alguna manera castigan por querer trabajar: “tú quisiste estar trabajando, ¡pues ora!”,

“es tu problema, si tú vas a trabajar, tú sabrás cómo le haces”. Es una manera indirecta de impedirles trabajar fuera de la casa. Una de ellas relata que dejó de trabajar porque tenía que pagar a otras personas para el cuidado de sus hijos, lo que absorbía gran parte de su salario, por lo que no encontraba sentido a “descuidarlos a cambio de nada”. Todas comentan que las guarderías son costosas y que no es fácil encontrar gente dispuesta a cuidar de sus hijos sin tener que “andar pidiendo favores”, lo que no siempre es bien recibido. Este hecho muestra la decreciente disponibilidad de las redes familiares para apoyar con tareas de cuidado, ya sea por migración, porque las mujeres de la familia también trabajan o simplemente porque dejó de operar la regla de la reciprocidad familiar que era más vinculante en las generaciones anteriores.

Lo que estas mujeres quisieran es un horario de trabajo corto o flexible, para poder aportar un ingreso al hogar sin sentir que abandonan a sus hijos, ante la ausencia de redes de confianza: “como nos cambiamos de casa, pues estamos muy lejos, entonces no, y por eso ya me tuve que dedicar a mis hijas y como no soy mucho de confiar en la gente, entonces prefiero no arriesgarme”. No es descabellado pensar que este riesgo incluye la posibilidad de abuso sexual a hijas e hijos por parte de parientes, amigos o personas contratadas, algo que, si bien no salió a la luz en los grupos de discusión, fue frecuentemente mencionado en las entrevistas narrativas de varias participantes, ya que algunas de ellas vivieron abuso en su infancia por parte de familiares.

Estas mujeres comentan que cuando trabajaron de forma remunerada lo hicieron primero por necesidad y después por gusto, pero, si bien algunas manifiestan deseos de volver a hacerlo, la mayoría admite que no regresaría al trabajo, “por los niños”. A lo sumo, comentan, “venderían algo” como “chacharillas”, productos Avon o zapatos, que, como se dijo, no consideran “trabajo”. Prefieren no volver al trabajo remunerado para controlar a los hijos y evitar lo más posible que “se vuelvan adictos”, como otros niños que conocen y que “tienen esos problemas porque sus papás son separados, o los dos trabajan y los abandonan”. Para ellas, son las mamás quienes saben y deben vigilarlos: “es que uno conoce a sus hijos y se da cuenta cómo actúan […] entonces tú te das cuenta, que uno no quiera verlo es otra cosa, cuando fuman se les ponen los ojos rojos, y se les pintan las manos de tabaco”.

Son pocas las mujeres que dejaron de trabajar de forma remunerada por voluntad ajena, ya sea por despido, enfermedad, jubilación o prohibición del propio cónyuge. Estas últimas dicen que “hubieran querido trabajar”, pero “no las

dejaron”: “me embaracé y me sacaron de trabajar”. Mientras que algunas de ellas regresan al mercado laboral después de la crianza, otras no lo logran y desisten.

En el caso más contrastante, las mujeres con oficios “masculinos” otorgan igual o mayor valor a la satisfacción de “realizarse” en el trabajo, que a la de “dar cosas a los hijos”. Luisa, que es carpintera, confiesa: “me gusta más el olor de la madera que el de la cebolla”. Eleonora, electricista, relata que le atrajo el oficio de su padre porque era algo fuera de lo común para una mujer: “porque yo veía a mis amigas y vendían panquecitos, tartas, o sea, muy de la cocina; y yo no, yo decía ‘lo de la luz no es desgastante’, porque es rápido, sabes a lo que vas, conectas y ya ves; ‘no, cámbiame esta lámpara’, y ya, a lo que vas, y ya le sabes, y en la cocina… son muchas horas que tardas, y son un buen de trastes, y acá no”.

Destaca en el grupo de mujeres con trabajos masculinizados el deseo de salir de la casa, de no estar encerradas haciendo sólo el quehacer (algo que las deprime), de hacer valer lo que estudiaron o saben hacer, de superarse personalmente, de hacer lo que les gusta, de aprender oficios útiles para la casa, de ganar dinero y tratar con otra gente. Ellas mismas se acostumbraron al trabajo “rudo” y les gusta ser independientes. No quieren “depender” ni estar “inactivas”, lo que asocian con “estar en la casa”, que consideran algo improductivo.

Enfatizan que, a diferencia de las mujeres de la anterior generación, ellas no nacieron para ser “mujeres encerradas que estiran la mano y si les caen 50 pesos hacen arroz con huevo y se quedan conformes”. Ellas “necesitan moverse” y valoran la independencia que les permite “no tener que esperar que les den o les hagan”, como ilustra el siguiente intercambio:

Perla: Yo soy muy hogareña, me encanta, pero siento que si me dijeran “yo aquí te mantengo, aquí está tu jaula de oro” [niega con la cabeza enfáticamente], no me encerraba en la jaula de oro.

Marcia: Pero, aunque sea jaula de oro, no deja de ser prisión ¿no dice la canción?

Perla: Ya nos acostumbramos a tener nuestro dinero, aparte de lo que nos dan, lo que uno saque es muy bueno para uno ¿no?, y no tenemos que entregar cuentas

de nada y nosotros lo gastamos o lo distribuimos, o nos compramos lo que queramos.

Al discutir las ventajas y desventajas de trabajar de forma remunerada, estas mujeres se enfocan en el trabajo “de hombres” y enfatizan que éste les aporta seguridad en sí mismas, ya que se demuestran a ellas y a otros que tienen fuerza y capacidad, y que también pueden “dar para el gasto”. No sólo salen de la rutina de la casa, sino que además superan la barrera de creer que no son capaces de hacer algo que requiere habilidades supuestamente masculinas, al mismo tiempo que se apropian de una función que en los otros grupos fue señalada enfáticamente como una obligación del varón: la de proveer. Hacerlo mediante un trabajo por cuenta propia tiene la ventaja adicional de no descuidar a los hijos, pero ante la pregunta sobre si dejarían de trabajar por los hijos, responden: “menos por ellos”.

Las desventajas del trabajo en oficios donde predominan los hombres son para ellas el “machismo” y la desconfianza de que las mujeres puedan hacer trabajos “rudos”, incluso por parte de sus mismas clientas (“¿a poco sí de veras sabes?”). Al respecto, opinan que “seguimos con ese patrón (machista), a pesar de que nuestras mentes, se supone, deberían estar revolucionadas”. Una de ellas comenta que en la reparación de computadoras no existe tanta desconfianza hacia las mujeres como en la instalación eléctrica, probablemente porque esta última implica un trabajo más “físico” o riesgoso. Resulta interesante la expresión “deberíamos estar revolucionadas”, que con diferentes fraseos apareció también en otros grupos, aludiendo a discursos de igualdad de género que circulan y de los que de algún modo ellas se apropian, aunque no se consideren feministas. Este tema se abordará de manera más extensa cuando se discutan las identificaciones y los estereotipos de género que ellas se apropian y resignifican.

Las mujeres que trabajan en ambientes masculinos más formales, como fábricas o talleres, señalan como ventajas del trabajo remunerado no sólo la posibilidad de ganar un ingreso y “apoyar al marido”, “darles más a los hijos”, “poder ahorrar algo”, tener dinero extra para darse gustos y satisfacer necesidades no cubiertas por el salario del esposo, además de sostener a los hijos en los casos de quienes fueron o son madres solteras, sino también el gusto de trabajar y de sentirse útiles, ya que quedarse todo el día en la casa es deprimente y “la

convivencia con los niños es bonita, pero no compensa". También mencionan la independencia, la posibilidad de distraerse de la casa y conocer más gente [varias asienten], sentirse "un poco más libres", "dar el ejemplo a las hijas de que se puede salir adelante sin depender de un hombre", "aprender oficios para no depender del hombre en arreglos de la casa", evitar ser vistas como "la sirvienta" o recibir regaños por "no hacer nada" si son amas de casa exclusivas, y visibilizar el trabajo de cuidados ("cuando les toca a los demás es cuando lo valoran", los hombres se dan cuenta que "se les cierra el mundo").

La principal desventaja del trabajo en estos ambientes es, nuevamente, el acoso sexual de compañeros y jefes. Estas mujeres han oído frases como "llegó carne fresca", refiriéndose a mujeres que pueden ser acosadas en el espacio laboral. Comentan que hay mujeres que ascienden por "andar con el jefe", pero que esto es "su decisión". Aunque reconocen que pueden sentirse atraídas por algún hombre en el trabajo ("el que no te hostiga es el que te gusta" [risas]), a veces utilizan la maternidad y el matrimonio como estrategia de resistencia para poner límites al acoso, como relata esta mujer, que le advierte a sus compañeros:

Miriam: No traigo un letrero atrás de "ando consiguiendo marido", tengo en mi casa quien me surta [se ríen fuertemente]; que yo vengo a tra-ba-jar, a ganar un dinero. Y se los pongo así, "no vengo a otra cosa, si viniera a buscar, lo habría puesto"; luego luego, por otro lado, "si con ustedes no les pongo un alto" [hablan varias al mismo tiempo]; "entran mujeres que luego son solteras y quieren conocer pues yo no, yo tengo a mi marido", "yo soy casada, chavos, vengo a trabajar, si conseguí ese tipo de trabajo es porque es un horario que me permite estar más con mis hijos, pero no sean así, ustedes tienen a su mujer, tienen mamás, tienen hermanas y no te gustaría que lo que tú estás haciendo se lo hicieran a ellas", y entonces miden, ya saben cuál es el límite al que tienen que llegar, que sí cotorreamos y "ja ja" pero en grupo, siempre hay un límite.

Otras veces enfrentan el acoso de manera más confrontadora, como relata esta mujer del grupo de las mayores, que es supervisora de maquinaria en una fábrica:

Mar: En donde yo trabajo, yo que trabajo con mecánicos de taller, el hombre se cree autosuficiente, guapísimo, entonces sí es cierto, se debe de guardar uno un poco y tampoco ser tan amable, porque son muy groseros. Uno les tiene que hablar con fuerza porque si no, se pasan de groseros, y hacen unas pláticas que bueno, "que ya me eché a fulanita" y dan todo tipo de detalles, son más chismosos que uno, entonces les digo: "vete, vete por allá, a ver cómo está la máquina tal".

La interacción con los hombres en el trabajo, e incluso con otras mujeres, requiere de ciertas habilidades para evitar malos entendidos si sonríen o se arreglan, ya que "los hombres aprovechan eso para invitarlas a salir y las mujeres, para chismear". Sin embargo, también reconocen que la necesidad de conseguir beneficios o simplemente ser bien tratadas (según el dicho que citan: "como te ven, te tratan"), puede llevar a algunas a coquetear un poco, a utilizar sus atractivos "de ser mujeres" o incluso a ser simplemente amables ("si no sonríes, te dicen que eres amargada"). Comentan que a veces utilizan "la femineidad" para sacar alguna ventaja, y que otras veces, retroceden. Arreglarse para ser mejor tratadas en algunos servicios las ha llevado a recibir hostigamiento callejero, a veces de hombres de los que no se lo esperan por estar bien vestidos o tener coches costosos. Han aprendido a responder las "peladeces", al tomar conciencia que quienes se deben avergonzar son los acosadores y no las acosadas, acusando recibo de los nuevos discursos sobre la violencia de género; pero opinan que los piropos son agradables si perciben que no están hechos para ofenderlas. Con todo, no comentan con sus maridos experiencias de acoso en el trabajo o en la calle, a menos que sean graves y requieran de su intervención, para evitar revivir conflictos con la pareja por el hecho de trabajar.

Dinero y poder

Si bien en todos los grupos de mujeres se manifiesta ambivalencia respecto de la legitimidad de hacer cálculos sobre el dinero y apartar para gustos personales, sólo en los grupos de mujeres con trabajos masculinizados se observa una

postura más crítica sobre la supuesta equidad en los aportes monetarios y en especie que ambos cónyuges realizan, a partir del doble ingreso.

Aunque todas las participantes se rebelan subjetivamente contra el mandato de sacrificar los gustos personales a los gustos de los hijos, y a veces de los maridos, son estas mujeres quienes muestran mayor disposición a traducir ese malestar en reclamo abierto, aunque lo juzguen como “duro”, ya que reclamar equidad parece volverse algo grosero, poco adecuado e incluso “egoísta” para una madre abnegada. Esto queda ilustrado en el siguiente fragmento de discusión:

Marina: Pero es lo que yo digo, mis hijos hay días que yo no estoy, yo le pido que mi marido se los lleve a no sé a dónde, a comer, entonces “¿por qué no te dio el remordimiento, ay nosotros comiendo y mi mamá trabajando?” [se ríen], es lo que le digo, o que en mi bolsa me vieron una paleta, una envoltura de una paleta “ay ¿por qué no nos trajiste?”

Camila: “¡Ay, tú te comiste tu paleta y nosotros no!”

Marina: Ajá, dicen “no nos trajiste” y les digo “en la mañana su papá los llevo a almorzar ¿y se acordaron de mí?, ¿o fueron a dónde trabajo?”, donde yo trabajo son cinco minutos de mi casa, y les digo “¿se acordaron, aunque sea, ¡ay! la hora de la comida de mi mamá, vamos a llevarle algo?”, nunca se acordaron, yo así soy con ellos, bien feo, “¿se acordaron de mí?, no, ¿entonces yo por qué me voy a acordar de ustedes?”

La situación más contrastante con la descrita es la de las mujeres que se dedican exclusivamente al trabajo de cuidados. A todas ellas “les dan el gasto”, que es una parte del salario del marido, que deben administrar y “ver cómo se parten” para cubrir, básicamente, la comida y el transporte. Si se acaba ese dinero, deben esperar a que “les vuelvan a dar”. Quienes logran que “les den” un dinero extra si éste se acaba a la mitad de la semana, se sienten afortunadas, así como aquellas cuyos maridos no vigilan sus compras. Esto les permite pequeños ahorros, que son utilizados después para otras necesidades, en una estrategia sutil y no confrontadora de apropiación de recursos.

Que la pareja las mantenga, les quita libertades, porque “tienen que hacer lo que él diga” y les da culpa gastar un dinero que “no es de ellas”, pero se conforman y le ven el lado bueno, como se observa en este breve fragmento de la discusión:

Alina: Si son míos y se me antojan unos gansitos, pues me puedo comprar los 100 pesos de gansitos y no tengo culpa, pero si él me da 100 pesos, yo, como que me da pena gastármelos.

Pamela: Ya ves, así no compras 100 de gansitos y no engordamos [se ríen todas].

Si bien opinan que debe haber “acuerdos de pareja”, éstos pueden ser a veces muy limitados, como se muestra en el siguiente intercambio que se reproduce completo por la riqueza que representa, en tanto evidencia una tensión entre los mandatos tradicionales y un incipiente distanciamiento irónico de los mismos, algo que el grupo de discusión permite hacer aflorar:

Alicia: La mía [la pareja] es de maravilla porque él me da poquito, me da 800 a la semana, pero aparte me da 70 pesos para los niños, para sus gastos del día, entonces yo le apunto en una libreta de 800 el lunes, más 70 pesos de gasto de alimentos, más 20 pesos de la leche, más 100 pesos de jabón de la semana, y ponte que el lunes me deja 200, le resto esos 200 y ya al otro día 70 pesos de los niños y así me la llevo, y entonces es barato, y ya no son 800 lo que me da a la semana, ya me da otro poquito más. Entonces pues ya así ya él revisa la libreta y me firma [se ríen todas muy fuerte].

Moderadora: Y te la sella [se siguen riendo].

Alicia: Como veo a mi amiga [a quien el marido “le cuenta los jitomates”], sí digo, me estresa mucho.

Moderadora: Por ejemplo, ¿qué pasa si te quieres comprar una blusa, algo que te gustó?

Alicia: Pues ésa yo ya me la compro y no se la apunto [se ríen], pero es de lo que

me llega a sobrar de dinero.

Irene: A mí, mi esposo me da ahora sí que todo. Juntamos todo lo que saca de la quincena y ya de ahí, es al revés, yo le doy para sus pasajes y todo, y a veces un poquito más por si se le antoja, o cosas así, porque de hecho yo le mando comida y así, y ya lo demás lo tengo que estar administrando para la comida, para los pasajes, para las escuelas, para cualquier cosa que salga, y lo que quede, ahora sí que hacemos el colchoncito.

Moderadora: Entonces tú le das el gasto a él.

Irene: Sí [risas].

Moderadora: ¿Y te firma o no te firma? [risas].

Irene: No [risas], pero eso sí, fue en acuerdo, él me dijo "¿sabes qué?, ten el dinero y tú dime cuánto vas a ocupar y a mí dame y así", o sea, no lo mando justo, sino que sí le doy más.

Silvana: Sí, yo igual, algo parecido. Me da toda la quincena, bueno me dice "cobré tanto, me quedo con 200, 300 pesos".

Curiosamente la broma alrededor del supuesto intercambio de papeles, al señalar que "ella da el gasto", revela cierto poder de ellas sobre los maridos, a quienes tratan casi como a un hijo ("no lo mando justo"). Otra mujer dice que "ella mantiene" porque administra la pensión de él. El lenguaje del papel de proveedor (mantener, dar el gasto), referido a ellas como amas de casa, muestra también que la administración del dinero otorga alguna cuota de poder a las mujeres que participan de este tipo de arreglos, aunque sea un poder más simbólico que material. Ante esos relatos otra participante comenta: "¡qué buen marido!; yo nunca supe cuánto ganaba el güey, porque te dicen la cuarta parte de lo que ganan, ¿eh?"

Las mujeres que tienen trabajos feminizados formales comentan que juntan los dos sueldos y "de ahí reparten" según lo que haya que pagar. Si quieren darse un gusto o comprar algo extra para sus hijos, se guardan un poco "antes de entregar su parte" [risas]. Una confiesa que guarda para ella las propinas que recibe en el trabajo. Éste es el único grupo donde se menciona la práctica del acuerdo por el

que ambos miembros de la pareja deben aportar “todo” lo que ganan a la economía doméstica, aunque, como se vio, con algunas trampas. En los otros grupos predomina el acuerdo de que él provee y ella “complementa”.

En los grupos de mujeres con trabajos masculinizados también hay una tendencia a este arreglo, y comentan que los varones de las nuevas generaciones “todavía son más abiertos” al no pedir cuentas sobre los gastos, pero asocian esta apertura con un menor compromiso: ya no se casan, viven en unión libre, se separan con facilidad. Curiosamente, el riesgo de la separación, que también las afecta a ellas, conduce a algunas a implementar estrategias de “retención” de los maridos, consistentes en fomentar su dependencia económica, aunque luego se quejen de ello. Así lo expresa Liliana, quien heredó el taller de reparación de electrodomésticos de su padre y no desea enseñar este oficio a su esposo, cuyo salario es insuficiente:

Entrevistadora: ¿Y tú no le quisiste enseñar?

Liliana: Pues, la verdad, no. ¿Qué tal si él aprende y luego pone su taller? Soy egoísta, pero uno nunca sabe. Aprenden y luego no agradecen…

Entrevistadora: ¿Y qué crees, que le iría mejor que a ti?

Liliana: Pues es que así pasa. El alumno supera al maestro y son malagradecidos. Y digo, mira si encuentra a otra mujer y de ahí va a vivir. Porque uno nunca sabe. Las cosas que piensas… pero es la verdad.

Entrevistadora: ¿Sí? ¿Conociste casos así?

Liliana: Sí.

Entrevistadora: ¿Muchos?

Liliana: Mis primas, que les han pagado sus estudios a sus maridos. Están casadas y ellas son las que trabajan. Ellos ni trabajan y les pagan el estudio, y las han dejado por otras mujeres.

Al mismo tiempo, Liliana no quiere compartir con su esposo lo que ella gana “para gustos”, porque aporta más que él para el “gasto”:

Entrevistadora: Pero a ti sí te gustaría que él cambiara de trabajo…

Liliana: Sí. Que ganara un poco más. Pero si él no quiere...

Entrevistadora: ¿Y no te enoja a ti eso?

Liliana: A veces sí. Pero yo trabajo y yo sola me doy mis gustos. Y si voy a comer, hasta me voy a comer nada más con mis hijos. A él no me lo llevo. Prefiero gastármelo con mis hijos que con él.

Entrevistadora: Ah, porque no le quieres pagar a él.

Liliana: Pues sí. También no lo quiero acostumbrar. Vamos a comer rápido al mercado y vamos los tres y comemos en el mercado. “No le vayan a decir que vinimos a comer al mercado”.

Entrevistadora: ¿Y por qué no quieres que sepa?

Liliana: Porque es mi dinero […]. Ahora no estamos en los tiempos de antes: el único que trabajaba era el hombre y [las mujeres] aguantaban golpes, maltratos […]. A mi abuelita sí le pegaba mucho mi abuelito, la humillaba: “¿crees que me voy a comer esta porquería? ¡Trágatela!” O “¿quién te va a querer?, ¡estás hecha una gorda!” Ella lo aguantó porque ¿adónde iba con tanto hijo?

Liliana no sólo afirma que “hoy las mujeres mandan”, sino que, como puede apreciarse en el diálogo anterior, trata a su esposo como a un niño irresponsable. Con todo, al igual que muchas otras, quiere que sus hijos lo respeten como padre.

Conflictos con la pareja por salir a trabajar

Si bien casi todas las mujeres participantes mencionan que enfrentaron conflictos con sus parejas por querer salir a trabajar, para algunas, la oposición de éstas fue más fuerte y prolongada que para otras. Las formas de enfrentarla también son variables, y pueden identificarse con tipos de agencia más sutiles, más confrontadores o más negociadores, dependiendo tanto de elementos objetivos como subjetivos.

Quienes reconocen haberse sometido a la decisión de sus maridos de no "dejarlas trabajar" son una franca minoría, y algunas de ellas no lo hicieron de forma permanente, sino sólo en momentos clave de sus vidas, como el nacimiento de los hijos. La mayoría de las mujeres, en cambio, comenta que no tuvo que "pedir permiso" al marido para trabajar: "sólo le avisé" [risas de todas]. Pero tanto las reacciones de ellos como las respuestas de ellas son variables. Una mujer a quien el marido le reprocha mucho que trabaje, le responde: "ya si no te gusta, ni modo, lo poquito que yo gane o lo que pueda sacar tú no me lo das, entonces pues no descuido tu casa y aquí estoy, y si quieres [irte], pues adelante, y si no, le seguimos como estamos". Se observa una ambivalencia en este discurso: ella afirma que los hombres siguen siendo machistas: "la mujer en su casa y el hombre a trabajar", pero que, dadas las circunstancias económicas, existe la posibilidad de trabajar sin su aprobación, o de amenazar con separarse si él no cumple su parte, o no valora lo que ella hace. Ella consigue lo que él no le da, pero no descuida "su casa" (de él). Su argumento para salir a trabajar es que los hijos crecieron y ya "no tiene que darles de comer en la boca ni cambiarles el pañal". Ésta es una forma típica de agencia con la que la mujer obtiene lo que desea, pero tiene que negociar y hacer ciertas concesiones para lograrlo, apoyándose en argumentos de género tradicionales.

Otras confrontan de manera más directa a sus parejas y enfatizan que están dispuestas a tolerar su enojo con tal de no perder la independencia que les da el dinero propio: "a mí me gusta ser independiente, aunque se enoje". El enojo de los maridos se debe, según ellas, a que "las quieren tener en la casa" y, a veces, a que ellas "sacan más que ellos", lo que les provoca inseguridad.

En el otro extremo, están las pocas mujeres que no mencionan tanto conflictos con los maridos como con ellas mismas, porque al salir a trabajar "desatienden la casa":

En mi caso no es reclamo, pero siento que sí debo de hacerlo, nadie me lo dice, pero yo solita, pienso y digo “ay no he hecho esto, tengo que hacer limpieza general” […] de hecho, yo no trabajaba, yo me dedicaba nada más al hogar y era muy feliz [lo dice dirigiéndose a todas y riéndose] [algunas se ríen], muy feliz, para mí era una satisfacción decir, “ya va llegar mi hijo y está todo limpio, ya va llegar mi esposo y tengo todo bien”, fui muy feliz siendo ama de casa.

Es necesario destacar que estas mujeres son también una minoría y están en el grupo de las que tienen trabajos formales feminizados.

Entre las mujeres con trabajos masculinizados informales, las que enfrentaron más conflictos con sus maridos por salir a trabajar fueron las pocas que lo hacían solas y no con parientes varones. Sus parejas opinan que “es un trabajo de hombres” y temen sobre todo lo que otros hombres “puedan hacerles” en las casas a las que van a brindar sus servicios.

Las que trabajan en talleres donde hay otros trabajadores enfrentan la desconfianza de sus maridos en su capacidad para el trabajo y en la supuesta necesidad de ellas de que otros hombres las “ayuden”, como ilustra el siguiente intercambio:

Rosa: Al principio sí, costó trabajo, porque me decía “¿no será que tus compañeros te echan la mano?”, porque pensaba él que una mujer no es capaz, “¿no será que ellos te hacen las cosas y tu nomás les estás sonriendo?” [se ríen], “sí”, le decía yo, “pues sí, hubiera sido bueno que con una sonrisa me ayudaran”; él me dijo “tú te vas a trabajar y te dejo, tú me llegas aquí a las 10 de la noche y yo te cierro la puerta con llave para que no entres”; dije “ay caray, ya estás mostrando quién eres tú”, entonces yo dije “no, no lo voy a permitir, si yo me encamino hacia lo que tú digas, estamos en lo mismo, ahí el macho, y yo haciéndole de segunda al macho y luego quejándome del macho”. Entonces ese día llegué a casa de ustedes y pleitos absolutos con él, prácticamente nada más le hizo falta decirme que estaba yo encantada de irme de loca.

Rocío: A mí igual, me decía que si yo trabajaba él se iba y que me olvidara de él,

pero me tenía muy restringida con el dinero, muy limitada, y luego llegó una hermana y me dice “es que voy a meter a una persona” [en el trabajo], “méteme a mí”, “no, es que no te va a dejar, Pedro no te va a dejar”, “sí me deja y aunque no me deje”, dije, me tengo que armar. Porque él tenía hijos, él sí les ofrecía a sus hijos y yo ¿qué les iba a ofrecer a los míos?, yo pensaba “no, yo toda la vida he trabajado, desde que tenía siete años”.

Al igual que la mayoría, estas mujeres también creen que detrás de estos argumentos están “los celos” de los maridos y el malestar que les produce que “la mujer gane más que ellos”, porque de ese modo “pierden el control”, de acuerdo con el modelo aprendido que establece que “el que paga manda”, como atestigua este fragmento de la discusión:

Constanza: Cuando yo entré a trabajar, y apenas tengo dos años de taxista, mi esposo para empezar se hizo así, chiquitito, porque yo iba a meter dinero, porque él se sentía ya, ¡újule!, ya perdí el puesto. Él se sentía que el hecho que yo metiera dinero, ya a lo mejor yo lo iba a controlar.

Mary: Que lo ibas a tratar con la punta del zapato...

Constanza: Es el machismo.

Por lo mismo, el dinero es para ellas sinónimo de seguridad y de poder para defenderse: “hasta que me empecé, pues no sé si sea correcta la palabra, pero me empecé a liberar y a mí el dinero, a mí me da seguridad, ajá, me da mucha seguridad de ponérmele al brinco, porque yo ya no me dejo”.

Ellas “le buscan” para tener mayores ingresos, de ahí que realicen trabajos “de hombres”, que dan más dinero; pero varias señalan que, aunque lo que hacen “en apariencia son trabajos de hombres”, en realidad no lo son, mostrando algunos atisbos de lo que podría llamarse una desgenerización de las tareas y habilidades. Al mismo tiempo, estos testimonios muestran formas de agencia confrontadora, que consisten en sostener las propias decisiones en contra de la voluntad o el deseo del otro.

No obstante, también ellas luchan para que sus maridos no abandonen la obligación de proveer. Varias afirman estar educándolos en ese papel, quizá porque para algunas el intento de “igualitarismo” terminó jugando en su contra, cuando ellos empezaron a quedarse con el dinero que ganaban una vez que ellas se mostraron capaces de proveer. De modo que se combinan dos tipos de agencia en diferentes momentos: confrontadora al tener que romper una regla implícita (no salir a trabajar), y negociadora al tener que sostener esa ruptura en el tiempo.

Como los oficios “de hombres” son ocupaciones en las que “se puede ganar muy bien”, dependiendo del trabajo encargado, ellas no quieren dejar de hacerlo: “como yo ya tomé ese curso y ya sé, y él no me manda, le digo, qué crees, mañana me voy a arreglar algo”. Enfatizan que no dejarían de trabajar “aunque viniera un príncipe azul a decirles que las va a mantener”, y añaden: “esos ya no existen”, “se fueron a las novelas”, o “ya se casaron” (probablemente con princesas que no salen de la casa). Se tratará este punto más en detalle al discutir el tema de la pareja y la sexualidad.

EL TRABAJO DE CUIDADOS: ¿CÓMO SER PROVEEDORA SIN DEJAR DE SER LA REINA DEL HOGAR?

En las discusiones alrededor de este tema hay un consenso generalizado en el deseo de modelos más igualitarios de división del trabajo, pero al mismo tiempo una resistencia a abandonar algunas de las prerrogativas que da el papel de cuidadora “por naturaleza”, como la educación de los hijos y la organización del hogar. El resultado es una versión flexibilizada del modelo basado en una cuidadora y un proveedor, pero con matices, dependiendo del tipo de trabajo y del momento familiar en el que se encuentran las mujeres. Esta solución “de compromiso” resulta de una combinación de elementos racionales, como el temor a que los maridos se vuelvan “mantenidos”, y elementos emocionales, como el deseo de ser reconocidas como el centro del hogar.

Así, en general sus maridos las “ayudan”, pero se quejan, y ellas expresan desagrado por las tareas domésticas y de cuidado, pero creen que tienen un instinto para educar a los hijos y se encargan de casi todas esas tareas y responsabilidades. Algunas pagan a sus madres para que cuiden a sus hijos mientras ellas trabajan, una modalidad distinta de la solidaridad gratuita del pasado. Los maridos suelen hacer cosas menores, como calentar la comida que ellas dejaron hecha, tender ropa, llevar a los hijos a la escuela y “supervisar” que hagan las tareas que les corresponden. Sólo una comenta que su marido “le hace todo” (menos la comida), y esto porque “le enseñó” después de varios conflictos. Ahora, “si ve que hay trastes sucios, se acomide”. Otra comenta que durante la semana hace todo ella, pero el fin de semana “está de reina” porque sólo le toca lavar ropa mientras su marido e hijos hacen lo demás: “sí hay el apoyo de que yo pueda de alguna manera descansar de la rutina”. Van negociando y a veces peleando con los maridos, y, aunque ellos colaboren, son ellas las que organizan y distribuyen las tareas, es decir, la casa es su responsabilidad.

En el tema del reparto de tareas domésticas y de cuidado, las diferencias entre mujeres en trabajos feminizados y masculinizados son menores, y se observan más en las acciones estratégicas que en los posicionamientos subjetivos, los cuales muestran una fuerte ambivalencia entre el arraigo a los valores de la abnegación materna y a sus beneficios simbólicos, y al mismo tiempo cierto

malestar con el modelo de la maternidad intensiva (Hays, 1998). Sin embargo, también aquí es posible observar matices entre los distintos grupos de mujeres.

La resistencia a cuestionar la naturalización de la división sexual del trabajo a partir de posturas esencialistas es más fuerte entre las amas de casa y las mujeres con trabajos feminizados informales —que, como se señaló, no se distinguen mucho de las primeras—, así como entre aquellas que tienen trabajos feminizados formales. Estas últimas no abandonan las obligaciones que consideran propias "de una madre y ama de casa" y no demandan mayor equidad en el reparto de las tareas del hogar, a pesar del malestar que les produce pasar largas horas trabajando por un ingreso y llegar a la casa a realizar las tareas domésticas.

Las mujeres que se dedican exclusivamente al cuidado no discuten mayormente sobre lo justo o injusto del reparto de tareas. Al aceptar en los hechos el modelo puro de cuidadora y proveedor, asumen todo el trabajo doméstico y de cuidados ellas solas. Las más jóvenes comentan que sus maridos ayudan poco en la casa, sólo cuando están "de buenas" o aburridos, y hacen lo que les gusta. Ellas a veces les piden ayuda o los "regañan" si no la obtienen, pero no insisten demasiado porque creen que las tareas domésticas "no son su fuerte". Señalan que, aunque ellos sean "generosos" con el dinero, "ven un papel en el suelo y lo brincan". Sólo en dos casos existe un reparto más equilibrado de tareas domésticas, entre ellos, el de una mujer que dejó un tiempo al marido porque no quería que ella saliera los domingos a jugar básquet y al que logró convencer diciéndole "no es un vicio, sino un deporte", con lo que ganó un tiempo para sí que, sin embargo, tuvo que pelear: "fueron dos meses, pues entendió que no lo iba a dejar de jugar, pues no es algo malo". Este testimonio muestra la dificultad que aún tienen hombres y mujeres relativamente jóvenes para cuestionar el modelo tradicional de la madre abnegada, dedicada totalmente a los hijos y a la pareja.

No obstante, a pesar de participar en arreglos más tradicionales, estas mujeres coinciden en que es necesario educar a los hijos de forma diferente, ya que se trata de un modelo cultural y no de un reparto de tareas justificado por alguna racionalidad económica o natural: comentan que esta distribución de responsabilidades no es un arreglo derivado del hecho de que ellas se queden en la casa mientras el marido sale a trabajar, porque aun cuando ellas trabajaban fuera, la distribución era así de desigual: "sí, nunca dejé de hacer todo. Cuando yo trabajaba era lo mismo, él no decía 'ay te ayudo a barrer', no, nada, decía 'ay

no te preocupes, el domingo limpias bien’ [risas]”.

Asimismo, admiten que las estructuras actuales del mercado laboral impiden la participación paterna en el cuidado, ya que en los lugares de trabajo no dan permiso a los hombres para ir al médico con los niños, o no contratan mujeres que tienen hijos, asumiendo que serán ellas quienes lo harán. Una participante comenta que a ella sí le daban permiso porque la jefa “también era mamá”. A otras les ofrecían llevar a los hijos al trabajo, pero desistían por los riesgos que esto implicaba para los niños. Opinan que son escasas las empresas “conscientes” que dicen: “tienes una niña, nomás no faltes mucho”.

La alternativa para quienes “no nacieron para la casa” es la “súper mujer”, que concilia trabajo y familia, aunque a un alto costo, es decir, la entrega a los hijos parece derivar más de los obstáculos a la posibilidad de trabajar y cuidar al mismo tiempo que de algún instinto maternal o vocación para el hogar. De hecho, las mujeres que optaron por el cuidado, dedican mucho tiempo a discutir el tema de la educación de los hijos, predominando el deseo de controlar que no tengan demasiada información (sobre sustancias o sexualidad); se burlan de la educación “indulgente” basada en los derechos del niño y no quieren ser señaladas como malas madres si los hijos “salen mal”. Manifiestan temor a recibir el reproche de haber sido “mamás ausentes” y existe una especie de fatalidad en su discurso: “si salen mal, que no sea por mi culpa” o “si hay un accidente, que no sea en mi ausencia”, es decir, empiezan a cuestionar la naturalidad del reparto de tareas, pero saben que existirá una sanción social si no cumplen con las “propias de su género”, lo cual internalizan en parte bajo la forma de culpa y en parte como vergüenza ante el “qué dirán”, pero experimentando malestar, ya que la mayoría de ellas añora los beneficios del trabajo remunerado, al que les resulta difícil regresar porque el mercado laboral está cerrado para mujeres de su edad o nivel de escolaridad.

Una leve variación en esta posición es la de las mujeres que tienen trabajos feminizados informales, quienes piden y agradecen la “ayuda” de sus parejas, pero se quejan cuando no la reciben. Algunas dicen que “reparten más”, por ejemplo, juegan naipes para ver quién lava los trastes. Una comenta: “los trastes, eso sí de cajón le tocan a él, porque yo odio lavar trastes”, pero coinciden en que no se puede dejar en manos de los hombres el lavado de la ropa porque “no saben, la revuelven”, “la echan a perder”, “mejor yo lo hago”. En general, lo que ellos hacen como tarea doméstica es considerado por ellas como una “ayuda”.

Ellas se sienten con el deber de educar a sus hijos varones de manera diferente: “no porque va a agarrar jabón y una taza va a dejar de ser hombre”, pero en muchas de ellas se trata de una necesidad, más que de la adhesión a valores de igualdad de género, ya que con frecuencia justifican esa educación en la desconfianza en las mujeres: “si les toca una mujer floja ya saben hacer las cosas” y expresan cierta omnipotencia como madres, que infantiliza a los hombres. Ellas “los hacen” y culpan a otras mujeres por no hacerlo bien. “Tú vives aquí conmigo, si no, bájate con tu mamá”.

Al mismo tiempo, cuestionan ciertos valores tradicionales como la reciprocidad intergeneracional y muestran contradicción cuando se refieren a las responsabilidades de cuidado de los nietos. Mientras que, para algunas, cuidar nietos es una obligación (y el trabajo sin horarios fijos lo permite), cuando ellas mismas se quedaron sin pareja no se atrevieron a pedir apoyo a sus madres: “quise hija, pues ahora me hago cargo”. Una de ellas se lleva al nieto a su trabajo como empleada doméstica y le dice a su hija en broma: “a mi edad, parezco madre soltera”. Este testimonio muestra que la lealtad intergeneracional que sustenta la moral tradicional basada en el “qué dirán” se erosiona, al perder fuerza tanto el estigma de la madre soltera como la obligación de las abuelas de cuidar a los nietos.

Si bien la mayoría de estas mujeres que tienen los típicos trabajos feminizados se hacen cargo de las tareas de cuidado, mencionan que “ya no se puede ser machín” y que “hay que colaborar”, pero “ayudar” en las tareas de la casa, para un hombre, es “ser noble”. Los hijos varones son buenos hijos cuando no llegan a pedir, sino que “ellos se calientan la comida y se preparan”.

Por su parte, como ya se mencionó, las mujeres con empleos formales feminizados son las que menos confrontan el modelo de proveedor y cuidadora, pese a que trabajan largas jornadas. Las más jóvenes de este grupo se quejan de que los maridos “a veces ayudan” y ellas se sienten agobiadas y enojadas con ellos, pero al parecer no los confrontan: “aquí [en el grupo] nos podemos desahogar [todas se ríen]”. La principal queja es la falta de reciprocidad: mientras ellas “apoyan”, ellos “no las reconocen”. Consideran que, actualmente, como la mujer también tiene que salir a trabajar, el marido debe colaborar en la casa, pero las tareas de cuidado son responsabilidad de ellas. Hacen trabajo doméstico en sus días de descanso o “cuando los bebés están dormidos, que es el tiempo que nos queda”. El cuidado de los hijos cuando ellas trabajan está a cargo de sus madres, suegras o hijas mayores y coinciden en que es más fácil repartir

las tareas de la casa con los hijos varones adultos que con los maridos. La ayuda voluntaria de éstos con el quehacer, llega a ser vista como una excepción que produce cierta extrañeza, que podría interpretarse como sospecha de feminización o infantilización del hombre, como se observa en este testimonio: “En mi caso, él se encarga de lavar los trastes, extrañamente mientras ve su telenovela [algunas sonríen], entonces yo aprovecho para hacer el resto, es en lo único en lo que me apoya, en lavar trastes y no hay necesidad de que se lo pida, él dice, ‘ya va empezar mi telenovela, voy a lavar los trastes’”.

Al hablar de los hombres jóvenes y de la manera en que asumen su paternidad, llevando a los niños a la escuela, cambiando pañales, etcétera, señalan que “el machismo ya quedó atrás”, mientras que la generación de sus maridos sigue pensando que “el hombre nada más está para mandar, no para que lo manden”. Al mismo tiempo, los hombres jóvenes que cuidan a sus hijos o hacen tareas “femeninas” son exaltados como héroes. Una participante comenta que le dice a su hijo: “qué guapo te ves cargando al bebé” (algo que nunca se le dice a una mujer haciendo la misma tarea).

En contraste, las mujeres con trabajos masculinizados, especialmente las que tienen oficios con horarios flexibles, son las más cercanas a la “desgenerización” de las tareas de cuidado, no sólo porque en ocasiones ganan más que sus parejas, lo que las convierte en principales proveedoras, sino también porque adquirieron habilidades que, según opinan, los maridos ya perdieron, como la de reparar la instalación eléctrica o de gas, e incluso “cambiar un foco” o “cargar el garrafón de agua” cuando se necesita. Sin embargo, tampoco ellas abandonan del todo la división sexual del trabajo ni desean que “los papeles se inviertan”; pero existe una tensión no claramente resuelta entre el orgullo de sentirse “como hombres” en algunos aspectos y el temor a que sus parejas se vuelvan pasivas y dejen de cooperar, algo que muchas veces contribuyen a provocar por el trato maternal que les dan, mientras que, por otro lado, se esfuerzan en no perder atractivos físicos “femeninos” que reducen el riesgo de la infidelidad y en última instancia del abandono de sus parejas.

En todos los grupos de mujeres con trabajos masculinizados se observa la preferencia por una versión aún más flexibilizada del modelo de cuidadora y proveedor, ya que, si bien no lo cuestionan radicalmente, buscan de forma más abierta una mayor equidad en el reparto de las tareas de cuidados. Coinciden con las demás en que el varón debe dar el gasto y la mujer complementarlo y administrarlo, aunque a veces deba rendir cuentas, y en que las tareas de cuidado

son de ellas. También, al igual que las demás mujeres, se quejan de que ellos tienden a ayudar en lo que les gusta y “si tienen tiempo”, y opinan que “podrían hacerlo, pero están mal acostumbrados” o no lo saben hacer bien; pero justamente por ello, en especial las más jóvenes, comentan que “hacen pactos” desde antes de casarse, basados en gustos personales (por ejemplo, no cocinar), lo que cuestiona la versión más tradicional de la división sexual del trabajo. Asimismo, dicen que les enseñan a las niñas que pueden hacer cosas de hombres para protegerlas de la sumisión, y a los varones a no buscar una sirvienta, sino una compañera.

Sin embargo, en general, se observa ambivalencia respecto de las obligaciones de la esposa en este tema, como ilustra el testimonio de Eleonora, electricista, con un ingreso mayor al de su esposo y un trabajo formal con horario largo, quien educa a su hijo para que “no lo atiendan”:

Eleonora: Ya veo más chicas que yo, de edad, y son de “ay, no quiero hacer esto”, o “yo no plancho ya las camisas”, y pues se ve mal la presentación, porque es el trabajo de los esposos, ¿no? Doble raya, y yo: “no manches, ¿para qué te casaste, entonces?”

Entrevistadora: ¿Y te gusta planchar?

Eleonora: No me gustaba, pero ya lo hago, ya. Es como una costumbre. Sí, porque es su trabajo, su presentación. Sale arrugado y ¿con qué cara le va al cliente?

Entrevistadora: ¿Y él no plancha tampoco?

Eleonora: No.

Entrevistadora: Y bueno, por eso, tú asumiste ¿eso te enseñó tu mamá?

Eleonora: Que tengo que hacerlo yo, sí.

Aunque muchas digan que “detestan el quehacer” y que van a “partes iguales” en las tareas, predomina en ellas el ideal de la “súper mujer”. Aunque si bien

ellas también se sienten las responsables de la educación de los hijos y ansiosas por su seguridad cuando son adolescentes, buscándoles actividades que eviten que se “descarrilen”, opinan que “se puede trabajar sin descuidar” y que importa la calidad más que la cantidad de tiempo dedicado a los hijos, señalando que el modelo del ama de casa exclusiva no garantiza una buena crianza (se puede estar todo el día en la casa y descuidarlos). El trabajo masculinizado de ellas también ha roto estereotipos en sus hijos, que no ven diferencia entre trabajo de hombres y de mujeres, y hacen tareas domésticas, aunque sus padres les digan “mandilones”.

Las mujeres con trabajos masculinizados formales de mayor edad parecen haber logrado un mejor reparto de tareas domésticas (aunque predomine en ellas la idea de que ellos “ayudan”), porque la mayoría de ellas vivió en familias en las que sus madres eran “luchonas”, trabajaban y repartían las tareas domésticas entre hijas e hijos. También piensan que los hombres “se tienen que modernizar” y no sentir que pierden la hombría si son económicamente menos exitosos que sus esposas. Algunas opinan que si bien puede ser traumático para ellas “ver a un hombre que no subió” —es decir, que no adquirió los signos hegemónicos del poder masculino, provenientes del ámbito público—, es necesario educar a las siguientes generaciones con una “mentalidad abierta” que evite esa idea, y las encargadas de esa tarea educativa, sostienen, son ellas mismas. Esto beneficiaría a las propias mujeres jóvenes, que no deberían seguir temiendo toparse con maridos machistas, que las obligan a dobles jornadas por no asumir tareas del hogar. En cambio, es difícil cambiar la mentalidad de los hombres de su propia generación, porque fueron educados para “ser atendidos”, lo que implica la paradoja de que pretenden ejercer el dominio teniendo “menos fuerza que la mujer”, al no ser autosuficientes en necesidades básicas, como la alimentación.

Aquí aparece la idea recurrente de la autoridad casi omnipotente de la madre que “hace al hijo débil”, como sus suegras, algo que ellas deben evitar educando a sus propios hijos con una mentalidad no machista que les permita desenvolverse en el ámbito doméstico. Sin embargo, mientras en algunas esto está motivado por valores igualitarios (así las mujeres jóvenes que quieren progresar, se benefician), en otras lo está por ideas tradicionales (por si le toca una mujer floja, es decir, que no está a la altura de sus deberes de esposa). Estas ambigüedades muestran la persistencia de normas que son propias de un modelo basado en la solidaridad intergeneracional, en el que las mujeres esperan lealtad, especialmente de sus hijos varones, y esto las enfrenta a las mujeres jóvenes (potenciales nueras) al mismo tiempo que lleva a algunas a incentivar a sus hijas

a “no ser demasiado independientes”, como se verá en el siguiente capítulo.

CONCLUSIONES DEL CAPÍTULO

A partir de lo expuesto, es posible concluir que, en relación con el trabajo remunerado, todas las mujeres desean básicamente tres cosas: la libertad personal que da el dinero, la posibilidad de “dar más cosas” a los hijos y, al mismo tiempo, evitar que se salgan de control. Para ello necesitan una pareja que sirva de autoridad simbólica en la casa y que aporte a la subsistencia. En este dilema, que todas enfrentan, aparecen tres caminos: asumir totalmente el papel de madres, dependiendo económicamente de los maridos, convertirse en “súper mujeres” que pueden con el trabajo dentro y fuera del hogar, a costa de un mayor desgaste, o intentar negociar.

Sólo las que optaron por quedarse en su casa lo hicieron privilegiando la necesidad de supervisión de sus hijos por sobre la de “tener o darles más cosas” y por sobre su propio deseo de independencia, ante la culpa o el temor de ser señaladas como responsables si los hijos se descarrilan. Podría pensarse que estas mujeres son las más apegadas a los valores tradicionales y que además tienen la posibilidad de prescindir de un segundo ingreso. Las demás se debaten entre el ideal de la súper mujer y distintas estrategias para lograr un mayor equilibrio, ya sea adoptando un papel de “reeducadoras” o de negociadoras con la pareja.

Puede observarse que las mujeres con trabajos masculinizados son las que más intentan estas últimas vías, pero sin garantía de éxito. El ideal de un reparto menos desigual de tareas domésticas y de cuidados, aunque registra cambios importantes en el nivel de las subjetividades de las mujeres, aparece como el ámbito donde menos cambios reales se observan, sin que pueda decirse que permanece estático a lo largo del tiempo.

Todas las mujeres que tienen un trabajo remunerado parecen debatirse entre el poder (que disfrutan) y la vulnerabilidad que demanda amor, lealtad y cooperación, lo cual muestra que ese poder es relativo, en la medida en que la corresponsabilidad en la proveeduría aligera la carga para los varones (Aldana, Burgos y Rocha, 2018), pero no reduce en la misma proporción la del trabajo de cuidados, que sigue siendo vista como responsabilidad de las mujeres, incluso

por ellas mismas.

Por medio de la tensión existente entre los deseos de libertad personal que otorga el dinero propio, visto como la posibilidad de “dar más a los hijos” y de separarse en caso necesario, además de la necesidad de disimular el papel de proveedoras que las mujeres desempeñan para evitar un balance muy desigual de cargas, o la deserción de la pareja del papel de proveedor, es posible observar formas de agencia condicionada, pero reflexiva y operante. La defensa del dinero ganado como algo propio y no del hogar, aunque muchas veces se convierta en ello, es la principal estrategia de las mujeres para mantener este equilibrio inestable. Al mismo tiempo, ellas asumen la tarea adicional de “reeducar” a los maridos, lo que podría verse como un equilibrio desventajoso. Sin embargo, éste es producto de una estrategia consciente que les permite acceder a las ventajas del trabajo remunerado —mayor autonomía— sin perder las prerrogativas que da la maternidad y la seguridad que otorga la familia, aun si esto supone una negociación todavía desigual sobre el uso del tiempo.

Incluso cuando las mujeres reivindican su papel de madres, comienzan a desencializarlo, por ejemplo, cuando manifiestan comprensión por mujeres que dejan a sus hijos o cuando ellas mismas manifiestan que nunca dejarían de trabajar por quedarse a cuidarlos. Se asumen también como trabajadoras, lo cual puede propiciar una postura más favorable al reclamo de derechos que a una idealización materna, y esto puede generar cambios sociales más sustantivos. De hecho, algunas de ellas han dado ese paso, mediante demandas de derechos laborales y de servicios sociales.

Sin embargo, un fantasma recorre todos los grupos de mujeres: el prospecto de “terminar manteniendo vagos” por el hecho de convertirse en co-proveedoras o proveedoras del hogar. El modelo de la independencia femenina promovido por los medios (súper mujer-súper madre), aunque tentador, puede ser para ellas casi tan dañino como el de “las abuelitas”, que perdonaban todo por un “amor” dependiente, cuya consecuencia frecuente era una vida de pobreza y violencia. En contraste, la “virilización”, que para unas más que para otras supone convertirse en proveedoras y a la vez autoridad en la casa, lleva a las que son madres y esposas al desgaste físico y a la añoranza de un amor ideal de pareja basado en la complementariedad; y a las que deciden no formar familias, por privilegiar la independencia individual, a una vida de “soledad”. Este temor, expresado más en relación con sus hijas, pero también con la posibilidad siempre presente para ellas mismas de disolución conyugal, es congruente con el hecho

de que es difícil para las nuevas generaciones de mujeres “conciliar” las demandas de la maternidad y las del trabajo remunerado (Sánchez, en proceso), debiendo renunciar a una u otra en alguna medida. Quizá por la misma incertidumbre económica que enfrenta el grupo social al que pertenecen, que requiere de solidaridad conyugal y familiar ante posibles riesgos, no es aún viable defender un modelo “sin género” donde las tareas son intercambiables.

En México, el modelo de familia compuesta por un hombre proveedor y una mujer ama de casa, propio de las clases medias, pudo ser imitado sólo por el sector más acomodado de la clase obrera urbana durante la época de la industrialización sustitutiva entre las décadas de 1940 y 1970, pero sirvió como ideal para muchas familias, como atestiguan nuestras informantes, que se debaten entre el modelo de la maternidad intensiva y la necesidad de mantener los niveles de consumo y de estudios requeridos para sus hijos en una época de mayor incertidumbre, lo cual las motiva a valorar el trabajo remunerado tanto o más que el de cuidados, aun si esto implica una doble o triple jornada.

Como pudo verse en los testimonios presentados, la mayoría de las mujeres desea poder trabajar de forma remunerada sin detrimento de la familia y ve el trabajo cada vez más como un asunto de elección individual, pero en la mayoría de ellas, el aumento del nivel de vida de la familia sigue siendo la motivación principal para trabajar.

Con todo, se observan al respecto diferencias entre mujeres con distintas experiencias laborales y familiares: en un extremo, las mujeres más jóvenes con trabajos feminizados formales, quienes sufren más los efectos de la sobrecarga de trabajo provocada por la doble jornada, son las únicas que expresan el deseo de dejar de trabajar de forma remunerada, aun si esto significa depender económicamente de la pareja. Estas mujeres no parecen estar en condiciones o en disposición de negociar con sus parejas un mejor reparto de tareas. Este hallazgo contrasta con los de otros estudios que muestran que la colaboración masculina en el trabajo doméstico y de cuidados es mayor cuando sus parejas cumplen una jornada formal en un empleo asalariado, un tanto menor cuando ellas tienen un trabajo por cuenta propia, y prácticamente inexistente cuando son amas de casa, aunque la colaboración es mayor en hombres jóvenes urbanos de sectores medios y altos (Martínez y Rojas, 2016), por lo que habrá que continuar la indagación en este tema. Excepto por el dato señalado, con la reserva de considerar que este estudio no se basa en una muestra representativa, los demás hallazgos coinciden con lo reportado por los autores citados: las mujeres valoran

los trabajos con horarios más flexibles.

En el otro extremo, las mujeres que tienen trabajos masculinizados, tanto formales como informales, además de que logran negociar mejor el reparto de tareas domésticas y de cuidados, desean seguir trabajando de forma remunerada no sólo por el beneficio material que les representa, sino también por la satisfacción personal y el sentido de logro que implica para ellas, pero esto las ubica en una zona de tensión entre la cooperación y la competencia con la pareja, al colocarlas más del lado de la proveeduría que del cuidado, sin que éste sea asumido por la pareja en la proporción deseada. De allí el gran esfuerzo de ellas por no pasar la frontera entre el dinero ganado para "gustos" y el dinero para el "gasto". El desafío para estas mujeres es construir equilibrios más estables entre los deseos personales, que incluyen tanto el amor de pareja como la superación individual y la cooperación familiar. Mientras las condiciones materiales no favorecen este equilibrio, ensayan arreglos intermedios, más o menos satisfactorios, mediante estrategias donde negocian las aportaciones de tiempo y recursos que cada quien debe hacer y que consideran "relativamente justas" dentro de las limitaciones que presenta la vida cotidiana. En ese sentido, es posible ver la negociación de la división sexual del trabajo en el hogar como señal de un cambio, aunque parcial, en el "balance yo-nosotros".

En términos de agencia, predominan en general las acciones y prácticas cercanas al tipo que hemos llamado de "negociación", aunque también se registran estrategias de resistencia mediante la apropiación sutil de tiempos y recursos, así como formas más confrontadoras de reclamo de equidad, dependiendo de las situaciones familiares y laborales de las mujeres, pero también de su adhesión emocional a ideales cambiantes de femineidad, ofrecidos por la cultura. Lo que Hochschild (citada en Garey y Hansen, 2011) llamó "economía de la gratitud" en la pareja y en la familia, tiene tres fuentes: a) un marco moral de referencia, que lleva a las mujeres a preguntarse qué tan afortunadas son en el marco de lo que culturalmente deberían esperar; b) un marco pragmático de referencia, que las lleva a valorar qué tan afortunadas son en relación con lo que hay disponible para ellas, y c) un marco histórico de referencia, que las hace interrogarse sobre qué tan afortunadas son en comparación con mujeres similares a ellas, de la generación anterior. De acuerdo con esta tesis, los individuos agradecen lo que consideran un regalo "extra", es decir, lo que excede las expectativas que dan por sentadas, y los conflictos en las relaciones aparecen cuando las dos partes tienen distintos parámetros de acción e ideas diferentes sobre lo que es un regalo y lo que es una obligación, basadas en marcos de referencia distintos. Así, lo que

en un momento dado o bajo ciertos marcos de referencia puede ser objeto de gratitud, en otros puede convertirse en una obligación y, su ausencia, generar sentimientos de injusticia. Aunque Hochschild parezca presentar esta economía en términos de elección racional, en mayor medida se basa en elecciones de raíz normativa y emocional (citada en Garey y Hansen, 2011). Desde esta perspectiva, es posible pensar que el trabajo "extra" que las mujeres realizan para compensar o disimular el poder que les otorga ganar dinero, a veces más que sus esposos, afirma tanto su identidad de género como la de ellos, y libera tensiones en el matrimonio, produciendo para ellas una especie de "equilibrio sub-óptimo".

Pero los significados del cuidado y de la proveeduría van más allá de un cálculo estratégico de aportaciones y recompensas, ya que involucran posicionamientos subjetivos más profundos y difíciles de modificar, como los que se revelan al notar que las mujeres tienen dificultades para abandonar una posición de madres abnegadas que les otorga cierta superioridad moral, a veces basada en el esencialismo, cuando se quejan porque "no las ayudan", al mismo tiempo que sostienen que son las únicas capaces de saber lo que necesitan y quieren sus hijos. Como muchas de ellas lo expresan, son "madres contra viento y marea". El "viento" y la "marea" consisten aquí en la merma de los recursos sociales (redes de apoyo) y de tiempo para el cuidado, algo que deben ceder a cambio de recursos materiales, situación que induce en ellas el temor al descarrilamiento de los hijos, "por su culpa".

Como se mostró, la mayoría "desea" que los maridos se involucren en la educación de los hijos, pero al mismo tiempo asumen que no están preparados para hacerlo tan bien como ellas, o que su "ideología de género" no se los permite. En general, se observa una tensión y distintas combinaciones entre competencia, flexibilidad y complementariedad entre los miembros de la pareja como parte de estrategias que garanticen la durabilidad de las uniones y, por ende, una menor precariedad material. También es posible observar la tensión entre los requerimientos de una masculinidad "respetable" y las necesidades de subsistencia, lo que queda de manifiesto en la laxitud con que los maridos "prohíben" a las mujeres salir a trabajar. Por sus formas estereotipadas ("vas a andar de loca", etcétera), sus advertencias se parecen más a un "performance" de género que a un deseo real de los varones de mantener a las mujeres "encerradas".

Estos hallazgos coinciden en parte con lo reportado en la literatura sobre sectores

populares urbanos, donde se muestra que en ellos, ambos miembros de las parejas tienden a resistir la participación igualitaria en la proveeduría, ya que, si bien el ingreso de las mujeres al trabajo remunerado responde a la necesidad de subsistencia, puede producir inestabilidad (ruptura de la relación, o sobrecarga en ellas), si esta supervivencia se basa sólo en la pareja conyugal y no en redes más amplias de solidaridad. Esto se observa en el temor que manifestaron las participantes a la "soledad" de las mujeres, si adquieren mucho poder o independencia. Asimismo, la tendencia a apoyarse en lazos y redes de parentesco (que exige cierta lealtad a los valores de la familia por sobre los intereses individuales) lleva a las mujeres de estos sectores a la frustración por no poder lograr ninguno de los dos ideales: ni la igualdad matrimonial, ni el bienestar socioeconómico. Esto es porque si bien las familias de origen y la parentela extendida son cada vez menos capaces de apoyar económicamente a los nuevos hogares, siguen siendo un recurso del que echar mano ante eventuales emergencias, como divorcios o separaciones, violencia, necesidad de préstamos en dinero o de tiempo de trabajo de cuidados ante situaciones imprevistas, etcétera, todo ello desaconseja un alejamiento radical de las familias extendidas y de sus valores, con los que es preciso negociar.

Las condiciones económicas del desarrollo capitalista en México dieron a las mujeres de estos sectores sociales mayores recursos educativos y económicos, pero también precarización e incertidumbre, lo que las lleva a convertirse en sujetos especuladores y negociadores de una manera distinta a como lo fueron sus antecesoras. Sin embargo, todavía la maternidad es para ellas una fuente de satisfacción a la vez que un recurso de negociación que no quieren ceder del todo, aunque les convendría compartir más el trabajo de cuidados. La demanda de mejor reparto de tareas con sus parejas es generalizada, pero no radical, lo que coincide con el deseo de éstas de no perder sus libertades. Son señales de una agencia flexible y condicionada.

[1] De la población de mujeres que trabajaba al momento del divorcio, 80.1% lo hacía como empleada, 10.2% por cuenta propia, 4.9% como obrera, 0.5% como jornalera, y 4% como trabajadora no remunerada, empresaria, jefa o miembro de cooperativas. De los hombres que trabajaban al momento de divorciarse, 71% se desempeñaba como empleado, 11.8% trabaja por cuenta propia, 8.7% como obrero, 3.9% como jornalero, y 4.3% en otros trabajos. Del total de mujeres que

no desempeñaban ninguna actividad económica al momento de divorciarse, 88% se dedicaba al hogar, 3.8% estudiaba, 3% buscaba un trabajo, 2.1% estaba pensionada o jubilada, y 0.2% estaba incapacitada. Por su parte, del total de hombres que no desempeñaban ninguna actividad económica al momento de divorciarse, 43.1% buscaba trabajo, 33.9% era pensionado o jubilado, 8% estudiaba, 7.2% se dedicaba al hogar, 5% tenía alguna discapacidad, y 0.4% era rentista (INEGI, 2015).

[2] De estas mujeres, 10.3% consideraron tener menos oportunidades para ascender, 9.2% reportó haber recibido menos salario por el mismo trabajo que sus pares masculinos, a 5.8% le fueron prohibidas funciones por ser consideradas masculinas, 5.7% recibieron menos prestaciones, a 5.3% le fue solicitada una prueba de embarazo como requisito para trabajar o seguir trabajando, a 5.1% le fue señalado que no eran adecuadas o buenas para el trabajo, a 4% le limitaron su desarrollo para favorecer a un hombre, 4% por tener hijos o hijas no fueron contratadas o fueron despedidas, y 0.9% fueron despedidas por estar embarazadas. Cada mujer puede haber experimentado más de una situación de exclusión. De igual forma, existen ocupaciones donde son más vulneradas, por ejemplo, 26% de las mujeres sufrió algún tipo de discriminación en las actividades elementales o de apoyo, 18.7% en labores profesionistas y técnicas, 16.5% siendo auxiliares administrativos, 12.1% como comerciantes y agentes de ventas, 8.7% en servicios de vigilancia, 8% siendo operadoras de maquinaria, choferes o conductoras, 4.8% como funcionarias, directoras y jefas, 2.7% en actividades artesanales o artísticas, y 1.9% en actividades agrícolas (INEGI e Inmujeres, 2018; cursivas nuestras).

[3] En el periodo del trabajo de campo se registró una alta inflación en el precio de algunos productos, notablemente el de los limones.

[4] Conservo la expresión original de las entrevistadas.

3. LA FAMILIA: LA PEOR INSTITUCIÓN, EXCEPTO POR TODAS LAS DEMÁS

Quitémosle la aureola al padre severo e intransigente y el pedestal a la madre dulce y tímida que se ofrece cada mañana para la ceremonia de la degollación propiciatoria. Los dos son personajes de una comedia ya irrepresentable y además han olvidado sus diálogos y los sustituyen por parlamentos sin sentido. Sus actitudes son absurdas, porque el contexto en que surgieron se ha transformado y la gesticulación se produce en el vacío [...]. De nada vale aferrarse a las tablas de un navío que naufragó hace muchos años […]. Y sepamos, antes de tener los hijos, que no nos pertenecen y que no tenemos derecho a convertirlos en los chivos expiatorios de todas nuestras frustraciones y carencias sino la obligación de emanciparlos lo más pronto posible de nuestra tutela.

Rosario Castellanos, Mujer que sabe latín

Este capítulo se concentra en el análisis del material recopilado en discusiones grupales y narraciones individuales alrededor de los significados del matrimonio y la familia, fuertemente atravesados por normas de género, aunque con signos de transformación. Se analizan los significados que tiene para las mujeres la unión duradera como forma de resistencia ante las demandas y la atomización que emanan del mercado, así como en relación con su satisfacción personal. Especialmente importante resulta aquí la tensión entre la solidaridad conyugal y la solidaridad generacional en la búsqueda de un equilibrio que permita el sostenimiento de la familia, lo cual incluye una reflexión sobre modelos alternativos de maternidad y paternidad, y sobre las ventajas y desventajas de la informalización o formalización de las uniones, así como de la obediencia o lealtad a la generación anterior, que ello supone o cuestiona.

El análisis de las relaciones con la familia extensa y de la permanencia del estereotipo de la solidaridad incuestionable de las redes de parentesco resulta clave para comprender cambios y continuidades en lo que en términos de Elias puede definirse como el balance entre los controles internos y los controles externos del comportamiento. Esto se observa, por ejemplo, en la tensión entre la

obediencia a las pautas de crianza de la generación anterior y la orientación por modelos basados en la “terapeutocracia” y en la “maternidad intensiva” (Hays, 1998), lo que se traduce en una tensión entre procesos de individualización y de “re-tradicionalización” (Adkins, 2002). La preferencia por distintas formas de unión se relaciona con esta tensión, toda vez que las uniones formales —predominantes en la mayoría de las mujeres participantes— parecen atar a los sujetos a las familias de origen más que las uniones libres, y la cercanía con aquéllas refuerza la lógica consanguínea por sobre la conyugal (Leñero, 1983).

En este capítulo la exposición sigue el modelo de análisis del capítulo anterior: comparar entre grupos definidos por la experiencia con tipos distintos de trabajo remunerado y situaciones familiares, presentando primero los consensos más generales y luego las diferencias y disensos entre grupos de mujeres.

ALGUNAS CLAVES DE LECTURA PARA COMPRENDER LOS PUNTOS DE QUIEBRE EN EL “SENTIDO COMÚN” DE LAS MUJERES EN TORNO A LA FAMILIA Y EL IDEAL DE MATERNIDAD

En el último decenio del siglo XX, en México, las familias nucleares con hijos y de doble proveeduría aumentaron de 9.3 a 19%, y las de proveedor varón exclusivo disminuyeron de 59.9 a 49.4% (Rojas, 2016). Al mismo tiempo, la jefatura femenina aumentó no sólo en los hogares monoparentales, sino entre parejas que reconocen que la jefatura del hogar es femenina (Pedrero, 2003). Ciertamente la presencia de las familias con jefatura femenina está relacionada con un aumento de la educación y una mayor apertura y participación laboral, lo que impulsa a muchas mujeres a ser autónomas y construir o mantener hogares sin parejas. Sin embargo, las jefaturas femeninas también están relacionadas con la migración, la viudez, el divorcio, la violencia doméstica y los embarazos a temprana edad (García y de Oliveira, 2012).

El trabajo remunerado de la mujer antes del matrimonio puede ser un factor de estatus y de seguridad en sí misma en cuanto a la toma de responsabilidades. En el caso de las mujeres que son jefas de hogar, la búsqueda de trabajo fuera del hogar para la supervivencia con frecuencia es producto de la ausencia de unión conyugal previa, pero, además, el propio sistema económico impulsa a la formación de unidades conyugales de consumo para romper la red de dependencia comunitaria y consanguínea que supone el mismo sistema, que obliga a las familias de clases populares a buscar apoyo en lazos de parentesco, contrarrestando así la amenaza de aislamiento y vulnerabilidad material que genera el mercado laboral (Leñero, 1983). Los tipos preferidos de unión también se relacionan con esta tensión entre los deseos de independencia conyugal que impulsan a la nuclearización y la necesidad de solidaridad que lleva a mantener activos los lazos de parentesco.

En México, si bien persiste un proceso de nuclearización, su frecuencia ha disminuido en el tiempo. Se observa que los arreglos extendidos son un rasgo distintivo del sistema familiar en los hogares con menores recursos y que los hogares unipersonales son cada día más, sobre todo en las ciudades grandes. Sin embargo, para Quilodrán (2011), México también muestra signos de moverse a

la segunda transición demográfica, donde el modelo de regulación institucional es reemplazado por el de regulación individual o de la pareja, con menos injerencia de las familias de origen y más igualitario en términos de género al basarse en la negociación. Las transiciones están menos ritualizadas porque son menos abruptas: se cohabita antes de casarse, se planean los nacimientos, se sale y se entra del hogar paterno, se prueba con distintos trabajos hasta conseguir uno estable, etcétera. El hecho más relevante, para Quilodrán (2011), es el incremento de los hogares encabezados por mujeres, que suelen ser nucleares, compuestos por mujeres sin pareja pero con hijos. Es también creciente el número de hogares que reciben aportación económica de la mujer.

Según la Encuesta Nacional de los Hogares (ENH) (INEGI, 2016), la situación conyugal predominante entre la población de 12 años y más es la de casada o en unión libre; en localidades urbanas los porcentajes correspondientes son de 51.5% para mujeres y 55% para hombres. El tipo de unión más frecuente es el matrimonio civil y religioso, y el menos frecuente sólo religioso. La soltería es el segundo estado civil más frecuente con 32.7% para mujeres y 37.8% para hombres. El porcentaje de divorciadas, separadas o viudas es mayor para las mujeres con 16.2%, mientras que para los hombres apenas es de 7.2%. La unión libre es importante porque representa 40% de la forma de inicio de las uniones en México. De ellas, también 40% después se formaliza o sacraliza (Ojeda de la Peña, 2010).

Las tendencias actuales son la desinstitucionalización del matrimonio, con el abandono de la institución matrimonial en favor de la unión libre (Quilodrán, 2011), que puede tomar dos formas: un preludio a la unión formal temprana (modelo tradicional, más frecuente en las clases bajas) o a la disolución (moderno, más común en la población más escolarizada). En general, la cohabitación se defiende como un periodo de prueba que, sobre todo las mujeres, buscan se convierta en matrimonio civil, e incluso religioso, ya que lo consideran de mayor compromiso. Los varones no rechazan la convivencia, pero no desean comprometerse hasta que no tengan resuelta la situación laboral o de carrera. Ha aumentado el número de jóvenes menores de 30 años en uniones libres, pero también los nacimientos “prenupciales”, lo que indica que persiste el “matrimonio de reparación”. Existe tolerancia a la convivencia juvenil que se puede ver como moderna, pero ante el embarazo se transforma en tradicional. Todavía es incipiente, según Quilodrán, la separación entre matrimonio y reproducción. Sin embargo, la unión libre es más frágil que el matrimonio, por la facilidad con que puede disolverse.

La edad promedio de las mujeres a la primera unión en localidades menores a los 15 000 habitantes es de 19.2 años y en las localidades superiores a los 15 000 habitantes de 20.8 años (INEGI, 2014a). Mientras que la edad media de mujeres y hombres al momento de contraer matrimonio en 2011 era de 26.3 para las mujeres y de 29.2 para los hombres; para 2015 fue de 27.9 para mujeres y 30.8 para hombres, lo que habla de un incremento de casi 1.6 años para ambos sexos. En 2015, la entidad federativa que presentó mayor edad media al momento de contraer matrimonio fue la Ciudad de México, con 31.3 para mujeres y 34.2 para hombres (INEGI, 2015).

El retraso a la edad de unirse aumenta la población soltera, especialmente la más calificada. Las mujeres solteras que trabajan, difícilmente aceptan el control familiar. Quilodrán (2011) se pregunta qué tipo de soltería ejercen: si piensan casarse más tarde o mantienen relaciones sin cohabitación, preocupación compartida por nuestras informantes al discutir sobre el futuro de sus hijas. Ellas hablan de las dos situaciones como problemáticas. Los mercados matrimoniales no están equilibrados, para desventaja de las mujeres. La edad de los varones a la unión crece mucho más lentamente que la de las mujeres, también como efecto de la mayor escolarización de éstas, pero genera mayores incentivos para migrar.

Los datos resumidos en los párrafos precedentes permiten mostrar la magnitud de las transformaciones ocurridas en las últimas décadas en México, en la interrelación entre la organización del trabajo y la reproducción social mediada por la familia. No obstante, estudios sobre relaciones de género en la familia mexicana han mostrado una persistencia de valores tradicionales, aun cuando las condiciones hayan cambiado drásticamente en el ámbito de la organización laboral y por ende de la división sexual del trabajo (García y de Oliveira, 2012; Leñero, 1983; Riquer, 1994).

Lo anterior da cuenta de la coexistencia de sistemas normativos y valorativos propios de distintos modelos de familia y de sociedad, que con fines analíticos, adaptamos el esquema propuesto por Roudinesco (2006), y nombramos como patriarcal clásico (o premoderno), burgués o nuclear, basado en el amor romántico heterosexual (o moderno), y confluente (o posmoderno). Corresponden a grandes rasgos con las etapas de organización del trabajo que Scott y Tilly (1978) asociaron con la familia productiva (etapa pre-industrial), la familia asalariada (etapa industrial) y la familia consumista (etapa post-industrial), así como con los cambios demográficos y culturales que las acompañan.

A grandes rasgos, se puede describir al modelo patriarcal tradicional de familia como un ideal que resulta coherente con la lógica de la transmisión de la propiedad y de la reproducción familiar, por lo que predomina en él la autoridad masculina absoluta sobre propiedades y personas. En este modelo, el matrimonio suele ser arreglado por los padres, en un pacto entre familias que se supone "para siempre" y para el que se busca la bendición de Dios. La diferencia sexual importa menos, porque se privilegia el papel social de hombres y mujeres (género), articulado con otras diferencias importantes de estatus social. Corresponde con lo que Kandiyoti (1988) definió como el modelo "patriarcal clásico", típico de las zonas rurales del Norte de África, del Medio Oriente musulmán, del Sur y Este asiático y, en general, con el llamado modelo Mediterráneo de familia, que inspiró a Pierre Bourdieu (2000) en su teorización de la dominación masculina.

Este modelo, con algunas variantes, fue trasladado a las colonias de América Latina y hoy en día persiste en algunas comunidades rurales y semirrurales de México, pero también en la memoria reciente de las mujeres participantes del estudio. En él predomina el hogar extendido patrilocal en el que las mujeres se casan jóvenes y viven con los suegros, subordinándose a todos los hombres y a las mujeres mayores de la familia; el hombre es responsable del honor de la mujer que se hace extensivo a la familia; ella gana respeto si produce hijos varones, que le son leales; todo lo que produce es propiedad de la familia, idealmente no trabaja fuera de casa (y si lo hace debe reforzar los signos del pudor para mostrar que aún merece protección) y ejerce formas veladas de resistencia, como la manipulación de esposos e hijos varones, gracias a que tiene un poder cíclico, aun cuando no rompa el sistema (Kandiyoti, 1988). Este poder cíclico se relaciona con la lógica de la familia consanguínea, basada en un grupo regido por normas de parentesco y descendencia, más que por afinidad, y en particular con las etapas del desarrollo de la familia. Así, la etapa en la que la mujer tiene la menor cuota de poder es aquella que corresponde con el inicio de la unión, donde pasa a ser "propiedad" de la familia del cónyuge y a estar bajo el dominio de la suegra, quien le asigna las tareas más subalternas del hogar reservándose las que implican mayor poder, como las decisiones sobre la alimentación de todos los miembros de la familia, la cocina y la administración del dinero del hogar (Riquer, 1994). Goza de su mayor cuota de poder cuando ella misma se convierte en madre y posteriormente en suegra, su autoridad incluso llega a predominar por sobre la del cónyuge, pero el poder simbólico y legal está del lado de la autoridad masculina. En la versión puritana de este modelo, que Hays (1998) analizó para el caso de Estados Unidos, las esposas

son valoradas por su fertilidad y no por sus capacidades para criar hijos, ya que la educación de éstos depende más de la autoridad de la iglesia, la comunidad y la cabeza masculina del hogar que la de la madre, cuya tarea es más bien mantener a los hijos en la línea dictada por esas autoridades.

Sólo hacia la segunda mitad del siglo XIX la crianza infantil fue sinónimo de maternidad, lo cual coincide con el argumento de Scott y Tilly (1978), para quienes el modelo de la industrialización tiende a re-enviar a las mujeres casadas a su papel primordial de cuidadoras (y, en casos de necesidad, a trabajos tradicionales, informales e intermitentes), mientras emplea predominantemente a mujeres solteras, lo que agudiza la división sexual del trabajo en el hogar. En esta etapa, caracterizada también por la prolongación de la escolaridad de los hijos y de su dependencia de los adultos, así como por la convivencia de éstos con la madre en el hogar, el sentido de obligación moral hacia la familia se mantiene, pero fuertemente construido sobre una base de lealtad a la madre.

Como señalan estas autoras, en las familias proletarias eran las madres quienes más se sacrificaban por los hijos y "los defendían de sus padres", administraban el hogar y mantenían vivas las redes de parentesco, que eran cruciales para conseguir trabajo y apoyo para todos los miembros de la familia. A medida que los padres se volvían menos capaces de hacer cumplir la disciplina por medio de la herencia de la tierra, el amor de las madres podía ofrecer un incentivo alternativo para que los hijos se mantuvieran obedientes (Hays, 1998), pero muchas veces a través de la manipulación emocional. Dado que el futuro del niño ya no estaba en la heredad paterna, la educación y los métodos de crianza que prometían crear adultos independientes se volvían más importantes.

La nuclearización de la familia está fuertemente asociada con un sentido de solidaridad emocional que separa la unidad doméstica de la comunidad que la rodea, y con la creencia en la necesidad de un ambiente protegido para la crianza. Esto fortalece el modelo de la domesticidad típico de las clases medias, en donde el núcleo es la díada madre-hijo más que la de la pareja, de ahí que el predominio de una u otra se relacione con un mayor o menor grado de vinculación con la familia extensa y la comunidad. De acuerdo con Shorter (1977), el amor romántico no es la clave de esa retracción familiar, ya que éste surgió primero en las clases bajas, más libres para elegir pareja por afinidad erótica, al tener menos patrimonio que transmitir. Wouters (2017) también comenta que los códigos de buena sociedad que servían para que los padres controlaran la sexualidad de las hijas a inicios del siglo XX, rara vez funcionaron

como modelo para los jóvenes de clases bajas, cuyos padres les permitían participar en ocasiones de encuentro y cortejo, donde se formaban parejas y en muchos casos se arreglaba el matrimonio cuando la joven ya estaba embarazada.

Sin embargo, en sus matrimonios, estos jóvenes seguían el patrón tradicional, fuertemente inmersos en grupos familiares más amplios y con una división de tareas y de mundos masculino y femenino que hacía difícil la confidencialidad y la intimidad relacional. Estas tradiciones eran dominantes en los pueblos y en barrios de clase trabajadora, como también reportan las mujeres que participaron en este estudio. Para Wouters (2017), en las relaciones entre generaciones (padres e hijos), el énfasis tradicional en la crianza giró de la sumisión a autoridades institucionales y adultas, vía castigos corporales y de otro tipo, a las cualidades vinculadas con la auto-regulación de los niños, mediante el razonamiento y las diferenciaciones en calidez y permisividad. La inversión emocional en relaciones de amor y aprendizaje se aceleró, de forma particular, desde las décadas de 1950 y 1960 cuando esta tendencia fue respaldada por crecientes niveles de seguridad material y física. Para cada vez más personas, afirma Wouters (2017), las relaciones de amor y aprendizaje con los hijos se convirtieron en la fuente principal de sentido en la vida y su poder motivador, más fuerte, en tiempos en que la religión, la ideología política, incluso la clase social, el género y la nacionalidad perdían la capacidad de hacerlo.

Si bien la nueva ideología de la domesticidad se volvió el símbolo central de la identidad de la clase media, ofreciéndole una afirmación de superioridad moral frente a los “frívolos ricos” y los “promiscuos pobres”, los sectores populares en adelante buscaron imitar este modelo, promovido también por el Estado como mecanismo de control social. Las mujeres de clase obrera reconocen el código de la maternidad intensiva, y justifican su trabajo remunerado sólo en términos de necesidad y por los hijos. Para ellas es más importante que el niño esté “presentable” a fin de no ser rechazado y tener más éxito en el mundo adulto, lo que requiere de sus ingresos y de su dedicación al trabajo doméstico (Hays, 1998). Esta ideología de la maternidad intensiva convive, sin embargo, con la sospecha de la indulgencia materna en la crianza de los hijos, tensión que, como se verá, atraviesa las discusiones de todos los grupos de mujeres participantes en este estudio, en la medida en que se encuentran en medio de dos demandas contradictorias: garantizar la buena crianza de los hijos y generar ingresos que permitan un nivel esperado de consumo, muchas veces en ausencia física o simbólica de autoridad paterna. Al mismo tiempo, están atravesadas por discursos posmodernos que privilegian la búsqueda individual de satisfacción

erótica y afectiva por sobre el valor del sacrificio en pro de la familia, posición que tiene como requisito cierta autonomía material.

En México, los modelos de relaciones de género en la familia han variado desde la época prehispánica hasta nuestros días, mostrando una tensión oscilante entre la lógica de la familia consanguínea y la de la familia nuclear conyugal, basada en la pareja y su descendencia. Esto fue documentado incluso en las familias populares urbanas de las últimas décadas del siglo XX por estudios que expusieron una tensión entre la lógica de la familia consanguínea y la de la familia nuclear, más propia del artesanado y de la clase obrera industrial (Leñero, 1983). Como señala Leñero, en la década de 1970 en México predominaba la lógica de la consanguinidad por sobre la lógica de la conyugalidad, que debía ajustarse a la primera. La unidad doméstica era la base de la reproducción del sistema económico, por lo que su lógica de reciprocidad, cuidado y protección mutuos, en beneficio de la seguridad y el sustento de todos los miembros de la parentela, terminaba prevaleciendo por sobre el carácter predominantemente sexual del matrimonio original. De acuerdo con Quilodrán (2011), en México sigue prevaleciendo la homogamia de región, de nivel de escolaridad y de edad, lo que podría equilibrar las relaciones entre los géneros. La influencia de la familia de origen disminuye, pero sigue estando presente, en tanto es la que elige los lugares de estudio de los hijos, donde conocen a sus potenciales parejas. Como se verá, las mujeres que participaron en este estudio dieron cuenta de esta tensión entre lógica consanguínea y lógica conyugal, hoy en día menos perentoria pero aún presente en muchos de sus relatos.

Con la industrialización y la cultura urbana y tecnológica, se exalta el valor de la familia conyugal adquiriendo importancia el amor romántico y el puritanismo sexual, el derecho de filiación y de herencia, la libertad personal para la elección de pareja y trabajo, etcétera. Esta familia es monógama, nuclear, restringida y afectiva, y se basa en una división sexual del trabajo más estricta que la que predomina en la familia extensa, donde el trabajo se reparte entre varios hombres y varias mujeres. Si en la familia patriarcal clásica predomina la autoridad masculina absoluta, en los modelos modernos prevalece la autoridad simbólica del padre, pero en la práctica la autoridad efectiva de la madre, en un sistema de autoridad compartida que cambia con las etapas de la familia, incrementándose la autoridad de la madre con la edad y el estatus socioeconómico de ella.

Leñero (1983) describe la evolución de las familias populares urbanas en México, a las que distingue entre sub-proletarias que viven con trabajos

inseguros y eventuales, proletarias obreras y de artesanos, en oficios o servicios, con trabajos fijos y nivel salarial no mayor a dos salarios mínimos. Las familias recién inmigradas del campo tienden a volverse consanguíneas o mixtas por necesidad, más que en el medio rural de origen, y se convierten en nucleares en una segunda o tercera etapa. Al no requerirse solidaridad productiva de los parientes, la familia se separa de éstos y cada miembro debe buscar el ingreso monetario que le permita el consumo. La unión libre facilita el rompimiento con una de las dos líneas de dependencia, menos dispuesta a apoyar si la unión es sólo de facto. A diferencia de las familias campesinas, que se alinean con la familia del padre por motivos económicos, las urbanas reciben más apoyo de la familia materna, especialmente en los casos bastante numerosos de mujeres abandonadas, cuyos maridos tienen otras familias o están separadas debido a la violencia.

En cuanto a las relaciones de poder, el modelo de autocracia masculina formal es más característico de las familias proletarias más estables, donde la mujer es ama de casa y tiene cierta autoridad moral. El tipo de autoridad compartida es más acorde al tipo popular urbano, preferentemente en las etapas avanzadas de la familia, más que en las iniciales. Coincidiendo con lo descrito por autores de otros contextos sociohistóricos, estas etapas corresponden con un incremento paulatino en el poder de las mujeres. En la primera, la mujer aparece como dependiente de su marido, que “se la lleva” (o intenta hacerlo) a su ámbito familiar, donde la autoridad moral es la de la suegra, pero la nuera puede orientarse hacia su propia familia ante la ausencia de apoyo económico de la familia política, excepto en los casos en que el suegro tenga una buena posición económica. En una segunda etapa, la esposa maneja el hogar y va adquiriendo estatus a medida que los hijos crecen. Además, puede tener el apoyo de su propia familia y con el tiempo el de sus hijos. Aparece formalmente con mayor vigencia el tipo conyugal de autoridad compartida, pero la mujer fortalece sus redes externas, lo que le da más poder. Ante esto hay dos caminos para el varón: experimentar una insatisfacción e inseguridad mayores, que lo lleven a escapar por la vía del alcoholismo, la violencia o las parejas extramaritales, amistades o actividades sociales, o bien aceptar la situación, compartiendo simbólicamente el poder, lo que puede significar su capitulación, su apatía o la búsqueda de afecto y protección (Leñero, 1983). En la tercera etapa, como sostiene Leñero, “la madre ha triunfado” y puede compartir el triunfo con su marido pero, sobre todo, se convierte en el centro del apoyo moral, especialmente en el caso de fracasos y penas de los hijos. De acuerdo con Leñero, parece haber en el fondo de la conformación familiar de este tipo una predominante relación madre-hijo varón,

de tal manera que el ciclo familiar matiza la estructura típica de la familia conyugal, pero lo más importante es que el ciclo se reinicia: los protagonistas volverán a ser la madre y el hijo varón, o una especie de simbiosis madre-padre con la hija mujer, quien aprenderá y repetirá la pauta de su madre. Este desarrollo es impreciso, sin embargo, debido a circunstancias ambientales como la migración masiva y las dificultades de vivienda, transporte y espacio urbano que afectan la comunicación familiar.

Fue conveniente detenerse en esta descripción, porque los relatos de las mujeres entrevistadas, como se verá en seguida, dan cuenta de manera muy gráfica de procesos semejantes en sus propias historias.

Para contextualizar mejor sus relatos y discusiones, cabe mencionar que 75% de las mujeres participantes indicó estar casada o vivir en unión libre, mientras que 25% se encuentra soltera, separada, divorciada o viuda, lo cual varía poco entre los grupos de edad. Sólo existe 18% de mujeres viudas entre las mayores, mientras que en las jóvenes 20% está en unión libre, frente a 9% de las mujeres mayores en ese tipo de unión. No se observan diferencias en estas características entre mujeres con trabajo feminizado o masculinizado y con trabajo formal o informal.

Del total de la muestra, 42% de las mujeres tiene casa propia, mientras que 37% renta o alquila y 21% vive en casa prestada. Esto no difiere de acuerdo con el tipo de trabajo (feminizado o masculinizado), pero en cuanto a edad se observa que 51% de las mujeres mayores vive en casa propia, mientras que 25% renta. Las mujeres jóvenes son quienes más rentan, ya que 48% lo hace mientras 33% de ellas tiene casa propia. Las mujeres con trabajo informal son quienes tienen un mayor porcentaje de vivienda propia (49%), mientras que las mujeres con trabajo formal son quienes más alquilan (40%).

En relación con los hijos, del total de las mujeres participantes, 89% tiene hijos frente a 11% que no los tiene. Del porcentaje de mujeres con hijos, las mayores tienen más hijos: 2.09 en promedio frente a 1.67 de las mujeres jóvenes. De éstas, 73% tiene hijos menores de 14 años y 27% hijos mayores de 14 años. Entre las mujeres mayores, 96% tiene hijos mayores de 14 años, como es de esperarse, lo que implica también menor carga de trabajo de cuidados, de acuerdo con los estudios de uso del tiempo (García, 2019). De las que tienen hijos menores de 14 años, en su mayoría mujeres jóvenes, 41% utiliza servicios escolares o de guardería, 32% recurre a un familiar para el cuidado de sus hijos,

16% hace arreglos con su pareja, 5% recurre a otro medio que no es familiar y 5% recurre a más de un medio (guardería/escuela y familia). A continuación, se analizan los significados y las formas de agencia de las mujeres en torno a la unión, la familia y la maternidad, se comienza por las coincidencias y se sigue con las divergencias entre grupos con diferentes experiencias laborales y familiares.

SIGNIFICADOS COMPARTIDOS SOBRE LA UNIÓN, EL MATRIMONIO, LA FAMILIA Y LA MATERNIDAD: MADRES “CONTRA VIENTO Y MAREA”

La primera coincidencia que emerge en los grupos de mujeres está relacionada con los ideales de familia que comparten. El grueso de ellas se ubica en una posición ambivalente entre el modelo de familia nuclear basada en el amor romántico, y un deseo de “amor confluente”, pero cuestionado desde valores tradicionales de responsabilidad compartida, lo que contrasta con la “celebración de ideales hedonistas” como los que parecen predominar en las más jóvenes sin hijos, tanto las que ellas conocen personalmente como las pocas con estas características que participaron en los grupos de discusión. Estas últimas no se planteaban establecer uniones formales ni construir familias, al menos en el mediano plazo, y en las discusiones grupales enfrentaron tanto la admiración como la desaprobación del resto de las mujeres.

En general, el modelo que hemos definido como “patriarcal clásico” es caracterizado por las mujeres como el “de los años cincuenta”, el “de las abuelitas” o el que sostiene la “mentalidad de pueblo”, cuyos valores o normas les fueron transmitidos en su infancia. Este modelo está en pleno cuestionamiento, ya que supone la sumisión total de la mujer a la autoridad del esposo. La etiqueta que surgió con mucha frecuencia en todos los grupos para caracterizar la posición de la mujer en este arreglo, es la de “agachona”, es decir, la que se somete a la autoridad —y con frecuencia tolera violencia— del marido, debido principalmente a su dependencia económica de él.

Sin embargo, para las que aceptan este modelo, no sólo sus abuelas y algunas madres, sino también las mujeres de su generación que eligen sostenerlo, esa necesidad material se articula con la aparente aceptación de una posición femenina que algunas de ellas reproducen, cuando les enseñan a sus hijas a “aguantar”, incluso si el cónyuge no cumple satisfactoriamente con la provisión del hogar. Las participantes que explícitamente defienden este modelo son una absoluta minoría, pero en muchas otras que verbalmente lo condenan, puede observarse también la permanencia velada de ideas que defienden el poder materno como un capital con potencial para asegurar alguna certidumbre

material futura, especialmente cuando se refieren a las nueras (reales o potenciales) como posibles amenazas. Ese posicionamiento, característico del modelo patriarcal clásico, les sigue otorgando vías socialmente valoradas de subjetivación mediante el "ideal" del sufrimiento materno, que eventualmente puede habilitarles el derecho a demandar protección por parte de los hijos. Si bien fue más evidente en los grupos de amas de casa más jóvenes y en los de mujeres con trabajos "femeninos", en casi todos aparecieron nociones de este tipo, coexistiendo con posturas menos tradicionales.

Pero, el modelo ideal que explícitamente predomina en todos los grupos es el de la familia nuclear compuesta por un padre proveedor, una madre cuidadora y los hijos de la pareja basada en la mutua elección, independiente de las familias de origen. Éste es el ideal al que todas aspiran, que coincide con los valores de clase media urbana y contra el cual evalúan y juzgan sus diversas situaciones, dirigiendo esfuerzos de distinta naturaleza para imitarlo y mantenerlo, ante la incertidumbre que supone en términos de duración, si se lo compara con el matrimonio arreglado "para siempre" del ideal del modelo tradicional.

Las mujeres de todos los grupos debatieron también intensamente sobre un tercer modelo que emerge como opción, en especial para sus hijas: un tipo de relación con la pareja y la familia, cercano a lo que algunos autores llamaron la "relación pura", el amor confluente, el individualismo cooperativo o la familia democrática, y que a sus ojos es aún más incierto o frágil, a menos que la mujer se esfuerce por hacerse de capitales propios, principalmente económicos y culturales. Al mismo tiempo, como se verá, las mujeres temen que un "exceso" de esos capitales lleve a sus hijas a la soledad y a una vida "vacía", juzgada desde el ideal de la maternidad en la familia, como vía central de subjetivación para las mujeres. El amor romántico basado en la complementariedad de los sexos y en la familia nuclear sigue siendo un ideal, a pesar de la dificultad que supone lograrlo y mantenerlo, y de la pérdida de capital social que acarrea, sobre todo, bajo la forma de redes familiares de apoyo.

De este modo, más allá de los matices, casi todas caracterizan a la familia ideal como una familia nuclear, con casa propia y físicamente separada de la familia de origen. El logro de este ideal depende fuertemente de la posibilidad de evitar una mala elección de pareja, casi siempre producto de un enamoramiento, que caracterizan como irracional, y el consecuente embarazo temprano, situación que muchas de ellas vivieron. El antídoto fundamental contra la amenaza del amor "romántico", que impide ver el peligro de terminar con un marido violento o

desobligado, es la preparación académica o profesional, algo que tratan de inculcar en sus hijas con mayor o menor énfasis y con mayor o menor confianza, ya que, si bien en todas prevalece el deseo manifiesto de que las hijas estudien, para algunas, nunca se está totalmente a salvo del enamoramiento que puede arruinar los planes de independencia.

Como algunas sostuvieron, el amor “es lo que mueve a las mujeres”, pero “una mala decisión que tomes, la vas a pagar el resto de tu vida”. Tener estudios permite elegir a un marido “que procure, apoye y valore” a la mujer y evitar el embarazo hasta que se tenga cierta garantía de independencia, que permita “dar cosas a los hijos”. Para quienes, como ellas, ya están unidas y no tuvieron la oportunidad de prepararse más, especialmente las que trabajan por un ingreso, la principal estrategia para lograr una buena familia es la construcción de solidaridad conyugal por medio de la “reeducación” y la negociación con la pareja. La planeación del número de hijos es otra vía que casi todas siguieron, sobre todo después del primer embarazo.

Otra coincidencia entre los grupos de mujeres se refiere a los tipos de unión preferidos. Para todas, el término “estar casada” es sinónimo de matrimonio formal, ya que la unión libre no es equivalente a estarlo, aunque pueda ser preferible. Son muy pocas las mujeres para quienes el matrimonio religioso es la garantía de un mayor esfuerzo por mantener la unión o “echarle ganas”, y critican la irresponsabilidad que representa la práctica de “sólo juntarse” y “botarse” cuando “algo no les gustó”.

Fue en los grupos de amas de casa y de mujeres con trabajos feminizados donde surgió la opinión de que una “bendición” genera responsabilidad y por eso casarse por la iglesia es “casarse bien”, pero, curiosamente, son las mujeres más jóvenes de estos grupos las que asocian el matrimonio con la responsabilidad hacia los hijos y la unión libre con una moral sexual relajada, probablemente por su situación familiar, en etapa de crianza y con mayor dependencia económica respecto de la pareja, lo que las vuelve más vulnerables.

Sin embargo, la mayoría de las mujeres de todos los grupos otorga mayor importancia al matrimonio civil por sobre el religioso, y a los compromisos de pareja basados en el amor y el respeto, por sobre cualquier “papel” formal. A diferencia de la generación de sus madres y abuelas, para quienes “casarse bien” era sinónimo de casarse por la iglesia, para ellas significa encontrar un marido que “apoye” y conviva con ellas; ya no consideran condenable la maternidad en

soltería, la separación o la unión libre, aunque persista cierta influencia del "qué dirán" a través de la idea de que una mujer divorciada es vista como una cualquiera y "todos van a querer con ella".

Algunas se burlan del ideal que profesan sus madres de tener "la foto con el vestido blanco en la sala", para ejemplo de las hijas, sobre todo si el matrimonio religioso significa volverse una sirvienta, o ser maltratada toda la vida: "no creas cuando el novio te dice 'te voy a poner sirvienta', a mí también me decían lo mismo y yo soy la sirvienta" [todas se ríen]. Con las excepciones antes mencionadas, parece predominar entonces el consenso de que estar casada por la iglesia representa el riesgo de tener que quedarse toda la vida con alguien que maltrata o "no da de comer". Se burlan así del deseo de la "foto", diciendo que es mejor "hacerse un fotomontaje". Si bien algunas manifiestan que lo ideal o lo "bonito" es que sus hijas se casen de blanco, expresan que ya no les importa tanto si se casan o se juntan, mientras que lo hagan con alguien que "jale para el mismo lado" y las respete.

El matrimonio civil no es visto como algo tan necesario cuando la supervivencia de los hijos no depende exclusivamente del padre, y cuando existe la posibilidad de "acuerdos de pareja". Así, cuando sus hijas les dicen que quieren casarse, muchas les recomiendan hacerlo sólo después de unos años de convivencia, cuando ya están seguras de que "sí va a ser su familia para siempre". Asimismo, expresan ambivalencia sobre el amor romántico: "tampoco que sean caballerosos, que te compren todo; mi mamá decía 'no regalos, porque te comprometen' entonces cuando a mí me regalaban algo '¡ay!, no sé si aceptar, pero es que me gusta, ¡ay, no!' [ademán de soltar]. Ahorita ya soy más viva" [todas ríen].

Este testimonio muestra una ruptura reflexiva con la pasividad que caracteriza la posición de la mujer en el amor romántico, donde ella es la conquistada y como tal debe satisfacer los deseos de quien la provee, y el deseo de una pareja más igualitaria. Ésta no depende tanto del azar, sino de que se den ciertas condiciones. Una de ellas es un estatus social similar:

A lo mejor piensan que estoy mal, pero yo digo que cada uno se debe de casar a su mismo nivel socioeconómico, porque si no es así, vienen problemas de "es que tú ganas más, es que yo gano menos", "es que no vamos con tus amigos los

juniors”, entonces, desgraciadamente se tiene que buscar gente madura, inteligente, que pueda compaginar con eso, que si gana menos lo acepte, porque así son las cosas.

El significado de la frase “desgraciadamente se tiene que buscar gente madura” es ambivalente: por un lado, alude a la dificultad para encontrar “hombres maduros”, según experiencias personales reforzadas por estereotipos compartidos sobre la masculinidad y, por otro, al esfuerzo requerido para aceptar que los hombres ganen menos, porque en este mercado laboral “así son las cosas”, pero el esfuerzo de aceptar esta realidad deben hacerlo tanto ellos como ellas, que si bien a veces “disimulan” su papel de co-proveedoras como estrategia de negociación, subjetivamente se siguen adhiriendo al ideal del hombre que puede sostener él solo a la familia.

Otra de las cosas que deben aceptar, comentan, es que sus hijos e hijas “no les den nietos” cuando les dicen que no se quieren casar ni tener hijos, porque “no los pueden forzar”, aunque “nos estemos muriendo por nietos”. Estos testimonios muestran la presencia de cambios prácticos en el balance de poder en la pareja y en la familia, que obligan también a cambios en posicionamientos subjetivos arraigados, como el apego al valor tradicional de la obediencia a los mayores. Así, la aspiración de las mujeres a tener una familia donde haya comunicación, no violencia, respeto, convivencia y apoyo mutuo, idealmente se logra, como se dijo, en una familia nuclear con “casa propia”, ya que vivir “de arrimados” con los suegros o con los padres, lleva a la hipocresía: fingir armonía y tener que cumplir normas tradicionales, aunque no se esté de acuerdo con ellas. Pero esto depende de condiciones económicas, así como de posicionamientos subjetivos que en una minoría de mujeres pueden ser tradicionales, como cuando señalan que la armonía familiar “depende de dónde te lleven a vivir”.

Otro elemento común a todos los grupos, aunque con matices en intensidad, es la tensión que las mujeres experimentan entre ideales de maternidad y estilos de crianza alternativos. Estos pueden ser más cercanos a los valores tradicionales del disciplinamiento de los hijos, alineado con la autoridad paterna, a los ideales modernos de la maternidad intensiva basada en la “centralidad del niño” (Hays, 1998), o a formas más posmodernas de crianza compartida, que son a la vez menos “generizadas”. La tensión suele resolverse mediante prácticas híbridas,

donde la vigilancia, propia de la crianza tradicional, y el “apapacho”, característico de lo que las mujeres llaman “ser madre pollo”, se combinan en distintas proporciones dependiendo de las situaciones familiares y laborales, así como de la adhesión emocional a diferentes ideales de maternidad. Esos modelos son traducidos en la experiencia de las mujeres al dilema entre una educación “permisiva”, en la que intentan satisfacer los gustos y deseos de los hijos, y una educación en “valores”, donde tratan de inculcar deberes y responsabilidades familiares. La versión híbrida entre el ideal de la maternidad intensiva moderna, orientada a formar sujetos autónomos (Hays, 1998), y el modelo patriarcal clásico, que exige a los hijos obediencia y lealtad a los mayores, resulta en un estilo de maternidad posesiva, a la vez que “consentidora”. Para algunas mujeres, tener que resistir la tentación de compensar su ausencia en casa con regalos para los niños es un trabajo adicional. Otras prefieren ser ellas quienes les den “los gustos”, para evitar que busquen satisfacerlos por caminos riesgosos, especialmente los adolescentes.

Entre los ideales contrapuestos de “ser todo para los hijos” y “dar espacio al padre”, mientras que algunas defienden lo segundo desde estilos tradicionales, otras lo hacen por la necesidad o el deseo de compartir un poco más la crianza con sus parejas; pero esta tensión no queda del todo resuelta, por la dificultad ya comentada de ceder cuotas de poder a través de la lealtad de los hijos, que ahora se obtiene más “dándoles cosas” que exigiendo obediencia a través de la culpa o dedicando tiempo y esfuerzo a educarlos. Como ejemplo, una mujer comenta que le dice a su hija (que “está bien casada, gracias a Dios” pero tiene carrera), que no trabaje tanto y atienda más a los hijos porque si no “se los gana el padre” por estar más tiempo con ellos. La hija le responde que está ganando buen dinero y que “está en edad” de hacerlo, a lo que ella replica: “mi reina, pero tus hijos, después no los vas a recuperar”. Como reminiscencia del modelo tradicional, el tiempo con los hijos es visto como una inversión para la seguridad en el futuro, pero ahora amenazada más por la posibilidad de precariedad por divorcio que por una viudez temprana, como en el pasado. Esto lleva a la tensión entre dos demandas contrapuestas: la de dar cariño y tiempo, como en el modelo de la domesticidad y la maternidad intensiva, y la de dar cosas materiales, lo que implica asumir el papel de trabajadora remunerada, en competencia con el de “madre pollo”. Para estas mujeres, en la época de la familia “consumista”, hay que ganar la lealtad de los hijos por medio de regalos, lo que puede provocar competencia con el padre, aunque se valore que éste sea proveedor. Pero otras opinan que “no tiene nada de malo que estén con el papá, ¡porque son sus hijos!” y porque no es bueno protegerlos demasiado, ya que hacerlos dependientes de la

madre, alejándolos del padre, reproduce el machismo. Esta interesante idea revela cambios en los posicionamientos subjetivos de las mujeres, que dicen tener que “liberarse” ellas también de la necesidad de lealtad incondicional de los hijos, ya que esto los vuelve “machitos”, como sinónimo de “niños de mamá”. Se retomará este tema más adelante.

Otra coincidencia que atraviesa los distintos grupos de mujeres tiene que ver con las relaciones intergeneracionales, y es la tensión que se registra entre los valores de la familia extensa y el deseo de independencia respecto del “qué dirán” que la caracteriza. Como se comentó, para todas las mujeres resulta muy frustrante tener que vivir “de arrimados” en casa de padres o suegros, lo que obliga a seguir las normas de otra persona, especialmente la suegra. Al respecto, afirman que muchos esposos son dependientes de sus madres, quienes los manipulan, por lo que lo ideal es mantenerse alejadas de las suegras, para que “no se metan” y vivir sólo con el esposo y los hijos. Sin embargo, la situación particular de cada una, así como sus posicionamientos subjetivos respecto de los ideales de familia, permiten variaciones en la manera de relacionarse con las familias de origen, especialmente la de la pareja, y resolver dicha tensión. En general, se trata de negociar para evitar rupturas que podrían ser perjudiciales, en caso de alguna necesidad de apoyo.

La mujer parece seguir teniendo cierto poder sobre los hijos, que utiliza para hacerse un lugar en la familia, pero hay un cambio importante respecto de las generaciones anteriores, donde la nuera se sometía a la suegra. El poder materno, que en el modelo tradicional se extiende también a los nietos, se ve erosionado por el poder relativo que adquieren las nueras, ya más independientes, quienes deciden por ejemplo a qué abuela sus hijos serán más cercanos. Así, las nueras que les son leales se vuelven “como hijas”, y sus hijos pasan a formar parte de su órbita. En cambio, ahora es el hombre el que debe acoplarse a la familia de su esposa, quien tiene poder “de género”, como se ilustra en el siguiente intercambio:

Estela: Pero si me toca buena nuera…

Susana: Sí claro, en mi caso es hija, ¿eh?, yo convivo con mis nietas.

Estela: Pero, por ejemplo, los hijos que son varones, yo estoy consciente de que,

si mi nuera quiere que los vea, los voy a poder ver, pero sí no, no, porque la que voy a mandar, aguas, soy género, soy mujer, estamos hablando de género, la que va mandar es la mujer: si ella dice “no vamos con tu mamá”, no va.

Susana: Por lo regular, cuando se casa uno siempre se va uno más con la mamá, y el hombre se va acoplando con la familia de la pareja, bueno en mi caso.

Ada: Pero eso está mal: “oye, no quiero ir con tu mamá”, ¡pero que vaya él!

Las lealtades y las relaciones de poder entre generaciones, pero más que nada entre mujeres, dependen mucho de la familia a la cual la pareja “se arrime”, que, como se comentó, en el ámbito urbano tiende a desplazarse a la familia de la mujer más que a la del varón, como ocurría en el modelo rural tradicional. El cambio en esas relaciones de poder queda ilustrado mediante el conflicto que ellas narran alrededor de la decisión sobre con quién pasar las fiestas decembrinas: ¿con la madre o con la suegra? Si en el caso de los hijos varones, esto depende de las decisiones de la nuera, al tratarse de sus hijas mujeres ellas les aconsejan evitar conflictos y ser inteligentes: el 24 y el 31 de diciembre mejor echarlos a un volado, porque “las dos son familias”. Esta estrategia, que supone mayor equidad o más bien mayor poder de la mujer, parece ser producto de la razón y la negociación y no de las emociones, que llevarían a preferir siempre a la propia familia: “para que una relación funcione hay que usar ésta [se toca la sien], no nada más ésta [señala el corazón]”, lo que a su vez depende de los cambios sociales que erosionaron la dependencia económica respecto de la familia del esposo. Esto lleva a procesos reflexivos que se traducen en cambios negociados en los balances de poder, como se muestra en el siguiente fragmento de discusión:

Miriam: Ellos con aciertos, con errores, pero ellos tienen que aprender sobre la marcha, porque nosotros también, cuando nos casamos cometimos muchos errores, pero yo jamás salí corriendo “oye, mamá, dime qué hago”.

Alma: Y que meterse en la vida de una pareja salimos perdiendo, porque luego se contentan y muy a gusto y la que queda mal es una.

Lograr vivir en una casa propia facilita en buena medida el proceso de liberación de los “chantajes” emocionales de la suegra a través de su hijo, pero la necesidad de negociar con la familia del esposo puede ser más o menos apremiante dependiendo del poder relativo que conserve la suegra. Para algunas mujeres, requiere de una agencia más confrontadora, aunque estén ganando la batalla gracias a su independencia económica: “ya está de uno que se deje ¿no?, porque en lo personal, yo llevo 10 años con mi esposo, como que al principio mi suegra quería meterse, y una vez le dije ‘¿sabe qué, señora?, son problemas de adultos, nada más él y yo los vamos a solucionar, lo que no le parezca pues ni modo, porque yo soy la que estoy con su hijo, no usted’”; “no, porque me estoy muriendo”, “no, pues diles a los doctores”. Concluyen: “antes no contestabas a la suegra, antes decía lo que decía, se quedaban calladas, y ahora ‘no se meta: de acá p’acá es mío, de acá p’allá es de usted’”. Marian, quien trabaja en una empresa de vigilancia, también relata cómo fue invirtiendo la relación de poder con su suegra: “ella a cada rato le decía [a su esposo]: ‘ya, siéntala, dile que ya cuide a sus hijos’, y ésa es otra de las situaciones por las que dije ‘ya me voy a trabajar, porque ella no me va a mandar. Ni me está manteniendo para que se preocupe tanto’. Y ahora le da coraje, pero yo ya no la veo para nada, aunque siga viviendo en el mismo terreno”.

Otro elemento compartido en todos los grupos de mujeres se relaciona con una tensión no resuelta entre el deseo de independencia personal y la necesidad de solidaridad conyugal, que aconseja disimular el poder propio para evitar conflictos. No se trata sólo de un ejercicio negociado de agencia. También a nivel de la subjetividad se observa ambivalencia respecto del poder al que una mujer legítimamente puede aspirar, sin volverse egoísta o “masculina”. Algunas temen que demasiada independencia y preparación haga a las mujeres “huevonas” (que no quieran cumplir con su papel en la casa) o peor, “mandonas”, y que esto las lleve a la soledad. Asocian ser “luchonas” con ser autosuficientes, y “mandonas” con “querer llevar la batuta”, lo que resulta paradójico considerando su forma de proceder con sus maridos, a quienes muchas veces tratan como niños. La tensión entre el deseo de autonomía y la necesidad de apoyo de la pareja y de la familia queda ilustrada en el siguiente intercambio:

Rocío: Mi hija tiene 40 años, una carrera, un buen trabajo y casa propia, pero no tiene una pareja estable ni un matrimonio porque es de un carácter demasiado

fuerte, muy autosuficiente, muy mandona, quiere todo muy a la perfección y pues así no va a encontrar a nadie.

Mirna: ¿Sabes qué dice? “No, pues ¿qué se cree?, ¿cree que lo necesito?, pues no, yo con mi casa, mi trabajo”.

Constanza: Y con esa mentalidad se va a quedar su hija.

Rocío: Es malo o, sin rebasar los límites, yo creo que siempre, nunca hay que dejar de ser mujercita necesitada de nuestro príncipe azul.

La ambivalencia queda en evidencia mediante el lapsus “siempre, nunca”. Otras argumentan que no es que defiendan la independencia por “estar en contra del hombre”, sino para tener seguridad ante la posibilidad de enamorarse de un patán, como a varias de ellas les sucedió.

Como ya se mencionó, la preparación sirve para elegir “un buen marido”, lo cual aumenta la probabilidad de tener una pareja igualitaria en la que ambos avancen y “ninguno mande al otro”, pero advierten que hay que tener cuidado porque “mucha preparación” puede hacer creer a una mujer que es demasiado perfecta y volverla exigente, lo que hace difícil encontrar un hombre adecuado. A esta exigencia, basada aparentemente en cálculos de interés (“no lo necesito, tengo mi casa”), oponen el amor y los valores morales aprendidos en la familia. Está bien desarrollarse, sostienen, pero primero están los hijos, a quienes no hay que abandonar porque necesitan “principios”. Es una postura, sin embargo, ambivalente, ya que afirman que “desde que nacemos hasta que morimos estamos esclavizadas a algo”, lo que es incongruente con los “pensamientos de liberación que tenemos: ¿liberación de qué?”, se preguntan.

Para la mayoría, sin embargo, es posible romper con esa “esclavitud” sin abandonar a los hijos, pero se requiere de una familia menos tradicional, basada en los sentimientos más que en las obligaciones establecidas por un documento legal. Éste, así como un arreglo tradicional, no garantizan una buena crianza: “puedes estar las 24 horas con ellos, pero no les haces caso”. La solución, entonces, es “apoyarse en pareja”, pero no “deshacer” demasiado el género, como sugiere una de las participantes, al narrar una escena familiar en casa de su hija: “y luego cuando se enoja [con el esposo], es muy mal hablada, ‘órale cabrón, ¿qué no ves que el niño está llorando?’ [se ríen], yo me quedo así digo

como que no […] ella es la mal hablada, pero se llevan bien, el niño está bien alimentado, bien educadito". La estupefacción de esta mujer parece deberse menos al hecho de que su hija sea la "mal hablada" que a la comprobación de que esta "inversión" de los papeles no impide que "el niño está bien alimentado y educadito" y que la pareja funcione.

SIGNIFICADOS DIVERGENTES SOBRE LA UNIÓN, EL MATRIMONIO, LA FAMILIA Y LA MATERNIDAD: ENTRE LAS EXIGENCIAS DEL CONSUMO Y LA NECESIDAD DE "VALORES FAMILIARES"

El tema de este capítulo, los significados de la unión, la familia y la maternidad, es el que menos diferencias presenta entre los distintos grupos. Sin embargo, es posible registrar algunas variaciones entre mujeres con distintas experiencias laborales y familiares alrededor de dos temas: la maternidad y la tensión entre el deseo de independencia y la necesidad de solidaridad conyugal y familiar.

Significados de la maternidad y la crianza

Si bien para la mayoría de las mujeres de todos los grupos, la maternidad sigue siendo la principal fuente de identidad y valor social para una mujer, esto no ocurre sin ambivalencias, pero con distintos énfasis dependiendo de sus diversas experiencias y situaciones familiares y laborales.

En el grupo de las amas de casa más jóvenes, por ejemplo, la maternidad parece ser una especie de destino o instinto, aunque empieza a cuestionarse si todas "lo tienen", como se observa en los siguientes fragmentos de discusión:

Ana: Mi hermana, por ejemplo, ya tiene 21 años, ella dice que ella no va a trabajar para andar manteniendo chamacos, dice "yo no voy a tener hijos, cómo voy a trabajar atendiendo chamacos y luego si me salen como los tuyos, tan latosos" […] y yo le digo "deja que te enamores, deja que pasen los años y me voy a burlar de ti porque vas a tener como cinco".

Moderadora: Entonces, lo que hace que cambies ¿es el amor, o qué?

Iris: No, porque hay mujeres que simplemente no tienen ese deseo, o sea ya

están grandes, por ejemplo, yo tengo amigas un poquito más grandes y no tienen ese deseo, ellas son felices trabajando y se van de paseo, o sea, disfrutan y prefieren tener una mascota, porque a veces llenan ese espacio o esa necesidad, pero nada más con una mascota y no tanto con los hijos, y no es porque nazca de la nada, eso como que se tiene o no se tiene.

Ana: Desde chicos, como que lo sienten. Mi niña al año y medio siempre con su bebé, la anda arrullando, dice su papá “mira como trae ese instinto de mamá”, desde chiquita anda arrullando a su bebé y nunca le enseñé así de “debes de arrullarlo”, ¿no?

Ante la pregunta por la posibilidad de que las mujeres decidan no tener hijos, ellas opinan que es “muy respetable”, y citan casos de mujeres conocidas que tomaron esta decisión pese a los consejos de sus madres de tener hijos, aunque sean solteras, para “no quedarse solas”. Incluso algunas de ellas confiesan que en algún momento habían deseado no tener hijos, o no tener el número de hijos que tuvieron, pero que fue “solo un pensamiento” disipado por el amor a sus maridos o a sus nuevas parejas, que deseaban hijos: “me llegó el amor, y cambió todo”. El sacrificio en nombre del amor, se aprecia en el siguiente intercambio:

Graciela: Él estaba “ya, que hijos”, “no, espérate, no”. Yo tenía mis ovarios caídos y no podía salir embarazada y pues me llevó a sobar [se ríen] y pues ya dije “pues bueno, pues ya, pues si quiere Dios pues ya nos los mandará”, no, pues, ¡enseguidita!

Iris: Y te mandó dos [se ríen].

Moderadora: ¿Él quería dos o con uno se conformaba?

Graciela: No, él sí quería dos, hasta más todavía, quiere otro más, pero yo ya no estoy para hijos.

Moderadora: Y ¿cómo le haces?, ¿te cuidas?

Graciela: Sí.

Moderadora: Y ¿él está de acuerdo?

Graciela: Pues no, pero ni modo, si él no los cuida y no los va a traer en el vientre ni nada, sí me ayuda, pero pues para uno siempre son todas las cargas, no es de “embarazada se te ve bonita la panza”.

Norma: Yo lo había pensado [no tener hijos], pero cuando estaba chica, y a los 18 conocí al papá de mis hijos y pues se me quitó el pensamiento.

Moderadora: ¿Y por qué pensabas en no tener hijos?

Norma: Porque yo decía pues trabajo, me compro, me paseo, me divierto y pues, no fue nada de eso [se ríen].

El hecho de que “ahora sean también las mujeres las que dejan a sus hijos cuando se separan” es visto de manera ambivalente. Para todas es una muestra de mayor igualdad de hecho entre hombres y mujeres y un rasgo de “modernidad”, pero, aunque prevalezca la desaprobación de la separación y del consiguiente abandono de los hijos, sea quien sea quien lo propicie, la condena a la mujer que deja a los hijos con el padre para formar otra pareja, es mucho mayor que cuando es el hombre quien lo hace. Los discursos tradicionales aparecen cuando caracterizan a estas mujeres como desnaturalizadas o “como hombres”, ya que son ellos quienes normalmente abandonan a los hijos para irse con otra pareja: “no sé cómo puede haber gente así, madres que abandonan a los bebés o ya grandes, pues les da igual, y se encuentran a otra pareja, a otra persona como si fueran los hombres, ¿no? ‘ah bueno, órale, tú te haces cargo de todo como quieras y como puedas’”. También se evidencia un discurso misógino cuando hablan de las mujeres que se quedan con los hijos y se “aprovechan” o “hacen mal uso” de la pensión que les dan los exmaridos. En contraste, los hombres que se hacen cargo de sus hijos después de una separación, son vistos casi como héroes.

El recelo respecto de esos valores “modernos” y la adhesión (aunque ambivalente) a discursos de género esencialistas se ilustran claramente en el siguiente intercambio:

Silvia: ¿Cómo tiene el corazón para hacerlo, para alejarse de su hijo?, o sea, uno como mamá tiene un lazo más fuerte con ellos, traerlos nueve meses dentro, les transmites todo lo que estás pensando, todo lo que tú dices, todo lo que tú haces, ellos lo resienten, entonces, ese lazo es más fuerte que con el papá, el papá es así como que "ay estás embarazada", pocos son los que dicen "estamos embarazados", o sea porque es cosa de dos, y por ejemplo ese lazo es muy fuerte, entonces por eso yo creo que se ve más mal en la mujer que en el hombre.

El testimonio precedente permite ver una ambivalencia entre la idea de que el embarazo "es cosa de dos" y que sólo por decisión los hombres no lo asumen, y la opuesta, según la cual el lazo con el padre nunca será tan fuerte "porque no lo lleva nueve meses en el vientre", idea que es más coherente con la condena a la madre que deja a sus hijos con el padre cuando forma otra pareja, olvidando tal vez la reticencia común en muchas mujeres de que sus hijos convivan con su nueva pareja por temor a la violencia o al abuso de los menores.

Pero, así como aparecen dudas respecto del carácter esencialista del instinto maternal, también se cuestiona el supuesto desinterés de los hombres por la paternidad. Mientras que para algunas de ellas los hombres quieren tener hijos para transmitir su apellido o sus rasgos físicos, en ambos casos para "demostrar" su paternidad ("'es el hijo de fulano', yo creo que es por eso"; "ay, pues se parece un montón a mí, pues sí, es mi hijo"), otras opinan que es un deseo parecido al que tienen las mujeres de tener hijos, para "darles amor", como si no fuera frecuente también en ellas desear "ser madres", más que criar o dar amor a los hijos. El deseo de cuidar, en los varones, se demuestra, por ejemplo, cuando consuelan a sus hijos o se levantan en la noche a atenderlos, en lugar de decir a la mujer "párate y calla a ese niño", y también cuando les dan cosas y los consienten, pero la idea de que estas cosas no son muy "masculinas", aunque sean apreciadas, aparece cuando comentan que estos casos son excepcionales ("hasta faltaba al trabajo por llevar a los niños al doctor"), o cuando causa gracia en el grupo que alguna comente que "es ella" quien evita "mimar" a sus hijos "para que no se hagan inútiles".

Una ambivalencia diferente respecto de la maternidad como fuente natural de felicidad para las mujeres se observa en las amas de casa mayores: aunque hablan de que "ya no hay tanta presión social" para embarazarse, admiten que desean que sus hijas las hagan abuelas para disfrutar de los nietos como no

disfrutaron de sus hijos, algo curioso en un grupo supuestamente apegado a los valores tradicionales:

Adela: Yo sí quiero ser abuela, porque yo siento que voy a disfrutar a mis nietos lo que no disfruté a mis hijos. Los hijos fueron una carga, en el sentido de…

Miriam: Sí, de la responsabilidad.

Adela: Yo decía “ya, por favor, ya quiero descansar. Entonces sí quiero un nieto”.

Guadalupe: “Para echarlo a perder a gusto” [se ríen todas].

Adela: Sí, le digo, “no te tardes mucho porque…”.

Miriam: Pues sí, a los nietos hay que echarlos a perder a gusto.

En general, las mujeres que se dedican exclusivamente al cuidado y que se muestran más conservadoras en otros temas, como el matrimonio, se declaran casi impotentes para ayudar a sus hijas a prevenir embarazos tempranos, los que vinculan con ideas ingenuas de amor romántico. En esa dificultad se expresa tanto el temor a hablar abiertamente de sexualidad como cierta valoración del embarazo y la maternidad como el mejor resultado posible del ejercicio de la sexualidad, comparado con las enfermedades de transmisión sexual, idea compartida también por mujeres de otros grupos.

Sin embargo, son las mayores las que más abiertamente manifiestan valores tradicionales sobre la sexualidad y la maternidad:

Adela: Para mí la virginidad es como… como el primer paso, ya cuando la pierdes es como muy fácil seguir teniendo diferentes parejas sexuales […].

Amalia: [Su hija] tiene 16 años y lleva tres parejas sexuales. No sé si preocuparme o no, porque cuando escucho a otras mamás que son honestas,

porque hay otras mamás que luego están de “ay no, mi hijo es un santo” [todas murmuran].

Silvia: No, no, si sabemos lo que tenemos, sabemos lo que tenemos en casa.

Adela: La otra es que también los hijos, que ya se embarazaron, que ya abortaron, o sea yo escucho de sus amigas y digo ¡uuuta!, pues ésta está menos peor que las demás [todas se ríen], ahora sí que, ¿cómo dicen?, mal de muchos, consuelo de tontos. Pero pues la verdad aquí lo que hice fue, pues vamos al ginecólogo, toma su medicamento anticonceptivo, etcétera. Tiene una sola pareja sexual, lo cual, pues, dentro de lo que cabe es conocido el cuate en fin, no sé.

Se aprecia aquí una ambivalencia entre valores sexuales tradicionales, como “la virginidad”, y la aceptación de los anticonceptivos como “mal menor” frente a la posibilidad de embarazarse o de abortar. Una de las participantes confiesa que desde que se divorció se acostó con muchos hombres y “se portó bastante mal”, pero que sus hijos nunca se enteraron, a lo que las demás responden que eso es muy bueno, “para no dar el ejemplo”. En general, el grupo apoya tácitamente a una participante que defiende una moral conservadora y que critica fuertemente la educación sexual, sobre adicciones o sobre derechos que se ofrece en las escuelas primarias, temiendo que esto propicie un desenfreno sexual y “que se acaben los matrimonios”: “si tú vas a educar a tus hijos desde el kínder a cómo tener sexo, mi reina, pues ya no van a existir los matrimonios y va a acabar teniendo un prostíbulo”.

En el grupo de las mujeres jóvenes con trabajos feminizados informales se observa otro tipo de ambivalencia con respecto al destino de la maternidad para las mujeres. Predomina la idea de que tener hijos da satisfacciones, pero hay que decidir si tenerlos o no, en qué momento, en qué número, y resistir a las presiones sociales: “la mayoría de la gente que te conoce, a los tres meses de casada te dice ‘ya, embarázate!, ¡es que ya vas a tener nietos!”; “o cuando tenemos uno nada más [gesto de desaprobación]”, “como que es parte de un protocolo, la mujer con hijos, es a fuerzas”. Algunas dicen que sí pensaron en no tener hijos “para que no sufrieran”, incluso se cuidaron sin que el marido lo supiera. Una de ellas relata que después de un tiempo de cuidarse se embarazó “porque se atontó”. La mayoría valora la satisfacción emocional que dan los hijos, pero en el número y momento adecuados: “hasta que llegó el momento en

que le dije, bueno, ¿tú me los vas a mantener?, no me los vas a mantener, déjame, ¡yo sabré en qué momento!" Parecen ceder a la presión de no tener un solo hijo, pero no quieren más de dos. Se arrepienten de haberlos tenido temprano y de no haber terminado una carrera, aunque no de haberlos tenido. Varias coinciden en que en el momento "no lo piensas".

También aparece el modelo de la maternidad intensiva como ideal: si trabajan es porque las hace felices "darles los gustos a los hijos" (ellos las besan y las abrazan cuando lo hacen). Varias coinciden con la idea de que es "horrible" no poder traerles algo que pidieron de la tienda o cosas que necesitan para la escuela. Ellos les dan satisfacciones que nadie más les da: "yo soy todo para mis hijos"; pero a diferencia de las que se dedican sólo al cuidado, para quienes la maternidad intensiva es sinónimo de educación tradicional (que incluye disciplina y "valores", es decir, obediencia a los mayores), para estas mujeres parece significar más bien "apapachar" o consentir.

No obstante, cuando una de las jóvenes sin hijos pregunta al grupo, con algo de ironía, si "nunca se les pasó por la cabeza no tener a sus hijos", declarando que ella había abortado por la situación económica, la respuesta es "no, porque es tu hijo". Más adelante en la discusión, otra participante se atreve a decir que intentó abortar, pero le falló el método, a lo que una más replica "ya quería nacer", como si fuese una especie de destino vital. Asimismo, opinan que los hombres cuando se casan (no cuando están "sólo unidos") "exigen hijos", y haber tenido un aborto las coloca en el riesgo de no poder cumplir con esta exigencia o deseo.

La situación económica que las obliga a trabajar por un salario es un factor importante en la valoración de la maternidad. Para las mujeres jóvenes con trabajos feminizados formales, la mayor satisfacción es "llegar a casa y que los hijos se alegren de verlas […] o de ver qué les trajeron" [se ríen fuerte]. También para ellas lo más gratificante es dar cosas y recibir cariño de los hijos, pero les cuesta responder la pregunta sobre cómo sería una vida sin hijos. En el debate, mientras algunas opinan que sería triste, otras confiesan que sin hijos tendrían más independencia. Si para las primeras, no tener hijos es sinónimo de soledad, para las segundas es lo contrario, porque podrían tener más vida social. Mientras las primeras hablan de mujeres que tienen el carácter agrio por no tener hijos, las segundas atribuyen esa característica a otras causas, porque "hay madres que tienen un carácter insoportable" o "la gente se amarga por otras razones, no por no tener hijos".

Algunas dicen que ya no existe el mandato de tener hijos, pero hay consenso en que, cuando los hijos crecen, se convierten en compañía: “te apoyan, te escuchan, te opinan, te hacen reír”, y que las dos alternativas pueden ser buenas: estar solas o “tener a alguien”, ya que el amor de alguien, la compañía y la familia es una buena razón para ser feliz, “además de los bienes materiales”. Estas mujeres parecen disfrutar más la maternidad cuando los hijos son menos demandantes, probablemente porque sus horarios de trabajo implican una mayor sobrecarga. Son más abiertas, también, cuando se refieren positivamente a cambios culturales, como la mayor aceptación del aborto, aunque no la compartan del todo: “hace poco se alivió una chica que cumplió 15 el año pasado y los papás dicen ‘bueno, ¿qué hago?, ¿aborta?’ Es decisión de ella tenerlo o no tenerlo”. Igual de legítimo se vuelve, al final, tener al hijo: “‘tuviste al bebé, la vida no se acaba ahí’, y sus papás están felices”. Pero a pesar de que el “qué dirán” ya no tiene tanto peso, comentan que ser madre soltera aún representa un estigma: “si eres madre soltera te agarran como pasatiempo”; “¿ya te fijaste?, fulanita salió embarazada y no la van a apoyar”.

Las mujeres jóvenes con trabajos masculinizados informales coinciden con otras participantes en que el embarazo, casi un destino, es lo “menos grave” que puede suceder después de tener relaciones sexuales, comparado con las enfermedades de transmisión sexual. Rechazan el aborto, aunque respetan a quienes lo practican, y se pronuncian a favor del derecho de la mujer a no casarse; aunque el amor, que “les gana” para repetir “lo de siempre” (el embarazo temprano), parece ocultar también un deseo de maternidad: “finalmente no es que lo planeen, nadie lo planea, ¿no?” Ellas mismas son ambivalentes con los mensajes que dan a sus hijas respecto de la anticoncepción. Si bien coinciden en que la maternidad temprana frustra los planes de independencia de las mujeres, tienen muchas dificultades para hablar de forma franca con sus hijas sobre la sexualidad, temiendo que ellas interpreten sus mensajes de prevención como la sospecha de que son “zorras”. Admiten que les cuesta trabajo transmitir una recomendación que ellas mismas no siguieron: “yo no quería tener hijos y tengo dos, nunca supe cómo pasó [se ríen fuerte]”. Una participante plantea que la dificultad está en que no se habla claro y por eso los hijos perciben que los mensajes de sus madres sobre el uso del condón son forzados, y “no quieren oírlos”.

En la dificultad para aceptar abiertamente el aborto, en el reconocimiento de que la sexualidad “no se planea”, y de que existe una fuerza que “les gana”, se puede observar una ambivalencia hacia los valores más modernos de la decisión

individual y la persistencia de los mandatos recibidos: “es difícil ser abiertas, porque no nos educaron así, sus mentes [de los hijos] están más revolucionadas”.

La ambivalencia propia respecto de la sexualidad tiene consecuencias “no deseadas”, especialmente respecto del principal deseo declarado para el futuro de sus hijas: que posterguen la maternidad para “no ser trapo de nadie”. Evitan entonces hablar de disfrute y enfatizan las consecuencias negativas del ejercicio de la sexualidad, dentro de las cuales el embarazo es “lo mejor” que puede pasar: “lo mejor que te podría pasar es tener un embarazo, a lo mejor eso es lo más normal y lo menos grave”, pero en este grupo también se pone en duda el deseo de tener hijos. En el siguiente intercambio grupal se puede apreciar una burla compartida sobre la socialización de género orientada a la maternidad (asociado con el sufrimiento) y el posible deseo de no tener hijos, aunque esto, al final, sea considerado como algo “egoísta” por las pocas mujeres que admiten no haber querido ser madres en algún momento:

Moderadora: ¿Pensaron alguna vez en cómo sería vivir sin tener hijos, como una decisión?

Wendy: Ah, sí, yo no quería tener hijos.

Moderadora: Tú no querías, ¿todas querían? [algunas asienten con la cabeza].

Wendy: Y pues ya después resultó, pues ni modo.

Moderadora: ¿Por qué no querías tener hijos?

Wendy: Porque no me idealizaba, era tan egoísta, bueno, sigo siendo, pero ahora digo, bueno lo comparto con ella, porque ella es mi hija, pero yo decía no, no, no, hijos no, y si tengo hijos que sea niño, y cuando sale niña y yo así [hace una cara de decepción] bueno…

Moderadora: ¿Y por qué no querías una niña?

Wendy: No sé, quería yo un niño.

Eréndira: Porque a lo mejor, porque sufrimos mucho como mujeres…

Wendy: A lo mejor inconscientemente…

Cinthia: Yo creo que nos preparan para sufrir ¿no?, tú como mamá las preparas para sufrir.

La interrupción del embarazo para postergar o evitar la maternidad es algo impensable para todas. Lo atribuyen a la educación religiosa y a la cultura mexicana, pero se identifican con ellas. Si la mujer "merece un castigo" por embarazarse de forma "irresponsable", no puede tener un "premio" (el aborto). Curiosamente, en esta formulación, tener al bebé queda del lado del "castigo" y el aborto del lado del "premio". Si bien no hay consenso sobre si el feto es una persona o no, han recibido la idea de que tiene un espíritu: "es que estamos muy catoliquitas" (expresión que denota una infantilización burlona) y comparten todos los mitos relacionados con el aborto: "pone en riesgo la salud y la vida de la mujer" que "no puede volver a tener hijos". Sólo algunas aceptan el aborto "a menos que sea a favor de una violación" (el lapsus permite suponer que el aborto más bien podría habilitar una violación, es decir, el ejercicio de la sexualidad femenina —visto como goce— ameritaría un castigo).

La condena a la "irresponsabilidad" sexual, de la que también son culpables las madres de las niñas, se extiende a la condena a la anticoncepción de emergencia, sin que quede del todo claro qué grado de agencia sexual atribuyen a las mujeres: "las muchachas de ahorita se les hace bien fácil correr por la [pastilla] de emergencia con tal de no disgustar al novio". A pesar de que mencionan esta barrera de género a la libertad para cuidarse y negociar el uso del condón, culpabilizan a las mujeres, que como castigo reciben "una bomba para el cuerpo" (la pastilla), que vuelve floja a la matriz, porque "se acostumbra a no tener el producto".

Siguiendo esta lógica, no habría que postergar mucho el embarazo por el mismo riesgo, de ahí la ambivalencia respecto de este tema, que parece girar en torno a la disyuntiva entre una representación de la sexualidad femenina como hecha "para los hombres" (ellos después van a querer hijos y hay que poder dárselos) y una sexualidad femenina anterior, "libre de hombres" o incluso viril. Una de ellas, por ejemplo, relata que le dice a su hija que "si tiene ganas" ahora hay muchas cosas para satisfacerlas sin necesidad de "denigrarse" con un hombre; a lo que otra comenta, un poco en broma, que "aquí a la vuelta hay un sex shop",

lo que provoca la carcajada general. Otras hablan de canalizar de forma adecuada las energías “masculinas” de las niñas, que parecen ser peligrosas: “no la podía tener sentadita, me decían que parecía niño”. Al preguntarles explícitamente si las energías “masculinas” representan un peligro para las mujeres, luego de un silencio discuten entre sí y concluyen que “hacerles creer a las niñas” que no pueden hacer cosas de hombres es volverlas sumisas y ponerlas en peligro de que un hombre “las denigre”; por el contrario, fomentar su independencia es darles recursos que les permiten elegir “hombres buenos”. Es probable que su gusto por realizar trabajos “rudos” las haya hecho cuestionar su propia sexualidad y elaborar una reflexión diferente al respecto. Se trata de uno de los pocos grupos que explícitamente hablan de una sexualidad no ligada a la reproducción o a la “satisfacción de los deseos del hombre”, sino al deseo sexual propio, que curiosamente asocian con energías masculinas, aunque se sientan mujeres.

Las mujeres mayores con trabajos masculinizados formales, quizá por su edad y porque ya dejaron atrás la etapa de crianza, tienen como principal preocupación la manera de orientar a sus hijos jóvenes ante los riesgos del entorno, que asocian con la inseguridad, la sexualidad, las drogas y la delincuencia. Se debaten entre el modelo del control y el de la “confianza”, es decir, vigilar y sobreproteger, o bien orientar y “estar cerca”, pero dándoles libertades. Esta tarea es difícil porque, por un lado, “ellos saben más” sobre esas cosas que a ellas las “espantan” y, por otro, buscan encajar entre sus grupos de pares. El consenso es que las madres trabajadoras tienen que estar “en sus cinco sentidos” (no mencionan a los padres y si lo hacen es para criticarlos porque “les vale”). A la doble jornada le corresponde un “doble compromiso”. Si bien no pueden impedir que sus hijos e hijas salgan a divertirse, deben advertirles sobre los peligros de las drogas y la delincuencia, y a las mujeres, sobre la violencia sexual. Señalan la falta de oportunidades de estudio (como los cupos de la UNAM o la preferencia por emplear a egresados de universidades privadas) como un factor que lleva a muchos jóvenes a elegir entre la delincuencia y los empleos muy mal pagados, y no sólo la “pérdida de valores” o el descuido materno, que las mujeres de otros grupos mencionan en primer lugar. Sin embargo, también para ellas la familia, especialmente la madre, tienen un papel clave en la lucha contra esos problemas. La orientación de los padres o el ejemplo de la familia unida son antídotos contra la tentación de las drogas o la delincuencia, aunque inciertos en los contextos en los que viven (colonias donde comentan que chicos de secundaria “andan armados”).

En este grupo es más evidente el deseo de distinguirse del contexto de pobreza y delincuencia que les rodea y amenaza, y es el único también que se queja de la poca influencia que tiene la ciudadanía en la formulación de políticas. Sin embargo, ante la pregunta por la necesidad de crianza compartida, responden que son las madres las más idóneas para educar a los hijos "porque los hombres no se involucran". Ellas coinciden con las mujeres de otros grupos en cuestionar a las madres que al salir a trabajar para responder a las exigencias del "consumismo" descuidan a sus hijos, pero les dicen a los propios que deben estudiar "para tener bienes materiales".

También en el grupo de mujeres jóvenes con trabajos masculinizados formales una de ellas comenta que le produce cierta culpa enterarse de que su hijo se lastimó por una caída durante su ausencia, pero en general no son el tipo de mujeres que consienten con regalos y permisos a sus hijos para compensar su ausencia. Por el contrario, al asociar su presencia más con el control y la disciplina que con el amor y el "apapacho", utilizan estrategias como llevarse los celulares y teclados para tener control del tiempo que sus hijos pasan en internet mientras ellas trabajan, así como castigos físicos para evitar que la ausencia de límites los lleve más adelante a la delincuencia. Declaran que intentan no pegarles a sus hijos, pero creen que a veces es necesario hacerlo para no perder su respeto y "que luego se vuelvan delincuentes". Atribuyen la falta de límites de los hijos a la culpa que sienten las madres por salir a trabajar, que creen calmar malcriándolos, y citan el programa de televisión "La Rosa de Guadalupe" que, según ellas, da el mensaje de que "el camino fácil te lleva a la cárcel y el difícil a lograr tener una casa, un carro y poder mantener a los hijos", ideal exigente para los jóvenes de su grupo social. Defienden los valores mexicanos tradicionales en la educación de los hijos, según los cuales los niños tienen que sufrir algunas limitaciones para no volverse tiranos de los adultos.

El valor de la independencia vs. la solidaridad familiar

Aunque la necesidad de solidaridad conyugal y familiar resulta ser una idea compartida en todos los grupos de mujeres, como ya se indicó, se observan variaciones entre mujeres con distintas experiencias familiares y laborales alrededor de este tema. Las más contrastantes entre sí son las de quienes se

desempeñan en trabajos masculinizados y las de aquellas mujeres que se dedican exclusivamente al hogar. La edad de las mujeres, que indica de alguna manera el momento familiar en el que se encuentran, también introduce matices en sus posiciones en torno a la tensión que experimentan entre la independencia personal y la necesidad de cooperación con la pareja y la familia, tensión cuyas vías de resolución modifican en mayor o menor medida el balance de poder entre el "yo" y el "nosotros".

Las amas de casa mayores, por ejemplo, lamentan que las mujeres jóvenes, al no depender del marido, no "aguanten un poco más" y no luchen por el matrimonio para evitar el divorcio, que "antes estaba mal visto". Una de ellas pone como ejemplo a su sobrina, que "mandó al carajo al marido porque no la dejaba trabajar". No queda del todo claro si para ellas es necesario mantener el matrimonio porque es bueno en sí mismo o por "el qué dirán", lo cual expresa la tensión antes mencionada entre los valores de la familia consanguínea y los de la pareja conyugal. Esto se expresa en su defensa del matrimonio a partir de valores morales, como la responsabilidad, la complementariedad entre los sexos y la abnegación por la familia, al final ligados a su supervivencia como dependientes de la pareja; pero existe una tensión no resuelta entre ideales de pareja y familia distintos, como se ve en el siguiente intercambio:

Silvia: Porque ya no quieren responsabilidades, los hombres, y las mujeres tampoco.

Patricia: No, y las mujeres los dejan así [truena los dedos], no aguantan.

Silvia: No, antes los hombres no… yo lo digo porque yo veía a mi abuelita, mi abuelita era tremendona, pero se achicaba con mi abuelito. Entonces yo veía a mi abuelito así un grandote, ponchado y mi abuelita bien abnegada. Ahorita un hombre viene y nos grita, bueno no a nosotras, quizás a lo mejor ya no tanto, pero ah, por ejemplo, a mi hija. Mi hija vive sola, anda en su carrera, tiene todo, todo, vive sola, no anda con nada y digo, qué padre vida, pero también qué hueca, porque pues tú necesitas a fuerza una pareja, aunque digas que no, pero necesitas de una pareja…

Verónica, Rosa y Patricia: Sí [asienten con la cabeza].

Silvia: Y sí, se oye horrible decirlo, porque no debemos ver a las parejas como

un complemento.

Patricia: Pero sí lo es.

Silvia: Pero, ¿saben cómo lo debemos ver? Como una parte nuestra, de decir, "¡ay, mi marido!" No como "hay que hacer lo que él dice para estar bien". No, porque nosotros también valemos y a nosotros no nos enseñaron eso. Si se fijan nosotros traemos el patrón de los años cuarenta, cincuentas…

Miriam: Pero hay una cosa, ¿puedo interrumpir tantito?

Silvia: Claro.

Miriam: Lo más importante y la base de todo es la familia, sin la familia no somos nada. Eso lo traemos y si tuviste una buena escuela desde pequeño y tus valores y tus principios son fuertes, no te los van a tumbar.

Silvia: Ah no, sí.

Miriam: Pero te voy a decir una cosa, si algo tenemos las mujeres, y gracias a Dios que fui mujer, es que sabemos hacer de todo. Creo que nos graduamos de todo, de un millón de cosas.

Silvia: Y sin sueldo alguno.

Todas: [Murmuran y asienten].

Miriam: Permíteme tantito, y es muy importante que tengas tu casa muy bien, es muy importante tener a tu marido bien, es muy importante que estén muy bien tus hijos, pero también es muy importante que tú estés bien.

Delfina: Exactamente.

Todas: [Asienten].

Miriam: Porque si tú no estás bien, tú no puedes dar. Y sí, hay gente, y mis respetos, que nace para su casa y yo me quito el sombrero, eh, de verdad. Pero no toda la gente nacemos con los mismos dones ni los mismos talentos, si no, imagínense, estaríamos amolados y ahorita como está la situación, desgraciadamente no nos podemos quedar en la casa muriéndonos de hambre,

tenemos que buscarle.

Se aprecia que la pareja “igualitaria” resulta riesgosa por su facilidad de disolución en contextos de incertidumbre económica y social, al mismo tiempo que se ensalza la unión familiar sostenida en una división sexual del trabajo casi naturalizada. Es necesario aguantar, pero desde un ideal de amor romántico (“debemos decir: ¡ay, mi marido!”), más que por obediencia, como hacían “las abuelitas”. El lenguaje de la autoayuda (“si no estás bien tú, no puedes dar”; “no debemos ver a la pareja como un complemento”) permite legitimar, aunque precariamente, los cambios provocados por la situación económica que obliga a flexibilizar el “modelo de los años cincuenta”. Éste se sostiene en los valores morales que promueven las normas de género, por medio del control social ejercido por el “qué dirán”, que obliga a la abnegación, la dependencia y la tolerancia a la violencia de pareja. Sin embargo, sus bases “naturales” de sustentación comienzan a perder credibilidad tan pronto como la supervivencia está amenazada (“no todas tenemos ese don, no todas nacen para la casa”). Con todo, para la mayoría se trata de defender valores morales (responsabilidad, complementariedad, abnegación) en apariencia desvinculados de intereses materiales, pero al cabo ligados a su propia supervivencia como mujeres dependientes: “qué padre vida, pero qué hueca, porque a fuerzas necesitas una pareja”.

Algunas sostienen que como “no todos los hombres son buenos” es mejor estar preparadas y progresar económicamente (“ahora te dicen: mejor estudia, porque no sabes qué güey te va a tocar”). Un hombre bueno para el matrimonio no es sólo “el que no pega”, sino el que quiere progresar (quien sostiene esto, se separó de un marido al que consideraba inmaduro y flojo, pero después de tener cuatro hijos, la menor, de un mes de edad). Sin embargo, la mayoría opina que demasiado poder económico lleva a las mujeres a la soledad, porque se vuelven exigentes y “feas”, lo que vuelve difícil “que empaten con una persona normal”, como se observa en el siguiente intercambio:

Adela: Hay muchas chavas profesionistas, súper exitosas, trabajadoras, en su carrazo, viajan, tienen su buena lana, pero siempre están solas y están solas por eso, porque han generado mucho poder económico.

Silvia: Mucha soberbia, también.

Adela: Mucha soberbia.

Verónica: Sí, soberbia [algunas murmuran entre ellas].

Adela: Yo, lo que conozco, muchas agarran ondas obsesivas, por ejemplo, con la limpieza, le echan a todo cloro y obsesivas con el ejercicio, con la alimentación […] cuando están solas empiezan a agarrar muchos rollos, entonces es muy difícil que empaten con una persona.

Guadalupe: Normal.

Adela: Normal, entonces normalmente una gente que es agradable, a huevo, perdón la expresión, encuentra tarde que temprano.

Miriam: No, yo sí conozco agradables solas, ¿eh?

Adela: Pero la que está dispuesta, la que es mona y la que está abierta, encuentra rápidamente, en cambio la que se va haciendo, así como más ideática, pues esa se va quedando sola y es muy complicada para tratar como amistad y como familia.

Rosa: Pero a veces están solas.

Miriam: También es suerte, ¿no?

Rosa: Porque ven "éste no me conviene porque yo gano más" […] están solas porque no encuentran realmente una persona más o menos de su nivel, o alguien que quiera.

Adela: Por eso, están encerradas en su trabajo.

Miriam: O no tienen suerte, yo tengo una sobrina de lo más linda, de verdad, eh. Trabajadora, bonita, tiene buen cuerpo, ya ahorita ya es cuarentona, pero no tiene suerte para los hombres, nada más tuvo un novio y ya.

Patricia: No ves que dicen que la suerte de la fea, la bonita la desea; luego ves muchachas todas feas con un guapo.

Todas: [Ay, sí].

Miriam: Y no está amargada ni nada, pero ella sí se quiere casar, quiere tener una pareja y de verdad no ha tenido suerte y ¡tan linda muchachita! O sea, también es de suerte de cada persona.

Los valores tradicionales de la femineidad, que obligan a la mujer a ser agradable para conseguir un hombre que la proteja, se adaptan a la época actual, transformándose mediante el lenguaje de la psicología de divulgación y de los cursos de autoayuda (volverse "ideática", "obsesiva") como discurso que responsabiliza a la mujer por la propia gestión de sus relaciones y que la culpa por no encontrar un hombre "normal". Por "normal" no queda claro si se refieren a un hombre convencional o a alguien de su mismo nivel, ya que algunas dicen que las mujeres exitosas se quedan solas porque se vuelven soberbias (no son sumisas ni agradables) y otras, porque no tienen suerte en encontrar hombres de su mismo nivel, es decir, que no se sientan amenazados por el éxito de ellas, pero que de preferencia sean "guapos", de lo contrario tampoco los querrán: "está igual que yo, pero ¡qué feo!, ¡ay!, no me voy a casar". Se observa ambivalencia sobre la necesidad de "no casarse con cualquiera", que puede ser algo bueno "para no fregarse la vida", o un rasgo de excesiva exigencia que conduce a la soledad. Queda sin resolver el debate entre la idea de que una mujer exigente al momento de elegir pareja sigue siendo "normal" —si no lo logra es por falta de suerte—, y la opuesta, que le adjudica rasgos de anormalidad para una mujer.

Para unas, el ideal para sus hijas es que sean madres y tengan la posibilidad de cuidar a sus hijos. Para otras, es mejor que tengan una profesión primero, disfruten de ella "unos añitos" y después se casen y disfruten de su matrimonio con una persona igual a ellas, es decir, que no deba ser mantenida: "que la mantenga a ella y que ella se dedique a la casa" para "no hacer al hombre mantenido". También la profesión entraña el riesgo de "quedarse", porque "luego les da flojera tener hijos". Esta visión tradicional queda en evidencia cuando comentan que "nos hemos ido al otro extremo": demasiada preparación lleva a preferir trabajar para tener dinero, pero no para formar una familia. Comentan que todos sus sobrinos entre los 20 y 30 años de edad están en esa postura: "ganar dinero, vivir o dormir con alguien eventualmente, no casarse; las mujeres también quieren hacer maestría y doctorado 'y nunca terminan', no se enamoran", elemento fundamental para tener hijos con alguien; "al rato vamos a

estar como en Europa, donde les pagan para tener hijos porque hay puro viejito". A diferencia de otros grupos, en éste las mujeres opinan que una mujer que no tiene hijos a los 32 años ya "se quedó", aunque lo justifican con argumentos biológicos.

Por su parte, las mujeres jóvenes con trabajos feminizados informales, semejantes en situación laboral y familiar a las amas de casa de su edad, son ambivalentes respecto de lo que significa la "autonomía" femenina. Jorgelina le dice a su hija: "no seas tonta, aprovecha y estudia; si no, nada más te quedas en este círculo en el que estamos", pero cuando su hija le dice que quiere ser militar, ella le contesta: "espero que no te vayas a quedar muy lejos". Los estereotipos masculinos que algunas comparten permiten clasificar a los hombres entre los "confiables" (hijos que "fueron moldeados por ellas" u hombres bien criados por sus madres, que las "procuran") y los "amenazantes" (machos violentos, de los que nunca se está totalmente a salvo).

Las mujeres mayores con trabajos feminizados formales, en cambio, mostraron ser las más liberales en cuanto a normas de género, al estar de acuerdo con el divorcio, el aborto, las libertades de las mujeres y su autonomía con respecto a los hombres. Su ideal de pareja es el respeto, la no violencia, los logros personales (de forma honrada) y el ejercicio de una profesión, que protege a las mujeres del "qué dirán". Algunas se preocupan por el planeta que les va a quedar a las siguientes generaciones (el agua, el aire, la alimentación, la violencia) y se quejan de que existen leyes en favor de las mujeres, pero promulgadas por hombres, o que no se aplican. Mencionan el caso de una chica encarcelada por matar a su violador y de otra que fue condenada a prisión por abortar, como casos de injusticia y de predominio del machismo. Señalan que lo importante es "tener una hija triunfadora", lo cual asocian con ser profesionista, sin importar si es madre soltera. Opinan que el "qué dirán" ya no existe, que ya "cambió todo", por ejemplo, ya no es tabú tener hijos fuera del matrimonio, abortar, no casarse, separarse, salir con amigos varones y volver tarde, ir desarreglado/a (con ropa sin planchar, pantalones entubados), no obedecer a los padres.

Este grupo es particularmente "liberal" en temas de sexualidad y derechos de las mujeres. Una participante comenta que abortó porque no se sentía preparada ni económica ni emocionalmente para ser madre, y que no se arrepiente de ello. Alguna le responde que se aprende siendo madre y se es feliz con el hijo, aunque no se tenga dinero, a lo que otra replica que "ser mujer no quiere decir que vas a tener uno tras otro". Casi todas usaron métodos anticonceptivos y planearon el

número de hijos. Una de ellas no usó métodos porque no quedaba embarazada con facilidad y sus tres hijos se llevan cinco años entre sí. Otras dos comentan que sus maridos se hicieron la vasectomía, pero una de ellas salió embarazada a pesar de todo, lo que levantó la sospecha de que el hijo "no era de él" ["pero sí era", aclara] [todas ríen].

Una variación menor en el tema de la independencia personal por oposición a la necesidad de solidaridad conyugal la representa el grupo de las mujeres jóvenes con trabajos masculinizados informales, quienes opinan que la independencia económica, más que los estudios, es lo que permite a una mujer elegir a un "mejor" hombre, quizá porque tienen oficios que les generan ingresos suficientes, sin necesidad de preparación académica: "si tienes un oficio de hombre, menos vas a vivir de las apariencias". Parecen asociar el oficio de hombre con una ruptura más fuerte con el modelo de las "apariencias" y de la solidaridad conyugal basada en "hacerle creer que manda".

En cambio, las mujeres mayores con trabajos masculinizados formales enfatizan el conocimiento de la familia de origen del posible candidato como garantía de una buena unión, más que los estudios o la independencia económica de la mujer, aunque también otorgan a éstos un papel importante. La pareja ideal, para este grupo de mujeres, es aquella donde ambos son iguales en responsabilidad de cuidado, pero dudan de que exista porque, a diferencia de quienes fueron educados en buenas familias, las nuevas generaciones "ya no quieren tener obligaciones". En esta frase parece haber una añoranza por el modelo tradicional, al mismo tiempo que una "estrategia de reducción de riesgos" (Beck-Gernsheim, 2011) ante la incertidumbre por la conducta que el hombre adoptará. Otras ven este cambio como positivo y confían en que se puede transitar hacia un modelo más igualitario, siempre que ambos miembros de la pareja tengan una carrera y se apoyen mutuamente para sacar adelante a la familia. Esto implicará, para las parejas jóvenes, que quizá deban pagar por servicios de cuidado, ante la creciente dificultad de pedir apoyo a las abuelas de forma gratuita. Por eso insisten a sus hijas en casarse una vez que tengan la carrera hecha, para tener ingresos que les permitan comprar servicios y reducir la incertidumbre causada por un mercado de trabajo cada vez más competitivo: "yo tengo a mi hija de 24, ya se recibió de 'ingeniero' y ya está trabajando y le digo 'pues tú sigue adelante, te recomiendo que no te cases ahorita, que disfrutes, que ya hiciste tantos años de estarte ahí matando, pues lo aprovechas, lo que ganes, disfrútalo'".

Resulta interesante una reflexión sobre el poder femenino que emerge

principalmente en los grupos de mujeres con trabajos masculinizados. Al debatir sobre el grado de libertad y de poder deseable para una mujer, proponen que éste no debe exceder la cuota justa para no ser humillada (“si te maltrata, déjalo, la del dinero eres tú”), pero tampoco volverse autoritaria y someter a otras, lo cual asocian con mujeres que ejercen poder, típicamente las suegras. Curiosamente, relacionan el hecho de tener dinero propio e independencia con el poder de la figura de la suegra, cuya fuente no es precisamente la independencia económica, sino la lealtad obtenida de los hijos, casi el único recurso que el sistema patriarcal clásico les “otorga”; pero esta asociación es posible a partir de un denominador común: el ejercicio de un poder que ven como “masculino”, ya sea de forma directa, al poseer dinero —un recurso que tradicionalmente controlan los varones—, o de forma indirecta, al representar los intereses de éstos, por ejemplo, cuando son las “encargadas” de controlar el comportamiento sexual de las nueras. Si bien no defienden el sometimiento (“déjalo, la del dinero eres tú”), tampoco quieren “estar por encima” del hombre, ya que observan, a partir de la experiencia con sus madres y suegras, que las mujeres pueden ejercer ese poder de manera destructiva. Algunas narraron historias pasadas en las que sus propios suegros las habían protegido —a veces a escondidas— de las perfidias de sus suegras, que podían llegar a ser muy violentas. ¿Qué sería entonces para las mujeres tener un poder que no sea “así de masculino”?

Al preguntarles que entienden por “mujeres hembristas”, palabra que usan para caracterizar a esas mujeres con poder, responden: “cuando caen en el feminismo, así como dicen: ‘aquí las que mueven este país somos mujeres’, el educar mal, por ejemplo, eso ya no es feminismo, ya es hembrismo, que te maltrate, que te golpee, que te lastime, ‘porque es mi hijo, porque lo puede hacer, y porque te mantiene y tiene derecho sobre ti”. Existe consenso en que este comportamiento de las suegras es parte de la reproducción de un sistema que vivieron y les cuesta romper, porque internalizaron la misoginia, al asumir los valores tradicionales de la sumisión femenina que después aplican sobre sus nueras, según una lógica cíclica que las lleva a “vengarse” con el reclamo implícito: “¿por qué yo chillé y ella no?” La independencia y la habilidad para el trabajo “rudo” que ellas hacen les ofrece, en principio, una vía para romper el círculo y devenir mujeres, ni brujas, ni princesas, pero tampoco “machos”. Se ahondará en este punto en el siguiente capítulo.

CONCLUSIONES DEL CAPÍTULO

Como se mostró a lo largo de este capítulo dedicado a los significados de la familia, la unión y la maternidad, todas las mujeres participantes prefieren arreglos familiares negociados, que combinan elementos de los tres modelos ideales ya descritos como patriarcal clásico, moderno y posmoderno.

Para evitar la precariedad que implica una familia desigual donde las mujeres salen perdiendo en las nuevas circunstancias, proponen más educación y preparación en las jóvenes, tanto para retrasar el impulso a unirse con "el primero" que encuentren, debido al enamoramiento y al embarazo temprano, como para hacer mejores elecciones de pareja (hombres más educados, menos "machines"), y si bien apuntan al ideal del amor "confluente", lo hacen desde valores tradicionales de responsabilidad compartida y no de hedonismo (como parecen preferir las jóvenes), es decir, apelan a un comportamiento autocontrolado, más propio de las y los jóvenes de clase media, educados para la elección reflexiva, que a uno orientado por la obediencia a la autoridad de los superiores, cada vez menos eficaz (Wouters, 2017), pero también opuesto a la elección basada en deseos y "caprichos".

Un elemento importante de persistencia del modelo ideal de la domesticidad, aunque hayan cambiado sus condiciones de posibilidad, es la distribución de poder que resulta del reclamo de los varones de la propiedad sobre su capacidad productiva y el fruto de ésta, y el de las mujeres de la propiedad sobre sus hijos, por haber invertido mucho tiempo en su crianza y cuidado. Este poder materno se extiende muchas veces a la pareja, como atestigua la afirmación recurrente de las participantes de haber hecho con sus maridos un "proceso de reeducación".

Lejos de sugerir con ello que estamos ante un sistema de "dominación femenina", es importante constatar que los cambios materiales socavan y transforman el orden normativo patriarcal, al erosionar la base de sustentación de la autoridad masculina, en tanto los hijos dejan de estar bajo su mando, las mujeres ya no son sus protegidas y las jóvenes ya no viven con la suegra o, si lo hacen, es en las primeras etapas, siempre con miras a independizarse cuanto antes.

Ya desde la década de 1970 algunos estudios empíricos habían mostrado que las mujeres mexicanas de sectores populares urbanos no respondían al ideal tradicional de sumisión, abnegación, resignación ante el abandono, la pasividad y el cumplimiento del deber sexual de esposa, dependencia total en las decisiones familiares y personales (Leñero, 1983; Riquer, 1994). Estas mujeres resistían y creaban espacios de poder dentro de sus papeles de madres y esposas, ante la necesidad de supervivencia familiar en la ciudad (Riquer, 1994). La distribución de tareas en el hogar ya no seguía tan claramente el modelo tradicional de división sexual del trabajo: los hombres participaban en tareas de cuidado, aunque en mucha menor medida que las mujeres, y éstas participaban en algunas decisiones importantes como el número de hijos, la educación y la salud de los mismos, la administración del presupuesto familiar, la compra de bienes importantes y la selección del lugar de residencia. Esos estudios también mostraban que el estereotipo de la parentela como unidad básica de solidaridad tampoco se cumplía, ni siquiera en el medio rural, ya que la mitad de la población no contaba con sus parientes como medio de apoyo económico (Leñero, 1983).

La certeza que manifiestan recurrentemente las mujeres de este estudio sobre la idea de que “el ‘qué dirán’ no te da de comer”, entendido como un sistema de normas que deben observarse a cambio de seguridad material y un lugar en la familia, es congruente con los resultados de esas investigaciones pioneras. El “qué dirán” es un poderoso mecanismo de control social que opera bajo la amenaza de la deshonra de la mujer —vehiculizada por el “chisme” y vigilada por otras mujeres, especialmente la suegra y las cuñadas—, para asegurar el cumplimiento de las normas y los valores que regulan el comportamiento de las mujeres en la familia extensa como madres, amas de casa y buenas esposas. Perder esta fuente de valía social, al menos en el pasado, colocaba a las mujeres ante el riesgo permanente de sufrir diferentes formas de violencia, tanto conyugal como familiar. Este mecanismo comienza a resquebrajarse tan pronto como las fuentes de apoyo material, que son la contraparte del cumplimiento de esos valores, se vuelven dudosas o inexistentes, lo que genera incertidumbre. Al mismo tiempo, libera relativamente a las mujeres de lealtades opresivas a las familias de origen, especialmente la del cónyuge. La problemática del trabajo remunerado es parte de esta realidad en que las redes de parentesco ya no pueden apoyar a las nuevas parejas, y las instituciones no ofrecen seguridad a las familias de menores ingresos.

También la migración produce tanto separaciones como rearticulación de lazos

de parentesco, cuando se migra a lugares donde ya ha migrado algún pariente (sobre todo en las primeras etapas). La mayoría de las mujeres participantes de este estudio formaba parte de la segunda o tercera generación de migrantes del campo a la ciudad, por lo que el valor de la familia como único o principal apoyo ya se había relativizado. Sin embargo, como se señaló antes, el vínculo sigue vigente de dos formas: como garantía de apoyo de los parientes ante eventuales emergencias familiares o personales, y como reciprocidad debida a los padres en la vejez, ante la precariedad y la incertidumbre de otras fuentes de protección, especialmente a las madres, que para muchas de las participantes "habían luchado solas para sacarlas adelante" o habían aguantado violencia y carencias materiales que ellas querían compensar.

Así, la lealtad a los vínculos de parentesco también se reformula, desplazándose de la lealtad debida a la familia del cónyuge, a la lealtad sentida a la familia de origen de la mujer, especialmente a la madre, lo que muestra también un cambio en las relaciones de poder entre los géneros, producto de las transformaciones materiales y culturales de las últimas décadas. La inversión en el mantenimiento de las redes de parentesco, una tarea tradicionalmente asignada a las mujeres, no desaparece, pero se adapta a la necesidad de una situación intermedia entre los valores tradicionales, que se imponen a cambio de la protección de los padres, y las consecuencias atomizantes del modelo de familia nuclear independiente y orientada al consumo que sigue imperando. Esto muestra claramente cómo los cambios subjetivos producidos por esos procesos sociales más amplios impulsan formas de agencia más o menos negociadas, sutiles o confrontadoras, dependiendo del momento familiar, de la situación laboral y de las circunstancias particulares de las mujeres.

Como se mostró en el capítulo precedente, lejos de tener situaciones de desahogo económico que les permitan dedicarse a la maternidad intensiva, pero influenciadas al mismo tiempo por los discursos predominantes sobre la "disciplina orientada por el amor", las mujeres participantes en el estudio se debaten entre valorar las formas de control de los jóvenes por la vía de una exigencia distante de obediencia a la autoridad y formas más permisivas de educación. Esta tensión se agudiza ante una situación de precariedad laboral y de escasas oportunidades para los jóvenes, junto con su exigencia de consumir bienes cuyo costo está más allá de las posibilidades de un ingreso "honesto". Ante los peligros de un entorno donde la actividad delictiva es una alternativa atractiva para sus hijos, estas mujeres dudan entre "confiar en su capacidad de decidir" y ejercer un control más tradicional.

El modelo de la maternidad intensiva, orientado a enseñar a hijos e hijas a decidir por sí mismos en todo momento, resulta difícil de cumplir cuando se trabaja fuera de la casa, se cuenta con escaso tiempo para acompañarlos y recursos insuficientes para enviarlos a “escuelas activas”, junto con la vigencia de un modelo de poco involucramiento paterno en la crianza. Esto lleva a discutir los pros y los contras de lo que perciben como un modelo “permisivo” que genera irresponsabilidad, y otro basado en la autoridad conjunta y diferenciada del padre y la madre. Sin embargo, la presión de los discursos de la nueva maternidad y paternidad es intensa, y produce en muchas de ellas culpa, malestar y conflictos con la pareja y con familiares, lo que muestra cierto desajuste entre las exigencias de la vida material y las inercias de posiciones subjetivas relacionadas con modelos caducos.

Es posible concluir, entonces, que coexisten en las mujeres de estos sectores, ideales de familia que corresponden con distintos modelos, predominando formas híbridas, pero no se dan sin una reflexión y una agencia estratégica incrementadas. Las mujeres se ilusionan con la idea de un amor confluente y una pareja igualitaria, pero con cautela y siempre anteponiendo valores propios del modelo de la domesticidad, como la responsabilidad compartida basada en la complementariedad entre los sexos. Es posible decir que para ellas la familia va pasando de ser una necesidad crítica a ser una preferencia, aunque no totalmente libre. En un contexto económicamente incierto, su agencia se expresa en estrategias para mantener un equilibrio también inestable entre su deseo de autonomía y poder de decisión, y la necesidad de negociar valores tradicionales con la pareja y con la familia extensa, a cambio de solidaridad ante posibles eventualidades, lo que incluye también oscilaciones entre estilos distintos de maternidad y de crianza.

Los hallazgos de la investigación muestran que las mujeres negocian reflexivamente muchas de las posiciones subjetivas que asumen, en su tránsito por campos que les exigen habilidades y recursos diferentes. Así, no es posible hablar de posiciones alienadas en un orden de género fijo, lo que refuerza la tesis de la transformación subjetiva implicada en nuevos modos de organización social, que ponen en crisis los papeles tradicionales, al mostrar la imposibilidad de conciliación de todos los papeles que puede desempeñar una mujer.

4. LA CRISIS DE LO FEMENINO Y LO MASCULINO COMO SIGNO DE UN INCIERTO CAMBIO EN EL BALANCE ENTRE SEXO Y AMOR EN LA PAREJA

Quitémosle al vestido blanco y a la corona de azahares ese nimbo glorioso que los circunda […]. Pero, por favor, no sigamos enmascarando nuestra responsabilidad en abstracciones que nos son absolutamente ajenas como lo que llamamos virtud, castidad o pureza y de lo que no tenemos ninguna vivencia auténtica […]. Y en cuanto a los maridos, no son ni el milagro de San Antonio ni el monstruo de la laguna negra. Son seres humanos, lo cual es mucho más difícil de admitir, de reconocer y de soportar que esos otros fantasmas que nos hacen caer de rodillas por la gratitud o que nos echan a temblar por el miedo. Seres humanos a quienes nuestra inferioridad les perjudica tanto o más que a nosotras, para quienes nuestra ignorancia o irresponsabilidad es un lastre que los hunde. Y que para escapar de una condición que no aguantan y que no modifican porque no la entienden se dan, como lo proclaman nuestras más populares canciones, a la bebida y a la perdición cuando no desaparecen del mapa.

Rosario Castellanos, Mujer que sabe latín

En este capítulo se analizan las posiciones subjetivas de las mujeres sobre la sexualidad y la pareja, lo cual incluye los repertorios culturales sobre lo femenino y lo masculino, que representan vías de subjetivación disponibles para ellas. Como se verá, estas vías están sufriendo transformaciones relacionadas con los cambios en el mercado laboral y en la organización familiar ya discutidos, los cuales suponen procesos particulares de individualización.

Ya se adelantaron algunas de las coordenadas de lectura necesarias para abordar este tema cuando se analizó la discusión grupal sobre la falsa (pero operante) disyuntiva entre la solidaridad conyugal, la defensa de la autonomía y la libertad de las mujeres. En términos ideales, este proceso implica para ellas asumir vías de subjetivación distintas a la maternidad, principalmente motivadas por el deseo de saber, el deseo de poder y el deseo sexual, características que la cultura tradicional de género atribuye a posiciones masculinas. Se vio en los capítulos

precedentes que esos deseos —abiertamente reconocidos en los modelos "posmodernos" de familia y de pareja— son percibidos e incluso reconocidos por las mujeres en mayor o menor grado, pero predominando cierta cautela o moderación en su defensa, en la medida en que el modelo conyugal basado en el amor romántico, aun cuando no se aleje totalmente de la lógica del parentesco, si bien es desigual en términos de poder, implica para ellas una promesa de estabilidad que los modelos más "confluentes" no garantizan.

No obstante, si en el modelo de "las abuelitas" esa estabilidad se obtenía al precio de enfrentar el riesgo de sufrir violencia, al haberse disipado éste, justamente por el hecho de "no depender de un güey", como la mayoría enfatizó, en sus relaciones conyugales se abre la posibilidad de desestabilizar también el modelo basado en el ideal romántico, es decir, en la complementariedad de "ser la elegida/protegida" a cambio de "ser todo para el otro". Este ideal, como ya se vio, en el modelo de familia nuclear conyugal se compone de una pareja de hombre y mujer que vuelve complementarios los mundos femenino y masculino con base en diferencias naturalizadas y funciones distintas, una familia nuclear y una pareja unida por el amor monogámico, basado en la exclusividad y la fidelidad. Son estos elementos los que las mujeres empiezan a cuestionar, aunque de forma parcial y cautelosa. Esta combinación cambiante de elementos en una misma subjetividad lleva a insistir en que se trata de modelos ideales que, si bien pueden ser útiles para orientar la observación, deben ser puestos en suspenso al dar cuenta de lo que las propias mujeres hacen y dicen hacer en su vida cotidiana y que es precisamente el material a analizar.

Se señaló también que el riesgo de "tener que aguantar para toda la vida a un hombre machista" se vinculaba para las mujeres con el embarazo temprano —y casi obligado— "por amor", pero también por el "qué dirán", algo actualmente en franco retroceso. La tecnología anticonceptiva resulta ser otro factor de atenuación de ese destino, al habilitar, al menos en principio, la posibilidad de separar la sexualidad de la procreación, pero esto abre el interrogante sobre una sexualidad femenina distinta de la reproductiva, lo cual genera incertidumbre y cierta ansiedad, como puede verse cuando las participantes hablan profusamente de los peligros de la sexualidad para sus hijas, al tiempo que ocultan la propia (más allá de decir que "no la disfrutaron" porque habían preferido el "amor ciego" y el consecuente embarazo temprano).

En esta salida a la pregunta por la sexualidad, las mujeres se siguen posicionando como madres, excepto en los breves intercambios en los que

hablan de deseos sexuales propios, casi siempre después de la insistencia de la investigadora en el tema. Como se verá más adelante, cuando se les pide a los grupos de mujeres que imaginen a un “príncipe azul”, a modo de juego, describen a un hombre atento y cariñoso, de clase media (“que te ponga sirvienta, y no que te tenga de sirvienta a ti”), y si bien pueden fantasear con objetos como los que se venden en un sex shop, que permiten “prescindir” de una pareja sexual (dado que, como bromearon, más que príncipes abundan los Shreks), o con hombres atractivos pero inalcanzables, como cantantes o actores famosos, aclaran siempre que se trata de “bromas”. Si los ideales están en duda, ¿qué pasa entonces con los hombres y mujeres “reales”?

ALGUNAS CLAVES DE LECTURA PARA COMPRENDER LOS PUNTOS DE QUIEBRE EN EL “SENTIDO COMÚN” DE LAS MUJERES EN TORNO A LA PAREJA, LA SEXUALIDAD Y LOS IDEALES DE GÉNERO

Como en los capítulos anteriores, este apartado se inicia con algunos datos del contexto de las participantes que permiten observar tendencias generales en cuanto a comportamientos sexuales y de formación de pareja se refiere.

En relación con la separación entre la sexualidad y la reproducción, en México se estima que, de 1970 a 2016, la fecundidad ha disminuido de 6.7 hijos e hijas por mujer a 2.2, siendo 21 años la edad promedio en que las mexicanas tienen su primer embarazo. Esta disminución se atribuye a diferentes factores, principalmente a los programas de planificación familiar, así como a la relación que existe entre mayor educación y menos embarazos deseados (Conapo, 2016; INEGI, 2017). Sin embargo, no todas las mujeres han logrado acceder a los medios para mantenerse en el número de hijos o hijas deseados, suponiendo que todas desearan tener menos hijos. Según la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (Enadid) de 2014, 46.2% de las mujeres que tenían cinco o más hijos o hijas, hubieran deseado una menor descendencia (INEGI, 2014a). Las razones varían según el contexto socioeconómico y cultural, por ejemplo, el poco o nulo acceso a información y a métodos anticonceptivos, o la coerción de sus parejas. Sin embargo, un aspecto importante a considerar es que México ocupa el primer lugar de embarazos adolescentes entre los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE, 2017). En 2015, 18.2% de los nacimientos registrados en el país correspondieron a madres menores de 20 años (INEGI, 2017), lo cual puede tener múltiples causas. Con respecto al inicio de la unión, Pérez Amador (2018) muestra que la edad de unión sigue siendo temprana para mujeres sin preparatoria terminada. Es la culminación de este nivel educativo lo que marca la diferencia entre las mujeres que se unen en pareja tempranamente y las que postergan la unión.

En cuanto a la práctica anticonceptiva, según datos de 2015, 30.6% de las mujeres mexicanas sexualmente activas optan por la esterilización femenina. El segundo método anticonceptivo más usado por ellas es el dispositivo intrauterino (DIU), utilizado por 13.2%, le sigue 7% que usa condón masculino; 4.2% que

usa inyecciones; 1.5%, el método del ritmo; 1.1%, la esterilización masculina, y 0.3%, el condón femenino. Sin embargo, 34.8% no usa ningún método anticonceptivo, cifra que se eleva al considerar la población de mujeres sexualmente activas entre 15 y 19 años, donde 59.4% no usa ningún método anticonceptivo. Sólo 16.7% de ellas usa DIU y 10.4% condón masculino (INSP, 2015).

Se ha encontrado que muchas mujeres comienzan a usar métodos anticonceptivos mucho después de su primera relación sexual o incluso después de su primera unión matrimonial o después de su primer parto. De acuerdo con datos del Consejo Nacional de Población (Conapo), del total de las mujeres de 15 a 49 años que no usaron algún método anticonceptivo en su primera relación sexual, 28.6% no lo hizo porque no conocía ningún método, no sabía cómo obtenerlo o cómo usarlo; 28%, deseaba embarazarse; 22.9% no planeaba tener relaciones sexuales; 12.8% no creyó embarazarse, y 3.6% no estaba de acuerdo con usar algún método o la pareja se negó (Conapo, 2016).

En relación con la disolución de las uniones también se registran cambios. Los datos muestran que en promedio las personas que se divorcian, lo hacen 10 años después de casarse. De 2011 a 2015, la edad media al momento del divorcio para las mujeres se incrementó poco: de 36.4 a 37.7 años, y de 39 a 41.1 años para los hombres.[1] Sin embargo, como señala Ojeda de la Peña (2010), en cuanto a la disolución de las uniones predomina la separación de hecho más que los divorcios, aumenta la disolución en los primeros diez años, especialmente entre los jóvenes y, si bien han aumentado las probabilidades de disolución en todas las formas de unión, son más marcadas entre los matrimonios que entre las uniones libres, especialmente en el matrimonio sólo civil. Mientras que con la edad disminuye la proporción de personas solteras, aumenta la de separadas, grupo sujeto a rápidos cambios y cada vez más joven (Quilodrán, 2011). A las familias monoparentales se les suman las ensambladas. Los varones vuelven a unirse en segundas o terceras nupcias con mujeres más jóvenes que nunca estuvieron unidas, mientras que más mujeres permanecen separadas.

Los datos resumidos muestran un panorama complejo en torno a la pareja y la sexualidad en México, con tendencias hacia el modelo “posmoderno” de uniones menos duraderas y un ejercicio de la sexualidad separado de la reproducción en algunos sectores, y patrones más tradicionales en otros. Detrás de estos comportamientos se encuentran normas cambiantes de género, que afectan la sexualidad y las relaciones de pareja.

En lo que sigue, se articulan conceptos y desarrollos teóricos de la sociología, el psicoanálisis y los estudios de género con el fin de elaborar un marco analítico que permita esclarecer esas complejas relaciones entre las necesidades de la reproducción social, los repertorios culturales que cada época ofrece a los individuos para ajustar sus comportamientos a dichas necesidades —no siempre de manera congruente— y las subjetividades particulares.

Al estar vinculada con "modos de reproducción social", la sexualidad humana es un intrincado interjuego entre construcciones culturales relacionadas con formas históricas de organización social y posicionamientos subjetivos originalmente de índole inconsciente, construidos a lo largo de historias particulares, que abarca desde los deseos sexuales hasta las identidades de género. Para Rubin (1986), el sistema de sexo-género así construido no necesariamente debe implicar la dominación masculina, pero ésta ha predominado en la historia como parte de estructuras duraderas de parentesco que resultan solidarias con distintos modos de producción y que, aunque de forma lenta, sufren transformaciones y cuestionamientos a medida que las relaciones sociales cambian. Las regulaciones de la sexualidad son parte del proceso de construcción del lazo social que, en sus orígenes en sociedades predominantemente agrícolas, se basó en el intercambio de dones con el fin de crear alianzas de parentesco entre grupos, siendo las mujeres —en especial su sexualidad— el don más preciado en ese intercambio.

La estructura social construida de ese modo se basa en el tabú del incesto como fundamento de la formación de grupos, a partir de la unión ritual de dos géneros supuestamente complementarios, donde la sexualidad femenina se pone al servicio del grupo, en particular de los varones. El atractivo físico y la capacidad para procrear se convierten así en los bienes más preciados que las mujeres pueden ofrecer, lo que favorece el cultivo de un estilo que responde al deseo de otros, más que a un deseo personal activo. Esta asimetría es producto de la diferencia de poder que existe entre quienes intercambian y quienes son el bien intercambiado (Meler, 2010), surgiendo así posiciones "femeninas" y "masculinas" basadas en el ser y en el tener, respectivamente, cuya naturalización es hoy en día objeto de disputa ideológico-política y también de crisis identificatorias en los sujetos.

Como hemos discutido anteriormente, la naturalización del "instinto maternal" y de la preeminencia del amor materno-filial por sobre los deseos eróticos de las mujeres —que incluyen deseos sexuales, de poder y de saber— es un producto cultural basado en las necesidades históricas del capitalismo industrial. Para

Ehrenreich y English (1990), especialmente en la etapa taylorista de este sistema de producción, existe una amenaza percibida de desgenerización, ya que tanto los hombres como las mujeres trabajadoras desempeñan las mismas tareas. El modelo burgués del amor romántico, que disfraza la dominación masculina de "reciprocidad", habría servido para separar a hombres y mujeres en esferas distintas y complementarias, y rescatar así al patriarcado de la amenaza de des-diferenciación que implicaba la economía industrial y que erosionaba esa dominación masculina.

Al mismo tiempo, el mundo de las esferas separadas, al convertirse en un ideal, tanto para quienes podían como para quienes no podían quedarse en su casa, también benefició al capital, que periódicamente necesita excluir a las mujeres de la competencia en el mercado laboral y garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo, así como el control de los jóvenes. Por ello, en este modelo conviven tanto la contención sexual burguesa como la ética del trabajo en pro de la familia, que permite especialmente al varón separar un erotismo tierno que dirige a la esposa, madre de sus hijos, de uno pasional que puede ejercer con otras mujeres menos "virtuosas".

Este tipo ideal se va flexibilizando con el tiempo. La paradoja es que en la etapa posfordista, que algunos autores asocian con la economía de los servicios, la producción estética y la primacía de la imagen, el capitalismo también necesita de más consumidores y, por lo tanto, de familias con más ingresos. Podría decirse entonces que asistimos a una nueva "contradicción cultural del capitalismo" que, por un lado, une a la cultura con la economía (en un "capitalismo estético") y, por otro, las separa en sus demandas normativas a los sujetos (Bell, 1994). Esta doble demanda se juega, en particular, en el cuerpo de las mujeres, a quienes se sigue exigiendo el trabajo de cuidados, para satisfacer las necesidades de reproducción social en una economía en gran medida re-familiarizada, y la del trabajo remunerado —hoy precarizado— para satisfacer las necesidades de ampliación del consumo, así como de fuerza de trabajo disponible intermitentemente en un mercado laboral "feminizado".

Podría adelantarse aquí la hipótesis según la cual, así como la supuesta amenaza de desgenerización, que implicó el trabajo industrial, motivó una reacción cultural de re-diferenciación a partir del modelo burgués de familia nuclear basada en el amor romántico y en una ética del trabajo dividida por sexos; en esta etapa flexible, donde se teme una posible desgenerización aún menos soportable —la de la "feminización" de la fuerza de trabajo y de la cultura en

general—, se produce, por un lado, una reacción re-tradicionalizadora (Adkins, 2002) igual o más virulenta que la anterior —como puede observarse en las oleadas de neoconservadurismo que hoy en día ven en el "feminismo" al principal enemigo de la sociedad— y, por otro, una reacción más cercana a los valores neoliberales, que algunas autoras asocian con un "clima cultural posfeminista" o con el feminismo de la "tercera ola". Éste sería en realidad un anti-feminismo cultural disfrazado de feminismo (McRobbie, 2009; Gill y Scharff, 2013), caracterizado por demandar a las mujeres éxito laboral sin desatender las tareas de cuidado, que siguen siendo su responsabilidad, y sin cuestionar el modelo de la familia heteronormativa.

Este "feminismo glamourizado" es solidario con las necesidades contradictorias de la etapa flexible y neoliberal del capitalismo y se encarna en la figura de la joven de clase media "empoderada" y exitosa, pero atractiva, y por tanto "femenina", ideal abrazado con entusiasmo por muchas jóvenes, que tarde o temprano las confronta con la decisión de abandonar una de las dos exigencias, o bien intentar cumplir con ambas a un alto costo físico y mental.

De modo que en el proceso simultáneo de creciente individualización y mayor integración social característico de las sociedades complejas, la cultura occidental ha ido ofreciendo a los sujetos, modelos cambiantes de pareja y de sexualidad que permiten o pretenden equilibrar las relaciones de poder, las tensiones entre "el yo y el nosotros", entre "la orientación externa e interna de los comportamientos" y entre los "deseos eróticos y los deseos de relaciones duraderas" que atraviesan la sociedad (Wouters, 2004). Desde el enfoque sociológico inaugurado por Elias en torno a las formas de control de impulsos y emociones que la cultura occidental ha ido elaborando, Wouters (2004; 2017) desarrolla un análisis de los modelos de comportamiento sexual y emocional que han acompañado las distintas etapas de ese proceso histórico hasta la época actual. Así, argumenta que el ideal del amor como sentimiento expresó el intento victoriano de "controlar el lugar del sexo en el matrimonio", promoviendo la desexualización del amor y la deserotización del sexo, proceso que resultó en una sexualidad dominada por el deseo en los hombres y en un amor romántico complementario —o sexualidad dominada por las relaciones— en las mujeres. La romantización e idealización del amor también implicó que las relaciones sexuales se definieran cada vez más en términos de los derechos de él y la obligación marital de ella, proceso que sirvió para atenuar el efecto desestabilizador de la androginización de las tareas anteriormente comentada, así como para evitar los peligros imaginados de una sexualidad femenina en

libertad, a través del confinamiento hogareño de las mujeres y de la maternización de su sexualidad.

A lo largo del siglo XX, con aceleraciones en las décadas de 1920, 1960 y 1970, ese proceso pareció ir en el sentido opuesto (Wouters, 2004). Desde la década de 1960 en adelante, temas como el sexo premarital, las variaciones sexuales, la unión libre, el adulterio, las relaciones extramaritales, los celos, la homosexualidad, la pornografía, el sexo adolescente, el aborto, el intercambio de parejas, la pedofilia, el incesto, etcétera, todos formando parte de un proceso más amplio de "sexualización", implicaron para los sujetos confrontaciones repetidas, radicales e intensas con el balance tradicional de los deseos. Para Wouters (2004; 2017), particularmente en Estados Unidos, las mujeres se emanciparon primero en las relaciones laborales y después en las relaciones de pareja, donde hubo una temprana libertad sexual respecto del control de los adultos (gracias a la convivencia creciente entre pares en los campus universitarios y trabajos urbanos), al tiempo que una persistente desigualdad entre hombres y mujeres. En el balance de los deseos, las mujeres siguieron siendo más objetos que sujetos sexuales, y los varones dominaron el código de las relaciones de acuerdo con el principio según el cual quien paga puede "comprar" el derecho al cuerpo de las mujeres (tener el auto más costoso permitía salir con la chica más sexy de la escuela, según la caricatura reproducida hasta el cansancio en telenovelas, películas y series).

La revolución sexual fue un parteaguas en la "emancipación" de la sexualidad femenina, aun cuando muchas continuaron pensando en el sexo en términos de deber, a veces empeorado por la nueva "obligación" de alcanzar el orgasmo. Enfatizando el lado positivo de esta revolución, Wouters sostiene que gracias a la píldora contraceptiva y a un incremento en la expectativa de autocontención mutua (consentimiento) los peligros y temores relacionados con el sexo disminuyeron a tal grado que hubo una aceleración en la liberalización de las emociones e impulsos sexuales, permitiéndoles acceder a "la conciencia" o al menos al debate público, en el que los deseos sexuales de las mujeres fueron reconocidos. La imagen dominante de las solteras pasó de ser sinónimo de fracaso a ser lo opuesto: mujeres atractivas e independientes. Después de la llamada revolución sexual, también dejó de existir un término despectivo para la joven que tenía relaciones premaritales; el sexo se volvió normal en las parejas que "iban en serio" y el concubinato fue más aceptado.

Este proceso de larga duración tiene diferencias regionales, nacionales y de

clase. Wouters (2017) comenta que, hacia finales del siglo XIX en Europa, los jóvenes de las familias que se orientaban al modelo de la “buena sociedad” tenían oportunidades limitadas para elegir a alguien con quien casarse y los padres controlaban estrictamente las actividades de cortejo. Esto cambió cuando las mujeres salieron a trabajar en oficinas, bibliotecas, hospitales y escuelas, y buscaron independencia económica. La informalización de las actividades de cortejo y compromiso en la buena sociedad también implicó una erosión de la promesa oficial y del compromiso de casarse, y los jóvenes rompían estos compromisos con más facilidad. En las clases sociales donde las jóvenes trabajaban de sirvientas, vendedoras, o en talleres, estos códigos de buena sociedad rara vez funcionaron como modelo, y los padres permitían a sus hijos e hijas participar en ocasiones de encuentro y cortejo, como ferias o salidas a “dar la vuelta”, donde se formaban parejas que en muchos casos conducían a matrimonios arreglados una vez que la joven quedaba embarazada. En sus matrimonios, los jóvenes seguían el patrón tradicional, fuertemente inmersos en grupos familiares más amplios y con una división de tareas y de mundos masculino y femenino que hacía difícil la confidencialidad y la intimidad relacional. Estas tradiciones eran dominantes en los pueblos y en barrios de clase trabajadora, patrón que puede observarse en algunos de los testimonios de las mujeres que participaron en esta investigación.

El proceso de cambio mencionado representa para Wouters (2004) un giro en el balance ideal de los deseos hacia una disminución de los contrastes entre hombres y mujeres, y hacia un incremento de las variedades relacionales (Elias citado en Wouters, 1998). También implica un proceso de integración y “civilización de los sexos” contrastante con lo que ocurría en Estados Unidos y en Europa antes de la década de 1960, donde un balance muy desigual de poder entre hombres y mujeres, junto con una sexualidad altamente compartimentalizada, mantenía en silencio los deseos y las experiencias sexuales de las mujeres, incluso entre esposos. En la pareja conyugal de esa época, la sexualidad no demandaba mucha intimidad personal o relacional, lo cual es típico de un balance de deseos en el cual el sexo y el deseo de intimidad relacional duradera no se integran fuertemente, o incluso pueden estar totalmente separados.

La revolución sexual más bien abrió el tema al debate público, ya que la regla de abstinencia antes del matrimonio no era muy respetada y más bien se hacía “la vista gorda”. A lo largo del siglo, el balance predominante de sexo para los hombres y amor romántico complementario para las mujeres fue cambiando en

la dirección de una “sexualización del amor” y una “erotización del sexo”, provocando nuevas y más variadas respuestas a la pregunta del balance de los deseos: ¿cuándo o en qué tipo de relaciones se desea y permite qué clase de erotismo y sexualidad? Éste es un proceso de aprendizaje colectivo que determina en gran medida el rango de opciones disponibles con las que se confrontan los individuos. Para las mujeres, volverse más sujetos sexuales implica la entrada en un proceso de ensayo y error en sus relaciones románticas y sexuales. Debido a la sensibilidad y la cautela necesarias para tratar con mujeres “emancipadas”, las tensiones y la conciencia erótica y sexual se expanden e intensifican (Wouters, 2017), pero esto no se desarrolla sin resistencias masculinas de todo tipo, que incluyen desde la inhibición hasta la violencia (Lutereau, 2017a; Kennedy, 2016).

A medida que el balance de poder entre hombres y mujeres, y entre adultos y jóvenes, se hace menos desigual, aumentan las posibilidades de relaciones íntimas más cálidas y francas, junto con la necesidad de desarrollarlas. Para los hombres, el cambio hacia una erotización o sensualización del sexo implica que su placer sexual viene a depender más fuertemente de un lazo sensual o erótico con la pareja, es decir, de intimidad relacional. También empiezan a experimentar a las mujeres no sólo como objetos, principalmente, sino también como sujetos sexuales, ya que el cambio para ellas va en dirección de una sexualización del amor. Estos cambios conforman un proceso de sexualización y erotización que permea la vida social, tanto pública como privada.

La sexualización en las relaciones se observa en todas las clases sociales, pero algunas diferencias permanecen, por ejemplo, en las clases bajas los jóvenes se siguen uniendo a más temprana edad y los padres, en lugar de enseñarles a autocontrolarse, les siguen pidiendo obediencia junto con una supervisión parcial y una política tácita de “no preguntar, no decir”. Esto se relaciona con una concepción de la sexualidad adolescente como una fuerza natural que se abre camino, y con la idea de que adquirir experiencia sexual es fuente de estatus. Los jóvenes de estas clases sociales inician la vida sexual más pronto y tienen su primera relación luego del primer contacto, mientras que los de las clases más altas reportan un inicio sexual más tardío y la búsqueda de consentimiento mutuo a partir de “estar preparados”. Esto se relaciona probablemente con una crianza que se enfoca en enseñarles a decidir, en lugar de obedecer a los superiores, es decir, en el proceso de individualización que algunos autores caracterizan como de reflexividad y des-tradicionalización (Giddens, 2012; Beck y Beck-Gernsheim, 2002). En estos grupos sociales, los padres confían más en

las habilidades de autocontrol de los hijos que en su obediencia a normas tradicionales, lo que muestra que las diferencias de clase concurren con diferencias en el desarrollo de la autocontención.

Los cambios en la década de 1990 pueden interpretarse como una tendencia a la búsqueda de sexo y amor o el "resurgimiento de la relación", sobre la base del refuerzo continuado del ideal de proceder sólo por mutuo consentimiento y mutua confianza (Wouters, 2004). Es en esta etapa del capitalismo donde las instituciones pierden el poder de regular a la sociedad en su totalidad mediante normas trascendentes, que el lazo social depende más de la confianza entre sujetos y, por lo tanto, de sus habilidades de autocontrol o de su "inteligencia emocional". Quizá, por ello, un fenómeno visibilizado más recientemente, como el abuso sexual en ámbitos escolares o de diversión entre jóvenes, que atraviesa todos los grupos sociales, obliga a poner en cuestión la hipótesis de la "civilización de los sexos", o más bien a preguntarse en qué consistiría, ya que la otra cara de la revolución sexual parece mostrar cierta inhabilidad para el encuentro sexual —que es siempre azaroso— sin la mediación de sustancias o de violencia, que en mayor o menor grado supone la utilización del cuerpo propio y ajeno como un objeto más de consumo. Como admite Wouters (2017), y también lo señala Kennedy (2016), hoy en día es más fácil acceder al sexo que al amor.

Esta constatación muestra que, en el capitalismo actual, donde reina un individuo aparentemente auto-regulado pero obligado a gozar sin restricciones, y donde "todo está a la vista", contrario a lo que imaginamos, poco ha cambiado desde la época de Freud en cuestiones de deseo y de goce (Soler, 2007), ingredientes fundamentales del lazo social. Esta afirmación es congruente de algún modo con la idea de Elias (citado por Wouters, 1998), para quien la individualización refuerza la autopercepción de las personas como individuos independientes, al mismo tiempo que la ampliación de interdependencias funcionales implica una mayor dificultad para comprender y controlar los procesos estructurales que los mueven, y a los que tratan de dar dirección mediante acciones y emociones. Así, lejos de extinguirse en un individualismo a secas, lo normativo se expresa actualmente en prácticas subjetivas vividas en la experiencia de la cultura, donde el lazo social se genera a partir de circunstancias afectivas, sensibles y efímeras (Dipaola y Lutereau, 2017).

Las mujeres participantes en esta investigación no son ajenas a esa cultura que las atraviesa de distintas maneras, especialmente, aunque no sólo en relación con la preocupación por el futuro de sus hijas. Si bien la tolerancia a una libertad

sexual temprana no se registra de igual manera en México, donde para sectores amplios de la población el patrón sigue siendo el del control externo (adulto) de la sexualidad juvenil, junto con una menor aceptación del sexo prematrimonial en las mujeres, esto está cambiando, así como cambia también paulatinamente el patrón de cortejo, según el cual si el varón paga, puede tener la expectativa de acceder al cuerpo de la mujer.

Aunque estas mujeres no hayan vivido una inversión de este patrón por el hecho de tener ingresos propios, temen tal posibilidad en el futuro de sus hijas, aunque sea como un modelo ideal "distópico" en que el dinero serviría para "comprar" los objetos de consumo obligados —incluidos otros cuerpos— y para sustituir así cualquier vínculo amoroso, como se comentó en el capítulo anterior. Por lo pronto, el acceso de las mujeres de estos sectores sociales a un ingreso propio no ha sido suficiente para invertir tal ecuación y ser ellas quienes compren "cuerpos", pero tampoco es lo que desean; esperan más bien que la alteración de la división sexual del trabajo implique una mayor reciprocidad en el amor y en el cuidado.

Según algunas interpretaciones, el poder financiero, en teoría, liberaría a las mujeres de su dependencia casi exclusiva de una femineidad orientada a la seducción heterosexual con fines matrimoniales como principal recurso, ante la ausencia de otros capitales, y les permitiría performar una femineidad aparentemente más autónoma de la mirada masculina, aunque la cultura se encargue rápidamente de elaborar nuevas "mascaradas posfeministas" para mantenerlas dentro de la dominación masculina (McRobbie, 2009). En otras visiones, el dinero permitiría mayores libertades sexuales a quien lo posea, independientemente de su género, como dijo en una entrevista la cantante Cher, al referirse a la respuesta que le dio a su madre cuando le aconsejó "casarse con un hombre rico": "yo soy el hombre rico, no busco a los hombres para que me den de comer, sino como postre". Pero esta posición no concierne solamente al trastocamiento del género que permitiría a una mujer heterosexual comportarse según el ideal masculino dominante (donde el hombre "paga a cambio de sexo y servicios"), sino también a esa condición ya señalada del capitalismo actual que por medio de la primacía de la producción y autoproducción de la imagen, ordena ser y consumir cuerpos, más que tener encuentros sexuales, lo que coloca a todos en una posición infantil, más que femenina o masculina (Lutereau, 2017b). ¿Debería concluirse de esto que la amenaza a la autonomía de las mujeres proviene hoy en día más del capitalismo que del patriarcado?, ¿en qué formas complejas se vinculan hoy en día ambas instancias de poder en el ámbito

de las interacciones sociales más íntimas?

Si bien es posible sostener que en las relaciones de pareja actuales las decisiones puramente románticas y las motivadas por el interés están estrechamente interrelacionadas, como parte de la racionalización moderna que incluye el cálculo sistemático de medios y fines (Illouz y Finkelman, 2009), esto no da cuenta del rango completo de emociones y deseos que subyacen a la elección de pareja. De manera semejante a las teorías de la individualización, quienes proponen esa idea hablan de un automodelaje consciente del yo, hecho posible gracias a las nuevas tecnologías que racionalizan la experiencia, las explicaciones científicas sobre la conducta, las emociones y los imperativos del mercado, que insta a elegir, incluida la pareja, entre un amplio catálogo de opciones, como lo muestra el mercado de citas por internet. Illouz (2007) plantea que el movimiento feminista fue el más influyente en la "racionalización del amor", al llamar a las mujeres a negociar sus relaciones de pareja para hacerlas más iguales, consensuales, recíprocas y justas, y por lo tanto predecibles y controlables, alejándolas del modelo de la seducción y del amor romántico. Illouz (2007) advierte sobre la paradoja de este amor racionalizado y "liberal", que vacía el sentir de su "misterio", al tratar la atracción como un acto de conocimiento basado en las "cualidades" de un otro que "se cotiza" por lo que tiene. Así, concluye que el amor romántico parece estar más asociado a la creencia en una entrega total a fuerzas no racionalizables que al modelo del amor confluente basado en valores como igualdad, equidad, reciprocidad y transparencia.

Sin embargo, este amor confluente pertenece a un orden distinto al de la atracción romántica, basada en el cuerpo y en las emociones, ya que responde a la lógica de la solidaridad y de la reciprocidad necesarias para la supervivencia de la familia, y supone un compromiso a largo plazo. Este ideal puede criticarse bajo las mismas premisas: la seducción y el amor tienen reglas diferentes a las del matrimonio y la familia y, por eso, como señalan algunas críticas feministas (Jamieson, 1999), no es posible basar las relaciones de pareja y familiares en un ideal de sujeto que fundamenta tales relaciones en la igualdad, la reflexividad y la transparencia de las emociones.

Como se mostró en los capítulos precedentes, la mayoría de las mujeres participantes en este estudio valora la independencia financiera de la mujer, en primer lugar, como forma de evitar "salir embarazada" por no poder sustraerse a los deseos del varón, pero también por un "amor ciego", expresado en el chiste

sobre el significado de “novio”, como “no vio”. En el matrimonio o en la cohabitación, este mismo principio se extiende a las demás obligaciones de la mujer, no sólo tener disponibilidad sexual para el marido y sólo para él, sino ser una trabajadora del hogar y cuidadora de la familia. Este modelo comenzó a erosionarse con la incorporación paulatina pero sostenida de las mujeres al mercado de trabajo, cuando la precarización laboral afectó la capacidad de muchos hombres para ser los únicos o incluso los principales proveedores del hogar; al mismo tiempo, generó para muchas mujeres la oportunidad de tener ingresos propios y la posibilidad de alterar los términos de la ecuación según la cual “el que paga, manda”.

Sin embargo, como se mostró anteriormente, aun cuando algunas mujeres ganan más dinero que sus parejas y toman decisiones cada vez en más áreas de la vida familiar y personal, la ecuación no se invierte. Ante la ausencia de equidad en el reparto de las tareas domésticas y de cuidados, muchas prefieren mantener el ideal normativo del hombre proveedor y la mujer cuidadora para evitar la inseguridad que les causa una eventual deserción de la pareja de todas sus obligaciones. Es en ese sentido que enfatizan que el “hombre debe ser Hombre”. Por otro lado, para muchas de ellas puede existir también un motivo menos consciente detrás de ese deseo, que parte del temor a perder muchas de las fuentes tradicionales de poder e identidad femeninos, reunidas alrededor de la maternidad y el matrimonio (Wouters, 2017). La posibilidad de exigir la lealtad y reciprocidad de los hijos a cambio de la dedicación exclusiva a la crianza y al cuidado es una de las principales fuentes de ese poder, en tanto la deuda de gratitud a la abnegación materna es vista como inconmensurable. Otra posibilidad es la expectativa de ser la principal receptora de los ingresos del cónyuge (en los bastante frecuentes casos de relaciones e hijos extramaritales de éste) a cambio de su abnegación al hogar y su fidelidad sexual.

En consecuencia, mantener o simular el modelo desigual de género en la pareja puede ser un amortiguador ante la vulnerabilidad material en contextos que no ofrecen las condiciones necesarias para establecer un “contrato entre individuos iguales”, según la fórmula de la familia democrática y del amor confluente. En contextos donde persisten normas de género desiguales y la inestabilidad económica es la regla, mantener el valor de la complementariedad de los sexos y la obligación conyugal tradicional puede garantizar una mayor certidumbre que la defensa de la libertad y la autonomía individuales.

En lo que toca más específicamente a la sexualidad en la pareja, podría decirse

que mientras la definición social predominante del sexo sigue estando más dominada por “lo masculino”, la del amor lo está por “lo femenino”, a pesar de la creciente influencia de nuevos discursos sobre la emancipación de la mujer. En este sentido, los cambios en la sexualidad no pueden entenderse sin analizar los cambios en la independencia económica, que producen cambios simultáneos en los sistemas de control entre generaciones y entre géneros. La independencia económica en principio habilitaría a las mujeres para una mayor agencia sexual, lo que las acercaría a un deseo erótico femenino más allá de la identificación preponderante con el amor materno-filial que, como se señaló, es característico del modelo de la domesticidad de clase media orientado a la transmisión de los capitales sociales y familiares, interés que interviene de forma más o menos velada en las elecciones de pareja.

Sin embargo, no hay que olvidar que los posicionamientos sexuados no dependen sólo ni principalmente de “variables sociológicas” como el poder de la independencia financiera o de otros recursos, sino que se construyen desde la infancia más temprana en procesos que son singulares pero relacionales, en buena medida inconscientes, en los que están implicados los repertorios culturales y las normas de género disponibles en una época determinada. Como sostiene Lamas, “el sujeto es producido por las prácticas y representaciones simbólicas dentro de formaciones sociales dadas, pero también por procesos inconscientes vinculados a la vivencia y simbolización de la diferencia sexual” (2000: 19). Así, como plantea De Lauretis (2015), siguiendo a Laplanche, las relaciones entre género y sexualidad son resultado de la interacción entre tres factores: el género (social), el sexo (anatómico-fisiológico) y lo sexual, es decir, la sexualidad como efecto de la represión, la fantasía y el inconsciente. De Lauretis afirma que la sexualidad nos viene del otro, no es innata sino un “efecto de seducción”, por las acciones del cuidado que están acompañadas por inversiones afectivas conscientes y también por fantasías inconscientes que se transmiten como mensajes o significantes enigmáticos, porque están imbuidos de las fantasías sexuales de los cuidadores, además de ser intraducibles, en el bebé están sometidos a la represión primaria, constituyendo el primer núcleo del inconsciente.

Los ideales de femineidad y masculinidad, como sedimentaciones culturales que se transmiten mediante las generaciones, suelen coincidir normativamente con los cuerpos sexuados de varones y mujeres, sin que exista un fundamento biológico para ello. El hecho cultural de que la madre haya sido considerada en periodos históricos prolongados como la primera, y a veces la única, cuidadora

juega un papel clave en la definición de esos posicionamientos, así como en los estereotipos de género que la familia reproduce en la crianza de niñas y niños, incluso desde antes de su nacimiento. Son justamente estas vías culturales de subjetivación las que enfrentan hoy en día una crisis, producto del "cambio de posición" de varones y mujeres en la organización familiar y social, así como en la legitimación de deseos y uniones no heterosexuales. Según Meler (2010), la actitud pasiva de las mujeres en el amor y en el erotismo corresponde a un periodo histórico durante el cual esa conducta expresaba el estatuto femenino como "objeto de deseo". Fue el ideal del amor romántico el que intensificó la identificación de las mujeres con una posición basada en el valor de ser —y exigir ser— "un objeto precioso que sustenta el deseo y el amor, más que un sujeto de goce" (Soler en Lutereau, 2017b). En la actualidad empieza a aceptarse "un interjuego flexible entre los deseos ligados al dominio y las tendencias a depender y abandonarse a la actividad del otro" (Meler, 2010: 45), pero esta relación entre un sujeto activo y un objeto pasivo, que suele asociarse con posiciones masculinas y femeninas idealizadas, resulta ser una simplificación, en tanto que si la primera se caracteriza por la divergencia entre dos objetos de deseo (la mujer "buena" y la mujer "mala"), la femenina lo hace no tanto por la ausencia de deseo sexual y la búsqueda de "ser amada", sino por la convergencia de amor y deseo en el mismo objeto. Esto implica que la mujer "engañe al hombre con el mismo hombre" en tanto lo desea como no dividido (el hombre ideal, omnipotente) y lo ama como dividido (Miller, 2009). Es en el corazón de esta tensión donde se ubican los dichos de las mujeres que, mientras exigen al hombre "que sea Hombre", en el sentido ideal, algunas veces lo extrañan como hombre real y muchas otras lo tratan como a un niño a quien deben controlar.

Algunas autoras feministas plantean que los deseos "activos", que identifican con el poder masculino, sólo pueden ser legitimados en las mujeres, si la cultura deja de reprimir la homosexualidad (McRobbie, 2009; Butler, 2016), pero la heterosexualidad femenina no sería producto de la represión (Freud, 1993). De ahí que otras autoras sugieran que los deseos "activos" puedan ser habilitados en las mujeres sin pasar necesariamente por la asunción de deseos homosexuales (Meler, 2010). Cambios en la crianza, por ejemplo, especialmente en la ruptura con modelos de cuidadora y proveedor exclusivos, con todo lo que ello implica en términos de vínculos afectivos, podrían operar esa adopción de disposiciones "viriles" por identificación con figuras adultas que las encarnan. Sin embargo, esto representa un cambio en el género como construcción cultural, más que en la sexualidad, cuya normativización es operada posteriormente por el primero (Dio Bleichmar, 1989).

Podemos adelantar, en este sentido, que entre las participantes del estudio que más manifestaron disfrutar de desafíos físicos y cognitivos por sobre las satisfacciones de la crianza, por ejemplo, quienes tenían trabajos que consideraban “rudos”, la mayoría se asumía como heterosexual pero se identificaba con el género “masculino”, en buena medida por amor a sus padres varones que las habían motivado a aprender sus propios oficios o a ayudarlos en el trabajo, mientras que fueron muy escasas las mujeres con este tipo de ocupaciones que pusieron en duda su orientación sexual, especialmente al recibir insultos o etiquetas (como “machorra”) por parte de sus compañeros de trabajo. Es necesario aclarar también que en la mayoría de ellas el “performance” del género masculino (vestirse “fachosas” para trabajar, ocultar atributos y formas de comportamiento público considerados “femeninos”, etcétera), se limitaba en gran medida al tiempo de trabajo, excepto en los relatos de adolescencia de algunas de ellas, que sufrieron abuso por parte de parientes y que, para evitar el acoso posterior, se vestían “de hombres”.

Existe entonces una dialéctica compleja entre la identidad de género, la elección de objeto sexual y el posicionamiento en el modo de desear. Para el psicoanálisis, independientemente del cuerpo sexuado y de la identificación de género que cada sujeto presente, el deseo tiene una estructura “feminizante”, no porque corresponda a mujeres biológicas, sino porque se relaciona con una falta asumida que, si bien es una condición necesaria del lazo social, no es fácilmente aceptada, especialmente por aquellos “varones” que permanecen en el modelo de la masculinidad hegemónica como defensa contra un deseo que los divide. La competencia de las mujeres en actividades que implican poder puede generar en esos hombres depresión e impotencia, o incluso violencia. Como señala Lutereau (2017a), en una fórmula que es coincidente con los planteamientos de Wouters (2004) sobre el balance entre sexo y amor, “para un varón mostrarse enamorado es tan complicado como para una mujer mostrarse activa en el deseo, por la fantasía de ser ‘una puta’” (Lutereau, 2017a: 41).

Sin embargo, estas vías de encarnar la femineidad y la masculinidad culturalmente construidas sufren modificaciones lentas pero evidentes, en particular porque derivan del trastrocamiento de algunas de las formas que asume la organización del parentesco. Butler (2000) es insistente en la idea de que las prohibiciones que estructuran el lazo social por la vía de la organización del parentesco no tienen por qué ser consideradas como inmutables. Para ella, el tabú como norma social, más que como ley universal, podría entonces derivar en formas alternativas de organización no necesariamente basadas en la familia

heteronormativa, lo que implica que esas normas son contingentes, no en el sentido de azarosas sino en el de históricas y, por lo tanto, en alguna medida, modificables. Es la misma Butler quien cuestiona la universalización ficticia del patriarcado que han hecho algunas corrientes del feminismo, desde posturas esencialistas sobre el hombre y la mujer.

El género y las vías disponibles para encarnarlo pertenecen al mundo de las normas sociales, más que al de los dispositivos simbólicos que permiten la propia historización de los sujetos. Es en ese mundo social donde pueden ubicarse los llamados estereotipos de género o los tipos ideales del sexo, articulados de manera compleja con el orden simbólico que posibilita, tanto las normas como las subjetividades que éstas contribuyen a construir, pero que no puede ser aprehendido más que por algunos de sus efectos, vehiculizados por el lenguaje.

Este trabajo se basa en una investigación sociológica sobre el género, por lo tanto se centra en la relación entre la subjetividad y la norma social que establece formas culturalmente reconocibles de ser hombre o mujer. En este sentido, los ideales de femineidad y masculinidad también están atravesados por la clase, la raza, la edad y otras formas de clasificación social. Dorlin (en Viveros, 2016) plantea que el modelo de femineidad moderna (el “ama de casa” cuyas virtudes son la piedad, la pureza, la sumisión y la domesticidad) se construye no contra la masculinidad, sino contra la femineidad de la sirvienta, que es “promiscua, amoral, rústica y sucia”. Por ello, quizá las mujeres participantes de este estudio no quieren ser sirvientas, sino tener una, posición de clase que el varón debe garantizar y que, al mismo tiempo, las ubica entre la disyuntiva de servir y ser servida.

Lo mismo sucede con la masculinidad. Viveros (2002) encuentra la misma norma de raza y clase en hombres de dos contextos colombianos distintos, uno blanco mestizo y otro predominantemente negro. Mientras el primero encarna la masculinidad hegemónica expresada en el comportamiento sexual y familiar (proveedores responsables y padres presentes, esposos aparentemente fieles), el segundo lo hace en una masculinidad marginada, definida por los atributos contrarios, a la que se le enseña aspirar a la primera. Viveros (2002) observa en la clase media colombiana este doble patrón: el hombre “quebrador” (de mujeres) es respetado por su capacidad sexual, fuerza física, firmeza de carácter e independencia frente a otros, y el hombre “cumplidor” es visto como responsable, si provee a su hogar.

Esta doble demanda coloca a los varones en un equilibrio precario para ser aceptados socialmente como hombres, porque la capacidad para sostener la vida "fiestera" depende de la capacidad para mantener en orden su casa, y viceversa. Las contradicciones suelen resolverse en detrimento de las mujeres. Sin embargo, la idea de responsabilidad varía conforme cambia el ciclo vital y según la forma en que se conciba el hogar y la unión conyugal; cuando ésta se refiere sólo al aspecto económico (en nuestro contexto "dar el gasto"), la concepción doméstica es "contractual" (el compromiso de la manutención desaparece si hay separación). La mujer debe proveer una serie de servicios básicos mientras dura la unión, pero puede haber una concepción también "moral" que sobrepasa lo puramente económico y tiene que ver con un compromiso más activo. La imagen del hombre proveedor hace que la forma más completa de ejercer esta responsabilidad sea asumiendo él solo la tarea de aportar ingresos para el hogar.

El esquema de la masculinidad tradicional entonces no está construido sobre un solo ideal, sino sobre al menos dos, que quedan al albedrío del varón: el de la proveeduría exclusiva del hogar (que le confiere autoridad sobre la mujer y los hijos) y el de ser un "hombre libre de ataduras", en realidad destinado a mostrar a otros varones que pertenece al mundo masculino, lo que supone gastar parte de lo que gana con ellos, en el ámbito donde esta imagen de la masculinidad halla su respaldo, y hacerlo en las actividades asociadas a ser macho, que es lo que se espera de él: beber, jugar y tener mujeres (Bastos, 2007). Se atribuye a los hombres un carácter más rebelde e irresponsable, y esto les adjudica la libertad de relacionarse social y sexualmente con quienes deseen. El término responsabilidad no se aplica a la vida extradoméstica, sino a las consecuencias que ésta pueda tener en el hogar, por lo que la pobreza dificulta el equilibrio entre las facetas esperadas del varón. Es posible llegar así al resultado de que la incapacidad de cumplir con el papel doméstico de proveedor lleve a un aumento de los comportamientos del "macho" como fuente de respetabilidad, entre ellos la violencia contra la mujer.

De algún modo, las mujeres participantes en este estudio aludieron a ese estereotipo, al hablar de la fatalidad de enamorarse de un patán que las abandonará después de embarazarlas. El estereotipo del "macho mexicano" creado por la cultura popular y la literatura lo describe como valiente, arriesgado en el amor, raptador de mujeres, violador, ranchero, armado con machete y cuchillo, borracho, parrandero y jugador, enamorador y prepotente (Leñero, 1983). Este machismo popular parece haber tenido gran relación con la Revolución Mexicana como periodo violento y de desgarramiento de los lazos

sociales, pero el mito subsiste, aunque no corresponda con la realidad de la mayoría de los mexicanos. A las mujeres les puede resultar funcional el mito del patán cuando buscan justificar el haberse embarazado a temprana edad, en contextos que ya no responden a la imposición de una pareja por parte de la familia extensa.

Cabe preguntarse, sin embargo, si el mito del "macho mexicano" no resurge también en épocas como la actual, donde se percibe ausencia de orden y la violencia masculina parece responder a lo que Segato (2017) nombró "complicidad entre varones" y el dominio del llamado "narcoestado". Lo mismo sucede con el mito de la madre abnegada, que según Leñero es una supuesta gratificación moral como contraparte idealizada del macho y una forma de "dignificar a la víctima", retratada como sumisa, entregada, constante, leal y sacrificada, y valora su fertilidad y disposición hogareña. El amor romántico se nutre de estos estereotipos, pero éstos también son convocados ante crisis de orden, como observó Davids (2017) en la historia mexicana, donde el mito de La Madre resurge en momentos de desorden social.

El modelo cultural que sostiene la dominación masculina, así como su contraparte, la sumisión femenina, queda, de este modo, matizado. Como se vio en capítulos previos, las mujeres pueden tener un poder en el hogar que permanece más o menos oculto en las fases iniciales de la familia, y hacerse más evidente conforme los hijos crecen. Sin embargo, la autoridad y el poder tienen reglas propias, por las que un hombre puede conservar parte importante de sus funciones a pesar de que su responsabilidad económica no sea significativa, mientras dura el modelo tradicional y también el romántico, sostenido fuertemente en la división sexual del trabajo. Cuando esta división se empieza a erosionar y con ella la mutua dependencia entre los sexos, a través del proceso de individualización y de la adquisición de poder por parte de las mujeres, aparece cierta "destitución masculina" que puede llevar a la violencia, o bien a la depresión y falta de cooperación por parte del varón. Existen observaciones psicoanalíticas, así como sociológicas y antropológicas, sobre cambios en las subjetividades actuales de hombres y de mujeres. Hoy en día las mujeres también temen perder el poder y los hombres, perder el amor. Ante el creciente número de mujeres que muestran deseos o destrezas "viriles" vinculados con el poder, la competitividad, la agresividad y la expresión del deseo sexual, muchos varones reaccionan con violencia o bien adoptando posiciones pasivas, feminizantes o infantiles, lo que genera en la sociedad cierta ansiedad por el temor a la pérdida de la ética del esfuerzo asociada con el padre burgués,

necesaria para el sostenimiento de las generaciones futuras. Es, por ejemplo, lo que Ehrenreich (citada por Evans, 2003) advirtió en Estados Unidos al observar una aparente deserción de los varones del modelo de proveedor en favor de uno de atractivo sexual, promovido desde las décadas de 1960 y 1970. La exigencia de inteligencia emocional para adaptarse a mercados de trabajo que demandan cualidades de seducción, buena presencia y empatía con el público ha hecho otro tanto.

Para algunas autoras, esa erosión de la "ética protestante" amenaza la cohesión y la energía social (Evans, 2003). Otras, en cambio, esperan con optimismo que a esa masculinidad "blanda" le suceda otra "reconciliada" (Meler, 2010), donde la adultez se combine con la flexibilidad necesaria en los papeles sexuales. Esto requiere, sin embargo, contar con ciertos recursos simbólicos que permitan hacer esa transición y abandonar el falso esencialismo que supone que "la" masculinidad equivale al estereotipo tradicional del "macho" y que lleva a muchas mujeres al lamento de que "ya no hay hombres". Lo mismo sucedería con las mujeres, una vez desencantadas del intento de ser "iguales que los varones", al imitar más bien el estereotipo, para sobrevivir en un mundo masculino: acumulación de conquistas, logros y poder, cosificación y apropiación del otro, etcétera. Veamos entonces cómo se posicionan las mujeres ante estas disyuntivas, no sin antes comentar algunos datos que resultan relevantes para el tema, basados en el cuestionario aplicado a la muestra de participantes.

En cuanto al uso de métodos anticonceptivos, que como se comentó permite disociar la sexualidad de la reproducción, es bajo: mientras 28% usa algún tipo de método, 67% no usa ninguno y 6% no responde. Por edades, se observa que 48% de las mujeres jóvenes usa algún método, mientras que 52% no lo hace, y de las mayores, 7% sí usa alguno frente a 82% que no usa ningún método anticonceptivo, además de 11% que no responde la pregunta. Por tipo de trabajo, de las mujeres que se emplean en trabajos feminizados, 23% usa algún método y 70% no usa ninguno, mientras que de las mujeres empleadas en trabajos masculinizados, 33% usa algún método y 63%, ninguno. En cuanto a las mujeres que se desempeñan en trabajos formales, 19% usa algún método y 81% no usa ninguno, mientras que de las mujeres que se desempeñan en trabajos informales 36% usa, 53% no usa y 11% no responde.

SIGNIFICADOS COMPARTIDOS SOBRE LA SEXUALIDAD, LA PAREJA, LO FEMENINO Y LO MASCULINO: LA NECESIDAD DE “UN COMPAÑERO”

Es posible observar coincidencias entre los distintos grupos de mujeres en relación con sus posicionamientos respecto de la sexualidad y la pareja. En general, las mujeres pueden adoptar la posición de buscar satisfacer, atraer y ser deseadas a cambio de protección, lo que coincide a grandes rasgos con el ideal del amor romántico, y también la de desear y ser activas en la sexualidad, orientando su deseo a la sensualidad con una pareja y no sólo a la ternura, más cercana al ideal de relación entre madres e hijos, pero, como pudo vislumbrarse en el capítulo precedente, predomina una preferencia por la posición de madre “dueña de los hijos” por sobre la de mujer “amante”, en una negociación con valores tradicionales difíciles de abandonar, aunque vivan esto con ambivalencia.

Para la mayoría, el sexo no es tan importante como el compañerismo, necesario para llevar la familia adelante. En todos los grupos, aunque con variaciones, se observa una tensión no resuelta entre la importancia de la sexualidad como disfrute propio y su valor como algo que se entrega a cambio de otras cosas, sea protección, amor, o beneficios materiales. El temor a una sexualidad más libre y menos vinculada con la reproducción o con los deseos de otro queda de manifiesto en la dificultad que muestran para hablar de su propia sexualidad.

En general, ante la pregunta por la sexualidad, suelen desviar el tema a los peligros que ésta puede implicar para sus hijas y entre los cuales el embarazo no es “lo peor que puede pasar”, sino a veces “todo lo contrario”. Las mujeres establecen una diferencia tajante entre la sexualidad “que se practica ahora como deporte” o incluso salud (para liberar tensiones), y la que ellas vivieron, algo ingenuamente, como parte del “enamoramiento” y del compromiso posterior con la maternidad, como se ilustra en el siguiente intercambio:

Alicia: O sea, yo así lo hacía [tener sexo], porque de veras había veces que

estaba tensa, entonces lo usas como un beneficio, entonces yo ni me enamoraba del cuate, ni me casaba con él, ni cosas por el estilo.

Pamela: Yo también.

Marcela: Pero ahora lo que hay, por ejemplo, y ya se está dando mucho, es enfermedad, ¿no? [todas hablan al mismo tiempo].

Marcela: Entonces ¿qué?, ¿tiene uno que… hablar con ellas [las hijas]?, ¿decirles?

Alicia: Ya un condón para ellos es el pan nuestro de cada día, yo los condones los conocí 20 años después de casarme.

Marcela: Sí, claro.

Gabriela: Ni siquiera yo conocía el condón de mujer.

Alicia: ¿A poco?, o sea, para ellos realmente es normal.

Es decir, manifiestan temor a la sexualidad, que trasladan a la de sus hijas y a los peligros que ésta implica para ellas, al tiempo que evitan hablar de la propia, en un performance de ingenuidad sexual: “a lo mejor los recién casados duermen abrazaditos, o uno encima del otro [risas]”. En este testimonio se puede apreciar otro ejemplo de ello:

Victoria: Yo le he dicho a mi hija, “es que no vale la pena, a lo mejor quién va a saber si sientes o no sientes hasta cierta edad, tienes 16 años, pero te digo una cosa, no vale la pena a esta edad, la sexualidad de la mujer como que es…, como que más adelante es más disfrutable, y de más joven no se siente lo mismo”, bueno, yo no sé, podría hacer una encuesta, ¿no? [se ríen].

Lilia: ¡Empezamos!

Marisol: Porque te embarazaste y dijiste “no disfruté”.

Victoria: Entonces le digo “no vale la pena, o sea, disfrútalo”.

Lilia: Pues no se dio cuenta y ya tiene dos [se refiere a un comentario anterior de Victoria que dijo que tuvo dos hijos y “ni se enteró cómo”, a lo que todas reaccionan con carcajadas].

En este intercambio parece predominar el mensaje contradictorio de que la sexualidad sólo se disfruta cuando el embarazo no representa un problema, pero no por usar métodos anticonceptivos, sino por tener una pareja menos incierta, que pueda asumir la paternidad. No queda claro si ellas disfrutaron o no de la sexualidad (proponen un poco en broma hacer un sondeo entre ellas, que no concretan), pero por otros comentarios, es posible suponer que muchas de ellas iniciaron la vida sexual muy jóvenes “para apartar marido”, como ellas dicen, o para obtener el cariño que no tuvieron en sus familia, motivo que adjudican a las jóvenes que amenazan con arruinarle la vida a sus hijos varones, pero que en ellas se disfraza de “enamoramiento”. Así, aconsejan a sus hijos cuidarse de “las niñas que buscan embarazarse para apartar marido”, como si los varones fueran objetos, o porque buscan el cariño que las mamás no les dieron, por estar distraídas u ocupadas.

No obstante, el trabajo remunerado y el ingreso que proporciona son el principal vehículo para empezar a separar la sexualidad de la necesidad de protección. Quienes tienen un ingreso, ya no creen que, sólo con un hombre al lado, pueden salir adelante, por lo que se burlan de las amenazas de sus parejas cuando les dicen que “nadie más las va a querer”. Lo que sí creen es que los maridos dicen estas cosas por miedo a quedarse solos, o a que se ponga en duda su masculinidad basada en el papel de proveedor. Algunas se separaron y tienen parejas nuevas, otras continúan con la misma pareja, pero aprovechan esa vulnerabilidad al “qué dirán” para negociar y exigir reciprocidad: “¿entonces qué vas a hacer para que yo no me vaya?”

Si bien la sexualidad no es un tema del que les resulte fácil hablar a estas mujeres, fue posible acceder a él en parte mediante preguntas sobre el significado de la infidelidad, ya que la discusión en torno a ésta permitió la emergencia de nociones compartidas sobre el “derecho de propiedad” característico del contrato de pareja, en contraste y en tensión con el ideal de la “libre entrega amorosa”.

Si en el modelo patriarcal clásico la fidelidad es obligatoria sólo para la mujer, en el romántico se espera que sea recíproca, aunque la infidelidad masculina se tolere y oculte. En las relaciones más "posmodernas", en cambio, se negocia en acuerdos de pareja que, dependiendo del grado de influencia en sus miembros, del narcisismo propio de la época, así como de muchos otros factores contingentes, puede resultar en relaciones más duraderas o más efímeras. La infidelidad femenina no es aceptada en los dos primeros modelos, donde la esposa es vista como propiedad, mientras que la masculina es tolerada en función de su supuesta sexualidad dominante y porque la mujer madre es "santa" y se la respeta. En el modelo de pareja confluente, en cambio, es necesario negociar las libertades sexuales de ambos. Puede haber un acuerdo de apertura de la pareja y las relaciones con otros u otras no ser vividas como infidelidad, pero hay una mayor ambivalencia e incertidumbre en la duración del vínculo y del compromiso. Como ya se adelantó, ninguna de las mujeres vivía o prefería vivir en este tipo de arreglos, e incluso las participantes jóvenes, solteras y sin hijos, manifestaron que preferían probar con distintas parejas, aunque no de forma simultánea.

Lo que se observa en todos los grupos es una queja generalizada por la desigualdad de hecho entre las libertades sexuales de hombres y de mujeres, pero, más que reclamar la misma libertad sexual que los hombres, lo que más bien desean es que ellos tengan menos. La queja sobre que los varones pueden salir de "parranda" y ellas no se vuelve dudosa cuando algunas dicen que resuelven el problema "tomando con él o invitando a parientes a tomar en la casa", estrategia que parece más orientada a "domesticar" al marido que a reclamar mayores libertades personales.

En los pocos casos reconocidos en que se dan relaciones extraconyugales por parte de las mujeres hablan de una búsqueda de amor (como dijo una de ellas, "si se llama amante es porque hay amor"), más que de un deseo de ser "hombreriegas", inversión de la palabra "mujeriego", que una joven participante utilizó para autodefinirse, por "salir con varios hombres". Cuando lo hacen, muchas buscan sentirse amadas y "bien tratadas", además de deseadas, algo que a veces no obtienen de sus parejas.

Sin embargo, en general, predomina una preferencia por "no correr el riesgo" de arruinar el matrimonio, ante la dificultad de encontrar hombres que reúnan esos requisitos, ya que, según ellas, la mayoría "al principio te habla bonito, te agarra y luego te suelta", ante lo cual es mejor un "malo conocido". Por otro lado,

comentan que conviene más ser “la esposa” que “la amante”, ya que “un casado siempre te va a hablar de su mujer”, que tiene más derechos y “un lugar más importante”.

En síntesis, la pareja ideal no existe, pero hay una pareja deseable, es quien las apoya, no detiene su crecimiento “para cubrir las necesidades”, y “jala parejo”. El cuidado del físico “para que no volteen a ver a otras mujeres” se justifica desde un discurso de autoayuda que aconseja “estar bien para dar más”.

Más que la fidelidad sexual, lo que la mayoría de las mujeres espera es la lealtad masculina, entendida como protección a la madre de los hijos, aunque la fidelidad sexual suele ser garantía de esta lealtad, ya que evita que el hombre tenga hijos con otras mujeres que eventualmente pueden volverse rivales de los propios en la competencia por los recursos del padre. Por ello, buscan esa fidelidad mediante diversas estrategias, desde “dar todo” como madres hasta invertir en el atractivo físico para evitar que “vayan a buscar sexo (o hijos) en otra parte”, dependiendo de los deseos de la pareja.

Esta búsqueda sigue la lógica del amor romántico, en tanto que garantiza seguridad económica si ella es financieramente dependiente, y la estabilidad del vínculo amoroso si ella es independiente. Cuando la independencia económica no es total, la fidelidad tiene ambos significados: seguridad económica y amor duradero pero, en general, se observa en la mayoría de las mujeres una tensión entre la necesidad, el deseo y el amor que, como se adelantó, las lleva a expresar respeto por el esposo en tanto autoridad simbólica en la familia, amor a ese hombre en tanto compañero, y queja y poder sobre él en posición de “hijo”.

Cuando reclaman la lealtad de los esposos, entonces, no lo hacen sólo por la necesidad de garantizar el sustento económico de sus hijos, sino también desde una posición femenina que espera el reconocimiento de ellos a su entrega amorosa, y que para muchas queda demostrado cuando se hace público, por ejemplo, cuando el hombre sale de paseo con la esposa “agarrados de la mano” (por más “fodonga” que sea), sin mirar a otras mujeres, señal de que “le da su lugar”. Para otras, en cambio, demasiada amabilidad es sospechosa (según el dicho “del tamaño del regalo es el pecado”), lo que muestra atisbos de cambio en las posiciones de las mujeres respecto de un amor romántico que las convierte en objetos para otros, abriéndoles la posibilidad de una reflexión más madura sobre su propia agencia sexual.

Si bien esta última postura fue más predominante entre las mujeres que tenían trabajos masculinizados y en algunas mujeres de mayor edad, en todos los grupos se suscitó debate entre la necesidad de mantener una ilusión de amor romántico o de complementariedad entre los sexos, tolerando la infidelidad masculina en favor de la unión familiar, o el deseo propio de tener una pareja donde la atracción sexual sea tan importante como la amistad y el compañerismo, lo que lleva a separarse si el varón consigue ambas cosas con otra mujer.

Con todo, permanece la ambivalencia sobre este tema en los distintos grupos de mujeres, lo que se manifiesta en la contradictoria valoración que hacen de los celos masculinos, que pueden provocarles alivio al demostrar que ellas son "las elegidas", o introducirlas en una pesadilla de control y vigilancia. El límite parece estar en la intensidad, las consecuencias para ellas y las intenciones de ellos cuando montan distintas "escenas" de celos. En cambio, existen dos cosas que ninguna de las mujeres dice tolerar de la pareja: la violencia y la existencia de familias paralelas.

Para la mayoría, se revela problemático asumir plenamente una erotización adulta de las relaciones de pareja, lo que implicaría un alejamiento de los estereotipos masculinos y femeninos idealizados, pero el deseo de relaciones de ese tipo no está ausente en las mujeres, a veces expresado de formas indirectas.

En las discusiones grupales surgieron todos los estereotipos culturalmente dominantes sobre los ideales femeninos y masculinos que entran en juego en la relación de pareja, como el de la madre abnegada —y demandante—, el del hombre "macho", que como se mencionó, habita en una zona de tensión entre los ideales contradictorios del padre protector y del hombre "fiestero", más cercano a un niño despótico que a un varón adulto, y el de la mujer "robamaridos" o "coscolina". El ideal de la madre abnegada se manifiesta no sólo en relación con los hijos, sino a veces también con los maridos, a quienes educan como si fueran niños, como se muestra en el siguiente relato donde el hombre aparece infantilizado:

Al principio sí [se resistía], porque venía con eso del machismo que venía de su casa y se enojaba y se salía, pero cuando regresaba "a ver, ¿por qué te enojaste?", "es que no te pareció" [como hizo una tarea], "no es que no me

parezca, es que no está bien hecho, lo hago yo y ves cómo lo hago y luego lo haces tú", "pero a fuerzas como tú quieres", "no, no es como yo quiera, es como debe de ser, a ver, hazlo tú ahora, a ver ve ¿está bien?", "no, pos no" y ahora ya él lo hace bien.

[Otra comenta:] "se reeduca, al hombre se le reeduca", y [una más:] "somos el pilar de ellos, si nos derrumbamos, ellos se derrumban".

La tarea de reeducación es para contrarrestar la mala educación que los hombres recibieron de sus madres. También tratan de educar a sus propios hijos de distinta manera, pero "para que no sean flojos y no dependan de nadie", ya que en la nueva generación de mujeres es difícil que encuentren a una deseosa de "hacerles las cosas", dicho con cierta ambivalencia valorativa. El "macho mexicano", en sus apreciaciones, lejos de ser un hombre fuerte y autosuficiente, se revela como un sujeto débil, necesitado y vulnerable, que exige atención, pero su poder depende de la sumisión femenina, algo que, según opinan, "ya ha cambiado".

Ese cambio muestra que no hay nada de natural en las disposiciones masculinas y femeninas idealizadas. Sin embargo, también hay cierta ambivalencia al respecto cuando hablan de las habilidades innatas de las mujeres para educar, cuidar, "ver en tercera dimensión" (ver muchas necesidades al mismo tiempo), ser más honestas, comprometidas, limpias, ordenadas y responsables en el trabajo; al mismo tiempo, aceptan que estas capacidades son conscientemente construidas por ellas para demostrar su valor social en un mundo que las discrimina.

Otra de las coincidencias entre los distintos grupos se relaciona con los significados compartidos sobre el tiempo para sí. La dialéctica entre "ser para sí" y "ser para otros", que da cuenta del alcance de los procesos de individualización de las mujeres y de la legitimación de sus propios deseos, también surgió en parte a través de las respuestas de ellas a la pregunta sobre qué "hacen en su tiempo libre", entendido como "tiempo para sí", es decir, el que se dedica al enriquecimiento del "mundo privado", en contraposición tanto con el que se dedica al mundo "doméstico", mediante el trabajo de cuidados, como el que se dedica al mundo "público" (Murillo, 1996), a través del trabajo remunerado.

La gran mayoría de las mujeres declara que casi no tiene tiempo privado, y cuando existe es sinónimo de desahogo y liberación de tensiones. Son pocas las que hacen espacio para actividades de disfrute propio y personal, como hacer ejercicio, bailar, salir con amigas o con la pareja, las más mencionadas en ese orden; pero a veces salir con la pareja también es “trabajo”, ya que algunas encargan a sus hijos para salir con el esposo “porque hay que atender todo, sin descuidarlo”. Para la mayoría, el tiempo estrictamente privado es algo que se negocia, con mayor o menor éxito, dependiendo de sus situaciones familiares y laborales, y se advierte también aquí que el discurso de la libertad respecto de la familia proviene de cursos de autoestima y de superación personal donde se les enseña, por ejemplo, a “no sentir culpa” por dejar a los hijos y salir solas.

SIGNIFICADOS DIVERGENTES SOBRE LA SEXUALIDAD, LA PAREJA, LO FEMENINO Y LO MASCULINO: ENTRE EL RECONOCIMIENTO DE DESEOS SEXUALES Y LA NECESIDAD DE “RELACIONES DURADERAS”

Dentro del proceso de cambio subjetivo vinculado con el género y la sexualidad, que es posible advertir en todas las mujeres participantes, existen variaciones importantes en relación con la pareja, la sexualidad y los significados de lo masculino y lo femenino, comenzando por el tiempo e interés que cada grupo de mujeres dedica a discutir esos temas, y continúa con las divergencias en los significados que les otorgan, como se muestra a continuación.

Pareja y sexualidad

Las mujeres jóvenes sin trabajo remunerado son las que más enfatizan que la pareja es importante, en primer lugar, como apoyo para la educación de los hijos. Aunque los maridos no “ayuden” mucho en la crianza, su presencia es clave como figura de autoridad y para que ellas no se sientan solas tratando de sacar adelante a los hijos. Algunas mencionan fugazmente la necesidad de intimidad y de apoyo moral en su responsabilidad de educar a los hijos (“que le puedas platicar de tus hijos y no te juzgue”), lo que compensa ampliamente la principal desventaja de tener pareja —y que “se sufre más cuando no se tienen hijos”—, que son los celos de él y la pérdida de libertades personales de ella, especialmente para salir y trabajar.

Sin embargo, se adhieren a este modelo tradicional, ya que cuestionan a la mujer que “ya no quiere el matrimonio porque no lo necesita para tener sexo”, haciendo una clara distinción entre el sexo y el amor duradero. Esa afirmación es curiosa, si se considera que una gran proporción de ellas se unió a la pareja después de quedar embarazada, y que ven esos matrimonios como producto del deseo de salir de la casa o de tener sexo, pero también los asocian con la

violencia y con una vida de sacrificios, pero comparan ese sacrificio con la liviandad de las nuevas generaciones, que “nunca tienen dinero” porque gastan en viajes y diversión, sin responsabilidad alguna.

Las mujeres de más edad dentro de este grupo son las que más se explayan sobre el tema. Afirman que el modelo del sacrificio funciona “si te toca un buen marido”, es decir, que trata bien a la mujer y la provee. Una de ellas comenta que el suyo es así, y las demás bromean con quitárselo, a lo que ella contesta: “no, es mío”, y todas ríen. Si él provee hay que servirlo, dice una mujer que recomienda a sus hijas ser “vaquetonas”, es decir, tener al hombre a su servicio como trabajador y dedicarse al hogar. Las estrategias para mantener este modelo, o su apariencia, se muestran claramente en el siguiente pasaje de la discusión:

Pamela: [La hija le dice a su marido]: “Arturo, ¿por qué le pediste a mi mamá agua? Párate y sírvete”, le digo “hija, hay que apapacharlos de vez en cuando, para que tú tengas todo, hija”...

Alicia: Yo cuando el otro no me daba nada, yo no le servía ni madres [se ríen todas], pero, por ejemplo, éste que sí trabaja, sí me da, a éste sí, “¿quieres un café?” Soy como servicial.

Pamela: Es cuestión de corresponder.

Alicia: Ajá, me dice mi hija “oye, que Javier no sé qué” le digo “cállate, cállate porque él es el proveedor” y hasta me dice “y el señor proveedor, ¿a qué horas va a llegar hoy?” [todas se ríen] porque sí es cierto, oye, yo como que lo estoy cuidando, porque digo, “oye güey, me llegó un proveedor, pues ahora lo voy a apapachar”, entonces yo ya volteé los papeles, pero antes como yo era la de la lana y la que trabajaba, yo llegaba y el otro más bien me daba a mí de cenar o así.

Moderadora: ¿O sea que mandabas?

Pamela: No, no tanto como que mandas, digo, por ejemplo, antes sí siempre decía, “oye, amor, ¿me dejas ir acá?” y me decía una amiga delante de mi esposo, “¿para qué le pides permiso?, ¿qué es tu papá? Vámonos, amiga”. O si no luego, “vámonos a tomar un café” y le digo “no, porque va a llegar Omar y le tengo que dar de cenar”, “ay, amiga, déjale su biberón y vámonos”. Entonces sí

se puede hacer todo, puedes ser buena esposa y también tener tiempo para ti, y eso lo vas adquiriendo o lo vas ganando con el tiempo.

Consideran que es importante tener pareja, pero la ven más como un apoyo moral, y de preferencia económico, a quien hay que saber manejar para no sufrir. Disculpan a las mujeres que quieren una pareja sólo para tener sexo, pero no para convivir, sólo "si ya estuvieron casadas", es decir, si asumieron alguna vez la responsabilidad de un matrimonio:

Mirta: Como unas amigas que están ahorita solteras, de mi edad, me dicen, "cómo me gustaría tener dos horas al día, de 8 a 10 y luego que se largue a su casa" [todas se ríen], porque trabajan, hacen todo, no les tienen que lavar los calzones, no los tienen que aguantar, de 8 a 10, felices de la vida, "mua, mua, bye".

Alicia: "Ay, no, no" [todas hablan al mismo tiempo].

Mirta: Pero ya son divorciadas, ya todo, o sea, hago la aclaración.

Sara: Volvemos a lo que yo les digo, sépanlo manejar y miren, de veras, de veras, yo no sufro [para esta mujer, "manejar al marido" es "dejar que la ayude"].

Algunas mencionan la vida sexual como una necesidad, pero enfatizan más los beneficios de tener "un compañero" que les evite las incomodidades del "qué dirán" en un "mundo de parejas", que teme a la mujer sola por ser potencial "robamaridos". También es importante tener un compañero para la vejez, porque los padres "nos morimos", los hermanos ya viven lejos, y "la soledad es muy cabrona".

Alicia: La única en el fraccionamiento que era mamá soltera era yo, y la verdad era muy difícil porque te cuesta mucho trabajo integrarte a un mundo de parejas,

o sea, el mundo es de parejas; entonces es muy complicado cuando tú eres el divorciado, el solo, porque también las parejas tienden a tener miedo…

Sara: De que les quites [todas dicen: “claro”].

Alicia: Miedo de que seas más atractiva, porque pues uno es más atractivo porque tienes más tiempo para ti, o lo que sea.

Es curioso notar en este pasaje que la mujer se nombra en masculino para referirse a características o situaciones que son más aceptadas en un varón: estar solo, divorciado, tener tiempo para invertir en el atractivo físico, todo lo cual alude a la disponibilidad sexual.

Existe cierto consenso grupal en que “una pareja es como un amigo, pero con un compromiso más trascendental”, esto es, alguien que cuida y que “está al pendiente por si te pasa algo”, es decir, una figura protectora. Otras piensan más bien en un compañero como alguien que está “aunque sea para platicar, o para pelear”, porque “es feo estar sola”.

Cuando se les pide que imaginen a la pareja ideal, primero afirman que no existe y después la describen como una pareja donde hay respeto, pero se refieren a ellas mismas más que al hombre, a cuya caracterización se dirigía la pregunta. El discurso de la autoayuda —que consumen en distintas presentaciones— funciona aquí como soporte de la decisión de conformarse con la pareja “que les tocó”:

Sara: El respetar a tu pareja tal cual, porque no la vas a cambiar a tu manera de ser (...) por ejemplo, yo sí me llego a enojar mucho, pero le tengo mucha paciencia a mi marido; hay ocasiones en que digo, ay qué buena gente, pero hay días en que digo ay, es la persona más odiosa, no la quiero ver; entonces yo me hago a un ladito y trato de respetar, digo, me respeto el que ahorita estoy de malas y no lo soporto, y me hago a un ladito, y yo digo que el respeto es la base de todo [todas asienten con la cabeza].

Mirta: No, y lo más importante, o sea, queremos el reino, pero nosotros ¿qué vamos a dar?, porque a lo mejor te llega el rey, pero nosotros no le alcanzamos al

rey.

Gabriela: No somos la reina que él necesitaba.

Mirta: Exacto, entonces mejor ¿yo qué voy a dar?

Pamela: Si eso es lo que dice, aceptarlo.

Amar es “alcanzar al rey”, entregar, aceptar, hacerse a un lado, “ser permisiva”. Sólo una se atreve a decir que la pareja ideal es la que “te da tu espacio, respeta tu individualidad, tiene buena comunicación”. Ante esto, insisten en la necesidad de esforzarse por aceptar al marido como es, pero introducen la ironía: “ya después de 35 años la sigues viendo bonita [a la pareja] porque ¿quién te mantiene con cuatro hijos?” [se ríen todas], pero “ya en serio”, comentan que después de 35 años lo que mantiene unida a la pareja “como un engrane” son los hijos, y el esfuerzo de ellas por recordar “los momentos bonitos” para calmarse en situaciones de enojo.

Uno de esos recuerdos, que surge en la discusión, es el día de la boda, momento en que todos “te abrazan y te aconsejan que aguantes y nunca te vayas a dormir enojada con tu marido”. Dos de ellas opinan que “a veces sí hace falta que te duermas enojada” pero en seguida las neutralizan, insistiendo en que, con calma y amor, todo se supera. Esto se traduce en estrategias para tener al marido contento: “¿viene de malas?: ‘oye, te hice esto, amorcito’; yo para todo tengo el ‘amorcito’, funciona como un escudito, muchachas”. Para esta mujer, los valores tradicionales funcionan como una defensa contra lo que percibe como un egoísmo exacerbado en la actualidad: “lo que pasa es que yo digo que ya venimos desarmadas, las mujeres de ahora ya venimos de ‘ah, ¿sí?, ¿te quieres enojar?, a la fregada, yo no tengo por qué aguantarte, y nosotras no, nosotras todavía traemos el patrón de las abuelitas, de que ‘lucha por tu matrimonio y dale esto’”. Esta misma mujer, que odiaba de niña el trato agresivo entre sus padres, decide que esa no es la vida que ella quiere llevar y paradójicamente le dice a su marido que ella nunca se va a enojar:

Y se los juro, yo a mi marido una vez le dije, “¿sabes qué?, dos cosas en la vida voy a hacer contigo: nunca jamás te voy a correr de la casa, así estemos peleados

y otra que no me voy a enojar contigo", "ay, cómo crees", "no, no me voy a enojar contigo", y les juro que el "amorcito" ese de "ay sí, amorcito, que no sé qué", aunque le estés mentando la madre [todas se ríen], les funciona, entonces llevas la fiesta en paz, por beneficio de tus hijos […] y ahí, ¿saben qué va a pasar?, que tu marido cuando te quiera engañar lo va a pensar no una, ni dos, ni tres, yo se lo he dicho a mi marido, "en la calle te vas a encontrar mujeres guapísimas, jóvenes, una hermosura, miss mundo si quieres, pero una Sara, jamás, y ¿sabes quién va a perder? Vas a perder tú". Entonces eso de que lo estés celando y le estés haciendo jaladas y eso, déjalo, solito el regresa contigo.

Aguantar para que no se vaya, por los hijos, es la estrategia de estas mujeres que decidieron luchar por el matrimonio al estilo de "las abuelitas", porque "duran más". Algunas comentan que "en todo hay que luchar", que ellas afortunadamente no son de las que tienen que enfrentar el machismo del marido que no las deja salir a trabajar, pero que, si bien las mujeres mexicanas "ya se están soltando el chongo, gracias a Dios", todavía muchos hombres les hacen sentir que son de su propiedad y les ponen trabas. Otras, en cambio, insisten en que se están perdiendo los valores y que es la ausencia de la mamá en la casa ("al pie del cañón"), así como las separaciones provocadas por el deseo de las mujeres de trabajar, lo que fomenta las adicciones de los jóvenes, porque las madres quieren compensar su falta de atención con bienes materiales que los niños no están preparados para manejar (típicamente el celular).

Una de ellas cuenta que "salió embarazada" y como todos le advertían que no se casara porque era un patán, ella se propuso cambiarlo: "a éste lo cambio porque lo cambio" [todas asienten]. Otra cuenta que le dice a su marido: "¡ay!, ¡qué ricas que te quedan las tortas!" y con esto logra que él las prepare y ella "hacerse chiquear". Son astucias para "domar a la fiera", que consisten en consentirlo para hacerse consentir luego ellas, de vez en cuando: "Al marido se lo educa, todo está en que la mujer sea astuta y lo sepa manejar", comentan.

Una variación de este modelo es la que presentan las mujeres jóvenes con trabajos feminizados informales, quienes bromean sobre la posibilidad de no tener pareja, especialmente si ésta responde al modelo de la "posesión": "ese afán de decir adónde fuiste, con quién fuiste, ese es el problema, por eso me voy a divorciar". Parecen expresiones de deseos, pero van seguidas de risas, de ahí que el sentido quede ambivalente. Para dos que están solteras y estudian una

licenciatura, la pareja ideal es aquella en la que ambos comparten el dinero, tratan bien al otro, “hacen de comer rico para los dos”, no se casan, sino que se juntan, no tienen hijos o los tienen a los 34 años (pero no a los 40) cuando ya tienen una casa y recursos, y no tienen más de dos hijos. Aparece una ambivalencia porque quien defiende este modelo dice ser “conservadora”, porque está a favor de “tratar bien al hombre” (quizá asociando lo liberal o radical con un discurso feminista hostil a los hombres), aunque habla de reciprocidad en ese buen trato: “que ambos cocinen rico para el otro”. Ante esto, el grupo coincide en que “son otros tiempos”, ya que antes las mujeres se casaban pronto “porque no las dejaban salir de la casa”.

Ante la pregunta por la sexualidad, hablan del temor que les produce la sexualidad de sus hijas, pero dicen ser abiertas con ellas sobre la necesidad de usar métodos anticonceptivos, a diferencia de sus padres y madres, que les inculcaron culpa y miedo. Pero predomina la ambivalencia en el discurso sobre la sexualidad. Mientras afirman por un lado que “las mujeres ya podemos decidir con quién y cómo ejercer nuestra sexualidad”, “ya no hay la culpa o el miedo a la sexualidad que nos transmitían nuestras madres”, “existen formas de cuidarse” y “está muy bien que se las enseñen en las escuelas” (lo que alivia a algunas, porque sus esposos no les permiten hablar de sexualidad con sus hijas para no “aventarlas”, o a ellas mismas les da pena), por otro lado, parecen creer en una especie de fatalidad que vincula la sexualidad femenina con la reproducción y que no es autónoma o elegida: “me dices que no le hable de sexualidad, pero, ¡tú me robaste a los 16!” A final de cuentas, sostienen, peor que un embarazo es una enfermedad de transmisión sexual, porque a diferencia de ésta, al bebé finalmente se lo acoge con alegría en la familia. El resultado, como ya se comentó en el capítulo anterior, es que hablan de sexualidad “a medias” con sus hijas: “no le digo a mi hija que vaya y pruebe los condones, sino que ahí están, pero él puede no querer usarlo porque le aprieta, porque ¡hay cada ideología que tienen los hombres!” Todavía persiste en ellas la influencia de la ideología de las abuelas, que asociaban el uso de métodos anticonceptivos con el riesgo de ser abandonadas. Creen que los hombres siguen siendo los que deciden o pretenden decidir (por ejemplo, cómo deben vestirse ellas para no provocar a otros), y aunque afirman que ya no les hacen caso, la ambivalencia sobre la agencia sexual femenina persiste:

Sandra: Incluso alguna vez recuerdo que yo quería que mi pareja utilizara un

preservativo, un condón, y mandé a una amiga a preguntar cuánto costaban los condones [a ella le daba pena]…

Graciela: Cómo se ponen.

Sandra: Jajaja bueno… jejeje… pero en realidad le dieron como mil sabores y formas, y yo dije "pues ahí muere, mejor al natural", ¿no?

Patricia: Yo pensé que ibas a decir "todos los sabores" [todas se ríen].

En este grupo el tema de la infidelidad produce un intenso debate. Para algunas, la mujer debe perdonar la infidelidad si el hombre se muestra arrepentido y cambia, pero hay consenso en que siempre persiste la duda. El mayor dolor que causa la infidelidad es el menosprecio que ellos hacen de su entrega total o de su capacidad ("me creyó tonta"), lo que las hace sentirse desvalorizadas: "te di hijos, te di mi juventud, te di esto, te di lo otro, nadie te va a dar lo que yo te doy".

Casi todas coinciden en que más que la infidelidad, lo que duele es la deslealtad, es decir, la falta de gratitud ante la entrega, la falta de reconocimiento de ellas como esposas y madres, que no las "hagan sentir valiosas". Hacerles regalos o salir de paseo en familia parece ser una prueba de que "les dan su lugar" porque muestra a los demás quién es la elegida ("si se casó conmigo, es por algo"). Al respecto, una de ellas relata un episodio de infidelidad cuando ella estaba embarazada y dice que lo perdonó por amor y porque él lo remedió con gestos de cariño, de los que se muestra muy agradecida. Le quita responsabilidad a él diciendo que fue el peor golpe que le dio "la vida". Algunas se burlan de ella sugiriendo que los hombres infieles no se corrigen: "vístelo, vístelo para que otra lo desvista" [carcajadas]. Perdonar la infidelidad, entonces, parece significar "hacerse de la vista gorda". Los regalos de él pueden significar arrepentimiento, pero también culpa por seguir siendo infiel.

Asimismo, en este grupo aparece la ambivalencia sobre el supuesto carácter natural del amor y la entrega en las mujeres, y la infidelidad en los hombres. ¿Las mujeres son abnegadas por amor o por mandato social? La existencia de mujeres "que abusan", "piden sin dar", "rompen hogares" y son infieles es prueba del carácter social y no natural de la abnegación y la entrega femeninas. La infidelidad en ellas existe, pero no es perdonada como lo es la masculina, si

son descubiertas, algo poco probable, dado que mientras ellas detectan en seguida la infidelidad de los maridos, “porque son bien mensos”, por esa misma razón ellos no se dan cuenta cuando ellas les son infieles: “gracias a Dios no se dan cuenta” [todas se ríen].

Ante la poca probabilidad de que los hombres les sean fieles, algunas dicen preferir gozar de las mismas libertades sexuales: “yo mejor lo desvisto y que otra lo vista”, “ya no le compro perfumes para que otra lo huela, todo es para mí”. La desconfianza impide la reciprocidad. Después de una infidelidad, ella puede tomarse otras “libertades”, como salir de la casa aunque él esté presente, o negarse a tener sexo. Sin embargo, el límite parece que ellos lo ponen, porque a la pregunta sobre cuándo dicen “basta” de abnegación, responden “cuando das todo y no recibes nada a cambio”, “cuando se van con otra”, “cuando pierden interés por ti”, “cuando no valoran absolutamente nada de lo que haces”, “cuando no te respetan o no te apoyan”.

El “contrato” parece romperse cuando esta deslealtad excede los beneficios que reciben de la pareja. Pueden separarse o permanecer con ellos, pero su vida ya “no gira en torno a él”. Hay consenso en que esto ocurrirá tarde o temprano porque “todos están cortados con la misma tijera: son desleales; no infieles, son desleales”. Las más jóvenes y solteras les preguntan a las que tienen muchos años de casadas y ya se han desilusionado, por qué se quedan con sus maridos. Algunas responden que por amor o por “humanidad”, otras reconocen que por miedo a empezar de nuevo y a que les toque “domar otra fiera” sin garantía de buenos resultados.

Cuando se les pregunta provocadoramente cuánto dura la “sumisión”, curiosamente responden sobre la ilusión del amor, como si fueran sinónimos. Las respuestas van desde los 5 a los 20 años, periodo en que dura la fantasía de la lealtad, la valoración, la reciprocidad y el compromiso en la pareja, pero finalmente son ellos quienes deciden si terminan la relación: “en el momento que tú digas que no podemos estar juntos, pues adiós, cada quién por su lado, pero cuando tú lo necesites ahí voy a estar”. Esto más que sumisión parece ser una estrategia para garantizar apoyo mutuo, como se comentó antes.

Para la mayoría, el sexo no es tan importante como el compañerismo. Sólo una minoría dice que sin sexo no hay nada en una relación de pareja. Otras dicen que es importante, pero para evitar “que lo busquen en otro lado”. Muchas piensan que las mujeres, a diferencia de los hombres, no necesitan tener relaciones

sexuales. Ellas les dejan ver a sus maridos que tienen pretendientes, que en su trabajo hay muchos hombres o que les chiflan por la calle, para darles celos, y como advertencia de que también pueden ser infieles. Siempre existe el prejuicio de que una mujer consigue trabajo o dinero intercambiándolo por sexo, y ellas lo aprovechan "para que no se sientan tan seguros". Este estereotipo, por lo demás, es compartido por las propias participantes del grupo, que bromean cuando una compañera comenta que consiguió un trabajo muy rápido.

En este debate hay una especie de empate entre la postura según la cual las mujeres no necesitan tener sexo como los hombres, y la que sostiene que el sexo es importante para las mujeres, más allá de la reproducción. Las primeras proponen en broma hacer otra reunión para "entrenar" a las jóvenes sin hijos que se mostraron más "liberales" a valorar el matrimonio y la maternidad, ya que una de ellas afirmó que la conclusión que había sacado de la discusión era: "cero casamiento, y cero hijos". Las demás les contestan que "los hijos pagan" con satisfacciones, y les aconsejan no descuidarse, no descuidar a la pareja para que no les sea infiel, aguantar la infidelidad, tratar al hombre con mucho respeto, y no ser cabrona con él porque "después todo se voltea"; pero, en todo caso, el casamiento trae compromisos, por lo que coinciden en que es mejor dejarlo hasta cumplir los 30 años.

Otra variante en los significados de la pareja y la sexualidad es la de las mujeres mayores con trabajos feminizados informales, quienes coinciden también en que la pareja ideal debe ser un "amigo", alguien en quien confiar, pero lo definen como lo contrario de un hombre que se quiere aprovechar de la mujer y quitarle su dinero. Señales de alguien confiable son la comunicación (que se pueda hablar con él de los problemas), el compañerismo (que te acompañe a donde tienes que ir), la lealtad (que no te deje cuando estás "abajo", que remen juntos) y la reciprocidad (si ella lo apoya cuando él está desempleado o enfermo, él debe hacer lo mismo).

Por otro lado, aparece una idea novedosa respecto de una sexualidad no subordinada a la familia cuando discuten sobre la posibilidad de "comprar" a hombres más jóvenes con dinero, lo cual, según opinan, es muy condenado por el "qué dirán", aunque comienza a aceptarse. Comentan que existe todavía una doble moral sexual por la cual un hombre mayor sí puede "formalizar" con una mujer más joven, pero no a la inversa. Se "paga" por tener un/a amante joven, pero esto es más riesgoso para la mujer, ya que hay mayor sospecha de que el joven está con ella sólo por interés y que la abandonará en cuanto el arreglo deje

de resultarle beneficioso. En el caso de la mujer joven, es más fácil formalizar la unión con un hombre mayor, pero esto, contrario a lo que éste cree, no significa necesariamente amor. La formalización puede ser por interés. Ella puede tener amantes sin dejar la relación, lo que ocurre con más frecuencia en el caso de los varones. Señalan que es el machismo el que rige el "qué dirán": si una mujer tiene un amante más joven será señalada, como no lo será un hombre en la misma situación con una mujer joven: "las mujeres reproducimos ese machismo cuando pensamos que la mujer está comprando el amor de un hombre joven que al rato le va a poner el cuerno, o cuando decimos que si obtuvo un ascenso en el trabajo seguramente es porque se acostó con el jefe". Es como si se desconfiara cuando una mujer obtiene cosas que están fuera de su alcance "legítimo". El propio grupo reafirma este prejuicio cuando una de ellas señala que "como la mujer ya está muy preparada ya no se ve tanto eso de que asciende por otras razones […], aunque les pagan menos, ya pueden competir por los mejores puestos".

De todas maneras, aunque aceptan que la mujer ya tiene más libertad sexual y puede hacer lo que quiera si eso la hace feliz ("para juzgar, sólo Dios"), regresan a la condena de las relaciones con personas jóvenes, cuyo "castigo" es que las dejen por otras. En estos casos, la mujer siempre será más señalada, "y si tiene hijos, peor".

La mayoría tiende a oponer el erotismo al amor "verdadero" o maduro, pero con ambivalencias. Usando el discurso de la autoayuda, una se declara "co-dependiente de su esposo" a quien "admira" y considera "como un amigo", porque todos los días a las ocho de la noche se van juntos a tomar café. Ella dice que la sexualidad se calma, y que el esposo le reclama que le interesa más el café que él [todas se ríen fuerte]. Para la mayoría, el amor después de unos años pierde la pasión. Hablan de dos a tres años, algo que también probablemente escuchan en cursos de autoapoyo. Para unas, se convierte en "verdadero amor" y para otras es señal de que los hombres "ya no pueden", no saben darles placer, o que ellas ya no tienen más deseos, o no saben pedir lo que les gusta:

Estela: Sí, a los tres años se va calmando, muchas veces por tantos años ya se va volviendo algo así como que muchas tenemos miedo a decirlo, o ya no puede, porque la verdad, ellos hasta los 25 años ya no pueden, de verdad ¿eh?, y pues hay muchos problemas de esos, y muchas parejas no lo dicen, o muchas veces

como quien dice, te pones como servilleta y aquí estoy, entonces ¿dónde quedan tus deseos?, ¿cómo sacas eso?

Aída: Es parte de la frustración que tienen las mujeres.

Estela: Muchas veces somos así, digo, yo nunca lo hice ¿eh?, pero la verdad, se conoce, que te pones así, como planchita, de que aquí estoy, ¿no? Y así como termina, como empiezas terminas, y él se sació en sus dos segundos.

También comentan que hay muchos matrimonios que siguen las ideas católicas según las cuales tener relaciones sexuales más de una vez al mes es pecado, y comentan haber cuestionado estas creencias gracias a libros de sexología y cursos de autoapoyo, que les enseñan a luchar contra la dependencia, la pasividad sexual y la sumisión al marido.

Las mujeres jóvenes con trabajos feminizados formales ven a la pareja ideal como un hombre que las valora, las quiere y las cuida, lo que remite a la necesidad de una figura protectora, pero advierten que los hombres no son así: "ya ni en novelas, ni en cuentos de hadas ponen al príncipe azul". Ante la imposibilidad de ser las elegidas de un hombre poderoso, que les permita encarnar el ideal del ama de casa y madre, piden serlo de un hombre que las valore y cuide, aún como algo precioso: si no puede "ponerte casa, coche y sirvienta", que "te consienta, que te quiera, que te trate bien y valore lo que tú haces". Si sale de parranda, que no lo haga cada semana (que no sea borracho), y "que no llegue de madrugada; tiene que respetar la casa".

En estos dichos es posible ver la ambivalencia de las mujeres ante su deseo de ser las elegidas del tipo ideal del Hombre dominante que, como ya se comentó, se encuentra en medio de una tensión entre las demandas de proveer a la esposa y los hijos, y las de demostrar virilidad ante otros por medio de la vida fiestera entre varones, y el deseo de un compañero con quien compartir las vicisitudes de la vida, algo que las coloca entre dos posiciones incómodas para ellas: la de mujer y la de madre de la pareja. Comentan así que "hay que educar al marido cuando todavía es tiempo" y lo hacen igual que con un niño, fingiendo enojo para que "colabore".

Opinan que a diferencia de los varones, las mujeres pueden decidir si tener o no amantes, y se sienten atraídas por hombres no necesariamente guapos, sino con

mayor nivel educativo o económico: “cuando yo era más joven trabajaba en otro lado; hubo ingenieros, arquitectos, que ‘vámonos a cenar’, y como dices ‘el diablo es el diablo’, la tentación está ahí, la cosa está en que tú decidas que no, y se acabó”. Pero dicen preferir tener “un hombre por vez”. Su decisión está entonces en dejar a uno por otro, o bien quedarse con el “malo conocido”: “uno piensa en los hijos”, “ya domé una fiera durante siete años y llega otra fiera y dices ‘¡ay! ¡en la torre!’”; “regreso y sale peor”, “dejas lo más por lo menos”; pero no parecen estar muy de acuerdo con la libertad sexual de las mujeres. Hacen una clara distinción entre ser madre soltera (casi como una fatalidad, producto del enamoramiento) y “ser una loca”, alguien a quien le gusta “andar con uno y con otro”. Ser madre, en cambio, dignifica la sexualidad.

Ante la pregunta por la importancia de la sexualidad, sólo tres dicen que es importante para la pareja y que con el tiempo la disfrutan más porque “ya no es simplemente la satisfacción del hombre”. Una de ellas comenta que se “re-virginizó” porque hace mucho tiempo que no tiene sexo. A varias les preocupa y les apena un poco no tener el cuerpo legítimo, por sobrepeso, pero comentan que a sus maridos no parece importarles.

En contraste, de manera curiosa, casi todas las mujeres mayores con trabajos feminizados formales valoran la sexualidad, algo que no se cubre con el amor de los hijos. Mientras algunas lo consideran una necesidad biológica “por las hormonas”, otras sostienen que permite “evitar enfermedades” como el cáncer, que es también producto de “frustraciones y rencores”. Otras opinan que con el tiempo, el erotismo se acaba y que no se necesita tanto el sexo, aunque sí el compañerismo. Sin embargo, algunas hablan de fantasías con hombres atractivos y famosos, pero imposibles: “a mí me gustan grandotes, seño, y morenos, por eso me gusta George Michael, pero es maricón [todas se ríen] pues qué tiene si no me ve, eso no quiere decir que no me dé un taquito y me alegre, y me imaginé que andaba con él, pero pues, no es apto para uno”. Son pocas las que admiten tener deseos sexuales de este tipo. En general, opinan que una mujer no debe ser “tan liberal”. El matrimonio es lo adecuado para las mujeres: “gracias a Dios mis hijas se casaron”.

Las mujeres con trabajos masculinizados, en general, son las que más divergencias muestran con las demás en temas de sexualidad, pareja, ideales femeninos y masculinos, aunque no son diferencias radicales. Cuando se les pregunta a las jóvenes con trabajos masculinizados informales por su sexualidad, específicamente por la libertad sexual que tienen respecto de la generación

anterior, hablan de la planificación familiar y de la posibilidad de elegir el número de hijos y no (como antes) “tener todos los que Dios mande”. Aunque muestran ambivalencias respecto de la libertad para decidir, todas dicen haber usado métodos anticonceptivos desde el principio de sus relaciones de pareja, y varias han logrado que sean ellos quienes se cuidan para evitar embarazos no deseados:

María: Sí quería tener hijos, pero nada más una, precisamente por no haber terminado una carrera, no tener la suficiente economía en ese entonces, bueno gracias a Dios llegó otra y ya hablé con mi esposo “¿sabes qué?, pues hasta aquí, pero yo no me quiero operar”, porque yo sí soy de las chillonas gritonas y dije “ya no más”, y él se operó y no hubo ningún problema, no pasó nada, no fue menos hombre, al contrario.

Norma: En eso yo estoy.

María: Sí también la masculinidad del hombre, al ceder, “tú a lo mejor porque ya sufriste en un parto, sufriste cada que te baja la menstruación, yo lo voy a hacer esto por ti, por cuestión de cariño, por cuestión de afecto, porque te amo y porque quiero que estés mejor”.

Ya no se puede tener tantos hijos, no sólo por la economía, sino para atenderlos mejor y no estar “todo el día gritando como neurótica por tanto chamaco”. Este cambio de actitud hacia la crianza ha propiciado un cambio en las parejas: algunos maridos accedieron a hacerse la vasectomía y “eso no los hizo menos hombres”. Hacerse la vasectomía “por amor a ellas” los hace más hombres, pero también se refieren a la vida sexual, que no ha mermado como algunos hombres temen, pero que ellas también disfrutan, como se aprecia en algunos comentarios:

Marisa: Como que hay el mito de que, si el hombre se opera, ya no es hombre.

Erika: Que ya no tiene la misma sexualidad, pero no, todo bien, no hay queja [todas se ríen]; [antes] ya tenías un hijo y eras casi sagrada, pues claro, que ya

estaba con amantes supongo ¿no?, pero ya no te querían ni tocar porque estabas amantando o así [algunas se ríen bajito].

Con esto se refieren a que la maternidad las hace “sagradas”, no sólo en el plano simbólico, sino también físico, en el sentido de “intocables” o poco atractivas sexualmente, algo que cambió, al no estar dispuestas a la maternidad, el embarazo y la lactancia de forma permanente, porque ellas o sus parejas se cuidan.

Al discutir sobre la infidelidad, curiosamente no la refieren al hombre en primera instancia, y cuentan el chiste de la mujer que sale de la casa con la licuadora para encenderla cuando el marido la llama por teléfono y le pide una prueba de que está en la casa. Ríen mucho y discuten si los celos son buenos o malos. Algunas admiten que esas llamadas telefónicas, en las que ellos se quedan callados para escuchar el ruido del ambiente, son agradables “con cierto límite”. Otras afirman que son “con ánimo de chingar”, pero ellas reconocen que hacen lo mismo, e incluso que sus hijas han aprendido a sospechar si oyen “otro niño” en el teléfono cuando llaman a su papá. Hay un temor a la “casa chica”[2] más que a la infidelidad, aunque ésta puede ser antesala de la primera. Cuestionan la idea de que una persona sea considerada propiedad de otra (sobre todo cuando se trata de ellas, y se resisten, por ejemplo, no poniéndose el apellido del marido), pero temen la infidelidad y a veces buscan maneras para que ésta, si ocurre, no les resulte humillante, aunque en un tono menos dramático que el expresado por otras mujeres: “si llamo al trabajo de él, no digo que soy la esposa, ¿qué tal que me está ‘sanchando’ y soy la burla de todos?”

Sin embargo, el consenso es que la infidelidad es dolorosa porque implica una falla de la mujer. Surge entonces un debate sobre los motivos de la infidelidad de hombres y de mujeres. Algunas opinan que los hombres engañan por la “vista” (buscan una mujer más guapa y más joven) y las mujeres por el “oído” (alguien que les hable bonito y las haga “no sentirse solas”). Muchas no están de acuerdo y dicen que los hombres engañan a veces con mujeres “que están p’al perro” o “cambian carne por frijoles”. Igualmente cuestionan que la mujer engañe sólo porque se enamoró de otro, lo cual ocurriría cuando el matrimonio “ya valió”, y si es así, “¿por qué no deja al marido?” Algunas responden que “por los hijos”, pero comentan que muchas mujeres engañan por venganza, y bromean: “aguas con sus maridos”.

Sin embargo, opinan que ellas engañan menos. Aunque les atraigan otros hombres prefieren no reemplazar al marido, y si lo engañan, es por pasatiempo. A su vez no se dejan engañar: “todos al principio hablan bonito”. Debe haber entonces equidad: que ambos tengan libertad de ser infieles en algún momento, de darse la oportunidad de tener un pasatiempo y ver si vale o no la pena, aunque siempre está el riesgo de que se convierta en amor. A pesar de este discurso de la “equidad” en el “relajo”, vuelven los estereotipos de género: “el hombre te usa”, “la mujer se engancha, se enamora, quita maridos”. Esto es cuestionado, sin embargo, mediante el humor: “en las mujeres está mal visto, decimos ‘es una zorra’”, “la mujer es la peor enemiga de la mujer”, “por eso no se lo dices a nadie [se ríen]”.

En este grupo surge una reflexión interesante en torno a la relación entre la sexualidad y el trabajo masculinizado que realizan, cuando una de las participantes relata que ella y su hija dicen que “las mujeres que saben mecánica son más sexys [todas se ríen], [porque] llaman más la atención de un hombre, [al] que se le hace más interesante una mujer que sabe cambiar una llanta”, y comenta que va a poner a su hija en un curso de mecánica para que sea “diferente”. Ella misma reflexiona luego sobre esta idea y admite que “a lo mejor está mal porque la estamos viendo como la mujer sexy y es chistoso porque no debiera ser, o sea porque le damos el sentido, finalmente es aprender un oficio para agradarle a un cierto sector de hombres, entonces ese chiste ya luego lo estuve yo pensando y es machista, pero en el momento fue divertido, pero luego ya lo pensé, y lo pienso y no, no me gusta”.

Esta reflexión muestra los cambios que se han producido en los estereotipos y las normas de género, al reconocer por un lado que a algunos hombres puede gustarles una mujer que sabe mecánica (no pierden femineidad por tener oficios masculinos) y, por otro, que ellas mismas empiezan a cuestionar la “cosificación” de la mujer: “a veces, por ejemplo, como dice ella, en la mecánica lo ves como sexista, o sea se vuelve sexista en ese tipo de trabajos, porque la mecánica súper sexy, con el overol hasta abajo, enseñando los topless, lo vendes como sexy, lo vendes ya como género, no como algo que sabes hacer, no vendes tu trabajo y tu oficio como una habilidad…”

Junto con la reproducción de esta imagen de la mecánica sexy importada de ciertas películas porno y comercial o de algunos videos musicales, existe otro sentido más personal del trabajo “masculino”: les confiere el orgullo de no depender del hombre cuando “se va la luz” o hay un corto eléctrico. El nuevo

sentido es facilitado por el discurso de las políticas públicas: “a pesar de que en la sociedad todavía hay muchos tabús machistas, yo creo que en esta época, la mujer estamos libres para tener muchos oficios, de hecho, en las delegaciones enseñan muchos oficios, muchos, muchos oficios, estamos ya muy arriba de los hombres, mucho muy arriba en los oficios”.

Sin embargo, es interesante ver también cierta reflexividad sobre la sexualidad femenina. La oposición entre “rosa y rudo” (jugar a las muñecas vs. jugar a los carros) se traduce en “ser madre vs. ser mujer sexy”. La sexualidad femenina activa aparece en oposición a la maternidad “servicial”. La pregunta que se hacen las mujeres es quiénes son los “beneficiarios” de esta sexualidad. Tener un oficio rudo sólo para agradar a los hombres es “machista”. Finalmente, la femineidad no depende del tipo de trabajo, ni de la imagen. Marisela, quien es carpintera siguiendo el oficio de su esposo, un hombre mayor que ella, de quien se enamoró a los 14 años, con quien se casó a los 17 y que le enseñó a “agarrarle amor a la madera”, se define de forma “no binaria” en cuanto al género, aunque se asume como heterosexual:

Marisela: Yo fui una niña muy niño. Tuve hermanos varones. Era bonita. Yo no supe lo que eran muñecas, yo supe de bicicletas, patines, béisbol, tochito, juegos muy varoniles, porque o jugaba, o me quedaba sola.

Entrevistadora: ¿Y tu mamá no te regalaba muñecas?

Marisela: Sí, pero no tenía realmente con quién jugar. Mis hermanos no se ponían a jugar conmigo a muñecas.

Entrevistadora: ¿Y amiguitas?

Marisela: No, la casa donde viven mis padres era bueno, cuando éramos niños, arriba siembre han sido bodegas. La del centro igual, siembre ha sido bodega. Son bodegas, entonces había pocas niñas, eran nomás adolescentes.

Entrevistadora: ¿Y en la escuela tampoco tenías amigas?

Marisela: Sí, amigas sí bueno tan sólo tengo una de la infancia, que es mi amiga Fran, pero realmente no he sido muy apegada a las mujeres, me gusta mucho platicar con los hombres. Tengo muchos amigos hombres que me enseñaron

desde fumar, saltarme las bardas, así, siempre fui muy niño.

Entrevistadora: Y eso te gustaba...

Marisela: Me gusta mucho.

Entrevistadora: ¿Más que juego de niñas?

Marisela: Sí, sí, sí. O sea, me gusta, claro, ser muy femenina, ser así bien bonita, ¿cómo no?, pero amo ser muy ruda. Me gusta ser, así por ejemplo, escucho todo tipo de música, blues, jazz, música barroca. Puedo escuchar de todo, pero a mí me gusta el metal.

Entre las mujeres jóvenes con trabajos masculinizados formales surge una idea más radical; las mujeres perdonan la infidelidad porque les conviene, para cuando les toque a ellas ser las perdonadas [se ríen un poco pero, en general, parecen hablar en serio]. El consenso parece ser que se puede perdonar la infidelidad por cariño, por necedad, o por conveniencia; pero comentan también que “ahora las mujeres son infieles y abandonan a los maridos y a los hijos”, lo que les produce ambivalencia: “nos educaron para estar siempre con los hijos, pero también hay cosas que no vas a aguantar”, y opinan que prefieren ser ellas las infieles a tener que sufrir la infidelidad de sus maridos.

Si bien en este grupo el tema de la sexualidad también tiende a ser eludido, en entrevistas individuales algunas se atreven a hablar más de sus deseos sexuales y a admitir que el sexo puede implicar diversión y “goce”, aunque a veces tenga consecuencias no deseadas. Mar, quien es técnica supervisora de maquinaria en una fábrica textil, evoca con nostalgia a su amante ya fallecido, con quien dice tuvo una “casa chica”, y habla de la necesidad de las mujeres de tener compañía afectiva y sexual:

Mar: ¿Para qué me sirve un hombre? Para una sola cosa. Yo siempre lo he pensado así [risas].

Entrevistadora: ¿Cómo?

Mar: Que sirve para la cama, no te sirve para otra cosa [se ríe]. Porque al final de cuentas, una mujer independiente, que no depende de un hombre, dice “no, no”.

Entrevistadora: ¿Y siempre quisiste ser independiente?

Mar: Sí.

Entrevistadora: Bueno, es que tuviste antecedentes de tu bisabuela, tu abuela, tu mamá eran mujeres fuertes…

Mar: Sí, tal vez en mi ADN viene el toro ese [se ríe]. Luego también me dicen mis amigas “búscate otro”. Pero no, si me busco otro, o está divorciado, con un montón de problemas con esa mujer que se divorció, o está viudo.

Entrevistadora: O un soltero.

Mar: Un soltero, que ya está bien traumado, porque a la edad que tenemos nosotros… [se ríe].

Mar se refiere a las mujeres de su familia como mandonas o rebeldes y se ubica en esa serie. Su bisabuela, que colaboró en la Revolución y portaba armas, mató a su esposo por haberle sido infiel; su abuela tuvo muchos hijos porque “en esa época no había otra diversión” más que el sexo, y a su madre le gustaba hacer dinero y dar órdenes. Las compara con “un toro” y se identifica con esa imagen, aunque su madre la regañara por echar a perder la ropa al estar “llenándose de grasa” entre las máquinas. Ella misma fue madre soltera y económicamente independiente, lo que la hace buscar a los hombres más por deseo que por necesidad.

Este es uno de los pocos grupos en los que se habla explícitamente de la posibilidad de deseos no heterosexuales, en oposición a una sexualidad reproductiva. Así, las mujeres comentan que la edad ideal para tener hijos son los 30 años, cuando ya se tiene una carrera, pero no más tarde, porque existe el riesgo de “ya no querer estar con hombres”. Aparece en esta idea una asociación entre el deseo de libertad y poder y “energías masculinas” que, como se dijo en otros grupos, implican cierto peligro. En este caso, lo formulan como “peligro de lesbianismo”, algo que aceptan, pero no para sus hijas, como se aprecia en el siguiente intercambio:

Mónica: Yo sí quiero “que se la rife”, como ella dice, que viva primero y disfrute todo y luego diga “ahora sí ya quiero estar quieta, ahora sí quiero un hijo”, y si quiere, que se case y que tenga un hijo, que es el motor más padre del mundo ¿no?, pero ella dice que no.

Luz: Pero ahorita muchas mamás dicen “no te cases ni tengas hijos, para que me mantengas de viejita”, pero […] ahorita hay mucho de las lesbianas ¿y cómo crees? No quieres eso. Mejor conocer a una persona del mismo sexo.

Heidi: ¿Para qué traes hijos a sufrir? Yo cuando me separe, me voy a juntar con una mujer [todas se ríen, comentan mucho y hablan al mismo tiempo].

Si en el modelo patriarcal clásico era normal que una mujer se quedara soltera o no tuviera hijos para cuidar de sus padres en la vejez, en el “moderno” y más aún en el “posmoderno”, esto puede significar una ruptura con la heteronorma. Si bien en este grupo, a diferencia de los anteriores, la familia heteronormativa y el destino de la mujer de ser madre y esposa son cuestionados, el lesbianismo adquiere significados ambivalentes. Para algunas es una posibilidad real que, sin embargo, rechazan, y para otras es una opción respetable, dado que “ya no hay hombres” para sus hijas: “o son marihuanos, o son casados, o son gays”. Incluso, algunas ponen en duda su propia identidad sexual al estar en espacios laborales donde sus mismos compañeros las hacen dudar, al decirles “machorras”: “mi oficio es de hombres y por eso a lo mejor yo soy lesbiana” [todas dicen “¡nooooo!”].

Las mujeres mayores con trabajos masculinizados formales coinciden en que la pareja ideal no existe, pero la mayoría prefiere a alguien que las impulse, más que alguien que “las procure”. El consenso en este grupo es que la pareja ideal es aquella en la que ambos son iguales en cuanto a responsabilidades de cuidado (aunque coinciden en que es muy difícil), pero no en cuanto al aporte de dinero para el gasto, que para todas es responsabilidad del marido. Una participante señala que “la pareja ideal es aquella a quien le gustamos toda la vida”, a lo que todas asienten en silencio, admitiendo la importancia de la sexualidad a cualquier edad.

Al respecto, mientras unas hablan de “amor maduro”, es decir compañerismo,

otras dicen que el amor después de varios años se vuelve “como de hermanos”, con un poco de ironía, lo cual hace aflorar algo de los deseos sexuales. Opinan que, ahora, tanto los hombres como las mujeres son infieles y que la mujer también necesita un espacio propio, sin que esto signifique “irse de loca”. Se refieren con esto más bien a la búsqueda de otro hombre, si se quedaron solas, pero ante el fastidio de “aguantar a otro”, algunas sugieren que se puede tener una pareja sin convivir. Al mismo tiempo, la mayoría confiesa que no toleraría la infidelidad del otro, porque es señal de que ya no la quiere, y esto no tiene arreglo. Unas pocas, en cambio, hablan de la necesidad de conciliar.

Significados sobre lo femenino y lo masculino

Algunas de las amas de casa jóvenes reproducen visiones misóginas sobre las mujeres, cuando opinan que “las chamaquitas ahora se les avientan” a sus hijos varones y arruinan sus planes por salir embarazadas o por transmitirles enfermedades, porque ellos “son hombres y agarran”.

Las mayores de este grupo reproducen otro de los estereotipos de la femineidad: el de la abnegación de las mujeres: “son bien luchadoras, en el trabajo, en la casa y con los maridos”, mientras que los hombres son canijos (infieles); pero una mujer “sana” es la que tiene pareja y familia, lo cual se consigue siendo “agradable”.

En el grupo de las mujeres con trabajos feminizados informales también se observa un apego al ideal de la madre abnegada y sufriente, en contraposición con el del macho caprichoso: “las mujeres aguantamos más, el dolor del parto, las enfermedades, somos más fuertes, nos levantamos por los hijos”; “somos la creación más bonita de Dios” [todas se ríen, dejando el interrogante de si lo hacen por ironía o por adhesión a la fórmula enunciada]. En cambio, “los hombres son flojos y débiles”; “no tienen nada de bueno, excepto que nos dan hijos, lo más bonito que nos puede pasar”. Ante la violencia, mencionan la necesidad de tomar valor “por los hijos”, para que no repitan la misma historia después, y la de adquirir la habilidad de saber encontrar el momento para confrontar a la pareja, cuando no están los hijos presentes, ya que el proceso de reeducación “va por etapas”.

A pesar de ser jóvenes y de tener cierta independencia económica, estas mujeres permanecen en la tensión entre esperar que se cumpla el ideal romántico, sistemáticamente frustrado, y aceptar las realidades de la vida matrimonial y familiar en su medio cultural, muchas veces encontrando sustituto a la necesidad de reconocimiento en el amor de los hijos. Algunas afirman, así, que a los hijos varones hay que enseñarles a respetar a las mujeres: “primero las damas, primero las niñas, ¿por qué? Porque a ti no te gustaría que me lo hicieran a mí”. Aparece un ideal de mujer necesitada de protección como algo deseable, pero difícil de encarnar, en parte porque “ya no hay caballerosidad”.

Ellas compiten (en la realidad o en la fantasía) contra las mujeres con las que sus esposos interactúan en el trabajo (edecanes, demostradoras, bailarinas), que tienen el cuerpo femenino “legítimo”: “guapas, o sea, altas, delgadas”, y a ese capital físico, que no pueden ofrecer, oponen su amor y abnegación: “nadie te va a dar lo que yo te doy”. El fetiche del cuerpo deseable no funciona en el sentido “inverso”. Una de ellas dice: “si me dieran a elegir entre una guapura de hombre y mi marido, mil veces me iría con mi marido”. Varias se ríen y comentan que los hombres no hacen la misma elección, y aunque les aseguren que las prefieren a ellas y no a las otras mujeres, por más guapas que estén, “lo dicen de dientes para afuera”. Otras en cambio dicen que “les creen” y que depende de “cómo te lo digan” y de la comunicación que haya en la pareja. La discusión parece zanjarse en el acuerdo de que “el que es infiel, es infiel desde el principio y lo será hasta la sepultura”, mientras que otros son confiables, aunque no a 100% (“siempre queda la espinita”, “hay viejas bien coscolinas y resbalosas, que con que les digas ‘mi amor’ ya quieren que les pongas casa y les vale gorro destruir matrimonios”, frase en donde ella curiosamente adopta el lugar de enunciación del varón). Parece haber un estereotipo sobre la capacidad de seducción o de manipulación de las mujeres para “hacer caer en la trampa” a los hombres. De este modo, la infidelidad masculina, que es producto de “haberse dejado engatusar por viejas coscolinas”, parece más tolerable que aquella que les deja la sensación de no haber sido capaces de seducirlos o de darles lo que necesitan.

En el debate sobre si las mujeres hoy en día tienen más poder frente a la pareja, hay dos posiciones en este grupo: quienes dicen que las mujeres “ya no se agachan” y quienes sostienen que a pesar de tantos discursos de “no te dejes” la mayoría sigue siendo maltratada. Para unas, “la mujer de ahora no es como antes, la mujer de antes si se agachaba, ahora ya no [hablan al mismo tiempo y se puede escuchar, “no ya no”, “no, ahora ninguna”, “debe de haber, pero no”]. Otras opinan de forma diferente:

Elena: Todavía en la actualidad yo casi estoy segura que un 80% de las mujeres de cualquier nivel, con o sin carrera, son maltratadas y nos callamos; no es que estés enamorada, simplemente es el amor que nos tenemos [sic]. Muchos cursos que están dando hacia la mujer, inclusive, hacia las que vendemos por catálogo, nos dan cursos para que aprendamos a valorarnos…

Rosa: Ah, bueno, ya con cursos, sí.

Elena: A amarnos, ajá, o sea los dan ¿por qué? Porque la mujer importa.

Rosa: Es que ahora hasta en el radio, en la tele, te dicen que no te dejes.

Elena: Y todavía el 80% de las mujeres son maltratadas, son dejadas, son humilladas.

Para algunas, las mujeres parecen haberse empoderado; para otras, siguen careciendo de autoestima. Entre quienes sostienen la primera postura, prevalece cierto consenso sobre la idea de que ahora las mujeres “ya no se agachan”, porque pueden separarse. Es un argumento más bien racional donde la posibilidad de dejar a la pareja violenta es un factor clave, que depende de la independencia económica que otorgan los estudios. Otras opinan que los estudios son el principal factor de empoderamiento y protección contra la violencia, pero no tanto porque permitan ingresos suficientes para separarse, sino por el capital simbólico que representan, al fomentar el respeto de la pareja.

Otras, en cambio, defienden el argumento de la autoestima, que no depende del estatus social ni de la edad, y narran que han podido salir adelante solas, incluso teniendo sólo la primaria. Dudan que los estudios y el estatus sean antídotos contra la violencia y mencionan como ejemplo el caso de Lolita Ayala, conductora de televisión que fue una mujer golpeada “a pesar de su preparación”. Ellas, mujeres que se dedican a la venta por catálogo, una ocupación infravalorada incluso por ellas mismas, reciben de las empresas para las que trabajan pláticas y cursos de autoestima: “porque la mujer importa”. Parecen repetir las consignas de esos cursos, que legitiman su actividad y les dan valor como personas, al mismo tiempo que las explotan. Las mujeres de este grupo se posicionan como mujeres que no viven violencia, y hablan de la

importancia de “apoyar” a las que están atrapadas en ella, como es el caso de algunas de sus clientas.

Sin embargo, cabe notar que, frente a un repertorio ampliado de discursos sobre los derechos de las mujeres, ellas eligen aquellos que no representan rupturas radicales con los modelos aprendidos de femineidad. Si por un lado aseguran que es necesario educar a los hijos varones para que no reproduzcan el machismo, y a las mujeres para no tolerar violencia de ningún hombre, por otro, se apegan a identidades femeninas tradicionales, como la de la madre abnegada: “las mujeres valemos mucho porque ante la adversidad ponemos buena cara”.

En el mismo tenor, las mujeres mayores con trabajos feminizados informales dicen admirar a las mujeres que trabajaron desde niñas, y comentan que “la mujer mexicana está hecha de otro calibre: se da tiempo de criar hijos, mantener la casa, ver al marido”. Una de ellas señala: “¿la plática en qué ha derivado?, los hijos, lo nietos, ése es el motor que mueve a la mujer mexicana”. En el siguiente intercambio se aprecia la exaltación de la mujer mexicana como una madre abnegada:

Yuriria: Si hay dos bistecs, éste para mi hijo…

Adela: Y éste para mi marido…

Yuriria: Y a veces uno se llega a quedar sin comer, bueno, no sin comer, pero le das prioridad, para que coma.

Adela: Comes otra cosa.

Brenda: Sin comer, pero sin comer lo que uno preparó, para darles carne a ellos.

Rocío: Es que ama uno tanto a los hijos y a los nietos, este… llevarle a ellos es mejor que si tú te lo comieras, es una satisfacción, un gusto [otras asienten].

Estas mujeres reproducen el estereotipo de la mujer sacrificada, noble, abnegada, solidaria, que no busca otra pareja si se queda viuda para evitar que ésta “les haga algo” a sus hijos. Los hombres, en cambio, en seguida buscan quien se los

cuide, quien lo atienda, una “sirvienta”. Son más débiles, egoístas y flojos. Sobre el carácter natural o social de las supuestas capacidades femeninas y masculinas, coinciden en que los hombres son “inútiles”, que no pueden hacer dos cosas al mismo tiempo (como escuchar y manejar), pero que son más fuertes físicamente que las mujeres. Algunas dicen que esto es natural, que Dios hizo al hombre y a la mujer como complemento uno del otro: “nosotras somos más sabias, ellos son más fuertes, nunca les vamos a ganar”.

Con la idea de “sabias” se refieren a la capacidad de pensar primero en los demás, una idea que resuena a la “ética del cuidado” (Gilligan, 1982). Quienes sostienen esta postura, citan como ejemplo los oficios que requieren de fuerza física y que sólo los hombres pueden realizar. Otras argumentan que “más vale maña que fuerza” y dan como ejemplo los cursos que ahora existen en las delegaciones para capacitar a las mujeres en oficios que “supuestamente eran para el hombre”, y como resultado de eso hay mujeres electricistas, plomeras, carpinteras, “o sea, estamos hablando de género, y simplemente somos iguales al hombre”.

Muchas de las fuentes de estos discursos provienen de internet (“dicen que las mujeres usamos más el cerebro”) y de los grupos de superación, que cuestionan el supuesto instinto maternal: “yo era igual ‘mis hijos, mis hijos, mis hijos’ me mortificaba y decía ‘Dios mío, mi carrera’”, lo que revela algo que no es un instinto. Estos nuevos discursos enseñan que poner primero a los demás es sinónimo de no amarse a sí mismas, lo que les impide dar amor. No amarse proviene de creerse menos, cuando en realidad son más (sabias, fuertes). Pero son las circunstancias las que las obligan a cambiar ese parecer que el discurso de autoayuda luego legitima: “cuando te toca un compañero que no te sirve para nada”, o que estás sola y no sabes hacer nada, pero sales adelante “sin pedirle un quinto a nadie”, te das cuenta de que puedes. Paradójicamente estos discursos cuestionan la abnegación materna (poner a los hijos primero, no amarse, creer que no pueden hacer nada) y al mismo tiempo la refuerzan: “si no te quieres no puedes dar amor”, “tú puedes mucho”, la mujer se sacrifica siempre, cuando le llega el agua al cuello hace lo imposible, no le pide a nadie, no necesita un hombre, etcétera. Existe en ello cierta idea de omnipotencia materna, más que de fortaleza femenina basada en elecciones, y pareciera que la abnegación es buena si parte de una decisión ética, y mala si es producto del sometimiento, por creerse menos.

Por su parte, las mujeres mayores con trabajos feminizados formales expresan

hostilidad hacia otras mujeres cuando engañan a sus hijos varones. Reproducen estereotipos sobre lo femenino también cuando les inculcan a sus hijos no maltratar a las mujeres, pero desde una representación ambivalente de ellas: como frágiles y al mismo tiempo (o por lo mismo) como peligrosas: “algunas delinquen”, o pueden involucrar a sus hijos en problemas cuando se “alocan”, “es que yo le digo, mira, si tú tomas, y a ellas se les pasa el coco, imagínate, te van a involucrar en algo que tú no hiciste, mejor sé cuidadoso con ellas”.

En cuanto a estereotipos masculinos, la idea de que los hombres son “conchas” contrasta con otro de los ideales del hombre dominante, que es el de su supuesta omnipotencia, pero es “el machismo y el egoísmo” lo que lleva a los hombres a decir: “¿cómo es posible que ella haga más [dinero] que yo?” Al mismo tiempo parecen suscribir este ideal, ya que opinan que “es triste que un hombre dependa económicamente de una dama”. En este grupo hay una fuerte identidad de género relacionada con el mundo doméstico, a pesar de las quejas y del reconocimiento de los cambios en los jóvenes como algo benéfico.

Es en los grupos de mujeres con trabajos considerados masculinos donde se discute más profundamente la identidad de género y donde se cuestionan más los estereotipos que asocian características femeninas y masculinas con disposiciones naturalizadas, sin que ello implique una ruptura radical con muchas de las nociones de sentido común compartidas en los demás grupos acerca de la pareja y la sexualidad. Sin embargo, definitivamente en estos grupos de mujeres es posible advertir posicionamientos bastante diferentes respecto de estos temas.

Así, las mujeres jóvenes con trabajos masculinizados informales establecen una diferencia entre ser “complacientes” como una disposición, y ser “serviciales” como una elección, valor que desearían estuviera más equitativamente repartido. Con ello, desnaturalizan las disposiciones supuestamente femeninas en las que fueron socializadas desde niñas, como ilustra el siguiente fragmento de la discusión:

María: Pues es que desde niñas nos acostumbraron, la niña con el Nenuco y tus trastecitos, y el niño con el carro, y hay niñas que ya no les gusta eso, ya les gustan más que las motos, el carro [varias asienten con la cabeza].

Claudia: O reflejamos eso, yo por ejemplo yo a mis hijas no les dejo jugar con bebés, “no, eso no, mejor juega al arquitecto o al médico algo más interesante”, sí, yo sí les digo así, pero es algo que yo lo veo y digo “ay no, porque si fuera con los bebés”, al rato van a ir con...

María: Nos hacen casarnos con esa idea de que como eres mujer y eres mamá [todas asienten con la cabeza] y eres la muchacha, y no eres una profesionista, con eso nos casa la sociedad, yo creo, también afuera de la familia.

Así como la disposición a la maternidad puede modificarse en la crianza, también la “devoción” del hombre a su madre se puede modificar una vez que él se convierte en padre de mujeres: “uy y que no les digan ‘estoy enferma’, porque ‘vámonos con mi mamá’ (risas) no lo piensan”; “pero ya cuando tienen hijas ya lo ven diferente, cuando él veía que a su hija el novio le decía ‘no, no, no, ese no te conviene, su mamá lo está manipulando’, ‘ah, ¿verdad?’ [se ríen] ‘ándele, ¿no que no?’”

Tampoco es una disposición inamovible la rivalidad entre mujeres que se discutió en otros grupos, sino producto de la internalización de valores misóginos hacia sí mismas y hacia otras, como comentan que les ocurre cuando van a prestar servicios a viviendas donde otras mujeres pueden temer que ellas “les roben a sus maridos”. Para evitarlo utilizan distintas estrategias como “ocultar los atributos femeninos”:

Procuro irme de pants, porque si te vas elegante, pues, las esposas: “¿qué onda con ella?”, porque sí hay mucha esposa celosa. Sí, cuando vas dicen “¿tú?”, y ahí se quedan viéndote cómo haces las cosas. Cuando yo empecé a trabajar con mi papá [haciendo instalaciones eléctricas] decían “ah, ella es su amante”. Y una señora me dijo: “Estás muy chica para fijarte en el señor y él está muy grande”, y yo: “¿cómo? Le digo: “es mi papá”. Y dice: “ay, es que pensamos que eras la amante”. Claro, nadie imagina que un papá lleva a su hija a trabajar… Trae al hijo.

Con respecto al hecho de que realizan “trabajos de hombres”, relatan que

siempre les habían gustado los juegos de varones y que preferían jugar con ellos a jugar con las niñas. Los juegos de niñas, como las muñecas, les parecían aburridos: “Me aburría, igual con las barbies, digo ‘¿éstas qué?’, y sus casitas que me traían, ‘esto no tiene chiste’, la tengo que estar moviendo para estar jugando y hablando, dije ‘ay, me voy’”. Una participante cuenta que le decía a su prima: “¿cómo puedes jugar con una muñeca si no habla?” Dicen que eran “machorras” o “inquietas” porque preferían jugar con balones, pistolas, bicicletas, patines o canicas, así como gritar, correr o treparse a los árboles hasta “sacarse callos”. En algunos casos, atribuyen esto a la influencia de sus padres varones, pero el consenso es que se trata de una combinación entre elección o personalidad y la influencia de lo que los padres querían para ellas. A propósito, comentan que ellas educan a sus hijas de la misma manera: “ni muy rosa ni muy fuerte”. Admiten que “ser machorra” les trae problemas, porque las otras niñas las excluyen de sus juegos y de sus “grupitos de plática”. Al hablar de las hijas que, como ellas, prefieren jugar con varones, dicen que son “tremendas”, nada serviciales, nada de “sentarse a las muñecas”, pero dicen que “las nuevas generaciones ya traen otro chip en la cabeza”.

Se quejan de que los maridos les dejan a ellas la tarea de educar a los hijos, pero coinciden en que ellas tienen más tacto y sutileza, conocen mejor a los hijos porque conviven más con ellos y, por lo tanto, los educan mejor, aunque existe una cierta idea de “ética del cuidado” innata mezclada con arreglos sociales: “convivimos más y por eso me toca educarlos, él sólo los disfruta”, “los hombres son muy básicos”, “son cavernícolas”, “ellos ven en una sola dimensión y nosotras en tercera dimensión”.

Para algunas, ser femenina, entendido como “coqueta”, no es tan compatible con el trabajo “rudo”, como dice Eleonora cuando se le pregunta si les enseñaría electricidad a sus hijas: “no les llama la atención; bueno, la chiquitita todavía no sabe, pero la grande es muy femenina, en vez de pedir muñecas pide pinturas, barnices, bolsas; o sea, es muy femenina” [porque sale a su hermana y no a ella, que, aunque se considera femenina, “no tiene tiempo de pintarse las uñas”].

Se puede ver en este testimonio una distinción entre ser “femenina” como buscar ser atractiva, y jugar a ser “mamá”, que a veces se convierte en ser “hija” del esposo. En general asocian el gusto de jugar con muñecas en la infancia y de ver telenovelas en la adultez con un tipo de femineidad “tradicional” que dispone a las mujeres a la pasividad, a ser temerosas y a depender de los maridos. Creen que jugar con bebés puede convertir a sus hijas más adelante en mujeres

dependientes, que “no cambian un foco o un garrafón de agua hasta que llega el esposo a cambiarlos”. Una de ellas comenta que una prima suya, con estas características, le dice: “no, yo soy como otra hija”, a lo que ella responde “¡ay, que hueva!” Ellas, por el contrario, se consideran “liberales” por tener un espíritu emprendedor: “nosotras somos más liberales, decimos ‘vamos, y vamos p’arriba’”. Algunas fueron socializadas de distinta manera porque sus madres trabajaron por distintas circunstancias. Ellas educan de igual forma a sus hijos e hijas “todos al parejo”. A los varones, para tener compañeras y no sirvientas, y a las mujeres, para que tengan “hambre de hacer cosas” y no sean “mantenidas”.

Algunas se explican su atracción por el trabajo “rudo” a partir de elementos ajenos o exteriores a ellas, por ejemplo, ideas de la “metafísica”, una creencia que varias comparten y que incluye el “análisis de vidas pasadas”, donde se utilizan nociones esencialistas de la persona, que mezclan la biología con el destino, o bien con accidentes que las “masculinizaron”. Así, Luisa puede interpretar su inclinación al trabajo de carpintera señalando que ella fue “el hijo varón que el padre siempre quiso” y que en vidas pasadas había sido un guerrero, aunque se sienta muy femenina; al mismo tiempo, atribuye el gusto por lo rudo a una enfermedad que le provocó merma de estrógenos y el consecuente tratamiento con esteroides que le dio “la energía de un gimnasta” y “el cuerpo de un hombre”, lo que le impedía “estar sentada en un escritorio”. También menciona el placer que le daba visitar el taller de carpintería de su abuelo, donde sentía que “caminaba en las nubes” al pisar el aserrín, y le encantaba el ruido de la sierra. Luisa formula así esta “fluidez” de género: “soy de muchos contrastes, porque yo pienso que somos, lo que ahora llaman bipolar [sic]. Puedo ser muy maternal, tengo como mi refugio de perritos y los adoro; tengo ya nietecitos porque uno de mis hijos ya es papá y el otro es papá soltero; puedo ser la abuelita más tierna; pero, por el otro lado, puedo ser muy cruel, muy ruda con la gente que es igualmente muy cruel”. Eleonora también menciona que su padre quería un hijo varón, aunque no le otorgue a este deseo un gran peso en la explicación de por qué eligió ser su socia en el oficio de la electricidad.

En general ponen en cuestión el carácter innato o natural de las características femeninas y masculinas. Algunas mencionan la fuerza física de los hombres como algo que diferencia a ambos sexos. Otras le restan importancia y afirman que hombres y mujeres “nacieron para hacer las mismas cosas”. La diferencia de fuerza, que según dicen, es poca, se suple con “maña”. La conclusión es que tener un poco menos fuerza no es un impedimento para hacer cosas como cargar bultos de cemento. No hacerlo implica más que una incapacidad, “conchudez”.

Sin embargo, en el oficio dicen hacer mejor el trabajo que los hombres, porque son más limpias y más honestas, lo cual con el tiempo genera confianza en los clientes y recomendaciones para nuevos trabajos. Aunque el esmero y la honestidad parecen ser estrategias ante la desigualdad y la desconfianza hacia las mujeres en este mercado de trabajo; cuando se les pregunta si esas características son parte de la naturaleza femenina, responden afirmativamente.

También las mujeres mayores con oficios masculinos coinciden en que ellas hacen mejor el trabajo que los hombres, y muestran ambivalencia sobre el carácter natural o construido de esta cualidad. Por un lado, consideran que las mujeres son "más honestas para trabajar, cobrar, ser puntuales con las entregas, ser responsables y no faltar al trabajo", "no hacer 'San Lunes' como ellos" y, por otro, desnaturalizan estas habilidades: "lo hacemos porque nos preocupan los hijos"; "porque sabemos que si entregamos a tiempo vamos a tener una entrada de dinero, que es lo que estamos necesitando, no sé por qué a los hombres no les interesa tanto".

Ellas reconocen que el trabajo de hombres les atraía desde pequeñas, en muchos casos por identificación con sus padres. Liliana, por ejemplo, comenta que era la única de sus hermanos a quien le gustaba ir con su papá al taller, donde aprendió a reparar artefactos, negocio que luego heredó. Mar narra que era la que ayudaba a su papá a reparar el carro, que siempre le gustaron las máquinas y sentarse a ver futbol y box con su papá y sus tíos, quienes le compartían algo de alcohol "pese a ser una niña".

En cambio, en el trabajo enfrentaron desconfianza en sus capacidades, discriminación y abuso, situaciones que dicen, las obligaron a "volverse agresivas" y a desarrollar distintas estrategias de defensa como se observa en el siguiente diálogo grupal:

Marisa: Como que necesito verificar que sí lo hiciste bien a un hombre no se le cuestiona, pero a una mujer… [dicen todas: sí].

Lorena: Yo, por ejemplo, en mi caso tratan de desprestigiarme, que la mujer no trabaja igual, incluso ofertar otros precios. Entonces no está la equidad de 50% y más a ese nivel. Entonces, hay que estar sobrellevando con mucho tacto, hacer un buen trabajo y generar prospectos.

Nayeli: Y está ella parando el taxi, ahí viene un hombre y se le cierra a uno y se le mete, o sea como ven que somos mujeres se nos cierran o se nos quieren meter o nada más sacan la manita y "¿paso?", pues sí pasas, pero después de mí. Yo no me dejo, yo también les echo el carro.

Rosa: Yo regresaba llorando porque no faltaba el que me echaba el carro encima y lo mismo taxistas que hombres de carro particular […] entonces sí cambié porque empecé a ser agresiva yo, que metí reversa al carro y ¡fum! que le pego yo también, y a otro que también le dije un día, "lástima que no soy hombre si no me bajo y te parto a golpes" ¿no? Entonces a mi marido todo eso se lo platicaba y me dijo "¿sabes qué? ya no sales", dije "no, si mayores retos se me han presentado ¿por qué éste no?, sí salgo", entonces ya no le platico nada de eso.

Monserrat: Yo en ese aspecto sí soy bien masculina, bien cortante, y le dije [a un pasajero que la acosaba] "no me pagues, abre la puerta y bájate", me bajé, quité mis llaves y empecé a gritar "¡alguien que me ayude!", el mono abrió la puerta y echó a correr, porque como ves, como buena norteña hablo muy fuerte, no soy así de "¡ay!"

Los espacios de mujeres son más horizontales o menos jerárquicos, según sugiere el siguiente intercambio:

Moderadora: Rosalía quería hablar hace un buen rato [se ríen].

Rosalía: Sí, pero se me educó que no debía de hablar cuando los demás hablan.

Elisa: Aquí interrúmpele, mi vida, somos puras viejas.

Las mujeres jóvenes con trabajos masculinizados formales, por su parte, se quejan de que los directivos de las empresas no creen que ellas pueden cumplir con el trabajo si son madres, a pesar de que se organizan para hacerlo bien. Consideran que las mujeres son más comprometidas que los hombres en el trabajo, que tienen más disposición a aprender, que son más meticulosas "aunque

parezca que no” y que son malinterpretadas por sus compañeros si tratan de ser sociables en el trabajo. Evitan el acoso amparándose en su papel de madres de familia que trabajan para darles cosas a sus hijos.

Los prejuicios misóginos son reproducidos por otras mujeres, que las critican si no se arreglan, por ser “fodongas”; si se arreglan, por andar de “busconas”, y si ascendieron en el trabajo, por “andar con el jefe”. La escasa solidaridad entre mujeres sale recurrentemente en la discusión. Parece haber un consenso en que muchas mujeres reproducen el discurso machista contra sí mismas y contra otras mujeres, en lugar de reconocer que todas viven dificultades similares, como la necesidad económica, la depresión o la violencia conyugal. Por esta razón, varias señalan que se llevan mejor con los hombres, que son mayoría en los lugares de trabajo donde se desempeñan.

Otra estrategia de los hombres para hacerles sentir que están fuera de lugar en espacios de trabajo masculinizados, además del hostigamiento, es negarles femineidad: “eres una machorra” o “eres rara”.

Yo tengo un compañero que me dice, “ay Wendy, tú eres bien rara”, “¿por qué?”, “te gustan los carros”, porque me gustan mucho, mucho los carros, bueno, será porque sé mucho de carros, me gusta, por ejemplo, el futbol, el box, eso, y dicen es que tú eres bien rara [una se ríe] y he tenido clientes así que luego ven que cualquier detallito se los arreglo ahí en la puerta, lo que decimos nosotros “en la puerta del taller”, y ya sin necesidad de pasarlo [a revisión], y una vez unos dijeron, cuando yo estaba más chica, “ay, a mí me gustaría tener una novia así, que le sepa a los coches”. [Aparece nuevamente aquí el estereotipo de la “mecánica sexy”.]

Puede apreciarse en este grupo un mayor cuestionamiento a los mandatos y las normas de género, probablemente por el hecho de trabajar con varones en espacios y tareas “de hombres”, que cuestionan incluso su identidad sexual. Es la experiencia la que respalda esos cambios de habitus (“estaba más chica, cuando me acosaron”). Han visto que los hombres pueden trabajar o vivir con mujeres, pero que no soportan que ellas ganen más o hagan mejor el trabajo, porque ahí empiezan a “poner el pie”. Han oído comentarios descalificadores, y cuando

ellas demuestran que sí lo pueden hacer, ellos se vuelven “conchudos”, tanto en la casa como en el trabajo.

Los estereotipos de género basados en supuestas capacidades naturales pierden así sustento. Ellos demuestran que no hacen las tareas de la casa, no porque no puedan, sino porque no quieren, y se revelan “inútiles” también en los trabajos más “masculinos”: “tendemos a poder hacer cosas de hombres, pero los hombres no quieren hacer cosas de mujeres”; “a veces el marido no sabe cómo cortar el gas y tú sí sabes”; “y luego [en el trabajo] si llegaba el supervisor, ‘niña no hagas eso, te vas a lastimar’, le digo ‘no, mejor yo lo hago’, ‘es que aquí no hay hombres, aquí hay puras nenas’, como que los hombres de qué sirve que sean hombres si están viéndote que estás ahí batallando con el trabajo, porque es trabajo de hombres y no se acomiden”.

La “conchudez” de los hombres se manifiesta también en el transporte público, cuando no quieren ceder su asiento a personas mayores o con discapacidad. No lo hacen, “porque no saben lo que es salir con niños y cargar maletas”. Sin embargo, a pesar de que han asimilado algo de los discursos sobre los derechos y la igualdad de género, por ejemplo, a no sufrir acoso en el transporte público, aún se advierte ambivalencia hacia ellos: mientras que algunas defienden esos derechos de forma tímida y buscando incomodar lo menos posible a los hombres, otras se atreven a hacer reclamos más agresivos. En el siguiente intercambio grupal se aprecia, por un lado, esta ambivalencia por parte de las mujeres y, por otro, la resistencia de los hombres a aceptar el discurso de la equidad de género:

Clara: Dos veces le dije a un muchacho “ay no seas malito, ¿no me das permiso porque es área de mujeres?”, uno me dijo “no, por qué si yo también pagué mi boleto, yo no tengo por qué pararme”, y le dije “porque ésta es área de mujeres, por eso” y me dijo “no, no, no”.

Ofelia: ¿Sabes qué también te dicen?, “¡quieren igualdad!” [todas hablan al mismo tiempo].

Clara: Ya hasta me dio vergüenza a mí, y me bajé a las dos estaciones, aunque no me tocaba bajarme, pero me bajé porque me dio pena.

Lucero: No, a mí uno se iba burlando, venían cuatro señoras ya grandes y les

dije “oigan muchachos no sean malitos, miren pues las señoras ya están grandes”, “¡pues qué, si no es mi madre, no es mi mamá!”, “no pues, yo creo que tú no tienes” le dije, “ni la conoces”.

Algunas creen que trabajar con varones o en trabajos “de hombres” las vuelve rudas; reconocen que ya no son abnegadas ni muy amorosas con sus maridos y defienden a otras mujeres ante sus compañeros de trabajo, cuando se quejan de que sus esposas no les planchan bien sus uniformes: [ella les dice] “tienes manitas para que tú lo hagas, ya no le digas a ella, o sea, no, háganlo ustedes, ustedes llegan temprano, laven su uniforme, diario tenemos que llegar a lavar”.

Al plantearse la pregunta por el carácter innato o aprendido de las disposiciones de hombres y de mujeres, algunas hablan de un “chip masculino” diseñado para ordenar, trabajar, regresar y pedir que le den de comer, no para más. Por el contrario, “dicen” (los medios y las redes sociales) que las mujeres pueden hacer muchas cosas a la vez. Según esta idea, que se asemeja a la ética del cuidado, las mujeres están más atentas al entorno, lo que llaman “pensar más”. Otras argumentan que no se trata de capacidades, sino de voluntad de estar atentos, algo que se corrige con paciencia y muchas veces, provocando conflictos: “háganles lo mismo [no escucharlos] y verán cómo les molesta […] que digan misa o que griten, no importa, algo se les va a quedar”. Opinan que ellos aprenden a valorar el trabajo doméstico cuando “no tienen una mujer que se los haga”.

Coinciden con las más jóvenes, también, en suscribir los estereotipos de género, según los cuales las mujeres son poco solidarias entre ellas: en el trabajo, “son chismosas y envidiosas: si subiste, es porque anduviste con el jefe”, pero más fuerte es la competencia con varones en ambientes de trabajo masculinos. Ellos siempre dudan de las capacidades de una mujer y entonces deben “ponerse los pantalones” y demostrar que pueden hacer el trabajo mejor que ellos:

No me puedo quedar parada ahí viendo quién me va a ayudar, ¿no?, yo ya tengo que agarrar y ponerme los pantalones y cambiar la llanta y ver el anticongelante o los cables, que luego llegan a fallar, que están cortados, la manguera que ya está gastada, o sea tiene uno que saber. Entonces, los hombres se burlan de uno

porque uno es mujer y dicen “ay, ya parece que van a poder”, entonces lo cambia uno y cuando ven que cambia la llanta dicen “ay pus sí pudo” entonces dice uno, “ya ves”.

Nuevamente aparece el masculino para referir a quien hace las tareas rudas, independientemente de su sexo. Ellas coinciden también en que las mujeres son más limpias, ordenadas y responsables. Ante la pregunta de si esto es una cualidad natural, dudan. Algunas dicen que lo es; otras comentan que es producto de la necesidad de esforzarse más para demostrar capacidad. Sostienen, al igual que en otros grupos, que las críticas de los hombres al trabajo de ellas se basan en el temor a ser desplazados en sus funciones. Cuando ellas son más competentes en reparaciones del hogar, ellos también se sienten inseguros porque “ya no los necesitan”. Lo mismo sucede cuando ellas ganan más dinero o tienen mejores puestos de trabajo: ellos se deprimen y no cooperan con las tareas de cuidado, como un arreglo racional supondría (el que gana menos, hace más trabajo doméstico y de cuidado): “sí, dicen que cuando un hombre es así, a la larga le tiene a uno rencor porque ya no es proveedor”, pero esto es producto de la socialización, tampoco es algo natural: “están acostumbrados a que la mamá les diga ‘tú tienes que mantener a la mujer porque tú eres el hombre de la casa’, y ahí viene que nosotras, las mujeres, hacemos hijos machos”.

Significados del tiempo para sí

Finalmente, en relación con el tiempo para sí como indicador de procesos de individualización en los que las mujeres dan espacio a sus deseos e intereses personales, por sobre los mandatos de ser para otros en el mundo doméstico y también en el trabajo, es posible advertir algunas variaciones dentro de la situación compartida del escaso tiempo para sí.

Para las amas de casa, el tiempo para sí es un tiempo libre de trabajo de cuidados (que “es una friega”), y que se vuelve posible cuando los hijos crecieron (“ahora me toca a mí”). Sin embargo, mientras algunas ansían tiempos de soledad, otras extrañan la presencia de los hijos: “un ratito, porque después te entra la nostalgia de ‘estoy sola’” y agradecen cuando los esposos “las dejan” salir solas o con

amigas.

Para las trabajadoras, el tiempo para sí son los “huecos” que quedan entre el trabajo pagado y el trabajo de cuidados. Son tan ínfimos que a veces alcanzan para “echarse un cigarro” o “pintarse las uñas” cuando los hijos se durmieron. Algunas lo ocupan en comprar cosas para sus hijos o para ellas mismas y para atender familiares o padres ancianos, con el fin adicional de enseñar a sus hijos la reciprocidad que esperan de ellos en la vejez.

Para las que tienen trabajos informales, el tiempo para sí se confunde con el tiempo de trabajo remunerado, ya que al mismo tiempo que venden cosas, “ponen uñas” o “dan masajes”, socializan con sus clientas, que se vuelven sus amigas.

En cambio, para las que tienen horarios largos y rígidos de trabajo, el tiempo para sí se confunde con el de los cuidados, ya que disfrutan pasando tiempo con sus hijos o haciendo las tareas domésticas que no pudieron hacer durante la semana laboral. El tiempo para sí a veces se confunde también con actividades que disfrutan, pero que sirven tanto para el hogar como para incrementar su “empleabilidad”, como estudiar computación, cocina o repostería.

CONCLUSIONES DEL CAPÍTULO

Como se señaló a inicios de este capítulo, en la etapa actual del capitalismo los tipos ideales de femineidad, masculinidad y pareja, que podríamos asociar con el patriarcado clásico, aunque “sigan ahí”, están en crisis. Cuando los ideales caen, dejan al descubierto sujetos “reales” en busca de vías alternas para encarnar su ser sexuado. Aparecen entonces repertorios culturales que ofrecen formas andróginas, fluidas, “invertidas” (mujeres “viriles”, hombres “feminizados”), o bien refuerzan defensivamente los originales, pero como algunos autores han señalado, predomina el modelo de un sujeto infantilizado, independientemente de su género, que algunos autores llaman “la jovencita” (Tiquun, 2013), por medio del imperativo al goce y el consumo irrestricto que lanza el mercado, un mandato imposible que genera violencia o frustración, como la que imaginan las mujeres sobre el futuro de sus hijas en la forma de una “soledad por querer tener”, o bien la necesidad de construir vías creativas de encarnar el género, o de ponerlo en cuestión.

Esto, sin embargo, no se realiza en un vacío, sino dentro de los dispositivos mediante los cuales la cultura construye sujetos sexuados, por lo que cabría esperar que uno de los desplazamientos subjetivos de las mujeres fuera en el sentido de un cambio hacia posiciones femeninas menos dominadas por el ideal del amor romántico y más por el propio deseo, pero, ¿cuál sería éste?, ¿debería expresarse, según la teoría, en el sentido de una mayor sexualización del amor, del reconocimiento de deseos sexuales más allá de la reproducción y de la familia heteronormativa, de un deseo activo de “tener” (poder, saber, gozar) y no sólo de “ser” (amada por un hombre y por sus hijos), o de vínculos de pareja más “igualitarios” y menos asimétricos, distintos a los que se forman cuando predomina el amor materno o el de la sumisión a un hombre protector?, ¿qué queda cuando ya no hay “damas ni caballeros”?

Dentro de las vías culturales disponibles de identificación, el acceso al dinero implica poder de compra, incluso sobre los “otros”. Cabría entonces tomar nota de lo que eso significa para las mujeres, en este caso en la relación de pareja. Una característica de las participantes de este estudio, como se vio, es que valoran la independencia financiera, no sólo porque permite negociar con la

pareja la distribución de tiempos y tareas, sino, en primer lugar, porque facilita la separación en caso de violencia. La frecuencia con que esta "ventaja" es mencionada sugiere que la revolución sexual en México está lejos de completarse. Aunque la mayoría no suscribe los discursos feministas que ellas interpretan como "antihombres" y no reportan vivir violencia, es un fenómeno más o menos común entre las mujeres de su entorno o de las generaciones anteriores, y en general expresan opiniones más bien negativas sobre los hombres, descritos como inmaduros, egoístas, irresponsables, vagos e infantiles.

Si en los modelos de pareja más "posmodernos" no hay oferta ni demanda de protección masculina y, por ello, la legalización de las uniones tiene un valor secundario o nulo, estas mujeres se encuentran en una encrucijada entre ambos ideales. La posibilidad de deshacer la unión es un alivio ante el riesgo de un mal matrimonio, especialmente porque hoy en día hay menos garantías de compromiso masculino, pero, al mismo tiempo, para ellas sigue siendo importante la distinción entre ser la mujer "legítima" ante "las otras", y ser "la otra", ya que la independencia económica no es total ni permanente, y ser aquélla a quien el hombre "da su lugar" no sólo implica una mayor capacidad de reclamo de protección, sino que subjetivamente representa para la mujer el ideal de ser la elegida de un hombre que puede protegerla.

La libertad sexual propia, que ellas siguen viendo como opuesta al "amor", es tomada con reservas por las consecuencias adversas que puede acarrear, bien sea por provocar los celos y eventualmente la violencia de la pareja, o por la posibilidad de "acabar con uno peor que el conocido", o aún más triste, sola. La fragilidad de la independencia económica alcanzada se observa en su forma de valorar la posibilidad de ejercer las mismas libertades sexuales que los hombres, cuya capacidad para mantener más de una mujer es vista en el contexto tradicional mexicano como una prueba de masculinidad. Si algunas hablaron de poder "pagar amantes" gracias a sus ingresos, lo hicieron en tono de broma, valorando en cambio la fidelidad al esposo no sólo como fuente de respetabilidad femenina, sino también, de manera estratégica, como una carta con la cual se puede negociar la protección y el compromiso de éste.

Sin embargo, este recelo hacia la "libertad sexual" femenina, entendida como opuesta a las relaciones de compromiso, parece deberse más bien a una combinación de temor a convertirse en sujeto sexual (reconociendo su deseo de un compañero sexual real) y de idealización del amor romántico como garantía de seguridad y estabilidad, aunque su existencia sea dudosa. Para estas mujeres,

colocarse en la posición de objeto implica que el sexo opuesto es el origen de los males, pero también la solución (mediante la imagen idealizada de un príncipe azul, diferente a los hombres reales) y evita asumirse también como sujeto sexual.

Asimismo, se advierte en algunas mujeres expresiones que cuestionan ese modelo y reivindican los deseos sexuales femeninos, dentro y fuera del matrimonio, especialmente las mujeres con ocupaciones “masculinas”, que muestran un patrón diferente de búsqueda de convergencia entre sus deseos sexuales y de amor, y la confluencia con deseos semejantes en sus parejas masculinas.

Aunque fueron pocas las participantes con estas características, algunas jóvenes solteras expresaron deseos de posponer el matrimonio y los hijos y tener más relaciones “de prueba”, aunque monógamas. Las mujeres mayores también describieron en estos términos las relaciones o las expectativas de pareja de sus propias hijas, lo cual permite pensar en una tendencia aún restringida a ciertos grupos y generaciones hacia un balance más satisfactorio entre sexo y amor. Sin embargo, éste se ve amenazado, como ya se comentó, por la tendencia que algunas observan en ciertas mujeres jóvenes a prescindir de vínculos amorosos que pueden resultar menos gratificantes que el disfrute de bienes materiales, viajes y logros laborales; pero también es posible notar, en varias de las participantes, la adhesión al ideal del amor como don y expectativa de reciprocidad, en oposición a relaciones de tipo instrumental donde el otro es tomado como objeto de “consumo” o de estatus.

Si es posible distinguir entre una demanda en el nivel de la necesidad y otra en el nivel del amor, la menor dependencia económica podría abrir la posibilidad de pasar de ver al otro como aquel que tiene lo necesario para satisfacer la necesidad a verlo como aquel de cuyo amor depende el sujeto y que ama por lo que “le falta”, aunque esto no esté garantizado sólo por el hecho de tener recursos económicos. En este sentido, el amor de pareja funcionaría como un contrapeso a las tendencias atomizantes del mercado, como lo hace también el ideal del cuidado intensivo basado en el amor, que Hays (1998) ubica entre las “contradicciones culturales de la maternidad”.

Las mujeres sufren las contradicciones propias de esas múltiples demandas (ser proveedoras, cuidadoras, esposas), porque el modelo que se les ofrece de forma predominante es el de la familia de clase media, con sus ideales contradictorios

de confort doméstico, pero dependencia, amor romántico, monogamia e indisolubilidad del matrimonio, pero también creciente libertad sexual y, por tanto, mayor riesgo de volatilidad de las uniones; además de paternidad responsable, pero mandato al placer hedonista.

A partir del "balance de los deseos" (Wouters, 2017), se sigue viendo al sexo y al amor como opuestos y generizados, es decir, como una continuación de la visión anterior a la revolución sexual, en la cual las mujeres sólo podían expresar uno de los dos polos: el del amor, con una sexualidad subordinada a una relación amorosa y duradera, y los hombres sólo el del sexo. El deseo de una relación duradera prevalece en ellas, pero añoran la dimensión de intimidad y compañerismo que implica, y aparece al mismo tiempo una ambivalencia con respecto a sus deseos sexuales, que ya han sido reconocidos en el debate público como legítimos, pero que en ellas resultan aún difíciles de admitir. Siguen riendo a carcajadas si alguna confiesa que espera del hombre "algo más" que protección, como ocurre cuando una de las mujeres con trabajo masculinizado se atreve a decir que no va al trabajo a buscar hombres porque "tiene quien la surta", expresión que resulta significativa, no sólo porque subvierte la ecuación entre "servir" y "ser servida", sino porque coloca a la mujer del lado del amor sensual y no sólo maternal.

Al hablar de sus hijos e hijas, muchas dan testimonio de estas expectativas de integración de la intimidad relacional con la intimidad sexual y de las dificultades para lograrla. Las mujeres jóvenes también lo hacen, algunas de ellas (nuevamente) desde una desconfianza genérica en la capacidad de los hombres de estar a la altura de sus expectativas y declaran preferir la soltería a una relación poco satisfactoria. Sin embargo, las tensiones y los giros en la definición social del balance ideal de los deseos continúan, y el logro de este balance está aún en desarrollo, más aún en México, donde los procesos de emancipación sexual e igualdad de género van rezagados y lo hacen en términos diferentes a los que prevalecen en países socialmente más liberales.

Actualmente, en teoría, las mujeres no están obligadas a ser madres y pueden separar la sexualidad de la reproducción, al igual que los hombres. La concepción tradicional (incluso en la versión más generosa, que concibe la unión marital como un ideal) plantea el placer sexual en el contexto de una unión indisoluble asumida desde una perspectiva de género masculina: el hombre debe hacer gozar a la mujer. Esto cambia cuando la mujer se responsabiliza de su propio cuerpo y sexualidad sin echar la culpa al hombre de su insatisfacción o de

sus consecuencias, y sin considerar su cuerpo y erotismo sólo como un recurso para “apartar marido”, sino también en función de sí misma. Esto empieza a verse en los testimonios de algunas mujeres, aunque de manera cautelosa.

En el balance de poder, en la medida en que las mujeres adquieren un mayor nivel de desarrollo, las formas del machismo disminuyen y la mayor simetría da lugar a desequilibrios que llevan a muchos maridos a la inseguridad y a la confusión, a veces dando lugar a separaciones. La simetría podría asimilarse a la igualdad que deriva en competencia, pero ellas despliegan una variedad de estrategias que flexibilizan este esquema, para que esa mayor simetría se convierta en complementariedad, sin lograrlo por completo, pero con alguna esperanza de hacerlo en el futuro o al menos con sus hijos.

Ya no aprecian la estabilidad de un matrimonio complementario, pero muy asimétrico, si el precio es su libertad. Exaltar sólo su papel de madres para tener como contraparte un proveedor, entraña el peligro constante de su desplazamiento al papel de irresponsable, si la proveeduría no le proporciona suficiente reconocimiento como hombre, y el riesgo de desplazamiento de ellas al papel de madres de sus parejas, al cuidar sus emociones y exigir poco de ellos, al mismo tiempo que los “re-educan”. De ahí que muchas sólo se quejen de ellos “entre mujeres”, pero traten de tenerlos contentos, hacerles creer que mandan, etcétera, a menos que la situación sea vivida por ellas como demasiado injusta.

¿Implica esto el abandono de un posicionamiento como mujeres adultas? Hay ambivalencia al respecto. Ellas quieren que “el hombre sea hombre” entendiendo por esto un proveedor, pero al emprender esfuerzos por reeducarlo para que ayude, sin ceder el poder sobre los hijos; además, cuando se refieren a los hombres como deficientes o incompetentes para estas tareas, parecen ubicarse en el papel de madres con poder sobre todos, más que en el de mujeres que desean una pareja masculina. Al mismo tiempo, al señalar que buscan un compañero, alguien en quien apoyarse y con quien compartir lo cotidiano, se muestran más dispuestas a ver al hombre como un sujeto vulnerable, pero un hombre, al fin y al cabo, y no sólo como un niño a quien cuidar.

Especialmente las mujeres con trabajos masculinizados expresan que prefieren hombres que las impulsen a hombres que las “procuren”. Parece entonces construirse una posición de “mujer fuerte” más que masculina, que necesita una pareja también fuerte para afrontar los desafíos de las demandas contradictorias que enfrentan, y evitar al mismo tiempo la temida volatilidad de los lazos de

reciprocidad provocada por el individualismo actual. La familia parece ser, para este fin, “la peor institución, excepto por todas las demás”.

En cuanto al balance de controles externos e internos de la conducta sexual, aparenta haber una ambivalencia entre el deseo de una pareja confluente y de una familia autosuficiente, cuyo bienestar no depende de mantener fuertes los lazos con las generaciones anteriores y una realidad económica que no permite prescindir de esos lazos, más allá de la ayuda concreta que pueda representar. La mayor convivencia entre generaciones reanima la lógica familiar por sobre la conyugal y el papel de madres por sobre el de esposas, así como el respeto a los mayores y a sus valores (presión para casarse, formalizar, tener hijos, educarlos de cierta manera, etcétera). La lógica familiarista privilegia el vínculo madre-hijo varón por sobre el de marido y mujer, como lo muestra toda la polémica en torno a los hijos varones y las nueras, lo que evidencia que ellas deben hacer una constante negociación, no siempre consciente, entre esos valores y sus deseos de libertad, tanto individuales como para la pareja.

El ideal del amor confluente existe, pero no lo ven muy factible ni deseable si representa riesgo de desintegración familiar. La familia pierde el carácter sagrado o intocable, pero es valorada como instancia de contención afectiva, protección y educación. Al mismo tiempo, subsiste la dimensión moral en el estigma de la maternidad en soltería (aunque atenuado) que se pone de manifiesto cuando se juzgan a sí mismas en relación con el ideal: “aquí estamos las ovejas negras”.

Como se mostró en los capítulos precedentes, las mujeres sienten que deben sostener al hombre a través de un juego de pinzas: aportar dinero para “ayudarlo” y reclamarle su papel de proveedor, pero sin soltar lo “femenino” de la maternidad. Una demanda femenina que paradójicamente se convierte en posición maternal hacia el hombre, quien queda infantilizado a través de estereotipos de irresponsabilidad o de incapacidad, pero que no amenazan su masculinidad en tanto no lo “feminizan”.

Así, la masculinidad dominante es cuestionada, pero conservada en parte, por temor a que una erosión de sus rasgos más estereotipados implique la claudicación de sus parejas, lo que las dejaría desamparadas o bien sobrecargadas de responsabilidades. En el peor escenario, aunque ellas dicen no vivirlo, esa destitución masculina puede llevar a una reacción defensiva violenta contra la sensación de dependencia que produce en algunos varones. Ésta es

posible en tanto la mujer es vista más como un sujeto activo, hoy en día "convertida en rival de la potencia", que como un objeto pasivo (Lutereau, 2017a).

Los imperativos del consumo y la precarización laboral han contribuido a esta crisis de las vías tradicionales de encarnar la femineidad y la masculinidad, pero ante la falta de modelos alternativos convincentes, las mujeres temen abandonar del todo esos ideales. De ahí que, como se discutió en los capítulos precedentes, persistan en la queja por la sobrecarga de la doble jornada, pero muchas veces reivindicando para sí el papel de cuidadoras exclusivas y reduciendo al varón a un mero ayudante, no apto para hacerse cargo de la crianza y la educación de los hijos ("él debe ayudarme"). Esto ocurre porque persiste el estereotipo que asocia la masculinidad tradicional (la rudeza, la cosificación de la mujer y la violencia) con la capacidad para tomar decisiones, la fuerza, la autoridad y la potencia sexual. Es cierto que muchos varones reniegan de la responsabilidad de proveer que implica la paternidad, como se aprecia en los testimonios presentados, que dejan en evidencia el carácter construido de ese ideal masculino y la necesidad sentida de apuntalarlo en bloque.

En suma, este capítulo mostró un desplazamiento —aunque también cauteloso— respecto de la moral sexual tradicional diferenciada para hombres y mujeres, y los ideales del amor romántico expresados en la entrega femenina a cambio de protección. Así, mientras la mayoría manifiesta recelo hacia la libertad sexual femenina y valora la fidelidad al esposo, aunque no haya reciprocidad, lo hace de manera reflexiva, sopesando las ventajas de mantener una "respetabilidad" con la que negociar el compromiso duradero del marido, frente a la incertidumbre que implicaría ejercer la misma libertad sexual, vista como opuesta al amor y al compromiso.

Asimismo, al interior de la pareja conyugal se advierte un recelo de las mujeres a asumirse como sujetos sexuales, y una preferencia por el compañerismo y la solidaridad afectiva. Sin embargo, es en esta dimensión de análisis donde se encontraron las mayores diferencias entre grupos de mujeres, siendo aquellas con trabajos masculinizados las que más cuestionaron ese modelo y reivindicaron los deseos sexuales femeninos, dentro y fuera del matrimonio, e incluso con otras mujeres.

Los posicionamientos de las mujeres sobre la sexualidad son más difíciles de interpretar desde una idea preestablecida de agencia, ya que involucran deseos

inconscientes y temores no siempre explícitos, que pueden llevar a tomar como estratégica una acción basada en el temor a asumirse como sujeto dotado de agencia sexual, como la renuncia al erotismo o a la libertad sexual a cambio de la estabilidad emocional o económica que otorga el compromiso del varón. No obstante, es posible pensar que en un contexto cultural aun poco favorable a la "revolución sexual", esa acción puede resultar una combinación de varias cosas: deseo, temor y estrategia.

▪

[1] En la Ciudad de México, las mujeres que decidieron divorciarse en promedio lo hicieron a los 40.4 años de edad y los hombres, a los 42.8. Por edad, de los 124 000 divorcios registrados hasta 2015 en México, se puede observar que las mujeres se divorciaron más entre los 30 y 44 años, casi 47.9%; le sigue el grupo de más de 45 años con 23.6%; luego el grupo de 20 a 29 años con 23.2%, y, por último, el grupo de menos de 19 años con 0.9%. Para los hombres, la edad al divorciarse es casi similar: el grupo de 30 a 44 años es 48.4%; de 45 y más años es de 30%; de 20 a 29 años es de 16.7%, y menos de 19 años es de 0.2% (INEGI, 2015). De las causas de divorcio judicial reportadas en divorciantes mujer-hombre, 43.9% fue por mutuo consentimiento; 40.6%, voluntario unilateral; 8.2%, separación por dos años o más independientemente del motivo; 2.6%, separación del hogar conyugal sin causa justificada; 1.8%, abandono de hogar; 0.5%, violencia intrafamiliar; 0.3%, incompatibilidad de caracteres, y 2%, por diferentes causas (INEGI, 2015).

[2] Es una forma cultural mexicana anterior a la Conquista, pero aún operante, mediante la cual el varón puede tener hijos con otras mujeres a quienes debe poder mantener, además de la familia oficial y con ello demostrar virilidad. Es una práctica semiclandestina, prerrogativa del varón. Según Leñero (1983), en la casa chica la mujer adopta su papel de madre con abnegación, la esposa es el pretexto para que el hombre no asuma públicamente la formación de más de un hogar; la mujer llega incluso a exigir al hombre que asuma su doble responsabilidad; antes de que salga a la luz, el hombre debe dejar pistas de un futuro sinceramiento y legitimación de la situación "irregular"; los hijos con frecuencia conocen el hecho y luego lo repiten.

5. CONCLUSIONES

No aceptar ningún dogma sino hasta ver si es capaz de resistir un buen chiste.

Rosario Castellanos, Mujer que sabe latín

Como se mencionó desde el inicio, el objetivo de la investigación que sustenta este libro fue analizar los procesos de significación por los que mujeres con distintas experiencias laborales y familiares dotan de sentido a sus prácticas cotidianas y construyen sus subjetividades. El supuesto es que los cambios sociales más amplios trastocan los espacios tradicionales en los que se mueven las mujeres y al hacerlo, potencian procesos de cambio subjetivo que se traducen en distintas formas de agencia. Estas pueden a su vez desestabilizar el género como sistema que articula formas de relaciones patriarcal-capitalistas particulares, dependiendo de su sentido e intensidad.

Una premisa de la investigación fue que la participación de las mujeres en papeles previamente considerados masculinos, como la provisión del hogar, generan transformaciones en sus subjetividades y, por ende, en las relaciones de género que se establecen, en primer lugar, en la pareja y en la familia. Si, además, se desenvuelven en ámbitos de trabajo que requieren destrezas físicas o habilidades asociadas con lo masculino y en consecuencia deben desnaturalizar disposiciones aprendidas como esencialmente “femeninas”, esos cambios subjetivos pueden implicar un cuestionamiento más profundo de los propios ideales establecidos por la cultura para la femineidad y la masculinidad, promoviendo tipos de agencia más o menos confrontadora con esos ideales. Estos también se van modificando al ritmo de las transformaciones sociales más amplias, ya que forman parte de repertorios culturales que regulan —a veces de manera armónica y a veces conflictiva—, las formas cambiantes de organización del trabajo y de la reproducción necesarias para el orden social, y que involucran a los sistemas económicos tanto como a los políticos.

La organización del parentesco y la división sexual del trabajo son elementos clave de la reproducción social a lo largo de la historia, por ello merecen especial atención, sobre todo, en un momento en el que parecen ponerse en cuestión

como formas eficaces y equitativas de garantizar tal reproducción. Así, se han revisado y discutido tres tipos ideales básicos de división del trabajo y de organización familiar que se han presentado como formas históricamente eficaces de "reducción de la contingencia", en un proceso de creciente complejización social: el premoderno o patriarcal clásico, predominante en la economía pre-industrial, el moderno o burgués, basado en el ideal del amor romántico propuesto en el capitalismo industrial en sus distintas fases, y el posmoderno o confluente, que se avizora como tendencia o ideal —aunque problemático— para el capitalismo flexible o tardío.

La precarización del empleo en el capitalismo actual ha producido transformaciones importantes en la familia. El proceso por el que esta institución se ha vuelto más inestable y frágil es relativamente independiente del capitalismo (divorcio, contracepción, etcétera), pero comparte con éste la motivación de los sujetos a ser flexibles y móviles (Boltanski, 1990). Los esquemas ideológicos utilizados para adaptarse a la flexibilización del trabajo se movilizan también en relación con la movilidad en la vida afectiva, lo que implica algunas contradicciones: por un lado, la familia ya no es fuente segura de protección, pero se apela a ella en esos términos. Por otro, el sistema capitalista actual se vuelve más "andrógino" (menos generizado) aunque igual de opresivo en tanto supone sujetos consumidores, autorregulados y atomizados, aunque se siga apoyando en la desigualdad de género para garantizar la reproducción social, en la medida en que no puede ofrecer oportunidades de desarrollo para toda la población.

Como se discutió en la introducción y en el primer capítulo de este libro, tanto las exigencias de la organización del trabajo a lo largo de procesos de acumulación, basados en constantes cambios tecnológicos, como las de la legislación y la ampliación de servicios sociales y mercados de consumo han ido configurando modelos de familia, de pareja y de relaciones de género sustentados en formas ideales o socialmente reconocibles de encarnar la femineidad y la masculinidad. Estas vías de subjetivación, que pueden asociarse con normas y estereotipos de género, son propuestas por los grupos "establecidos" al resto de la sociedad mediante distintos medios culturales, como formas aceptadas de ejercer el control y el autocontrol de impulsos y emociones en sociedades cada vez más complejas (Elias, 1994). Especialmente en la época posmoderna, cuando la confianza ya no se basa en la común obediencia a las tradiciones, sino en la capacidad de autocontención e "inteligencia emocional" de los sujetos, ese control de los comportamientos supone tanto el

autodisciplinamiento como la ilusión de autocreación y autolegislación individual, al mismo tiempo que se desconocen e invisibilizan las fuerzas sociales, políticas y económicas que obligan a esas mismas formas de regulación, deteriorando —aunque no rompiendo— el lazo social.

De este modo, los tipos de individualización que la cultura presenta como ideales, ya sea el sujeto racional, autocontenido y responsable de la ética protestante, o el individuo hedonista de la posmodernidad, esconden tanto el carácter relacional y mutuamente dependiente de los sujetos como las fuerzas más amplias que modelan sus comportamientos. La expansión de la educación y la correspondiente individualización refuerzan la autopercepción de las personas como individuos independientes. Asimismo, la extensión de interdependencias funcionales cada vez más fuertes implica una mayor dificultad para los sujetos de comprender y controlar esos procesos sociales, a los que dan dirección mediante acciones y emociones (Elias, en Wouters, 1998). Así, la autorregulación reflexiva y flexible, esa habilidad de combinar firmeza y flexibilidad, dirección y tacto, supone sociedades con un alto grado de interdependencia, donde se espera confianza mutua y autocoerción (Wouters, 1998). El ideal de la democratización emocional, propia de la sociedad contemporánea, al no comprometer al sujeto con valores comunes o heredados, sino sólo con sus sentimientos, paradójicamente crea indefensión emocional y allana el camino a la subordinación gerencial y terapéutica de los sujetos, muchas veces confundida, como ocurre con los coaching empresariales para tener éxito en el mercado de trabajo y de consumo (Rendueles, 2017).

Se mostró en este estudio que las mujeres mexicanas de sectores populares urbanos no están exentas de esos discursos de automodelaje y desarrollo de una personalidad apta para un mercado precarizado, cuando dan cuenta reiteradamente de la forma en que las empresas para las que trabajan o pretenden trabajar les ofrecen cursos de capacitación basados en el desarrollo de la “autoestima” y de habilidades para la competencia en el mercado asociadas con lo “femenino”, como el entusiasmo, el deseo de agradar y la empatía (McRobbie, 2016), especialmente las que se desempeñan en los trabajos típicos de las mujeres de estos sectores, como la venta por catálogo, los servicios personales, etcétera.

Las normas de género han servido históricamente para organizar el lazo social a partir de ideales de masculinidad y de femineidad separados en esferas: una pública, donde reina el individuo ideal, emprendedor y productor de cultura; y

una doméstica, donde reina la mujer, en quien se deposita todo aquello que se "desconoce" en el Hombre: la corporalidad, la interdependencia, las emociones, el amor (De Beauvoir, 2016). El mundo privado, entendido como el del cultivo de sí y de las amistades, también es originalmente masculino, ya que el tiempo de las mujeres es concebido como un tiempo para otros, como muestra la forma en que las participantes del estudio entienden el tiempo libre o el tiempo "para sí".

El creciente borramiento de esas fronteras y, junto con él, la crisis de las vías reconocidas para encarnar lo femenino y lo masculino, en nuestra época posmoderna, llevan a preguntarse si las formas en que se "hace y deshace" el género en la interacción implican transformaciones profundas en los sistemas sociales de los que esas formas culturales han sido solidarias, o sólo representan "cambios cosméticos" en la relación histórica entre el patriarcado y el capitalismo. La familia basada en una división sexual del trabajo supuestamente natural o al menos "disposicional" ¿sigue siendo una necesidad en el capitalismo flexible o se ha convertido en una "institución zombie"? (Bauman, 2005). La inclinación aparentemente persistente de las mujeres hacia la maternidad intensiva y el "amor romántico", aun cuando se burlen de ellos, ¿es producto de un habitus, "disposición" o "posición femenina" inalterable, o forma parte de un nuevo tipo de lazo social, basado en elecciones más reflexivas, estratégicas y contingentes, que incluyen el mundo de las identificaciones emocionales? ¿Son las formas predominantemente "maternales" de reivindicar lo "femenino" una defensa contra lo que se percibe como fuerzas disgregadoras, provenientes de las exigencias del mercado y del "estallamiento de las instituciones"?

Para intentar dar respuestas más adecuadas a estas preguntas fue necesario elaborar un marco analítico que permitiera reconocer la naturaleza "inherentemente inestable" del habitus y de las "disposiciones pre-reflexivas" del sentido práctico (McNay, 2000), y considerar formas cambiantes de subjetividad que articulan, por un lado, deseos socialmente construidos (Mahmood, 2005) y, por otro, formas reflexivas de agencia práctica. Estas últimas se traducen en distintas cuotas de negociación, reproducción o confrontación con los "semblantes" que la cultura ofrece para la identificación con la femineidad y la masculinidad, y que son igualmente contingentes (Lutereau, 2017a).

Como ya se adelantó, así como la supuesta amenaza de desgenerización que implicó el trabajo industrial motivó una reacción cultural de re-diferenciación a

partir del modelo burgués de familia, en esta etapa flexible, donde se teme una posible desgenerización aún menos soportable, la de la "feminización" de la cultura y del trabajo, se producen dos reacciones: por un lado, una re-tradicionalizadora (Adkins, 2002) —como puede observarse en el nuevo conservadurismo que ve en "la ideología de género" el principal enemigo de la sociedad— y, por otro, una reacción más cercana a los valores neoliberales, que algunas autoras asocian con un "clima cultural posfeminista" (McRobbie, 2009; Gill y Scharff, 2013) que demanda a las mujeres éxito laboral sin desatender las tareas de cuidado y sin cuestionar el modelo de familia heteronormativa.

Si bien los límites de esta investigación impiden dar respuesta a las preguntas arriba formuladas sobre la dirección que tomaría en la sociedad un cambio en las relaciones de género y en la familia como "reductora de contingencias", permiten al menos plantear la tesis de que para ciertos grupos sociales, quizá mayoritarios, tanto las normas de género como la familia siguen vivos, aunque no gocen de tan buena salud como en el pasado. El tipo de sujeto que se ofrece como modelo en esta etapa flexible es difícil de encarnar para las mujeres que participaron de la investigación y probablemente para muchas más en contextos semejantes. Tampoco ellas desean hacerlo. La "soledad con objetos" que se les presenta como modelo ideal de vida y que, sin saber de teoría sociológica, asocian con las propuestas de familia democrática y de amor confluente basados en un "individualismo cooperativo" (Honneth en McNay, 2015) son para ellas una utopía dudosa. Cuando exclaman "¡qué padre vida, pero qué hueca!" muestran que no están libres de los discursos culturales que las tientan a imaginarse como mujeres que "se comen el mundo", pero que disfrutan de los vínculos afectivos con la pareja, los hijos, la familia extensa y las amistades, todo lo cual, en su medio social, exige reciprocidad y redes de solidaridad en las que es preciso invertir, pero éstas ya no son impuestas ni aceptadas por obediencia a las tradiciones, sino elegidas de forma más reflexiva, en una negociación entre disposiciones particulares y deseos socialmente construidos.

AGENCIA CONDICIONADA Y REDEFINICIÓN DE LOS REPERTORIOS CULTURALES

A partir de las transformaciones observadas en las subjetividades de las mujeres participantes en este estudio, se puede plantear la tesis según la cual las relaciones de género en estos sectores de la sociedad mexicana están transitando hacia un modelo menos personalizado, más abstracto y más difuso de "dominación masculina", vehiculizado por distintos medios culturales que ofrecen a las mujeres vías diversificadas y más individualizadas de subjetivación, como el modelo de mujer proveedora y el de mujer sexualizada, además de (o como alternativa) al de mujer madre. La posición de clase y la relación con un mercado laboral precario, donde permanece la desigualdad de género, establecen las coordenadas específicas del balance o de la tensión entre estas posiciones y nuevos modos de comportamiento, que emergen cuando se amplían los campos de acción en los que participan las mujeres.

Para resumir los hallazgos, es posible observar que la mayoría de las participantes se ubica en un modelo de femineidad que combina una identidad de madre cuidadora y ama de casa con una de mujer trabajadora y proveedora, con autoridad compartida en el hogar y creciente poder conforme pasa el tiempo. Del modelo más tradicional conservan la idea de la familia como unidad de solidaridad, aunque en permanente negociación entre una lógica nuclear y otra propia de la familia extensa, lo que se traduce en una tensión entre dos tipos de "nosotros": uno de mayor sumisión (a la suegra si está unida, o a la madre si es madre soltera) y otro de menor sumisión (al marido), pero con cuotas crecientes de poder materno en el tiempo, y de autoridad —aunque decreciente— sobre las nueras, por la lealtad inculcada a los hijos varones. Las entrevistas narrativas permiten observar que casi todas las mujeres atravesaron por estas etapas de menor a mayor poder, aunque manteniendo la división sexual del trabajo, con el predominio de la autoridad materna en la familia.

El ideal moderno de familia nuclear con proveedor y cuidadora exclusivos, como sustento del trabajador, educación de los hijos y unidad de consumo, aunque poco practicable por la necesidad del doble ingreso, sigue funcionando como medio de protección emocional contra las tendencias anómicas y la inseguridad

que advierten en su medio social, mostrando una tensión entre la defensa de un "nosotros" traducido en el bienestar de la familia (el "dar todo a los hijos", pero también darles un padre), y un "yo" con libertades y gustos personales, poder adquisitivo y, aunque menos explícitamente, deseos sexuales.

El trabajo remunerado es visto por todas como importante por diversas razones, siendo la principal que les otorga la independencia económica necesaria para asegurar la subsistencia si la unión conyugal llega a disolverse, pero también para dar a los hijos cosas que necesitan o "piden" y que el ingreso de la pareja no alcanza a cubrir. A su vez, el tiempo de trabajo dedicado al mercado laboral compite con las obligaciones maternas y de cuidado que la mayoría sigue viendo como propias, razón por la cual buscan maneras de conciliar ambas "obligaciones" en parte negociando con la pareja y en parte recurriendo a redes familiares más amplias para el cuidado de los hijos, especialmente a tías y abuelas.

Dado que la mayoría de las participantes suscribe el modelo de crianza basado en "consentir" más que en "disciplinar" y a que perciben una gran insuficiencia de servicios accesibles y confiables de cuidado infantil, no hacen uso de guarderías más que como último recurso, prefiriendo solicitar "favores" a familiares cercanos, a quienes, sin embargo, retribuyen en dinero o en especie, pero no confían tampoco en todos los familiares —especialmente si son varones — y a veces éstos no están disponibles. Es por esta razón que las amas de casa optaron por dejar el trabajo remunerado para cuidar ellas mismas a sus hijos, además de ser el grupo donde los cónyuges tenían mejores ingresos y el más proclive a suscribir modelos más tradicionales de crianza, basados en la vigilancia y la disciplina.

La defensa de los "valores familiares", como obediencia y lealtad a los mayores, que estas mujeres enfatizaron, es congruente con hallazgos de otros estudios que muestran que la población mexicana en general confía principalmente en la familia (Girola, 2016). De esta manera, el "trabajo de redes" orientado a asegurar que los miembros de la familia sigan compartiendo valores y lealtades, tarea tradicionalmente asignada a las mujeres, se vuelve imperativo en la medida en que la familia es una de las pocas o la única fuente de confianza para ellas.

La dificultad para delegar tareas de cuidado infantil es congruente también con algunos datos de estudios sobre uso del tiempo que muestran que, si bien el trabajo remunerado de la mujer acorta la brecha de género en el reparto de tareas

domésticas y de cuidados, ésta sigue siendo importante en el cuidado de menores de 6 años en primer lugar y de menores de 14 en segundo, así como en la preparación de alimentos, en contraste con tareas de arreglo de la casa, donde la brecha es favorable a los varones, y con las compras y el cuidado de ancianos y de personas con discapacidad, donde la brecha tiende a desaparecer (García y Pacheco, 2014; García, 2019). Es posible interpretar estas tendencias a partir de los hallazgos de este estudio, que muestran que para la mayoría de las mujeres "los hijos son responsabilidad de ellas", mientras que los padres y suegros son de ambos. La lealtad hacia las madres que ellas observan y a veces resienten en sus parejas puede explicar parte de ese involucramiento de los varones en el cuidado de personas mayores y con discapacidad, aunque nuevos estudios deberán explorar más a fondo la plausibilidad de esta tesis.

Se advierte otra tensión irresuelta entre las posiciones "maternales" y una posición "de mujer", en la medida en que defienden la necesidad de ser sexualmente complacientes con la pareja para garantizar protección, asimismo se aceptan como sujetos sexuales "sólo en el matrimonio y por amor", pero admitiendo, algunas, la posibilidad de sentir atracción por otros hombres o incluso, aunque en menor medida, mujeres. Aunque defienden la necesidad de separar la reproducción de la sexualidad, ésta sigue estando vinculada principalmente con la maternidad, y si bien enuncian —algo tímidamente— discursos sobre el deseo de satisfacción sexual, predomina en ellas la idea de que ante todo sus parejas deben "darles su lugar" como las elegidas entre otras, siempre posibles rivales. Admiten deseos sexuales, pero no los manifiestan espontáneamente, o son catalogados como momentos de "locura". Finalmente, la ternura se impone a la sensualidad en el ideal de un compañero que a veces es tratado como un hijo más, pero quizá sólo en el "discurso", a juzgar por sus historias de vida en las que queda claro que no desean separarse porque "necesitan una pareja". Las mujeres se muestran así ambivalentes entre un ideal de mujer como "objeto precioso" para un hombre y "madre abnegada" para todos. En muchas de ellas predomina una postura pedagógica al mismo tiempo que quejosa de la pareja, porque no cumple con un ideal de Hombre que, sin embargo, admiten no existe, en una tensión entre adoptarlo como hijo o exigirle "ser un hombre" (potente).

Al admitir deseos sexuales, algunas mujeres se apartan de la falsa dicotomía entre sensualidad y ternura que opone el amor de pareja al de madre e hijo, y la entrega mutua (erotismo) a la demanda de amor por dependencia (infantil). Esto las coloca más cerca de los modelos posmodernos que promueven el ideal de

una mujer sexualmente libre, no necesariamente madre, profesional o trabajadora independiente y con un reparto equitativo de tareas con la pareja, o incluso renunciando a ella; pero si bien se adhieren a algunos elementos de este modelo, especialmente el ideal de la mujer independiente, temen a otros que sólo imaginan, como la fluidez de género y sexual, la incertidumbre sobre la duración de las relaciones, o la "histeria obsesiva" que identifican en aquellas jóvenes que no desean compartir la vida con otros o "cumplir con sus obligaciones" y que adquieren "obsesión por la limpieza", por la alimentación o la salud, y exigen al varón hacerse cargo de los hijos y de la casa.

Si bien este modelo no está a su alcance, sí lo ven como amenaza para sus hijas, especialmente las que tienen trabajos más calificados y, por lo tanto, mayor independencia financiera. También temen por el futuro de los niños y jóvenes si son criados en familias que se parecen más a "redes horizontales, amistosas, deconstruidas, medicalizadas y con autoridad diluida" (Roudinesco, 2006) y no en una familia "con valores".

El modelo de femineidad que parece orientarlas, en suma, es una combinación de repertorios culturales que da como resultado un ideal de mujer monógama, madre por elección, sexualmente complaciente con un hombre que debe seguir siendo proveedor, ya no sumisa pero tolerante y comprensiva con la pareja de quien busca y exige cierta reciprocidad, honesta y responsable en el trabajo, con intereses propios y cierto poder social pero predominantemente materno, todo lo cual supone conflictos que se traducen en escasez de tiempo para atender las necesidades del marido, de los hijos, del trabajo y de sí mismas. Sin embargo, esto depende de las distintas circunstancias materiales y sociales que ubican a las mujeres en puntos diferentes en el continuo "dependencia/independencia" y que se relacionan con el tipo de trabajo que desempeñan, el momento del ciclo vital en el que se encuentran y las relaciones familiares que construyen.

Como se comentó en los capítulos anteriores, las amas de casa, en general, y las mujeres con trabajos feminizados —especialmente las que tienen horarios largos y rígidos de trabajo— valoran la maternidad de tiempo completo como un sacrificio que se hace "por los hijos", pero más desde el modelo tradicional de crianza basado en la educación como "supervisión y control", que desde uno más "posmoderno" basado en el "apapacho" y en el deseo de "dar gustos" a los hijos, que predominó en el resto de las mujeres. La idea de sacrificio, sin embargo, se relaciona con el aislamiento social y el tedio que supone para ellas ser amas de casa exclusivas, lo que asocian con la pasividad de "sólo consumir"

en oposición a la actividad de generar ingresos y producir bienes y servicios valorados por el mercado, algo que todas hicieron en algún momento. También, a diferencia de la mayoría, estas mujeres hacen todo el trabajo doméstico y de cuidados, pero mientras las amas de casa lo hacen porque consideran es “su tarea”, casi un “castigo” por no generar ingresos, las trabajadoras con horarios largos lo hacen por una mezcla de gusto (al no poder hacerlo como quisieran durante la semana laboral), de dificultad o renuencia a negociar con sus parejas, además de los límites percibidos en el mercado laboral para poder elegir trabajos más adecuados a sus necesidades. Para estas mujeres, como para casi todas, la familia es lo primero, pero defienden la crianza tradicional y la idea de pareja como un compañero proveedor a quien deben domesticar y como una autoridad para los hijos, que necesitan límites.

Todas las mujeres con trabajo remunerado valoran la posibilidad de generar ingresos como medio para tener dinero y poder “darles cosas a los hijos”, sin descuidarlos, pero plantean la necesidad de planificar la familia y de negociar tiempos y libertades. El dinero es para todas algo más que un instrumento impersonal (Zelizer, 1997), ya que al entrar al ámbito de las relaciones familiares y de pareja asume distintos significados y tipos: dinero para “gustos”, dinero para “el gasto” o las necesidades, dinero para “comprar amantes” o “escaparse”, dinero para “compensar” a las madres, padres u otros familiares por los cuidados recibidos por ellas o por sus hijos, etcétera. Estos distintos “tipos de cambio” siguen diversas lógicas de equivalencia, ya que sirven tanto para ganar independencia y autonomía como para unir personas y generar reciprocidad. Las mujeres saben “soldar” además de desarmar. El dinero propio evita la humillación de “tener que pedir” y “tener que servir”, algo que distinguen del servicio otorgado por amor o por gusto y que se distingue de la “complacencia” obligada. No es casual que los trabajos que más se acercan a la idea de humillación son para ellas los que implican “mendigar” (como vender cosas y no poder cobrar) o “absorber la suciedad ajena”, como el servicio doméstico.

Las mujeres que se desempeñan en empleos formales trabajan para tener prestaciones sociales ante la informalidad laboral de los cónyuges y, debido a la rigidez de sus horarios, plantean la necesidad de flexibilizar las obligaciones que impone la moral familiar y de género tradicional (no se puede cumplir con todo al cien por ciento). Las que tienen trabajos masculinizados intentan repartir más las tareas domésticas y de cuidados, pero las conciben igualmente como un ámbito que les pertenece a ellas. Entre estas mujeres, las que tienen trabajos informales eligen los oficios “de hombres” para ganar más que “en la venta por

catálogo” y para no depender de las habilidades de un hombre para todo. Las que tienen trabajos masculinizados formales agregan a la lista de motivaciones para trabajar la de ayudar al hogar, sentirse útiles y ser independientes. Sin embargo, ellas ven la doble jornada intensiva, que implica el empleo formal, como un “doble compromiso”, el cual supone estar alertas y ejercer un modelo de crianza híbrido, donde la vigilancia es importante, pero no necesita ser permanente.

Las mayores rupturas con la moral familiar tradicional y con el ideal de la abnegación materna parecen observarse entre quienes tienen trabajos masculinizados y quienes tienen trabajos con horarios largos, cuando estos son gratificantes. La familiarización del cuidado, sin embargo, sigue siendo fuerte en todas, aunque enfrenta un límite cuando las mujeres mayores de la familia empiezan a requerir ser cuidadas y están menos disponibles para cuidar, tensión que algunas de ellas enfrentan.

En cuanto al tiempo para sí, mientras la mayoría de las amas de casa lo agradece como una concesión de su pareja, las demás lo negocian con mayor o menor éxito y con distintas motivaciones. Las mujeres con trabajos informales lo asocian con el tiempo en el que “no cuidan” y, por lo tanto, con el tiempo público, donde venden y ofrecen servicios, a la vez que socializan. Las mujeres con trabajos formales lo relacionan con el tiempo en el que “no están trabajando” y por lo tanto con el disfrute de los cuidados y del hogar. Para la mayoría, sin embargo, el escaso tiempo para sí es aquel que queda después de cumplir con ambas “obligaciones” (incluyendo la de salir con la pareja para no descuidarla), y que se traduce en actividades que viven como “escape” o recarga de energías, como bailar, hacer ejercicio o salir con amigas.

En relación con los repertorios culturales sobre la femineidad y la masculinidad, todas mencionan los estereotipos del Hombre “conchudo” y débil, de la Madre abnegada y de la Mujer peligrosa, pero sólo las que tienen trabajos masculinizados los cuestionan más abiertamente. Las que ejercen oficios “de hombres” hablan de un ideal de mujer fuerte pero no “machorra” y no necesariamente madre, así como de la posibilidad de los hombres de dejar de ser “conchudos”. Las que tienen empleos masculinizados formales hablan del deseo de encontrar “hombres de carne y hueso” (uno prietito, feíto, etcétera) que las impulsen y no que las “procuren”, y afirman que la madre abnegada, la mujer “coscolina” y el hombre “conchudo” pueden no existir, lo que cuestiona la “mentalidad machista” con la que dicen haber sido educadas.

Respecto de la sexualidad y la pareja, ninguna de las participantes toleraría la violencia ni las “casas chicas” de sus maridos, pero la mayoría perdonaría la infidelidad, aunque con distintos argumentos: mientras las amas de casa entienden que la infidelidad forma parte de la sexualidad masculina (de naturaleza impulsiva) y fingen ellas mismas ingenuidad sexual, las mujeres con trabajos feminizados informales dicen amenazar a sus parejas con serles infieles y hablan de la posibilidad de tener amantes jóvenes ante la impotencia de algunos maridos; pero también plantean la necesidad de ser sexualmente complacientes y de mantenerse atractivas para evitar que sus parejas busquen sexo —o hijos— “en otro lado”. Las demás mujeres trabajadoras también valoran la sexualidad, pero con matices diferentes para las que tienen trabajos masculinizados, ya que, si bien hablan de la necesidad de complacer sexualmente a la pareja, no es sólo por temor a que busque sexo en otro lado, sino por deseo propio y, a diferencia de las demás, no tolerarían la infidelidad porque la ven como señal de que el amor se acabó y no sólo que puede existir una “casa chica”. Iguales matices se observan en relación con la sexualidad como ámbito separado de la reproducción.

Sin embargo, curiosamente, las mujeres con trabajos feminizados formales —las que más dicen disfrutar de los cuidados en el poco tiempo libre que les queda— dudan que la maternidad sea un destino para las mujeres y mencionan la conveniencia de cuidar a la pareja y de “regarla como si fuera una plantita”, aunque esto está motivado en parte por la necesidad de conservar un “protector”. Son las mujeres con trabajos masculinizados, en cambio, las más “liberales” en relación con la sexualidad, al hablar del deseo de ser sexis y activas en la sexualidad, así como al autodefinirse en términos más fluidos en cuanto al género.

Las diferencias encontradas entre estas mujeres y las que tienen trabajos feminizados, así como las amas de casa, permiten plantear la tesis ya propuesta por Vasallo (2015), según la cual el desempeño práctico en actividades no tradicionales provoca cambios subjetivos mucho más que los principios normativos y el nivel cultural o educativo de las mujeres. Son también las mujeres con trabajos masculinizados las que no ven la educación superior como el único camino para romper con la dependencia económica que lleva a repetir historias de sumisión, y quienes otorgan igual o mayor importancia a las capacidades adquiridas por otros medios, como un entrenamiento técnico o práctico. Es necesario considerar que la mayor parte de estas mujeres ingresó a esos trabajos por medio de redes familiares, lo que seguramente implica un tipo

de agencia menos individualizada y más protegida por normas y valores grupales, que la que hubiesen ejercido de haber elegido esas ocupaciones de manera más independiente. Asimismo, esta particularidad muestra que los modelos menos rígidos de femineidad y de masculinidad que se ofrecen en las familias juegan un importante papel desgenerizador, ya que, como varias de ellas relataron, tuvieron padres "liberales" que las alentaron a aprender oficios "rudos".

De este modo, el análisis de las discusiones y los relatos que las mujeres produjeron sobre sus experiencias con el trabajo remunerado, el dinero, el tiempo, la maternidad, el cuidado y la pareja permite constatar la presencia de ajustes en los tres balances descritos al inicio de este libro: 1) el balance de poder en las relaciones entre los géneros y las generaciones; 2) el balance de prioridades entre el yo y el nosotros en las relaciones interpersonales, y 3) el balance en la relación entre sexualidad, erotismo y amor en las relaciones de pareja, aunque con distintas intensidades para cada grupo. Estos ajustes muestran un alejamiento de lo que ellas mismas consideran un modelo caduco y que puede asociarse con el ideal patriarcal clásico de familia, pareja y sexualidad, lo que implica también un cambio paulatino en un cuarto balance, que atraviesa a los anteriores y es el que se produce entre los controles externos e internos del comportamiento. Como se discutió, éste cambia a medida que las sociedades se integran y diferencian cada vez más (Wouters, 2004) y se relaciona con los procesos de des-tradicionalización (Giddens, 2012), individualización (Beck y Beck-Gernsheim, 2002) y formalización e informalización de códigos de comportamiento (Elias, 1994), que para el caso que nos ocupa afecta las relaciones entre géneros y generaciones en la modernidad tardía.

Todo lleva a observar una deconstrucción del modelo predominante hasta hace unas décadas en México, ligado a la familia extensa con autoridad masculina absoluta y la preferencia por uno basado en la pareja electiva y sus hijos, con autoridad compartida y donde la mujer es cuidadora y el varón proveedor exclusivos. Sin embargo, a partir del hecho de que las mujeres generan ingresos, algunos elementos de ese modelo ideal comienzan también a ser cuestionados, sobre todo la división sexual del trabajo basada en disposiciones supuestamente naturales entre los géneros.

Emerge entonces una flexibilización de ese modelo, donde se sigue manteniendo el ideal de la complementariedad entre proveedor y cuidadora, pero cuestionan la versión más rígida del mismo, lo cual se ejemplifica con el declive del poder de

las “suegras” declarado por muchas de las mujeres participantes. Según sus testimonios, padres, madres, suegros y suegras les exigen con decreciente éxito el apego a ese modelo tradicional en el que deben atender y servir a sus maridos, cuidar y educar a sus hijos como primera responsabilidad y mantener lealtad con las generaciones anteriores.

Se produce así un alejamiento del control externo ejercido por esas generaciones en beneficio de las decisiones tomadas por la propia pareja, en la cual las mujeres tienen creciente influencia, pero sin transitar plenamente al control individual de sus propios comportamientos, o al menos no en el plano discursivo. Esta posibilidad se mantiene por el momento en forma de controversia. Las mujeres ya no entregan “todo” a cambio de una protección incierta, pero exigen e invierten considerable energía en hacer que “el hombre sea Hombre”, es decir, que garantice proveeduría, protección y autoridad moral sobre los hijos, aunque ello implique un trabajo adicional de “re-educación de la pareja” sin resultados garantizados.

Es pertinente hablar de deconstrucción y no de destrucción del modelo patriarcal clásico, porque si bien la defensa de ese ideal se dio en un grupo menos numeroso de mujeres y en forma de añoranza por un orden familiar más cierto (garantizado por los derechos y las obligaciones que establece el matrimonio legal o religioso), los valores que lo sustentan perviven como repertorio cultural en todas las discusiones, en combinación con elementos de los otros modelos, fundamentalmente el que representa el ideal moderno, basado en el amor romántico y la familia nuclear, asociado también con cierta aspiración de movilidad social.

Esos repertorios ofrecen vías de subjetivación a las mujeres y ellas los utilizan a veces de manera pre-reflexiva, y a veces, estratégica, como forma de justificación de prácticas que ejecutan activamente en relación con distintos actores, relaciones y campos ante los riesgos de precarización e inseguridad material que plantea un sistema económico y social transformado.

Si las discusiones grupales hicieron aflorar esos repertorios compartidos por las mujeres, las narraciones individuales mostraron las transformaciones subjetivas que esos repertorios les posibilitan a lo largo del tiempo, en contextos que les plantean riesgos cambiantes. En todos esos relatos fue posible detectar puntos de inflexión entre etapas caracterizadas por disposiciones de género más sumisas y otras donde predominan distintas formas de agencia y de toma de decisiones en

respuesta a crisis y conflictos relacionados con la supervivencia personal y familiar. Los más mencionados entre ellos son la pérdida o el abandono de alguno de los padres, la necesidad de dejar los estudios para trabajar de forma remunerada en apoyo a sus madres, la maternidad temprana, la sumisión a las suegras y a parejas inmaduras o violentas, la infidelidad de los maridos o la disolución de las uniones, la viudez o la enfermedad, la pérdida o la precarización del empleo del cónyuge y las exigencias de consumo familiar.

Un hallazgo importante de la investigación es que el trabajo remunerado, aun cuando para la mayoría de las mujeres no fue una opción elegida en primera instancia —aunque sí valorada con posterioridad—, constituye una fuente de seguridad frente a la posibilidad siempre presente de un matrimonio mal logrado, con riesgo de vivir pobreza o violencia de pareja. De acuerdo con los testimonios ofrecidos por las mujeres en las discusiones grupales y en las entrevistas narrativas, esa situación había sido padecida sobre todo por la generación de sus abuelas y de sus madres, pero estas últimas habían logrado salir adelante por medio del trabajo remunerado o de "buscarle", lo que había representado un ejemplo para ellas, que no estaban dispuestas a repetir esa historia.

Esto es muestra de una agencia condicionada por las circunstancias materiales, pero de mayor amplitud, en tanto se tiene conciencia de los límites y se planea en función de ellos. Las siguientes generaciones incluso pueden elegir seguir o no el camino de la maternidad y del matrimonio, aunque también lo hagan condicionadas por los límites del mercado laboral y de la insuficiencia de los sistemas de protección y de cuidados.

Los riesgos del entorno, especialmente el que ofrece a sus hijos la tentación de involucrarse en actividades ilegales como medio para hacerse con los bienes que exige un mercado de consumo cada vez más demandante, las coloca en el dilema de ser ellas quienes provean esos bienes (según la figura de la "súper madre" que trabaja doble jornada "para darles gustos a sus hijos"), o bien de buscar la cooperación de la pareja como apoyo fundamental en la educación y supervisión de los hijos adolescentes, en una etapa de cuidados que incluso ven como más preocupante que la que supone la primera infancia, pero ello implica, como se señaló, el trabajo adicional de "reeducar" al marido, que prefieren emprender antes que disolver la unión, algo mucho más incierto en términos de bienestar.

Las vías de subjetivación y de identificación femeninas ofrecidas por la cultura, así como las relaciones entre los géneros, difieren por generación y por clase

social (Badinter, 2003; McRobbie, 2004). La situación socioeconómica de estas mujeres las coloca en medio de distintos repertorios culturales, antiguos y nuevos, que les ofrecen vías para posicionarse como mujeres. Si bien muchas de ellas reivindican para sí la figura de la "súper madre" (incluso como "madres" de sus parejas), también se posicionan como mujeres necesitadas de un hombre que ejerza la función de padre de sus hijos y de protector de la familia, así como compañero de vida. En este sentido, se hace evidente una tensión entre el deseo de tener un "amor confluente" (basado en el compañerismo, el cariño, el reconocimiento, la reciprocidad, la igualdad y la cooperación con proyectos individuales, propia del modelo "posmoderno") y la necesidad de prevenir el riesgo de precariedad que supone el abandono de las obligaciones de la pareja, si ellas mismas se muestran capaces de ocupar el lugar del "proveedor", o exigen de él que ocupe el de "cuidadora". Esta postura muestra que se mantiene una división sexual del trabajo, aunque atenuada, y que aún no entra en sus repertorios la posibilidad de desgenerizar las funciones de provisión y de cuidado.

Tal apuesta es riesgosa en un contexto en el que, según ellas, la "mentalidad de pueblo" pervive en sus parejas en forma de lealtad hacia sus madres o de tendencia a la pasividad, pero ellas mismas, aun aborreciendo el "poder femenino" encarnado en la figura de la suegra, no dudan en reivindicarlo para sí cuando hablan de sus futuras nueras, tema que genera intenso debate, es decir, incluso cuando se muestren muy partidarias de las formas "modernas" de relación familiar, en contraste con sus parejas, a quienes dicen tener que "re-educar", mantienen —aunque de forma ambivalente— algunas de las normas tradicionales, ante el temor a la desintegración familiar, al abandono o la merma en la provisión de sustento por parte de sus parejas. Esos riesgos aumentan en las relaciones menos formalizadas, cuando no están dadas las condiciones para un reparto más equitativo de los derechos y las obligaciones, y ante la ausencia de políticas y servicios públicos de apoyo al cuidado. La mayoría de las mujeres participantes carecía de los recursos materiales necesarios para comprar en el mercado servicios de cuidado, y no pocas de ellas, también de los recursos simbólicos necesarios para dejar de asumir que el cuidado es una obligación exclusiva de las madres, así como sentir culpa si algo malo les sucede a sus hijos "en su ausencia".

Esta posición subjetiva ambivalente es sostenida por dos tendencias contrapuestas: el deseo de que el varón se involucre más en el cuidado y en las tareas domésticas, así como en una sexualidad más placentera para ambos

miembros de la pareja, y también la dificultad para ceder esa cuota de poder que da la posición materna, y que ejercen a veces inconsciente y a veces, estratégicamente, ya que les genera beneficios tanto simbólicos como materiales, mediante el reconocimiento social (familiar) y de la reciprocidad de hijos e hijas en momentos de vulnerabilidad, presentes o futuros.

Las condiciones económicas y laborales que limitan las posibilidades de los varones de modificar sus estilos de masculinidad y de paternidad, como la ausencia de permisos o licencias de paternidad, o la sanción moral a quienes dedican tiempo al cuidado en detrimento de la productividad laboral, si bien son un elemento clave, no son suficientes para explicar el persistente desbalance en el reparto de tareas entre hombres y mujeres.

Existe entonces un repertorio cultural que regula las relaciones entre los géneros y que se muestra resistente al cambio, no sólo porque puede seguir resultando solidario al modelo contemporáneo de acumulación, más mercantilizado y menos regulado, sino también porque ha ofrecido a hombres y a mujeres importantes vías de subjetivación, a través del ideal del amor romántico que une a una pareja heterosexual conformada por una mujer conquistada y mantenida, y un hombre conquistador y protector, que parece difícil de abandonar ante la insuficiencia de modelos alternativos. La mujer con deseos y recursos propios sigue produciendo reacciones defensivas o violentas ante lo que se imagina es una amenaza de pasivización masculina, temor que, como se mostró en los capítulos precedentes, es compartido por las mismas mujeres.

Sin embargo, esas vías se están volviendo problemáticas, especialmente para ellas, cuando el mismo mercado demanda más consumidores y, por lo tanto, más hogares con doble ingreso, al tiempo que ofrece salarios insuficientes para la compra de servicios de cuidado y ante la inoperancia del Estado para garantizar esos mismos servicios. El modelo moderno de pareja resulta difícil de alcanzar para mujeres que viven situaciones de desigualdad y precariedad económica y no logran alcanzar una autonomía total, aunque constituya un ideal frente al cual evaluar sus vidas. El modelo posmoderno, en cambio, genera menos adhesión emocional, al ser asociado con un individualismo egoísta, subjetivamente poco gratificante para ellas.

En relación con la posibilidad de asumir una posición más activa en la sexualidad, congruente con la agencia que despliegan en otros ámbitos —como el control del dinero y el ejercicio de la autoridad familiar y laboral—, se

observa en la mayoría de las mujeres cierta inhibición. En general defienden una idea de pareja y de sexualidad basadas en el compañerismo y en el compromiso a largo plazo, ideal que, para muchas, convierte al amor en un "cariño casi de hermanos". Esta frase, sin embargo, no fue dicha sin ironías, y varias se atrevieron a manifestar deseos sexuales más allá de la reproducción, el amor romántico o la familia. Especialmente enfáticas en esta idea fueron las pocas participantes jóvenes, solteras y sin hijos, que estudiaban una licenciatura y defendieron la opción de no ser madres (mediante la anticoncepción o incluso el aborto) y de experimentar con distintas parejas, sin pretensiones inmediatas de unión. Fueron también estas pocas mujeres las únicas que defendieron la separación de bienes en la pareja y la cooperación "en partes iguales", tanto en la proveeduría como en el trabajo doméstico. Varias de las entrevistadas con trabajos masculinizados también asumieron deseos sexuales propios, lo que plantea la necesidad de continuar profundizando en el estudio de los posicionamientos subjetivos y las elecciones sobre educación, trabajo, pareja y familia, que realizan hombres y mujeres de distintas clases en las generaciones más jóvenes, a fin de comprender con mayor amplitud las transformaciones en curso en la sociedad mexicana.

Al menos en este segmento social de escolaridad media y baja en la Ciudad de México, los empleos masculinizados reditúan a las mujeres más que los feminizados, no sólo en términos materiales, sino también simbólicos, al ofrecerles vías de cuestionamiento de las identidades femeninas basadas únicamente en las disposiciones propias de la maternidad, ya que, si bien ésta da poder en la familia, no lo hace en la sociedad. Este movimiento representa para las mujeres un paso hacia formas más individualizadas de posicionamiento subjetivo, al valorarse a sí mismas no sólo por los cuidados que prodigan a otros en el mundo doméstico, sino fundamentalmente en términos de lo que pueden aportar al mundo del trabajo, del mercado y de la sociedad en general.

En el mundo doméstico, su posición subjetiva se ve transformada a partir de la capacidad probada de ganar dinero, administrarlo, proveer y aportar al hogar saberes diferentes a los relacionados con las labores consideradas "naturalmente" femeninas (como cuando se sienten capaces de hacer reparaciones y trabajos hogareños que muchos hombres perdieron la habilidad de hacer). Esta valoración de sí mismas se ve reforzada por la sensación de logro que les produce la posibilidad de generar y ofrecer productos y servicios de mayor complejidad, basados en la adquisición de habilidades y competencias diferentes, la creatividad y, en algunos casos, la fuerza y la capacidad de mando

y gestión.

Este movimiento hacia una mayor individualización, sin embargo, no implica para estas mujeres la adhesión a los valores propios de un individualismo de tipo "posmoderno" o hedonista, aunque les resulte atractivo en algunos aspectos. En general, ven con sumo recelo la posibilidad de acciones y relaciones sociales interesadas sólo en la satisfacción individual, como las que ejemplifican mediante relatos de vida de hijas o sobrinas que "ya no quieren convivir con nadie porque tienen suficiente preparación para ganar dinero, comprarse un carro, una casa, y viajar solas", o de una sexualidad de consumo característica de "la sociedad del rendimiento" (Han, 2012).

En las discusiones grupales, este modelo de autonomía y libertad individual se contrapuso al de la maternidad y la entrega a la familia, mediante metáforas que comparaban lo primero con "lo agrio" y lo segundo con "lo dulce", aunque no fuera de forma unánime. Podría decirse que estas mujeres ejercen un tipo de agencia más cercana a lo que Mahmood (2005) entiende como resistencia o persistencia en un orden que a veces se desea conservar, por oposición a una agencia "libertaria", definida a partir del deseo de romper con las normas. Esto depende de las condiciones materiales de vida, donde los logros familiares a veces pueden ser más importantes que los individuales.

Así, en la era de las comunicaciones digitales, las mujeres consumen con gran entusiasmo, pero también con cierta "cautela reflexiva", contenidos de superación personal y de "automodelaje" identitario provenientes de un cúmulo heterogéneo de fuentes, desde cursos de entrenamiento para la venta de productos que les inculcan el aumento de la "autoestima", pasando por manuales de sexología, crianza, salud y sitios web de autoayuda, hasta terapias y religiones "New Age" como la tanatología o la metafísica, que les enseñan a superar rencores, pérdidas y traumas del pasado. Por un lado, caen en la tentación de dar a sus hijos "todos los gustos", en parte por satisfacción personal y, en parte, por cuestiones de clase, para evitarles sufrir la discriminación que ellas quizá sufrieron por parte de compañeros y amigos que podían permitirse más signos de estatus, desde ropa de marca hasta golosinas, y posteriormente, teléfonos inteligentes. Por otro, cuestionan esos mismos discursos a partir de valores tradicionales, como la necesidad de educar a los hijos con los límites que impone el respeto a los mayores y la necesidad de esfuerzo y autocontención, a partir de los obstáculos con los que ellas mismas se fueron encontrando en la vida. El resultado es una negociación en la práctica, como ejemplifica el valor que dan a

los teléfonos inteligentes que se esfuerzan por adquirir, ya que, si bien implican el riesgo de que sus hijos se sustraigan al control parental de lo que “ven”, son también un medio para ejercer ese mismo control “a distancia”, lo que calma la ansiedad materna por no estar permanentemente “viéndolos”.

De este modo, el mundo del consumo y la imagen ideal del sujeto femenino “moderno”, reproducida por los medios y por las redes sociales, produce una ambivalencia entre estilos de crianza donde se mezcla la educación “en valores”, a veces autoritaria, y el estilo propio de la maternidad “psicologizada” de la modernidad, a caballo entre las necesidades de educación para un futuro exitoso e incierto y la satisfacción de los deseos inmediatos e inagotables de los niños. Esto se muestra en el mandato ambivalente de “estudiar para tener cosas”.

En suma, este estudio pone en evidencia la elaboración estratégica y reflexiva de ajustes y negociaciones que dan lugar a cambios en los balances de poder entre sujetos y entre posiciones subjetivas que afectan los modelos de familia, pareja, sexualidad y género, en sentidos no necesariamente lineales, pero que involucran agencia y procesos desiguales de destradicionalización. Queda claro que las mujeres ejercen distintas formas de agencia, tienen deseos propios y toman decisiones que si bien están condicionadas por sus circunstancias de vida no habilitan a pensar en sujetos inmersos en la pasividad o en el amor a un destino de dominación masculina. Aunque a veces aparenten ser “masoquistas”, su deseo tiene vías diferentes (Soler, 2015). Esto se demuestra en las estrategias que emplean para “soldar” los vínculos afectivos e incluso eróticos, que pueden hacerse más notorias en aquellas mujeres que reflexionaron más sobre su condición femenina. A lo largo del libro se pudo mostrar que todas lo hacen, con diferencias que se vinculan con sus experiencias en ámbitos diferentes al hogar y la maternidad, a su vez diferenciables por el tipo de exigencias que implican para ellas en términos de femineidad estar en distintos ámbitos de trabajo.

Es posible entonces identificar grados de cambio subjetivo, en un continuum que va de menor a mayor alejamiento de los ideales de género tradicionales, lo que a su vez se traduce en formas de agencia más o menos confrontadoras en la práctica, pero el tránsito entre los cambios observados en el nivel de la subjetividad y los que pueden asociarse con diferentes formas de agencia no es lineal. Las circunstancias materiales y culturales de las mujeres funcionan como un filtro entre esos cambios subjetivos y los grados de agencia práctica que les es posible, o desean ejercer.

De este modo, ubicamos como cambios subjetivos más sutiles a aquellos que implican un reforzamiento de los principales elementos de una femineidad tradicional, especialmente en mujeres más dependientes de la pareja, tanto económica como emocionalmente, en quienes predomina el control externo de los impulsos y las emociones. Esto se traduce en la defensa de valores familiares tradicionales, como el respeto a los mayores y la identificación con el papel materno, que a veces implica convertirse en "una hija más del esposo" y a veces en su "madre", la renuncia a gustos, tiempos y deseos individuales como el trabajo remunerado y el control del dinero, además de la adhesión a ideales de amor romántico e ingenuidad sexual. Estas disposiciones suelen traducirse en formas menos rupturistas de agencia, como la resistencia velada a formas de abuso, la apropiación sutil de recursos de tiempo y de dinero (a través de la práctica del "guardadito", por ejemplo), la simulación de dependencia, en el caso de las que tienen ingresos, estrategias de poder basadas en la generación de lealtades en los hijos ("ganárselos"), y en el caso de la pareja: consentir, atender, complacer sexualmente, simular felicidad y aguantar en casos de violencia, para evitar el abandono o la infidelidad.

En el polo opuesto, identificamos como formas más rupturistas de cambio subjetivo aquellas que derivan del predominio del control interno de los comportamientos, como el cuestionamiento de los valores tradicionales, el deseo de independencia y de logros individuales, el gusto por trabajos desafiantes, la preferencia por formas menos generizadas de crianza, el reconocimiento de deseos sexuales y la valoración positiva de una sexualidad no reproductiva. Las formas de agencia que suelen derivar de estas disposiciones son más confrontadoras, por ejemplo, al sostener decisiones a lo largo del tiempo en contra de la voluntad del otro (típicamente salir a trabajar y continuar haciéndolo, controlar el propio dinero, buscar tener casa propia, etcétera), verbalizar la necesidad de equidad en el reparto de tareas de cuidado, responsabilizar a la pareja en decisiones reproductivas, manifestar abiertamente el deseo de satisfacción sexual, más allá de la reproducción, y en caso de violencia abandonar la relación o poner un límite al abuso.

En medio de ambos tipos ideales, se encuentran las formas más negociadas de cambio subjetivo, que pueden identificarse en la mayoría de las mujeres, con las variaciones descritas en los capítulos anteriores. Se caracterizan por una combinación de controles internos y externos de los impulsos y las emociones, y por la negociación subjetiva entre valores tradicionales, modernos y posmodernos de pareja y de familia, que dan por resultado modelos

flexibilizados de división sexual del trabajo, identidad materna y femenina, y un ideal de pareja que combina el compañerismo con la necesidad de una figura protectora. En términos de agencia práctica, esas disposiciones se traducen en estrategias de negociación, como la defensa de la separación (generizada) entre dinero para el gasto y dinero para gustos, la administración negociada de recursos, tiempos y tareas, esfuerzos de re-educación explícita de la pareja para lograr una mayor equidad en el reparto de tareas de cuidado, el uso de anticonceptivos para espaciar y reducir el número de hijos, el reconocimiento de deseos sexuales, aunque no se los haga explícitos a la pareja, y estrategias para evitar (o tolerar) la infidelidad basadas en esfuerzos por ser buenas madres y esposas, y mantenerse sexualmente atractivas. Como se señaló anteriormente, estas formas negociadas de agencia dependen de una combinación de factores "externos" e "internos", es decir, de los límites que imponen las situaciones laborales y familiares particulares de las mujeres, y de sus disposiciones subjetivas, en un proceso de adaptación al tránsito entre campos sociales con distintas exigencias. En suma, son formas de agencia que refuerzan algunos aspectos del género y modifican otros, pero en la dirección de una transformación negociada y reflexiva, no inconsciente, aunque tampoco radical.

REFLEXIONES FINALES: LÍMITES Y POSIBILIDADES PARA LA DESGENERIZACIÓN SOCIAL EN CONTEXTOS DE PRECARIEDAD

La erosión del modelo normativo de familia basado en los papeles de proveedor y de cuidadora y de la frontera entre lo público y lo privado, provocada por la participación creciente de las mujeres en los mercados laborales y en los espacios públicos, y por las luchas feministas y democráticas, llevó a algunos autores a decretar el fin de las teorías de la dominación, en favor de aquellas que describen a las sociedades como espacios donde los sujetos, incluidas las mujeres, reflexiva y libremente modelan sus identidades y sus planes de vida. De este modo, las transformaciones culturales y sociales más amplias se producirían en la articulación entre procesos estructurales y procesos microsociales de interacción en los que de maneras más o menos planeadas, se "deshace el género" (West y Fenstermaker, 2002; Deutsch, 2007) y se avanza hacia relaciones más igualitarias y democráticas (Giddens, 2012).

Algunos autores proponen la existencia de un proceso de construcción de sí en las mujeres contemporáneas, que no se basa en representaciones sociales de lo femenino ni en alguna esencia, sino en una "voluntad de ser" apoyada en la experiencia del cuerpo, que vincula a las mujeres a sus hijos y a sus seres amados —de cualquier sexo—, lo que implica la existencia de una subjetividad femenina particular (Touraine, 2007). La experiencia del cuerpo que describe esta visión es propia de un tipo reflexivo de subjetividad donde el "sí misma" no está definido por la mirada de los otros. En este sentido, Touraine afirma estar de acuerdo con Butler, para quien lo femenino no se define por un contenido concreto, sino por conductas adquiridas y transmitidas, por una performatividad que puede ponerse al servicio del orden vigente, es decir, de la heteronormatividad orientada a la familia, pero que puede también abandonar ese lugar gracias a la independencia económica y a la apertura de horizontes diferentes a la maternidad y al matrimonio. Sin embargo, reconoce que la nueva mujer-sujeto (ya no sólo objeto) es un ser humano que gestiona con dificultad la relación entre roles sociales de los que no puede desprenderse, porque vive en contextos sociales ampliamente interiorizados que la fuerzan a juzgarse a sí misma en función de los deberes que debe desempeñar, de los sentimientos que la sociedad introduce en ella, y de otras tantas normas que debe respetar y que en

principio respeta “naturalmente”. En la modernidad tardía, más que la dominación masculina, lo que amenazaría a las mujeres es la dominación del mercado, ya que ellas, más que los hombres, construyen su “personalidad” a través del cuidado del cuerpo, de allí que la frontera entre la creación de sí y el individualismo consumista resulte fácil de cruzar (Touraine, 2007).

Se puede argumentar, no obstante, que esta amenaza se extendería a todos, si se admite que las nuevas tendencias de la sociedad de la imagen y de la construcción de sí están desgenerizando de algún modo ese consumo. Si esto es así, las mujeres y los hombres compartirían la tensión entre su deseo de agradar, estimulado por el mercado laboral de los servicios, que exige el cultivo de la imagen y de habilidades de “inteligencia emocional”, y el deseo de defender la singularidad, poniendo límites a la masificación. Como se comentó ampliamente en otras partes de este texto, en el siglo XXI existe un nuevo énfasis en el lado amoroso del balance de los deseos, que refleja hasta qué punto el sexo se ha vuelto menos difícil que el amor, sobre todo el de larga duración (Wouters, 2004). Las fuerzas que impulsan la emancipación de la sexualidad no se relacionan sólo con crecientes niveles de igualdad e intimidad entre hombres y mujeres, sino también con mayores expectativas sobre lo que se considera un balance gratificante de esos deseos, vehiculizado por la literatura, el cine, los medios, los grupos de autoayuda, el activismo y los cambios en las políticas. Tanto hombres como mujeres desarrollarían hoy en día mayores expectativas sobre su vida amorosa y familiar y, por lo tanto, más demandas mutuas basadas en esos modelos que la cultura propone, pero de manera contradictoria, ya que lo hace en la dirección del hedonismo consumista. Ahora, éste parece amenazar más el lazo social que la des-diferenciación de género, proceso que ha sido promovido por el propio mercado.

Paradójicamente, la utopía de “deshacer el género” que prometía la eliminación de las desigualdades de poder y de derechos que sustentan el sistema de dominación masculina es promovida por la masificación indiferenciada del mercado, una forma de dominación más difusa y más difícil de cuestionar en tanto que aparenta confundir los géneros al mismo tiempo que se sirve de ellos para mantener funcionando la reproducción social en esta etapa flexible. Es esta “mano invisible” lo que amenaza hoy en día a las mujeres y a los hombres de sociedades como la nuestra, más que la adhesión inconsciente de las primeras a identidades tradicionales o a inercias disposicionales, como suponen muchos análisis basados en la dicotomía tradicional-moderno o en teorías de la sumisión.

Es quizá por las consecuencias anómicas de esa economía de mercado que hoy en día aparece la tentación de promover un ideal esencializante de “feminización del mundo” basada en un mítico “retorno a la naturaleza” o disposición al cuidado no contaminada por las formas de poder y de moralidad “masculinas”, en lo que paradójicamente coinciden tanto movimientos conservadores como algunas corrientes del feminismo, como se discutió en el primer capítulo.

El capitalismo tiende perpetuamente a transformarse absorbiendo su propia crítica, en especial la que clama contra la dominación más que contra la explotación (Boltanski y Chiapello, 2002). Para ello, adopta un espíritu que debe entusiasmar a los sujetos que participan en la reproducción social, estimulando su insaciabilidad en forma de excitación y de liberación, al mismo tiempo que debe poder frenarla por vías morales que permiten imponerle obligaciones con respecto al bien común. Una de las vías para hacerlo es el derecho y el reclamo público de derechos, pero la preferida por el capitalismo es la crítica que proviene de la tradición antijerárquica o “artista”, que cuestiona todas las instituciones, incluidas las que pueden garantizar cierta justicia. Mientras que algunos autores y autoras han celebrado el potencial democratizador e igualitario de las relaciones entre los sexos, producto de un sistema económico y social que construye individuos reflexivos y autónomos, otros han observado procesos que vuelven al género menos relevante, al menos en el espacio público, pero más bien por la vía de la igualación de hombres y mujeres en una precarización generalizada (Evans, 2003; McRobbie, 2004; Lovell, 2000; Skeggs, 2001).

Este proceso, que para algunos conduce a una especie de androginia social, es visto por otros como una tendencia a la “feminización”, en la medida en que el carácter desvalorizado de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo y en el espacio público se extiende a toda la sociedad, no sólo por la flexibilización laboral, sino por el perfil de trabajadores que demanda la nueva economía creativa y de servicios: uno que requiere habilidades supuestamente femeninas, como la empatía, la atención personal, el servicio al otro, la amabilidad y la seducción, aunque éstas luego se premien más en los varones por considerarlas producto del esfuerzo y no de disposiciones “naturales” como en las mujeres (Adkins, 2001; Lovell, 2000). Quienes ven la feminización de este modo, como algo más bien negativo, enfatizan los aspectos maternales o de cosificación sexual de “lo femenino”, mientras el poder “con mayúsculas” sigue estando del lado masculino, en el control de las armas y del capital financiero global. Desde esta posición, el patriarcado se reciclaría en otro nivel, ya que la supuesta feminización de la cultura no implicaría una “feminización” paralela de

las estructuras sociales, que seguirían bajo la lógica “masculina” de la masificación, la agresividad y la universalización de las normas dominantes.

De este modo, aunque las mujeres estén presentes en más espacios, continúan excluidas de aquéllos donde se deciden los destinos del mundo, y cuando acceden a ellos, lo hacen siguiendo su lógica “masculina”. Paralelamente, la mayoría de los hombres queda ahora “feminizada”. Así, se ha hablado de un neo-patriarcado funcional a la división de clases, donde las mujeres trabajadoras sirven como amortiguador entre clases ocupacionales, al desempeñar tareas devaluadas, feminizadas y con menor salario, evitando la sensación de proletarización en los varones (Mann, 1994) y extendiendo la domesticidad (cuidado, servicios) al ámbito laboral. Siguiendo esta lógica, los empleos realizados por mujeres tienden a ser devaluados, lo que restituye las jerarquías de género en otro nivel, mientras cambian sólo las “posiciones relativas” (Bourdieu, 2000).

Si la explicación de la dominación masculina es la exclusión de las mujeres del trabajo remunerado, o bien su discriminación y segregación laboral cuando logran acceder a él, su inclusión se caracterizaría, entre otras reglas, por la prolongación de las funciones domésticas y la prohibición de ejercer autoridad sobre los hombres, así como manipular máquinas y objetos técnicos (Bourdieu, 2000). Es por ello que cuando los hombres se ven obligados a hacer trabajos “femeninos” o a aceptar la entrada de mujeres a “sus” espacios, sienten amenazada su singularidad, su posición social y su identidad sexual, lo que provoca reacciones de acoso y hostigamiento, descalificación, exclusión y violencia, así como variantes paternalistas de ese intento por neutralizar el poder de las mujeres en espacios que, según la norma, no deben ocupar y menos disputar. Las participantes de este estudio relataron reacciones de este tipo, muchas de las cuales caen dentro de lo que Goffman (1977) llamó “ritualización de la diferencia y de la complementariedad entre los sexos”, que permite dejar a las mujeres fuera de la competencia por determinados puestos.

Por su parte, en ambientes masculinizados, donde viven sobrevigilancia, acoso, exclusión o paternalismo, las mujeres deben resistir esas reacciones de distinta manera, o bien abandonar tales espacios. Una de las estrategias empleadas por ellas, como se pudo documentar, es el doble esfuerzo de tener un trato “rudo” y esconder la femineidad en el ambiente de trabajo, o bien utilizarla a su favor, a veces de manera estratégica y a veces por placer. En las mujeres que se desenvuelven en estos ambientes es posible advertir la emergencia de

disposiciones subjetivas que incorporan elementos “masculinos”, como el gusto por desafíos y habilidades que implican el uso de la fuerza o del mando, la ambición por el logro, el deseo de independencia y formas de agencia sexual adulta, como el reconocimiento y la expresión de deseos sexuales. Se trata de nuevos tipos de femineidad que combinan disposiciones subjetivas transformadas con formas de agencia negociada, ya que la agresividad que dicen emplear contra sus compañeros de vida y de trabajo no es algo “natural” o innato —aunque algunas lo quieran ver como fuerzas que “les vienen de afuera”—, sino producto de la necesidad de adaptarse a un medio hostil. De allí la reproducción parcial del género mediante cierta “masculinización”, al tiempo que se crean formas nuevas de femineidad “fuerte”, un ejemplo de lo que Deutsch (2007) caracterizó como la creación de formas híbridas de género, alejadas de la naturalización de la diferencia.

Esta configuración más compleja del género refuerza las diferencias de clase, en la medida en que las mujeres de sectores populares que han accedido a mejores niveles educativos se convierten en una nueva subclase precarizada, pero sin conciencia de la misma, gracias a los discursos de la “economía del entusiasmo” que ellas aceptan gustosas como promesa de movilidad social (McRobbie, 2004). En nuestro caso, es el discurso que muchas de las participantes evocan y que les llega por medio de múltiples vías culturales que promueven el refuerzo de la autoestima para mayor rendimiento, o en versión mexicana, el “échaleganismo” que hace eco en su idealización de la madre “luchona”.

La supuesta feminización tiene entonces significados contradictorios: supone precarización y “domesticación” para todos, con mejoras en la situación relativa de las mujeres, pero sin igualdad, y con una aparente irrelevancia del género. Así, la demanda de “femineidad” en el mercado laboral produce cambios en las relaciones de género y de clase al mismo tiempo, provocando violencia reactiva de todo tipo por parte de los varones de la misma clase, y violencia simbólica por parte de las mujeres de las clases más altas, que les demuestran que la femineidad “respetable”, en las nuevas condiciones, sigue siendo cuestión de distinción y de un habitus de clase expresado en la apariencia de naturalidad en el gusto, los modales, la forma de llevar el cuerpo, etcétera (McRobbie, 2004).

Las identidades basadas en el género, así como las raciales o étnicas, se articulan de formas complejas con las diferencias de clase. Mientras los hombres han sido los principales perjudicados por la nueva economía, las mujeres, al comparar su situación con la de sus madres o abuelas, se sienten beneficiadas y motivadas a

seguir participando en ella, pese a los bajos salarios y la precarización (McRobbie, 2016). Esto mantiene funcionando el capitalismo pese a las críticas, hasta nuevo aviso.

Podría pensarse que si el habitus femenino de clase media se ajusta mejor a la demanda de habilidades y disposiciones para los servicios y las ocupaciones culturales, el de clase baja puede tener ventajas en el nuevo mercado de los cuidados, la autopresentación y la estética, en comparación con los varones de su misma clase social, pero no con las mujeres de las clases más favorecidas, que ocupan puestos de mayor prestigio y reconocimiento. Asimismo, las mujeres de clases bajas que participan en el trabajo remunerado tienen más recursos para resistir, al menos la violencia de pareja y los efectos de la precarización del trabajo. La movilidad ascendente puede estar lejos para ellas, ya que la precarización del mercado laboral excluye a muchos de sus cónyuges al mismo tiempo que les ofrece empleos de baja calidad, pero el propio trabajo remunerado puede ofrecerles ventajas que las generaciones anteriores de mujeres no tuvieron y que producen nuevas formas de subjetividad. Paralelamente, existen fuerzas contrarias que empujan en la dirección de mayor intercambiabilidad entre hombres y mujeres. No sólo el capital y el trabajo asalariado abstracto llevarían en esa dirección, sino también el discurso de la igualdad de derechos que le acompaña, incluyendo la igualdad de género.

La versión de feminización que, por su parte, han propuesto algunos psicoanalistas de orientación lacaniana sostiene que la presencia cada vez mayor de mujeres en ámbitos antes reservados a los hombres, como el trabajo, la cultura y la política, junto con la erosión de la autoridad masculina representada por el Estado o emanada del papel de proveedor, podrían estar produciendo una deseable, aunque incierta, “feminización del mundo” (Miller, 2009; Laurent, 2014; Eidelberg, 2016; Camaly, 2013). Ésta se apoyaría no tanto en la “dulcificación” de las relaciones políticas, o en la extensión al conjunto de la sociedad de rasgos maternales, como sostiene cierta versión de la “ética del cuidado”, sino en lo que consideran lo más genuino de la posición femenina: la exigencia de singularidad y “el derecho a un goce personal” (Eidelberg, 2016) dentro de las formas más universales de lazo social en las que participan tanto hombres como mujeres y cuya adopción generalizada representaría un límite a la masificación del mercado. Estos autores, aunque con reservas, ven posible no tanto la abolición de la lógica masculina, sino su erosión o transformación, gracias a la diferencia que supone la presencia de las mujeres en los espacios públicos y no a algún tipo de esencia. Ya para un autor clásico como Simmel

(1934), la feminización de la cultura (dulcificación, eliminación de la crueldad) no era obra de las mujeres, sino de la objetivación de la propia cultura moderna que necesita atenuar los impulsos violentos para desarrollarse. No se trataría aquí de “deshacer el género”, sino de conmover las estructuras patriarcales a partir de la diferencia sexual, para lograr relaciones de cooperación y comunidad que no anulen las singularidades (Miller, 2009).

Otros autores cuestionan la misma idea de feminización por aludir de alguna forma a una categoría esencialista propia de “las mujeres”, que no existiría como tal (Lutereau, 2017b). Badinter (2003) también alerta contra las ideas esencialistas sobre lo femenino, que en el fondo resultan convenientes a los intereses de una economía flexible que re-envía a las mujeres al hogar cada vez que le resulta imposible absorber toda la fuerza de trabajo disponible, que precariza las condiciones laborales de la mayoría, perjudicando en especial a las mujeres más pobres. Habría para ellas un riesgo de mayor malestar, provocado por la tensión entre esa re-naturalización discursiva que promueve la separación de dos mundos éticamente inconmensurables, uno femenino y otro masculino, al mismo tiempo que el mercado promueve la desnaturalización de esas posiciones, a través de procesos de “androginización” o “des-diferenciación” en el trabajo y en el consumo. En ellos, el género se desdibuja al articularse con otras formas de desigualdad social.

Tampoco el temor a la anomia social que sería consecuencia de la erosión del ideal masculino basado en la ética protestante y la paternidad responsable está bien fundado, cuando adjudica dicha erosión a la “feminización” de la cultura y no a las propias fuerzas del mercado, que hoy en día, más que feminizar, infantilizan a los sujetos de ambos sexos, al convertirlos imaginariamente en seres orientados a disfrutar sin límite y a no reconocer otra ley que la propia, pero en un campo de fuerzas donde el poder es tan arbitrario como en el absolutismo (Eagleton, 2006; Lacan, 2015). Es contra esa tendencia anómica que los sujetos buscan hoy en día reconfigurar el lazo social mediante comunidades emocionales transitorias, como el “mundo de las mujeres”, la economía solidaria o la defensa de la Tierra, espacios de socialidad supuestamente no contaminados por las fuerzas destructivas asociadas con lo masculino, como la competencia, la agresividad, la masivización y la acumulación, a lo que oponen una ética basada en la empatía y la inclinación natural al cuidado o a la solidaridad. Es cierto que es en las prácticas biológicamente esenciales donde surgen los lazos de amistad y la ética del cuidado y que éstas han sido adjudicadas por mucho tiempo a las mujeres, pero estos lazos se dan también en un marco de hostilidad, no sólo por

la propia agresividad de los sujetos, sino también por las condiciones materiales de vida, el conflicto y la dominación en sociedades de clases (Eagleton, 2006).

Como se intentó mostrar a partir del ejemplo de la vida de las mujeres que participaron de este estudio, los repertorios culturales están íntimamente relacionados con la vida material, pero a veces se separan de ella, mostrando la imposibilidad de reducir toda experiencia material, corporal y efectiva a una sola dimensión como la de la acumulación y el consumo ilimitado. Habría que reconocer, en todo caso, que la reproducción social requiere tanto de una ética del cuidado de la vida, basada en la atención de necesidades particulares, como de la promoción de las libertades y competencias indispensables para la transformación creativa del mundo y el desarrollo de la cultura material y simbólica, pero esas fuerzas no tienen por qué adjudicarse a un determinado género. Las resistencias a esta idea "desgenerada" son sin duda fuertes y una de las más poderosas proviene de lo que ha dado en llamarse "masculinidad hegemónica", una idealización que tiene sin embargo, consecuencias materiales y que hoy en día está en cuestión.

Si la "desgenerización" supone cada vez más que los sujetos masculinos y femeninos se reconozcan entre sí como sujetos (semejantes en la falta, más que iguales a sí mismos), el lazo social podría rehacerse sobre bases éticas diferentes y más equilibradas. Las mujeres legitimarían sus deseos de conquista y de creatividad en lugar de fundamentar su valor en el hecho de ser elegidas por un varón idealizado y omnipotente (también inexistente) y los varones aceptarían sus búsquedas de relaciones afectivas duraderas, así como del ejercicio de una paternidad de cuidados sin temer la pérdida de su identidad como hombres. En el contexto de la crianza compartida, los límites necesarios a la omnipotencia infantil pueden venir del vínculo amoroso de la pareja, y no necesariamente de un padre supuestamente omnipotente, así como en la madre el desarrollo de deseos más allá del infante (Meler, 2010).

Los casos presentados de mujeres que encarnan nuevas formas de femineidad basadas en el ejercicio de un poder propio, más que en uno masculino "prestado" (como el que ejercen las suegras y reproducen las mujeres que se convierten en rivales de otras mujeres), muestran que es posible una cierta desgenerización de la sociedad sobre principios éticos distintos. Sin embargo, para poder traducirse en cambios estructurales, esta reconfiguración ética debería trascender el mundo familiar e involucrar a la sociedad en su conjunto, incluyendo los sistemas políticos y económicos. En el plano de la acción política implicaría trascender

las “comunidades emocionales” para articular reclamos de derechos desde posiciones particulares y colectivas que no impliquen la mutua anulación, y donde el género podría no ser la única diferencia relevante.

Según algunas visiones, existe en la modernidad “líquida” una tensión entre la búsqueda del riesgo y el deseo de seguridad que las mujeres habrían tenido más tiempo de aprender a tolerar por tener “menos que perder”, lo que las volvería más aptas para enfrentar esta etapa de la sociedad en la que los viejos modelos de género se deshacen. En efecto, ¿qué propone hoy a los sujetos el mercado, sino una combinación de elecciones aparentemente libres y la creación de una personalidad modelada por la reflexividad y la autogestión, al mismo tiempo orientada por la mirada de los otros y por la amenaza de precariedad? Las mujeres que participaron en esta investigación dieron cuenta de esta tensión al insistir en que habían logrado enfrentar las crisis cuando tomaron conciencia de que “el qué dirán no da de comer”, mientras sus parejas se conformaban con lo malo conocido. Pero analizar estas tensiones obliga a problematizar la supuesta autocreación “libre de la mirada de los otros” de las mujeres contemporáneas (Touraine, 2007), así como de la “demanda imposible” del mercado de consumir sin límites (Soler, 2007). Se ha postulado que la “posición femenina” (y no la de las mujeres biológicas) estaría mejor equipada para resistir a esta última exigencia, pero para ello es necesario concebirla orientada por una “ética de cuidado”, más cercana a una ética de lo particular (Gilligan, 1982) que a una disposición natural maternal, propia de las mujeres, como frecuentemente se la ha malinterpretado. Esta ética, que supone el reconocimiento y la defensa de necesidades, derechos y responsabilidades singulares, y puede combinarse con los deseos de conquista, transformación del mundo y universalización de las normas culturalmente adjudicados a posiciones “masculinas”, es en realidad propia de individuos adultos, y no necesita “tener género”.

Las ambivalencias y tensiones expresadas por las mujeres que participaron de este estudio alrededor de las distintas imágenes femeninas que la cultura contemporánea les ofrece en sus contextos de vida no permiten predecir claramente si los cambios subjetivos observados podrán propiciar transformaciones sociales más amplias, y si lo harán en el sentido de un reclamo de derechos promotor de mayor igualdad de género y clase, o en el de un reforzamiento de las soluciones individuales ante los condicionamientos sociales y económicos de esta etapa del capitalismo. Ellas mismas manifestaron temor ante la adopción acrítica que sobre todo las jóvenes pueden hacer de un discurso del éxito femenino individual que las coloca ante elecciones aparentemente

libres —entre familia y trabajo o intentando ser perfectas en ambos espacios—, pero condicionadas por las restricciones de un mercado laboral precarizado. Su apuesta es más bien por la re-educación de las nuevas generaciones de hombres y de mujeres en formas no generizadas ni sumisas de servicio a los demás, un posicionamiento subjetivo que, sin embargo, les cuesta llevar a la práctica.

Los hallazgos de este estudio permiten adelantar la tesis según la cual las mujeres que carecen de los capitales (de clase media) requeridos por el nuevo mercado de los servicios y de la imagen tienen mayores dificultades para adherir al feminismo como discurso de la igualdad —que ellas entienden como de éxito femenino en detrimento del varón—, pero no por "alienación ideológica" o persistencia de habitus inconscientes arraigados o de una moral tradicional incuestionada, sino por las propias circunstancias materiales.

Estas circunstancias, que reflejan la propia experiencia de mujeres situadas en un contexto particular, tienen consecuencias para el debate feminista contemporáneo, que es preciso destacar. Es perfectamente predecible que la ampliación y complejización observadas de la agencia de las mujeres producirá cambios en las relaciones de género, porque implica expectativas, necesidades y deseos transformados. Las mujeres desean trabajar de forma remunerada, pero en ocupaciones dignas y satisfactorias; repartir mejor las cargas de cuidado, pero acceder a bienes públicos como la educación y a servicios sociales que les permitan un mayor bienestar para ellas y sus familias. Valoran no sólo la seguridad material, sino también la satisfacción emocional que la pareja y la familia pueden brindar, pero ya no a cualquier precio. Asimismo, desean que las decisiones que enfrentan sus hijas de optar entre el desarrollo personal y la familia, sean producto de una mayor igualdad y libertad, y no de los límites que la precariedad laboral y la ausencia de oportunidades les imponen a ellas y a los varones de su generación.

Pero, como ya se apuntó, no es tan predecible que esas transformaciones logren convertirse en reclamos de derechos o, por el contrario, tiendan a la búsqueda de soluciones individuales. Ambos escenarios son posibles, pero la conversión de malestares y necesidades compartidas en un programa político de ampliación de derechos requiere de discursos feministas progresistas capaces de sintonizar con esas necesidades y de evitar tanto las trampas de un posfeminismo individualista como las de un separatismo esencializante. Ninguno de ellos está bien dotado para reconocer y potenciar la energía creativa de las mujeres en la lucha por cambiar de manera sustancial las complejas relaciones patriarcal-capitalistas que

las limitan, pero donde también ejercen agencia.

Las mujeres protagonistas de este estudio no parecen aceptar sin reservas la imagen de “la chica fálica” propuesta por un posfeminismo liberal e individualista (McRobbie, 2004) que temen entusiasme demasiado a sus hijas. Tampoco tienen un posicionamiento “feminista” claro, en tanto que oscilan entre el valor simbólico de la maternidad y el reclamo de derechos como mujeres trabajadoras (y madres). No ven a los hombres como sus enemigos, aunque los critiquen por no modernizarse, y si bien los caricaturizan como “ogros”, cuando reclaman su papel en la educación de los hijos demuestran no considerarlos como los monstruos incurables que el feminismo radical supone.

La mayoría de estas mujeres, lejos de verse como víctimas, se asumen como conquistadoras, luchadoras, disidentes y arriesgadas, especialmente las que tienen trabajos masculinizados, aunque no sólo ellas, y desean relacionarse con hombres que las impulsen y no que las “procuren”. Así, se inclinan más a establecer alianzas con sus compañeros varones que a una “sororidad” dudosa, basada en “el hecho de ser mujeres”, aunque esta posición es ambivalente en términos políticos: si por un lado la desconfianza que manifiestan hacia otras mujeres —incluso las de su familia— se origina en mandatos patriarcales aprendidos de generación en generación y transmitidos por sus madres y abuelas —como el temor a las “robamaridos” o a las nueras—, por otro implican una posición que no escencializa a las mujeres por el hecho de serlo. No se identifican con el papel de “esposita” sumisa, pero tampoco con el de la mujer autosuficiente, aunque muchas veces se presenten como tales. Si bien varias dicen gozar con los desafíos del “rendimiento” y con el papel de súper mujeres, la mayoría prefiere conciliar y negociar cargas de trabajo. Desean bienes de consumo y comodidades, pero rechazan un hedonismo poco inclinado al esfuerzo como el que achacan a las jóvenes. Al contrario, valoran la entrega a la familia como motivo para trabajar duro por la ampliación de ese consumo. Por último, aún implementan soluciones privadas a las limitaciones que plantea el mercado, como diversas formas de endeudamiento personal, búsqueda de apoyo familiar, aunque ahora retribuido, y dobles o triples jornadas que incluyen la reeducación de los maridos; pero desean mejores condiciones de vida que involucran a sus parejas, lo que podría facilitar —con las debidas mediaciones políticas— su aceptación a “ceder poder materno” para reclamar mejores arreglos de cuidado, no sólo en lo doméstico sino también en lo público.

Con todo, una sociedad sin género, o potencialmente sin género, e incluso una

donde el género exista como diferencia sexual pero no como principio de dominación, resulta hoy en día una utopía posible de pensarse, aun cuando la exclusión de una parte de la sociedad (las mujeres) de la competencia laboral siga siendo aparentemente funcional para reducir complejidad ante las necesidades de la reproducción social. El desafío es pensar estas posibilidades desde un análisis que no eluda la complejidad social y con una visión histórica de los procesos de mutua conformación entre estructuras sociales, formas culturales de subjetivación y agencia práctica de actores complejos y situados. Asumir este desafío evita proponer de entrada explicaciones lineales que ubican los fenómenos sociales en pares de opuestos como tradicional y moderno, conservador y liberal, heteronormativo y feminista, emancipatorio y opresivo, entre otros posibles.

Si bien este trabajo no pretendió responder a la pregunta por el futuro de la sociedad patriarcal-capitalista que afecta los destinos de casi todo el mundo, ofrece elementos para una reflexión sobre la relación entre subjetividades y cultura de género en clave sociológica, que da cuenta de procesos de subjetivación imposibles de producirse fuera de cierto tipo de lazo social, también sujeto a transformaciones. La intención fue contribuir a esa reflexión desde un tiempo y espacio social particulares: los de un grupo de mujeres trabajadoras de sectores populares en la Ciudad de México. Para ampliar el cuadro, será necesario indagar en las transformaciones subjetivas de grupos sociales enfrentados a exigencias laborales y familiares diferentes, especialmente las que viven mujeres y varones jóvenes de distintos sectores sociales, en un contexto donde la feminización de la población económicamente activa parece estancarse y el mundo del trabajo se precariza. Queda planteado el desafío para futuras investigaciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Adkins, Lisa (2001). “Cultural Feminization: ‘Money, Sex and Power’ for Women”. En Signs, vol. 26, núm. 3 (primavera), pp. 669-695.

Adkins, Lisa (2002). Revisions: Gender and Sexuality in Late Modernity. Buckingham: Open University Press.

Adkins, Lisa (2015). “What Can Money Do? Feminist Theory in Austere Times”. En Feminist Review, núm. 109 (febrero), pp. 31-48.

Agoff, Carolina y Cristina Herrera (2019). “Entrevistas narrativas y grupos de discusión en el estudio de la violencia de pareja”. En Estudios Sociológicos, vol. XXXVII, núm. 110, mayo-agosto, pp. 309-338.

Aldana, Mariana, César Burgos y Tania Rocha (2018). “La división sexual del trabajo reproductivo en México: experiencias, prácticas y significados en parejas jóvenes de doble ingreso”. En Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo, vol. 2, núm. 4, julio-diciembre, pp. 1-33.

Archer, Margaret (1997). Cultura y teoría social. Buenos Aires: Nueva Visión.

Arriagada, Irma (2007). “Transformaciones de las familias y políticas públicas en América Latina”. En María Antonia Carbonero y Silvia Levín (eds.). Entre familia y trabajo: relaciones políticas y de género en Europa y América Latina. Rosario, Argentina: Homo Sapiens, pp. 49-77.

Arruzza, Cinzia (2014). “Reflexiones degeneradas: patriarcado y capitalismo”. En Viento Sur, 23 de marzo, <http://vientosur.info/spip.php?article11119>.

Badinter, Elisabeth (2003). Hombres-mujeres. Cómo salir del camino equivocado. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bastos Amigo, Santiago (2007). “Familia, género y cultura. Algunas propuestas para la comprensión de la dinámica de poder en los hogares populares”. En David Robichaux (comp.). Familia y diversidad en América Latina. Estudios de casos. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 103-

Bauman, Zygmunt (2005). Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Beck, Ulrich y Elisabeth Beck-Gernsheim (2002). “From ‘Living for Others’ to ‘A Life of One’s Own’. Individualization and ‘Women’”. En U. Beck y E. Beck-Gernsheim. Individualization. Institutionalized Individualism and its Social and Political Consequences. Londres: Sage.

Beck-Gernsheim, Elizabeth (2011). La reinvención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia. Barcelona: Paidós.

Bell, Daniel (1994). Las contradicciones culturales del capitalismo. México: Alianza Universidad.

Bohnsack, Ralf (2010). “Documentary Method and Group Discussions”. En R. Bohnsack, N. Pfaff y W. Weller (eds.). Qualitative Analysis and Documentary Method in International Educational Research. Opladen / Farmington Hills, MI: Barbara Budrich, pp. 99-124.

Boltanski, Luc (1990). El Amor y la Justicia como competencias. Tres ensayos de sociología de la acción. Buenos Aires: Amorrortu.

Boltanski, Luc y Eve Chiapello (2002). El nuevo espíritu del capitalismo. Madrid: Akal.

Bourdieu, Pierre (2000). La dominación masculina. Barcelona: Anagrama.

Brah, Avtar (2004). “Diferencia, diversidad, diferenciación”. En Varios Autores (V.A.). Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras. Madrid: Traficantes de sueños.

Brown, Wendy (1995). States of Injury. Power and Freedom in Late Modernity. Nueva Jersey: Princeton University Press.

Burgos, Elvira (2012). “Deconstrucción y subversión”. En Patricia Soley-Beltrán y Leticia Sabsay (eds.). Judith Butler en disputa. Lecturas sobre la performatividad. Madrid: Egales.

Burin, Mabel (2007). “Precariedad laboral, masculinidad, paternidad”. En Mabel Burin, María L. Jiménez e Irene Meler (comps.). Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género. Buenos Aires: Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales, pp. 87-120.

Butler, Judith (2000). Antigone’s Claim. Kinship between Life and Death. Nueva York: Columbia University Press.

Butler, Judith (2016). El género en disputa. Barcelona: Paidós.

Camaly, Gabriela (2013). “Feminización del mundo vs. posición femenina”. En Virtualia, núm. 27.

Castellanos, Rosario (1973). Mujer que sabe latín. México: Secretaría de Educación Pública (SEP-Setentas).

Chira, Susan (2016). “Feminist Lost. Now ‘What?’” En The New York Times, 30 de diciembre.

Cirillo, Lidia (2002). Mejor huérfanas. Por una crítica feminista al pensamiento de la diferencia. Barcelona: Anthropos.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) (2012). Panorama social de América Latina. Documento informativo. Santiago: Cepal.

Consejo Nacional de Población (Conapo) (2016). Situación de la salud sexual y reproductiva. República Mexicana. México: Conapo.

Davids, Tine (2017). Motherhood Politicized. Gender and Political Subjectivities in Mexico. Tesis de doctorado. Ámsterdam: Ipskamp Printing.

De Beauvoir, Simone (2016). El segundo sexo. México: Penguin Random House.

De Lauretis, Teresa (1992). Alicia ya no. Feminismo, semiótica, cine. Madrid: Cátedra.

De Lauretis, Teresa (2015). “Género y teoría queer”. En Mora, núm. 2, pp. 107-118.

Despentes, Virginie (2013). Teoría King Kong. Buenos Aires: Hekht.

Deutsch, Francine (2007). “Undoing Gender”. En Gender and Society, vol. 21, núm. 1, pp. 106-127.

Dio Bleichmar, Emilce (1989). El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de las transformaciones narcisistas de la feminidad. México: Fontamara.

Dipaola, Esteban y Luciano Lutereau (2017). Cuando el otro es Otro. Buenos Aires: Ediciones La Cebra.

Eagleton, Terry (2006). La estética como ideología. Madrid: Trotta.

Ehrenreich, Barbara y Deirdre English (1990). For Her Own Good: Two Centuries of the Experts Advice to Women. Nueva York: Anchor.

Eidelberg, Alejandra (2016). “Feminización: un diagnóstico equívoco de la subjetividad contemporánea”. En VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. Facultad de Psicología. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, <https://www.aacademica.org/000-044/707>.

Elias, Norbert (1994). El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas. México: Fondo de Cultura Económica.

Evans, Mary (2003). Gender and Social Theory. Buckingham: Open University Press.

Fraser, Nancy (1998). “Heterosexist Capitalism?” En New Left Review, núm. 228.

Fraser, Nancy (2013). “Between Marketization and Social Protection: Resolving the Feminist Ambivalence”. En Nancy Fraser, Fortunes of Feminism. From State-Managed Capitalism to Neoliberal Crisis. Londres / Nueva York: Verso.

Fraser, Nancy y Kate Bedford (2008). “Social Rights and Gender Justice in the Neoliberal Moment. A Conversation About Welfare and Transnational Politics”. En Feminist Theory, vol. 9, núm. 2, pp. 225-245, 1464-7001.

Freud, Sigmund (1993). “El sepultamiento del complejo de Edipo (1924)”. En S. Freud, Obras completas, tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

García, Brígida (2019). “El trabajo doméstico y de cuidado: su importancia y principales hallazgos en el caso mexicano”. En Estudios Demográficos y Urbanos, vol. 34, núm. 2 (101), mayo-agosto, pp. 237-267, <http://dx.doi.org/10.24201/edu.v34i2.1811>.

García, Brígida y Orlandina de Oliveira (2012). “Familia y trabajo: un recorrido por las diversas perspectivas de análisis”. En Estudios Sociológicos, vol. XXX, núm. extraordinario, pp. 191-211.

García, Brígida y Edith Pacheco (2014). “Reflexiones sobre el estudio del uso del tiempo”. En B. García y E. Pacheco (coords.). Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México. México: Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México, pp. 17-52.

Garey, Anita y Karen Hansen (2011). “An Eye on Emotion and in the Study of Families and Work”. En A. Garey y Karen Hansen (eds.). At the Heart of Work and Family. Engaging the Ideas of Arlie Hochschild. Nuevo Brunswick / Nueva Jersey / Londres: Rutgers University Press, pp. 1-13.

Giddens, Anthony (2012). La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas. Madrid: Cátedra.

Gill, Rosalind y Christina Scharff (2013). New Feminities. Postfeminism, Neoliberalism and Subjectivity. Hampshire: Palgrave Macmillan.

Gilligan, Carol (1982). In a Different Voice. Psychological Theory and Women’s Development. Cambridge: Harvard University Press.

Girola, Lidia (2016). “Individualismos: aportaciones teóricas recientes y una propuesta para su estudio en México”. En María de los Ángeles Pozas y Marco Estrada (eds.). Disonancias y resonancias conceptuales: investigaciones en teoría social y su función en la observación empírica. México: El Colegio de México.

Glaser, Barney y Anselm Strauss (1967). The Discovery of Grounded Theory. Strategies for Qualitative Research. Nueva York: Aldine.

Godoy-Hellwig, María-Ignacia (2015). “Psique: El goce femenino en las relaciones amorosas violentas”. En Boletín Científico Sapiens Research, vol. 5, núm. 1 (Psique), pp. 9-13.

Goffman, Erving (1977). “The Arrangement between the Sexes”. En Theory and Society, vol. 4, núm. 3 (otoño), pp. 301-331.

Goodmark, Leigh (2012). A Troubled Marriage. Domestic Violence and the Legal System. Nueva York: University Press.

Halley, Janet (2006). Split Decisions. How and Why to Take a Break from Feminism. Nueva Jersey: Princeton University Press.

Han, Byung-Chul (2012). La sociedad del cansancio. Barcelona: Herder.

Hays, Sharon (1998). Las contradicciones culturales de la maternidad. Barcelona: Paidós.

Herrera, Cristina y Carolina Agoff (2018). “The Intricate Interplay Between Victimization and Agency: Reflections on the Experiences of Women who Face Partner Violence in Mexico”. En Journal of Research in Gender Studies, vol. 8, núm. 1, pp. 49-72.

Hochschild, Arlie Russell y Anne Machung (1989). The Second Shift. Working Parents and the Revolution at Home. Nueva York: Viking.

Iacub, Marcela y Hervé Le Bras (2003). “Homo mulieri lupus? À propos d’une enquête sur les violences envers les femmes”. En Les Temps Modernes, núm. 623, pp. 112-134.

Illouz, Eva (2007). Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo. Buenos Aires: Katz Editores.

Illouz, Eva y Shoshannah Finkelman (2009). “An Odd and Inseparable Couple: Emotion and Rationality in Partner Selection”. En Theory and Society, núm. 38, pp. 401-422.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2014a). Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (Enadid). México: INEGI.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2014b). Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo (ENUT). “Base de datos”. México: INEGI.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2015). Encuesta

Intercensal 2015. Encuesta en hogares, <https://www.inegi.org.mx/programas/intercensal/2015/intercesal/>.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2016). Encuesta Nacional de los Hogares (ENH). “Base de datos”. México: INEGI.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2017). Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE). “Tabulados Básicos”. México: INEGI.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) y Secretaría de Trabajo y Previsión Social (STPS) (2014). Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE). “Trimestre II. Indicadores estratégicos”. México: INEGI.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) e Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres) (2018). Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (ENDIREH). “Tabulados básicos”. México: INEGI.

Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres) (2016). “Informe de resultados, julio-septiembre”. México: Inmujeres.

Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres) (2017). Sistema de Indicadores de Género (SIG). México: Inmujeres.

Instituto Nacional de Salud Pública (INSP) (2015). Encuesta Nacional de Niños, Niñas y Mujeres en México. México: Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.

Jamieson, Lynn (1999). “Intimacy Transformed? A Critical Look at the ‘Pure Relationship’”. En Sociology, vol. 33, núm. 3, pp. 477-494.

Kandiyoti, Deniz (1988). “Bargaining with Patriarchy”. En Gender and Society, vol. 2, núm. 3, septiembre, pp. 274-290.

Katz, Michael (1978). “Prefacio”. En Joan Scott y Louise Tilly. Women, Work and Family. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.

Kennedy, Duncan (2016). Abuso sexual y vestimenta sexy: cómo disfrutar del erotismo sin reproducir la lógica de la dominación masculina. México: Siglo XXI.

Lacan, Jacques (2015). El seminario de Jacques Lacan. Libro 17. El reverso del psicoanálisis (1969-1970). Buenos Aires: Paidós.

Lamas, Marta (2000). “Diferencias de sexo, género y diferencia sexual”. En Cuicuilco, vol. 7, núm. 18, enero-abril, <www.redalyc.org/articulo.oa?id=35101807>.

Latour, Bruno (2008). Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red. Buenos Aires: Manantial.

Laurent, Éric (2014). “¿Qué es un psicoanálisis orientado hacia lo real?” Conferencia ofrecida en el Ateneu Barcelonés, <http://www.freudiana.com/articulos.php?idarticulo=150>.

Leñero, Luis (1983). El fenómeno familiar en México. Su estudio sociológico. México: Instituto Mexicano de Estudios Sociales.

Lorber, Judith (2011). “Strategies of Feminist Research in a Globalized World”. En Esther Ngan-Ling Chow, Marcia Texler Segal y Lin Tan (eds.) Analyzing Gender, Intersectionality and Multiple Inequalities: Global, Transnational and Local Contexts. Bingley: Emerald, pp. 35-50.

Lovell, Terry (2000). “Thinking Feminism with and Against Bourdieu”. En Feminist Theory, vol. 1, núm. 1.

Lutereau, Luciano (2017a). Edipo y violencia. Por qué los hombres odian a las mujeres. Buenos Aires: Letras del Sur.

Lutereau, Luciano (2017b). ¿Dónde están las histéricas? El feminismo de la histeria. Histeria masculina. Buenos Aires: Letra Viva.

MacKinnon, Catharine (1993). “Crimes of War, Crimes of Peace”. En UCLA Women’s Law Journal, vol. 4, núm. 1, pp. 59-86.

MacKinnon, Catharine (2014). Feminismo inmodificado. Discursos sobre la vida y el derecho. Buenos Aires: Siglo XXI.

Mahmood, Saba (2005). “Agency, Gender and Embodiment”. En S. Mahmood. Politics of Piety. The Islamic Revival and the Feminist Subject. Princeton: Princeton University Press.

Mann, Michael (1994). “Persons, Households, Families, Lineages, Genders, Classes and Nations”. En The Polity Reader in Gender Studies. Cambridge: Polity Press.

Martínez, Mauricio y Olga Rojas (2016). “Una nueva mirada a la participación masculina en el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos en México”. En Estudios Demográficos y Urbanos, vol. 31, núm. 3 (93), pp. 635-662.

McNay, Lois (2000). Gender and Agency. Reconfiguring the Subject in Feminist and Social Theory. Cambridge: Polity Press.

McNay, Lois (2015). “Social Freedom and Progress in the Family: Reflections on Care, Gender and Inequality”. En Critical Horizons, vol. 16, núm. 2, pp. 170-186.

McRobbie, Angela (2004). “Notes on ‘What not to Wear’ and Post-Feminist Symbolic Violence”. En Lisa Adkins y Beverley Skeggs (eds.). Feminism after Bourdieu. Oxford: Blackwell.

McRobbie, Angela (2009). The Aftermath of Feminism. Gender, Culture and Social Change. Londres: Sage.

McRobbie, Angela (2016). Be Creative. Making a Living in the New Culture Industries. Cambridge: Polity Press.

Meler, Irene (2010). “La familia, antecedentes históricos y perspectivas futuras”. En Mabel Burin e Irene Meler. Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad. Buenos Aires: Paidós (Biblioteca de Psicología Profunda).

Miller, Jacques-Alain (2009). Lógicas de la vida amorosa. Buenos Aires: Manantial.

Morgan, David L. (1996). “Focus Groups”. En Annual Review of Sociology, núm. 22, pp. 129-152.

Murillo, Soledad (1996). El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio. Madrid: Siglo XXI.

Nancy, Jean-Luc (2002). Un pensamiento finito. Barcelona: Anthropos.

Ojeda de la Peña, Norma (2010). “Diversidad en la formación y en la disolución de las familias en México”. En Susana Lerner y Lucía Melgar (coords.). Familias en el siglo XXI: realidades diversas y políticas públicas. México: El Colegio de México / Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México.

Ordaz Beltrán, Guadalupe (2010). “Políticas públicas y familias en México: Tendencias y desafíos”. En Susana Lerner y Lucía Melgar (coords.). Familias en el siglo XXI: realidades diversas y políticas públicas. El Colegio de México / Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México.

Organización Internacional del Trabajo (OIT) (2015a). Informe mundial sobre salarios 2014-2015. Salarios y desigualdad de ingresos. Ginebra: OIT.

Organización Internacional del Trabajo (OIT) (2015b). Programa laboral 2015. América Latina y el Caribe. Lima: OIT.

Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) (2017). Hacia un México más fuerte e incluyente. Avances y desafíos de las reformas. París: OCDE.

Ortner, Sherry (2014). “Too Soon for Post-Feminism: The Ongoing Life of Patriarchy in Neoliberal America”. En History and Anthropology, vol. 25, núm. 4, pp. 530-549, <doi: 10.1080/02757206.2014.930458>.

Pacheco, Edith (2012). “El mercado de trabajo en México a inicios del siglo XXI: heterogéneo, precario y desigual”. En Rocío Guadarrama, Silvia López y Alfredo Hualde (eds.). La precariedad laboral en México: dimensiones, dinámicas y significados. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa / El Colegio de la Frontera Norte.

Patton, Michael Quinn (2002). Qualitative Research and Evaluation Methods. Thousand Oaks: Sage.

Pedrero, Mercedes (2003). “Las condiciones de trabajo en los años noventa en México. Las mujeres y los hombres: ¿ganaron o perdieron?” En Revista Mexicana de Sociología, vol. 65, núm. 4, pp. 733-761.

Pedrero, Mercedes (2006). “Globalización, empleo femenino y nueva cultura

laboral”. En Lourdes Arizpe (ed.). Retos culturales de México frente a la globalización. México: Miguel Ángel Porrúa.

Pedrero, Mercedes (2018). “Globalización, empleo femenino y nueva cultura laboral”. En Mercedes Pedrero. El trabajo y su medición. Mis tiempos. Antología de estudio sobre trabajo y género. México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Universidad Nacional Autónoma de México / Porrúa, pp. 349-368.

Pérez Amador, Julieta (2018). “Brechas en la nupcialidad rural y urbana”. En Coyuntura Demográfica, núm. 13, enero, pp. 51-59.

Quilodrán, Julieta (2011). “En conclusión. ¿Hacia dónde apuntan los cambios observados?” En Julieta Quilodrán (coord.). Parejas conyugales en transformación: una visión al finalizar el siglo XX. México: El Colegio de México.

Rendueles, César (2017). “La gobernanza emocional en el capitalismo avanzado. Entre el nihilismo emotivista y el neocomunitarismo adaptativo”. En Revista de Estudios Sociales, núm. 62, pp. 82-88.

Riquer, Florinda (1994). “Ámbito doméstico y participación social de las mujeres: el caso del Movimiento Popular de Pueblos y Colonias del Sur”. En Vania Salles y Elsie McPhail (coords.). Nuevos textos y renovados pretextos. México: Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, El Colegio de México, pp. 619-654.

Rojas, Olga Lorena (2016). “Mujeres, hombres y vida familiar en México: persistencia de la inequidad de género anclada en la desigualdad social”. En Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género, año 2, núm. 3, enero-junio, pp. 73-101.

Roudinesco, Elisabeth (2006). La familia en desorden. México: Fondo de Cultura Económica.

Rubin, Gayle (1986). “El tráfico de mujeres. Notas sobre la ‘economía política’ del sexo”. En Nueva Antropología, vol. VIII, núm. 30, pp. 95-145.

Sánchez Peña, Landy (en proceso). “Female Labor Force Participation and Motherhood in Mexico. A Comparison Across Cohorts (1955-1975)”.

Scott, Joan y Louise Tilly (1978). Women, Work and Family. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.

Segato, Rita (2017). La guerra contra las mujeres. Buenos Aires: Traficantes de sueños.

Serret, Estela (1989). “El sujeto femenino; para una refundamentación de la ‘teoría feminista’”. En Sociológica, año 4, núm. 10.

Shorter, Edward (1977). El nacimiento de la familia moderna. Buenos Aires: Crea.

Simmel, Georg (1934). Cultura femenina y otros ensayos. Madrid: Revista de Occidente.

Skeggs, Beverley (2001). “The Toilet Paper: Femininity, Class and Mis-recognition”. En: Women’s Studies International Forum, vol. 24, núms. 3-4, pp. 295-307.

Soler, Colette (2007). “L’hystérie, les hystériques”. En L’Évolution Pschyatrique, vol. 72, núm. 1, pp. 43-53.

Soler, Colette (2015). Lo que Lacan dijo de las mujeres. Estudio de psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.

Strauss, Anselm y Juliet Corbin (1990). Basics of Qualitative Research: Techniques and Procedures for Developing Grounded Theory. Thousand Oaks: Sage.

Tiquun (2013). Primeros materiales para una teoría de la jovencita. Hombres-máquina modos de empleo. Buenos Aires: Hekht.

Touraine, Alain (2007). El mundo de las mujeres. Barcelona: Paidós.

Tubert, Silvia (1999). “Masculino/Femenino; Maternidad/Paternidad”. En María A. González de Chávez Fernández (coord.). Hombres y mujeres: subjetividad, salud, género. Las Palmas de Gran Canaria: Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, pp. 53-76.

Vasallo, Norma (2015). Ecos distantes, voces cercanas, miradas feministas. La

Habana: Editorial de la Mujer.

Viveros, Mara (2002). De quebradores y cumplidores. Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Viveros, Mara (2007). “Teorías feministas y estudios sobre varones y masculinidades. Dilemas y desafíos recientes”. En La manzana de la discordia, año 2, núm. 4, diciembre, pp. 25-36.

Viveros, Mara (2016). “La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación”. En Debate Feminista, núm. 52, pp. 1-17.

Walby, Sylvia (2011). “Globalization and Multiple Inequalities”. En Esther Ngan-Ling Chow, Marcia Texler Segal y Lin Tan (eds.). Analyzing Gender, Intersectionality and Multiple Inequalities: Global, Transnational and Local Contexts. Reino Unido: Emerald.

West, Candace y Sarah Fenstermaker (2002). “Doing Difference”. En Candace Westy Sarah Fenstermaker (eds.). Doing Gender, Doing Difference. Inequality, Power and Institutional Change. Nueva York: Routledge.

Wouters, Cas (1998). “Sobre la sociogénesis de una tercera naturaleza en la civilización de las emociones”. En Vera Weiler (comp). Figuraciones en proceso. Santafé de Bogotá: Fundación Social, Universidad Nacional de Colombia.

Wouters, Cas (2004). Sex and Manners. Female Emancipation in the West, 1890-2000. Londres: Sage.

Wouters, Cas (2017). “On Sexualisation and Eroticisation: Emancipation of Love and Lust”. En Educação & Realidade, vol. 42, núm. 4, pp. 1217-1234.

Zelizer, Viviana (1997). The Social Meaning of Money. Princeton: Princeton University Press.

SOBRE EL AUTOR

CRISTINA HERRERA es doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Sociología, maestra en Ciencias Sociales por la FLACSO (sede México) y licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Es profesora-investigadora del Centro de Estudios Sociológicos y coordinadora del Programa Interdisciplinario de Estudios de Género en El Colegio de México. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores, nivel III. Sus líneas actuales de investigación son: género, subjetividades, familia, trabajo, violencia de género y violencia de pareja.

Mujer que sabe soldar.

Transformaciones subjetivas en mujeres

trabajadoras con ocupaciones feminizadas

y masculinizadas en la Ciudad de México.

Portada: Rosalba Alvarado.

Dirección de Publicaciones de El Colegio de México.

libros.colmex.mx

video-comentarios de libros COLMEX

Noviembre de 2022

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO
DE ESTUDIOS DE GÉNERO

Basado en un estudio con mujeres de sectores populares que laboran en diversos tipos de ocupaciones en la Ciudad de México, este libro documenta la emergencia de "nuevas femineidades": sujetos femeninos que combinan deseos de intimidad y expresión emocional con independencia y competencia. El trabajo remunerado, y especialmente el que implica una mayor ruptura con las consideradas "disposiciones femeninas", permite a las mujeres negociar con un orden que a veces desean conservar —por supervivencia o satisfacción emocional— y, al mismo tiempo, transformar.

La adquisición de habilidades y recursos también las expone al riesgo de terminar desempeñando los papeles simultáneos de proveedora y cuidadora, contra el que desarrollan diversas estrategias de negociación. Este ejercicio de agencia representa un cambio cultural que puede volverlas peligrosas ante quienes se apegan a normas de género tradicionales. Las reacciones que se observan, muchas ocasiones violentas, muestran que estamos lejos del antiguo ideal de la mujer dócil sometida a la dominación masculina. Estas transformaciones en las subjetividades y prácticas cotidianas de las mujeres suponen desafíos: en el ámbito de la interacción, los varones deben adaptarse a ellas mediante vías distintas a las de la masculinidad hegemónica. En el ámbito societal, se necesita una respuesta acorde a los cambios, que libere a las mujeres de la necesidad de recurrir a estrategias de "conciliación" que perpetúan las desigualdades de género.

EL COLEGIO
DE MÉXICO